

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y JUSTICIA DE LA NACIÓN ARGENTINA
INSTITUTO NACIONAL DE FILOLOGÍA y FOLKLORE

CUENTOS
FOLKLÓRICOS
DE LA ARGENTINA

Primera serie

Introducción, clasificación y notas por
SUSANA CHERTUDI

BUENOS AIRES

1960

Fontana
1986

CUENTOS FOLKLÓRICOS
DE LA ARGENTINA

INVENTARIO
016507
SIG. TOP.
860(82)
CS22

Centro Nac. Información
Documental Educativa

Pizzurno 935 Sub. Suelo
(1020) Ciudad Autónoma de Bs. As.
República Argentina

Este libro se ha impreso merced a una contribución especial del
FONDO NACIONAL DE LAS ARTES

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y JUSTICIA DE LA NACIÓN ARGENTINA
INSTITUTO NACIONAL DE FILOLOGÍA y FOLKLORE

CUENTOS FOLKLÓRICOS DE LA ARGENTINA

Primera serie

Introducción, clasificación y notas por
SUSANA CHERTUDI

Centro Nac. Información
Documental Educativa
Pizzurno 935 Sub. Suelo
(1429) Ciudad Autónoma de Bs. As.
República Argentina

BUENOS AIRES

1960

Circunstancias adversas impidieron al Instituto Nacional de Filología y Folklore, sucesor del Instituto Nacional de la Tradición, contar, desde su creación en 1956, con créditos suficientes no sólo para cumplir con un plan de trabajo de campo y de gabinete y adquirir los libros e instrumentos necesarios para la realización de dicha labor, sino también para hacer conocer a los especialistas y al público cultivado el resultado de las investigaciones que, no obstante la precariedad de medios, realizan sus técnicos. Permanecen así inéditos, esperando su turno para ver la luz pública, libros, monografías y artículos de carácter erudito y de divulgación, de la más diversa índole, dentro del campo del Folklore y de la Lingüística americana, con lo que se demora el cumplimiento de una de las funciones primordiales del Instituto, que es la publicación y divulgación de su labor científica. Es por ello que tanto el primer libro editado por el Instituto, Renca. Folklore puntano, como el presente, aparecen gracias a la generosa colaboración de instituciones y particulares que conocen y valoran la obra que cumple.

Al editar Cuentos Folklóricos de la Argentina, el Instituto continúa, en lo que a novelística popular se refiere, la tarea comenzada por el ex Instituto Nacional de la Tradición en los dos números de su Revista, tendiente a lograr la publicación de un corpus de cuentos folklóricos de todo el país, con el objeto de dar a conocer —siquiera sea en parte— este sector de nuestra literatura tradicional, hasta ahora poco estudiado. El presente volumen es parte de un vasto plan

de trabajo, hace poco tiempo iniciado, y al que están dedicados los investigadores de la casa. El Instituto se ha propuesto publicar ordenadamente el mayor número posible de material de las distintas especies folklóricas, a fin de dar una visión definitiva y total de la cultura tradicional del país aún subsistente en el siglo XX. Para cumplir con ello, a esta primera serie de cuentos seguirán otras, ya preparadas, las que alternarán con ediciones similares de material poético, de fiestas, de alimentación, de dialectología y de supersticiones.

*A la memoria de Juan Alfonso Carrizo,
Maestro del Folklore argentino.*

1. *El estudio de los cuentos*

En el siglo XIX se realizó la organización y desarrollo sistemático de las ciencias del hombre. El Folklore, rama de la Etnología, comenzó a perfilarse como ciencia también en dicha centuria. Aunque la denominación dada a este campo del saber —hoy casi universalmente aceptada— fué propuesta por William John Thoms en 1846, ya antes de esa fecha habían aparecido algunos estudios de Jakob y Wilhelm Grimm encuadrados en tal disciplina, por lo cual se los considera como los fundadores del estudio folklórico científico.

La publicación de la famosa colección de los *Kinder- und Hausmärchen* comenzó en 1812. En su primer volumen se reunieron versiones de cuentos tradicionales, tomados principalmente de la tradición oral de Alemania y también de fuentes escritas. La segunda parte apareció en 1815, y en 1822 los hermanos Grimm publicaron un volumen de comentarios y estudio comparativo de los cuentos. Destacaron algunas semejanzas de los cuentos alemanes con narraciones de la antigüedad y con cuentos europeos y asiáticos. Sobre estas relaciones elaboraron una teoría que atribuía el origen de tales relatos a un pasado común de los pueblos indoeuropeos y consideraba a los cuentos como restos de mitos desintegrados. *

Aunque esa concepción ha sido atacada posteriormente, el mérito de los hermanos Grimm no puede considerarse in-

ferior por ello, puesto que su colección de cuentos es clásica y sus estudios son el punto de partida de la seria investigación en este amplio terreno.

Desde entonces, numerosos trabajos han enriquecido el tema y muchos problemas han sido planteados. Los primeros estudios se basaban en colecciones originarias de un ámbito bastante circunscripto, pero el conocimiento de material novelístico proveniente de otras regiones y, sobre todo, de otras culturas, amplió el panorama, y como consecuencia, originó nuevos interrogantes.

No reseñaremos aquí los planteos de las distintas teorías que procuran explicar los problemas que presenta el estudio de los cuentos (origen, difusión, antigüedad, evolución, etc.). El lector encontrará una exposición de los estudios recientes en el trabajo de Emma Emily Kiefer, *Albert Wesselski and Recent Folktale Theories*¹. Posiblemente resulten más accesibles al lector de habla hispánica dos trabajos posteriores. Uno fué publicado por Stith Thompson, destacado investigador norteamericano, conocido mundialmente por sus valiosos aportes al estudio del cuento; en *El cuento folklórico*² resume claramente los problemas actuales y menciona los trabajos de mayor importancia en este campo. El otro es *En torno a los cuentos folklóricos*, del estudioso chileno Yolando Pino Saavedra³, que expone, compendiadamente, varias concepciones sobre la problemática cuentística, desde los estudios de los hermanos Grimm hasta los recientes de Carl von Sydow, Will-Erich Peuckert y Max Lüthi.

Para realizar investigaciones sobre el cuento popular, ya sea bajo el aspecto diacrónico (histórico- evolutivo), o bajo el sincrónico (geográfico-comparativo), se cuenta en la actuali-

¹ Emma Emily Kiefer. "Albert Wesselski and Recent Folktale Theories". Indiana University Publications. Folklore Series N° 3. Bloomington, Indiana, 1947.

² Stith Thompson. "El Cuento Folklórico". Folklore Americas. Vol. XII, N° 2. University of Miami Press. Coral Gables, Florida, December 1952.

³ Y. Pino Saavedra, "En torno a los cuentos folklóricos". En: Archivos del Folklore Chileno. Fascículo N° 8. Santiago del Chile, 1957. Pp. 7-20.

dad con bastante material. Por un lado, las colecciones de cuentos, que se han enriquecido notablemente, aunque entre nosotros el acceso a grandes sectores de esa bibliografía es difícil, por no decir imposible. Por otro lado, las clasificaciones de material narrativo; las principales de ellas se encuentran, afortunadamente, en nuestras bibliotecas.

Mencionaremos, para ilustración del lector no iniciado, algunas de esas clasificaciones que no ignora el estudioso actual de los cuentos. En 1910 apareció la primera ordenación tipológica ⁴ elaborada por Antti Aarne sobre la base de cuentos del norte de Europa, principalmente. Posteriores estudios sobre otras colecciones señalaron la necesidad de una nueva edición, que fué preparada por Stith Thompson y se publicó en 1928 ⁵. La clasificación apareció notablemente enriquecida, por la adición de nuevos tipos, el análisis de motivos integrantes de muchos cuentos y el lógico aumento de la bibliografía. El sistema ideado por Aarne ha merecido críticas, sobre todo por el hecho de no mantener un criterio uniforme para clasificar los cuentos. Sin embargo, debe reconocerse su importancia, ya que esta ordenación de cuentos-tipo ha adquirido, prácticamente, validez universal, facilitando así en grado apreciable la ubicación y comparación de los relatos.

El nombrado profesor Thompson publicó posteriormente un índice de motivos que integran los relatos folklóricos ⁶, que complementa el índice tipológico. Ambos llevan referencias recíprocas. Siguiendo el modelo de la clasificación de Thompson han aparecido otros índices de motivos, que clasifican según ese sistema el material narrativo de áreas, épocas o autores determinados ⁷.

⁴ Antti Aarne. "Verzeichnis der Märchentypen". Folklore Fellows Communications N° 3. Helsinki, 1910.

⁵ Antti Aarne - Stith Thompson. "The Types of the Folk-Tale". A Classification and Bibliography. FFC N° 74. Helsinki, 1928.

⁶ Stith Thompson. "Motif-Index of Folk-Literature". 6 vol. Indiana University Studies. Vol. XIX, N° 96, 97; XX, 100; XXI, 101; XXII, 105, 106, 108, 109, 110; XXIII, 111, 112. Bloomington, Indiana, 1932-1936.

⁷ Por ejemplo:

Rotunda, D. P. "Motif-Index of the Italian Novella in Prose".

Sobre los cuentos españoles e hispanoamericanos, importante caudal novelístico no considerado en las dos ediciones del índice tipológico citado, Ralph Steele Boggs publicó el *Index of Spanish Folktales*⁸, en el que agrega nuevos tipos y variantes de tipos antes clasificados. Posteriormente apareció la gran obra de Aurelio M. Espinosa sobre los cuentos españoles⁹; los dos tomos dedicados al estudio de las 280 versiones recogidas por él en España (que constituyen el tomo I de la obra), son una importante contribución al conocimiento de los cuentos españoles. En muchos casos ha determinado las formas hispánicas fundamentales de tipos conocidos en otras áreas, señalando su posible origen y vías de difusión. En este sentido, es amplio y documentado el estudio del cuento del *Muñeco de Brea*¹⁰.

El sistema de ordenación tipológica iniciado por Aarne ha servido de base para la clasificación de Boggs arriba citada y, también, para la de cuentos hispanoamericanos de T. L. Hansen aparecida en fecha reciente¹¹. Este índice in-

Indiana University Publications. Folklore Series N° 2. Bloomington, Indiana, 1942.

Childers, J. Wesley. "Motif-Index of the Cuentos of Juan Timoneda". Indiana University Publications. Folklore Series N° 5. Bloomington, Indiana, 1948.

Keller, John Esten. "Motif-Index of Mediaeval Spanish Exempla". The University of Tennessee Press. Knoxville, Tennessee, 1949.

Cross, Tom Peete. "Motif-Index of Early Irish Literature". Indiana University Publications. Folklore Series N° 7. Bloomington, Indiana, 1952.

Thompson, Stith, and Balys, Jonas. "The Oral Tales of India". Indiana University Publications. Folklore Series N° 10. Bloomington, Indiana, 1958.

⁸ Ralph S. Boggs. "Index of Spanish Folktales". FFC N° 90. Helsinki, 1930.

⁹ Aurelio M. Espinosa. "Cuentos Populares Españoles". Recogidos de la tradición oral de España. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto "Antonio de Nebrija" de Filología. 3 tomos. Madrid, 1946-1947.

¹⁰ Ob. cit., tomo II, pp. 163-227.

¹¹ Terrence Leslie Hansen. "The Types of the Folktale in Cuba,

corpora gran cantidad de variantes y motivos a los tipos ya conocidos, y propone una serie de tipos nuevos, especialmente en la sección de cuentos de animales. El autor anuncia que tiene en preparación una segunda parte de esta obra, con la clasificación de cuentos españoles de Centro y Norte América; con la publicación de ese volumen suplementario se obtendría, según expresa T. L. Hansen, "a definitive index of the Spanish folktale in the Americas"¹².

Las obras anteriormente citadas, con excepción de la de Espinosa, son un resultado directo del influjo de la escuela finesa. Su método, el histórico-geográfico, es llamado también finlandés, por cuanto fueron eruditos de Finlandia los que lo concibieron y desarrollaron en alto grado. En su origen se aplicó al estudio de la poesía folklórica; posteriormente, Kaarle Krohn lo adaptó al cuento folklórico. Este investigador y otros destacados estudiosos constituyeron el grupo de los "Folklore Fellows", prestigiado internacionalmente por la importante serie de monografías publicadas hasta la fecha (*Folklore Fellows Communications*).

En esos trabajos aparece, no sólo la formulación del método para efectuar un estudio comparativo de los cuentos, sino también su aplicación a numerosos cuentos determinados. Con referencia al mismo, expresa Jan de Vries¹³: "Hay que destacar insistentemente que el método finlandés es un sistema de investigación nuevo y adecuado al objeto considerado. No está relacionado a una teoría definida que se proponga demostrar".

Para este investigador, sin embargo, no se ven claramente los resultados alcanzados con todos los trabajos realizados; más aún, esos resultados "fueron inexactos a veces". Según de Vries, la investigación del cuento se halla actualmente atravesando una crisis.

Puerto Rico, the Dominican Republic, and Spanish South America". University of California Press. Folklore Studies: 8. Berkeley and Los Angeles, 1957.

¹² Ob. cit., p. VII.

¹³ Jan de Vries. "Los cuentos populares". En: Diógenes. Año IV, N° 22. Junio de 1958. Pp. 3-20.

No creemos que ésta sea la opinión más generalizada entre los demás estudiosos. Los trabajos continúan en las distintas regiones del mundo, y un índice del interés por este tema lo constituye la publicación, desde hace pocos años, de una revista internacional dedicada exclusivamente al cuento popular. *Fabula*¹⁴, dirigida por un grupo de los más destacados investigadores actuales, se propone, entre otras cosas, hacer conocer el estado de las investigaciones y los planteos que surgen frente a viejos o nuevos problemas. Además de los números de la revista, que ya llega al tercer tomo, *Fabula* publica dos series suplementarias: una dedicada a los estudios que por su extensión exceden de los límites de un artículo, y otra destinada a colecciones de cuentos.

II. *Los cuentos en la Argentina*

Hasta ahora son escasos los estudios realizados sobre el cuento folklórico de nuestro país. El primero —que sepamos— en efectuar trabajos comparativos entre nuestros relatos y otros de la literatura universal fué el investigador alemán Robert Lehmann-Nitsche. En el año 1904, en ocasión de reunirse en Stuttgart el décimo cuarto Congreso Internacional de Americanistas, presentó una comunicación titulada *Cuentos europeos entre los araucanos argentinos*¹⁵, en la que se incluyen los textos de seis relatos que recogió entre indígenas araucanos de la Argentina. En dos de esas narraciones reconoce los temas de “Hänsel und Gretel” y “Die Bremer Stadtmusikanten” (que corresponden a los tipos 327.A y 130 de Aarne-Thompson, respectivamente). Poco después —1906— publicó otro trabajo en el que figuran los mismos cuentos.

¹⁴ *Fabula*. “Zeitschrift für Erzählforschung - Journal of Folktale Studies - Revue des Etudes sur le Conte Populaire”. Herausgegeben von Kurt Ranke. Berlin, Verlag Walter de Gruyter & Co., 1957—.

¹⁵ Robert Lehmann-Nitsche. “Europäische Märchen unter den argentinischen Araukanern”. En: Internationaler Amerikanisten-Kongress. Vierzehnte Tagung. Stuttgart 1904. Stuttgart. Druck und Verlag von W. Kohlhammer, 1906. Pp. 681-694.

En este caso agrega a cada versión una pequeña referencia comparativa, citando temas similares de las colecciones de Grimm, Lenz (*Araukanische Märchen*) y de las *Gesta Romanorum*, y de los trabajos de R. Köhler (*Kleinere Schriften*) y Chauvin (*Bibliographie des Ouvrages Arabes*). Una corta introducción explica algunas características de los relatos anotados, en los que Lehmann-Nitsche señala componentes indígenas y europeos; algunos le parecen simplemente variantes de temas europeos¹⁶.

En 1908 publicó un breve estudio sobre el cuento del gallo pelado o del medio pollo —tipo 715 de Aarne-Thompson—¹⁷. Inserta allí una versión anotada por él en San Luis y la compara con otra similar, recogida entre araucanos chilenos y publicada por Rodolfo Lenz en sus *Estudios araucanos*.

Posteriormente, en sus *Adivinanzas Rioplatenses*, al efectuar el comentario sobre las incluídas en el “Grupo Narrativo”¹⁸, Lehmann-Nitsche las compara con otras de Alemania, España, Italia, Grecia, etc., y transcribe numerosos ejemplos de tales cuentos de adivinanzas. En el número XVII de la serie “Mitología sudamericana”¹⁹, señala las posibles conexiones entre un cuento de animales publicado por la señora Bertá Elena Vidal de Battini y un tema semejante, de procedencia amazónica.

En 1940, Bernardo Canal Feijóo²⁰ estudia la fábula popular, referida especialmente al ciclo del zorro; con ese mo-

¹⁶ R. Lehmann-Nitsche. “Märchen der argentinischen Indianer”. Aus der Zeitschrift des Vereins für Volkskunde in Berlin. Heft 2. 1906. Pp. 156-164.

¹⁷ R. Lehmann-Nitsche. “¿Quiere que le cuente el cuento del gallo pelado?” En: Revista de Derecho, Historia y Letras. Tomo XXX, pp. 297-306. Buenos Aires, 1908.

¹⁸ N° VIII, pp. 436-459.

¹⁹ R. Lehmann-Nitsche. “El Jabutí y el Quirquincho, héroes de una fábula del Amazonas y de San Luis, República Argentina”. Mitología Sudamericana XVII. En: Obra del Cincuentenario del Museo de La Plata. Universidad Nacional de La Plata. Instituto del Museo. Tomo II. Buenos Aires, 1936. Pp. 185-200.

²⁰ Bernardo Canal Feijóo. “Los casos de «Juan». El ciclo popular de la picardía criolla”. Buenos Aires, 1940.

tivo menciona el papel del zorro dentro de algunas obras de la literatura universal.

Al año siguiente aparecen dos trabajos sobre el tema que nos ocupa. Juan Carlos Dávalos, en un artículo titulado *Origen del cuento popular*²¹, sostiene que no todas las fábulas argentinas son de origen europeo; en algunas hay elementos que pueden considerarse indígenas. María Rosa Lida, autora del otro trabajo²², se ocupa —entre otros aspectos— del paso de relatos literarios al pueblo y de la persistencia, en América, de tipos hispánicos. Estudia, en especial, seis tipos de cuentos (correspondientes a Aarne-Thompson 303, 326, 425, 950 y 1030; Boggs 927 * A) y compara algunas versiones americanas con similares europeas.

Si bien no se trata de un estudio sobre nuestro cuento, debe citarse aquí la traducción de algunos capítulos del importante libro de Stith Thompson, *The Folktale*²³, hecha a poco de su aparición. Esa traducción se publicó con una noticia preliminar del doctor Augusto Raúl Cortazar, en la que se refiere a la personalidad y los trabajos del profesor Thompson, y a la importancia y difusión del método histórico-geográfico o finés²⁴.

El estudio sistemático del cuento folklórico fué iniciado en nuestro país por el ex Instituto Nacional de la Tradición, creado en 1944. Además de comenzar la organización de un archivo de cuentos, anotados en el interior del país por recolectores permanentes, dicho organismo fué el primero en publicar relatos clasificados según los sistemas actualmente en

²¹ Juan Carlos Dávalos. "Origen del cuento popular". En: Boletín de la Academia Argentina de Letras. Tomo IX. Buenos Aires, 1941. Pp. 159-184.

²² María Rosa Lida. "El cuento popular hispanoamericano y la literatura". Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Cultura Latino-Americana. Buenos Aires, 1941.

²³ Stith Thompson. "The Folktale". New York, 1946.

²⁴ Stith Thompson. "El cuento folklórico". Traducción de Rosa Julia Ladoux. En: Revista de la Universidad de Buenos Aires. Cuarta época, año I, n^{os}. 2, 3 y 4. Buenos Aires, abril-diciembre 1947. Pp. 235-272.

uso (Aarne-Thompson, Boggs, Thompson); así aparecieron 66 versiones de cuentos en la "Revista" del Instituto²⁵.

En 1959 se publicó *Folklore Argentino*, manual de conjunto dirigido por el Dr. José Imbelloni²⁶. La introducción —*Concepto y praxis del Folklore*—, a cargo del director de la obra, hace mención de los trabajos de la escuela finesa en el campo del cuento popular²⁷. En el capítulo III del mismo libro²⁸ nos hemos referido a las diferentes especies de relatos en prosa corrientes en nuestra tradición oral, dedicando preferente atención a los cuentos. Por ello no repetiremos aquí definiciones o explicaciones que pueden consultarse en el citado trabajo.

Más numerosas que los estudios son las colecciones de cuentos editadas hasta el presente, o los relatos incluidos en libros de carácter folklórico o literario. Pocas son, sin embargo, las obras en las cuales los relatos aparecen con los requisitos mínimos exigibles para que puedan considerarse auténticos documentos folklóricos. En la mayor parte de los casos, el estudioso debe limitarse a clasificar los temas, reconocibles fácilmente, pese al ropaje literario o pseudo literario con que se presentan; faltan datos sobre informantes, lugar preciso de recolección y fecha de las respectivas anotaciones. No vamos a efectuar aquí un análisis de las colecciones más importantes; en una publicación reciente hemos ofrecido un resumen sobre estos aspectos de nuestro cuento folklórico²⁹. Por otra parte, en la sección II de la Bibliografía general encontrará el lector la nómina de la mayoría de los trabajos donde pueden hallarse cuentos populares en la Argentina.

²⁵ "Cuentos de la tradición oral argentina". Introducción y notas por Bruno C. Jacovella. En: Revista del Instituto Nacional de la Tradición. Año I, entregas 1ª y 2ª. Buenos Aires, 1948. Pp. 51-101 y 209-257.

²⁶ J. Imbelloni, Bruno C. Jacovella, Susana Chertudi, Augusto R. Cortazar, Félix Coluccio, Armando Vivante, María D. Millán de Palavecino, Enrique Palavecino y Ricardo L. J. Nardi. "Folklore Argentino". Buenos Aires, 1959.

²⁷ Ver páginas 76-79.

²⁸ III. "Las especies literarias en prosa". Pp. 132-157.

²⁹ Susana Chertudi. "L'étude du Conte Populaire en Argentine". En: Fabula. 2. Band, Heft 3. Berlin, 1959. Pp. 273-276.

III. *La presente selección*

Las 100 versiones de cuentos folklóricos de la Argentina, que constituyen esta primera serie, se distribuyen en los grupos siguientes:

I. <i>Cuentos de animales.</i>	34 versiones
a) El zorro y el tigre.	7 versiones
b) El quirquincho y el zorro.	4 versiones
c) Otros cuentos del zorro.	12 versiones
d) Cuentos de animales varios.	11 versiones
II. <i>Cuentos maravillosos.</i>	18 versiones
III. <i>Cuentos religiosos.</i>	3 versiones
IV. <i>Cuentos humanos.</i>	39 versiones
a) Adivinanzas y acertijos.	5 versiones
b) Novelescos.	3 versiones
c) Chistes e historietas:	
1. Pedro de Urdemales.	8 versiones
2. El tonto.	6 versiones
3. Varios.	17 versiones
V. <i>Cuentos de fórmula.</i>	6 versiones

Los cuentos de *animales* se han separado en cuatro grupos, atendiendo a los animales que en ellos actúan y al hecho de que algunos cuentos del zorro constituyen ciclos ya bien conocidos. Así, en el primer grupo, que es el ciclo de mayor difusión, el zorro es el burlador, el pícaro vencedor del tigre; estos cuentos tienen paralelos en relatos europeos del zorro (zorra) y el lobo (o el oso), o en los cuentos centroamericanos de tío tigre y tío conejo. Los diferentes episodios a veces figuran como cuentos independientes, pero en la mayor parte de las versiones argentinas publicadas o inéditas se hallan encadenados, como ocurre en cuentos n^{os}. 1 y 2.

En el segundo grupo, también de características muy definidas, el zorro resulta siempre vencido o burlado por el quirquincho, animal más pequeño, que lo supera en astucia o habilidad.

Los otros dos grupos se han establecido teniendo en cuenta la presencia del zorro, el animal más popular de nuestros relatos, o su ausencia. En el tercer grupo el zorro actúa frente a adversarios diversos, a veces como burlador (del avestruz, por ejemplo, en cuento N° 14), otras como burlado (por la perdiz, en cuento N° 13). En el cuarto grupo están los relatos en los que no interviene el zorro.

Hay que destacar que muchos de los cuentos que se incluyen en esta sección no se encuentran clasificados en los índices tipológicos de Aarne-Thompson o de Boggs, confeccionados sobre la base de materiales europeos en su mayor parte. Casi todos estos temas han sido incorporados por T. L. Hansen a su clasificación de cuentos americanos, como podrá comprobarse en cada caso (cuentos n°s. 1, 2, 3, 4, 9, 10, 13, 14, 15, 23). El hallarlos en diferentes regiones del continente podría inducir a pensar que se trata de motivos americanos; sin embargo, estimamos prematuro el asegurarlo, pues serían necesarias colecciones más completas de algunas áreas para establecer los posibles centros originarios y las vías de difusión, mediante el cuidadoso estudio analítico de cada cuento en particular.

Los cuentos maravillosos, según expresa Stith Thompson, son típicos de un área "coextensiva con la cultura occidental"³⁰. Al observar el conjunto de las narraciones de este género, corrientes en nuestra tradición oral, comprobamos que en las mismas no se encuentra la originalidad postulada para algunos cuentos de animales. Las 18 versiones de relatos maravillosos aquí seleccionadas tienen su equivalente en distintas colecciones europeas. En algunos casos, nuestros cuentos representan tipos hispánicos fundamentales, determinados por Aurelio M. Espinosa en su erudita obra; véanse, por ejemplo, los cuentos 39 y 50. Señalamos, también, que estos relatos conservan muchos de los rasgos generales de la narrativa folklórica europea: personajes buenos y malos, netamente definidos y enfrentados; repetición abundante; triunfo del menor de tres hermanos (el *shulca* o *shulco* del noroeste).

Los cuentos religiosos están representados por 3 versio-

³⁰ Stith Thompson. "El cuento folklórico", cit., p. 15.

nes, en las que se evidencia la característica saliente del género: su fin moralizador.

Hemos incluido bajo la común denominación de cuentos humanos a todos los que transcurren en un mundo real, sin elementos fabulosos como en el caso anterior. Los tipos de los 39 relatos así catalogados en la presente colección permiten una segunda agrupación, para diferenciar los cuentos de adivinanzas y acertijos, los novelescos y los chistes o historietas.

El rasgo común que distingue a los primeros es la existencia de uno o varios enigmas. En los casos de cuentos de adivinanzas, éstas se proponen casi siempre en verso; por ello suele ocurrir que el relato propiamente dicho, y en el cual se halla la explicación del enigma, casi ha desaparecido, recordándose sólo la adivinanza, más fácil de memorizar por la rima o el ritmo. Así aparecen muchas de las piezas que Lehmann-Nitsche reúne en el "Grupo narrativo" de sus *Adivinanzas Rioplatenses*; la solución de las mismas condensa el relato. En otros cuentos se formula una pregunta o una serie de preguntas; la enigmática respuesta exige siempre una explicación. Por último, cabe señalar la gran difusión de estos cuentos en nuestro país.

Los cuentos novelescos se asemejan a los maravillosos por su riqueza episódica (véase, por ejemplo, el cuento N° 61), pero carecen de toda referencia mágica.

En el caso de los chistes o historietas se ha efectuado una nueva subdivisión. Aparecen juntos todos los cuentos que tienen por protagonista al popular Pedro de Urdemales, pícaro de antigua tradición hispánica, conocido en todo nuestro continente. Su nombre sufre las más variadas transformaciones y a él se le adjudica toda suerte de aventuras, las mismas que pueden hallarse ejecutadas por un pícaro innominado en zonas donde Pedro es desconocido, o, paralelamente, en las mismas regiones por donde corrió su fama. Como ocurre con algunos cuentos del zorro, ya citados, también los de Pedro aparecen como tipos independientes o encadenados, pero sin que exista un orden rígido en la secuencia.

En igual forma se han separado del conjunto de los chistes todos los cuentos del tonto, entre los que se ejemplifica su actuación como tonto verdadero (cuento N° 75), o como tonto pícaro (N° 74).

Hemos llamado cuentos de fórmula a los del último grupo, siguiendo la denominación del índice de Aarne-Thompson; en todos hay, más o menos evidente, alguna fórmula fija. Las versiones seleccionadas tienden a mostrar las distintas clases de estos cuentos: encadenados (Nº 100); acumulativos (Nº 97); de nunca acabar (nºs. 95, 98); sin terminar o truncos (Nº 99). Debemos señalar que se ha incluido en este grupo al cuento Nº 96 sólo porque el tipo respectivo (2015) figura en la sección "Formula Tales", del índice tipológico citado; para nosotros no es cuento de fórmula.

Todas las versiones que integran esta primera serie se han tomado del archivo de cuentos de este Instituto. El ex Instituto Nacional de la Tradición, mediante la recolección directa efectuada por sus investigadores viajeros, logró reunir una colección de cuentos tradicionales superior a las 500 versiones; sus autoridades, con muy buen criterio, se preocuparon por documentar este aspecto de la literatura oral, hasta ese momento bastante descuidado en relación con la poesía. El archivo se vió aumentado considerablemente con el aporte de los materiales de la Encuesta Folklórica del Magisterio, organizada en 1921 por el Consejo Nacional de Educación (en sus legajos hay más de 2.000 versiones de cuentos). A este material se ha sumado el anotado por los investigadores a partir del año 1956, en que se creó el Instituto Nacional de Filología y Folklore.

Seguidamente se detalla el nombre de los colectores, los cuentos anotados por cada uno y la zona de su actuación.

JULIAN B. CACERES FREYRE, director interino del Instituto Nacional de Filología y Folklore. *12 cuentos* (nºs. 1, 14, 27, 51, 61, 68, 69, 70, 72, 73, 75, 77). Anotados como investigador viajero del ex Instituto Nacional de la Tradición, en las provincias de La Rioja (11 versiones) y Santiago del Estero (1 cuento, nº 27). Años 1944 a 1954.

colectores
↓

JESUS MARIA CARRIZO, investigador de este Instituto. *41 cuentos* (nºs. 7, 8, 15, 17, 19, 23, 24, 25, 28, 29, 30, 35, 36, 37, 38, 40, 41, 42, 46, 47, 49, 50, 52, 54, 55, 56, 57, 59, 60, 66, 67, 71, 74, 76, 79, 81, 82, 83, 88, 90, 100). Provincia de Catamarca; años 1944 a 1956.

GUILLERMO E. PERKINS HIDALGO, investigador de este Instituto.

9 cuentos (n^{os}. 10, 32, 43, 62, 63, 65, 89, 92, 93). Este de la provincia de Corrientes, departamentos de Santo Tomé y San Martín. Años 1944 a 1956.

RICARDO L. J. NARDI y SUSANA CHERTUDI, investigadores de este Instituto. 22 cuentos (n^{os}. 4, 5, 6, 9, 12, 13, 16, 18, 21, 31, 34, 39, 44, 45, 48, 53, 58, 80, 84, 86, 94, 96). Anotados en 1957 a la misma informante, señorita Juara T. Nardi, oriunda de Frías (Santiago del Estero). 1 cuento (n^o 64) fué anotado por Susana Chertudi en la provincia de La Rioja, en enero de 1958.

MARIA M. LARRAMENDY DE CURONE, colaboradora voluntaria del Instituto. 5 cuentos (n^{os}. 2, 20, 78, 91, 97). Anotados en la provincia de Buenos Aires (partidos de Magdalena y Maipú) y remitidos en el año 1953.

ENCUESTA FOLKLORICA DEL MAGISTERIO. 10 cuentos (n^{os}. 3, 11, 22, 26, 33, 85, 87, 95, 98, 99). Año 1921. Los nombres de los maestros que los enviaron figuran al pie de cada versión.

Cada cuento lleva una pequeña nota, en la que se consignan: a) clasificación referida a los índices ya citados; b) versiones publicadas en Argentina, América hispánica y España; c) sumaria referencia a la difusión o características del relato correspondiente.

Al final del libro se agregan: a) Registro de los tipos de cuentos incluidos, para el que hemos tomado como guía los que publica el investigador Walter Anderson en la revista *Fabula*; b) Bibliografía general, dividida en secciones para facilitar su consulta; c) Léxico que reúne las palabras impresas en bastardilla en el texto de los cuentos.

Por último, debe hacerse una breve aclaración acerca de la lengua de los cuentos. Dado que la finalidad esencial de esta publicación es hacer conocer parte del abundante material narrativo inédito, no se han efectuado transcripciones fonéticas ni fonológicas, las cuales no habrían sido posibles en el caso de los textos de la Encuesta del año 1921. Por ello se han conservado las grafías tradicionales; por ejemplo, se emplea *ll* e *γ*, aunque varía su pronunciación en las distintas áreas (hay zonas que diferencian y otras que unifican); se emplea *s*, *z* y *c* (ante *e* ó *i*), aunque equivalen a *s* (en raros casos, a *z*), etc.

Sin embargo, se han representado ciertos fenómenos fo-

néticos, como ser: cambios vocálicos, contracción y reducción fonéticas, diptongación, y epentética, caída de *d* final y en las terminaciones *-ado*, *-ido*, *-ida*, existencia del fonema *sh* (fricativa alvéolopalatal sorda) en el noroeste y en algún brasileñismo del litoral, etc. También se hallarán cambios de género, distinto empleo de prefijos y sufijos con respecto a la lengua literaria, mayor uso de diminutivos, fenómenos de analogía morfológica, voseo, empleo del pronombre *los* en lugar de *nos*, pronombres proclíticos, casos de pérdida de la preposición *de*, etc. Se observará la abundancia de indigenismos, los cuales se han incluido en el *Léxico*. Además figuran en él los brasileñismos del litoral, las voces de origen español no asentadas en el *Diccionario de la Lengua Española*, de la Real Academia Española, las acepciones no registradas de voces conocidas y las voces o acepciones no indicadas para la Argentina, o que se indican, pero con definición errónea. En los textos se podrá constatar, asimismo, la vigencia de numerosas formas arcaicas.

SUSANA CHERTUDI.

Buenos Aires, diciembre de 1959.

I. CUENTOS DE ANIMALES

a) El zorro y el tigre

1. EL ZORRO Y EL TIGRE

El zorro y su tío el tigre eran muy compañeros, pero de muy distintas ideas. Un día salieron al campo a buscar que comer y llegaron junto a una laguna de agua de creciente. El tigre se echó a dormir al pie de un algarrobo, y lo mandó al zorro que vaya a mirar qué clase de animales venían a beber agua. Después de un rato, gritó el zorro que venía una majada de ovejas y que entre la majada venía un cordero orinando grasa. El tigre le contestó:

—¡Dejalas a esas, parecidas a vos!

Después de un rato más, gritó otra vez el zorro que venía una tropilla de vacas; entre medio de ellas venía una ternera de año orinando grasa. El tigre le contestó:

—¡Dejala a ésta, parecida a vos!

Volvió a gritar el zorro que venía una tropilla de mulas y caballos y qué sé yo. El tigre le dijo que las deje llegar no más. Y en cuanto llegaron se cazó la mejor mula y se la comió, pero al zorro, que tuvo el trabajo de estar mirando y estarle avisando, no le tiraba ni los huesos. Después de tanto pedirle, le dió la vejiga, y al ver que no le quería dar más, se retiró antes de que lo coma a él también. El tigre le gritó que vaya y mire si no venían los dueños de la mula, y mientras tanto se acostó a hacer la digestión.

El zorro se fué, pero a buscar algo para vengarse. Infló

la vejiga y la secó, y la puso en la puerta de la casa de los *guanqueros*, y cuando estuvo llena de *guanqueros*, la ató y se la puso atada en la cola del tigre, que estaba durmiendo. Luego corrió a una loma y desde allí le gritó:

—¡Tío tigre, viene la comisión a buscarlo!

Se despertó el tigre y sintió la bulla que hacían los *guanqueros* atados a su cola y, asustado, se largó a disparar. Disparó durante varias horas y la comisión siempre por detrás, hasta que, cansado, no pudo correr más, ya rematado, y se tiró al suelo.

—¡Que me pille la comisión! ¡Qué le voy a hacer! ¡No puedo más!

Descansó un poco, y al ver que la comisión no llegaba, se paró a mirar y se vió la vejiga que había dado al zorro, llena de *guanqueros*.

—¡Maldito Juan! En cuanto lo pille, lo voy a matar —dijo el tigre.

Mientras tanto Juan estaba comiendo muy tranquilo y todavía se hizo una sogá de charqui, con la carne que le sobró. El zorro ignoraba el juramento del tío tigre. Pero como era más prevenido que nadie, ya lo encontró el tigre que estaba trenzando un lazo, del mismo cuero de la mula que había matado el tío. Ante todo, el tigre, de curioso, le preguntó para qué eran esos lazos tan largos que estaba trenzando. El zorro le contestó que estaba trenzando esos lazos para atarse a un árbol, porque estaba anunciado un gran viento norte, que iba a arrastrar a todos los grandes, y agregó:

—Para mayor seguridad, yo me voy a atar para que no me lleve, y este viento está anunciado para hoy dentro de dos horas; ya va a llegar.

El tigre, asustado, le dijo:

—Por favor, atame a mí primero, no sea que me lleve el viento.

—¿Cómo, si no tenemos con qué? —respondió Juan.

—Y... con tus lazos.

—¿Y yo?

—A vos no te hará nada, vos sos liviano —dijo el tigre.

—¡Dios quiera! —dijo el zorro—; bueno, te voy a atar.

Y así lo hizo; lo ató a un algarrobo y lo dejó todo el día. Vino la noche, y el viento no llegaba. Mientras, el sobrino disparó y lo volvió a embromar al tío.

Cuando consiguió desatarse, el tigre siempre andaba buscándolo a Juancito, para pagarse las que le debía, hasta que una vez lo vio pasar por un puente y se dijo:

—Voy a esperarlo debajo del puente. Siempre tiene la costumbre de andar por un mismo camino.

Y se echó a esperarlo debajo del puente. El zorro tomó el olfato de que el tigre estaba debajo del puente y cortó una varilla bien arreglada. Venía pasando por sobre el puente, cuando el tigre lo agarró de la pata; el zorro gritó:

—¡Por favor, no me quiebres el bastón! Tómame mi patita.

El tigre soltó la pata del zorro y tomó la varilla, y así tuvo oportunidad de embromarlo tres veces al tío.

El tigre enojado no podía encontrar al zorro. Un día salió al campo a buscar algo que comer; después de mucho andar encontró una yegua muy preñada. En cuanto la yegua lo vio al tigre, no tuvo tiempo de disparar y se le ocurrió la idea de hacerse la renga. Llegó el tigre y le preguntó qué es lo que le andaba pasando, que él andaba con hambre y la iba a comer. La yegua le dijo:

—Pero, señor tigre, cómo me va a comer; mire que ando renga.

—A mí no me importa, yo te voy a comer lo mismo.

—Bueno, si me quiere comer, primero tiene que sacarme una espina que tengo en la pata.

El tigre le dijo con voz fuerte y de malo:

—A ver esa espina, levántame la pata.

En cuanto el tigre agachó la cabeza para verle la espina, la yegua lo hizo ver mil estrellas de una patada y lo dejó tendido hasta la oración.

El tigre se levantó mal de la cabeza y continuó en busca de qué comer; llegó a un río y encontró tres carneros peleando. Llegó y les dijo el tigre:

—¿Qué es lo que están haciendo ahí?

Le contestaron los carneros:

—Estamos peleando.

—Vengo a comerlos porque tengo hambre.

Los carneros, asustados, le dijeron:

—Hagamos un trato: usted se sienta sobre esa piedra y nosotros le vamos a pegar un bote despacito; al que le pegue más fuerte, a ése lo come primero.

El tigre aceptó; los carneros retrocedieron y se hicieron una seña: que le peguen con toda fuerza. El tigre se sentó muy tranquilo esperando cuál le pegaría más fuerte, rogando que sea un gordito. Cuando quiso acordar, ya se venían los tres carneros como balas, y dieron cuenta de él, dejándolo tirado, más muerto que vivo.

Andaba con la mala el tigre y muy hambriento, hasta que un día se encontró con un labrador que estaba arando con sus bueyes. El tigre le dijo que venía a comerlo a él con sus bueyes y todo; el hombre le dijo:

—Pero mire que yo estoy trabajando para dar de comer a mis hijos, y usted me quiere comer.

—A mí no me importa, yo lo como ya —contestó el tigre.

En ese momento el zorro, que estaba escondido viendo lo que acontecía, ahuecando la voz le gritó al labrador:

—Dígame, amigo ¿no ha visto usted por aquí un tigre, que lo ando buscando para matarlo?

El tigre, al oír esto, se asustó y le dijo al hombre que le diga que no lo ha visto.

—No lo he visto —respondió el hombre.

—Y ese bulto *overito* que está cerca tuyo, ¿qué es? —respondió el zorro.

—Decile que es tu saco —dijo el tigre.

El hombre repetía lo que le iba dictando el tigre.

—Alzalo y echalo dentro de ese saco de cuero —le dijo el zorro.

—Alzame y echame dentro —dijo el tigre, y así lo hizo el hombre.

—Atale la boca con tientos —gritó el zorro.

—Atame, pero no fuerte, así puedo escapar fácil —dijo el tigre.

El zorro, de lejos, le hacía señas de que lo ate bien, para que no salga; el hombre, con miedo y todo, lo ató bien fuerte.

—Ahora pegale bien fuerte con el ojo del hacha —dijo el zorro.

—Bueno, ahora pegame despacito —dijo el tigre.

El zorro hacía señas de que le pegue fuerte, a todo lo que dé; el hombre le pegó a todo lo que da tantos golpes que no le dejó ni el cuero sano.

Mientras, el zorro se venía a los saltos, contento, diciendo al hombre:

—Mirá, como yo te salvé la vida debés darme una recompensa.

El hombre contestó:

—Cómo no, amigo; voy a darte una bolsa de gallinas.

—Pero, hombre —le dijo el zorro—, eso es lo que andaba queriendo.

Y se fueron a la casa sin perder un momento; el hombre le dijo a Juan que se quede a una distancia de la casa, porque si no los perros lo iban a correr.

—Bueno —dijo el zorro, y se quedó a esperar.

El hombre se llegó a la casa y echó tres galgos en la bolsa, y la trajo.

—Mire, amigo zorro, le traigo unos pavos porque las gallinas están muy flacas.

—Es lo mismo, hombre —le dijo el zorro.

—Póngase del lado de la boca de la bolsa, que yo le largo para que vaya pillando uno por uno —dijo el hombre.

—¡Muy bien! —contestó el zorro.

Y ya le largó los perros, y me lo vieron picar al zorro a toda carrera; lo corrieron hasta llegar a una cueva. Dijo Juan:

—¡Ah, mis patitas, que son ligeras!

Se olió la cola, que estaba toda sucia, y dijo:

—Salí, cola cochina, que coman los perros por cochina.

Sacó la cola afuera y allí me lo cazaron los perros y me lo hicieron mil pedazos. Ese fué el fin del zorro.

Informante: Francisco Ramos. 21 años.

Alpasinche (La Rioja).

2. EL ZORRO Y EL TIGRE

Este era un zorro y un tigre. Una tarde de invierno, a eso del mes de julio, así que llovía y un frío que no se podía andar, dice el zorro:

—Yo no puedo salir a los gallineros a robar gallinas ni a comer huevos; me voy a dar una vuelteita por el pueblo, a ver si encuentro dónde viven mi tío y mi tía, que me han dicho que están en el pueblo.

Se puso el *tirador* rodeado de botones, y un gorro colorao, y un pañuelo colorao extendido al pescuezo. Y salió.

A eso de la entrada del sol, preguntando a uno y a otro, si no los conocían al tigre y a la tigra, que el tigre se llamaba Francisco y la tigra Anita, llegó a la casa. Llamó y salió el tigre, y le dice:

—Pero, Juancito, ¿qué estás haciendo?

—Y... vengo a visitarlos.

Entonces el tigre la llama a la tigra:

—¡Anita! ¡Vení, mirá quién ha venido!

Sale la tigra:

—Pero, Juancito, ¿qué andás haciendo?

—Vengo a visitarlos, mi tía.

—Pasá, que vamos a tomar mate.

Entró Juan, y la tigra dice:

—Pero che, Francisco, qué bien te vendría si Juancito se quedara con nosotros, para que te ayudara a carnear.

Porque el tigre salía las más de las noches y rodeaba la manada de las yeguas, y agarraba una y la degollaba. Y tanto y tanto estuvieron diciéndole que se quedara, que se quedó con ellos.

Y a la noche siguiente salió el tigre con Juancito. Rodearon una manada, voltearon una yegua, y el zorro andaba con mucha hambre por el frío, y esa noche no había cenado. Ya no podía más, y le dice al tigre:

—Mi tío, déme la sangrecita de la yegua.

—¿Qué te la voy a dar, si tu tía me la ha encargado para hacer morcillas?

Pasa otro rato, y el zorro dice:

—Mi tío, déme las orejitas de la yegua.

—Tas loco, Juancito, cuando son los aros que llevo pa' tu tía.

A otro rato:

—Mi tío, déme la colita de la yegua.

—Tas loco, che Juancito, cuando es la trenza que llevo pa' tu tía.

A otro rato:

—Mi tío, déme los vasitos de la yegua.

—Qué te voy a dar, cuando son las peinetas que llevo pa' tu tía.

Después dice Juan:

—Mi tío, déme la *tela* de la yegua.

—Tas loco, Juan, es la pañueleta que llevo pa' tu tía.

A otro rato:

—Mi tío, déme el culito de la yegua.

—Tas loco, Juancito, si es el anillo que llevo pa' tu tía.

Acabaron de carnear, y le dice el tío:

—Bueno, Juan, ahora te vas con esta carne, y le decís a tu tía que haga la cena temprano, y que a mí no me espere hasta mañana, porque voy a carnear otro animal.

Lo cargó de carne, y se fué el zorro. Y va y le dice a la tía:

—Aquí le manda mi tío esta carne, y dice que haga la cena temprano, y que se acueste a dormir conmigo, que él no va a venir hasta mañana.

Y le dice la tigre:

—¡Ah, sí!, ya me vas a engañar. ¿No ves que no te voy a creer, que tu tío me va a mandar decir eso? (Porque el tigre era malísimo con la tigre).

Y el zorro dice:

—Y bueno, mi tía, si no me quiere creer no lo crea; yo mañana cuando venga mi tío le voy a decir que usted no me cree.

Ya la tigre se puso a cocinar y llorar al mismo tiempo, y el zorro pasaba por la puerta cantando:

—Yo mañana cuando venga mi tío... ¡yo le contaré!

Salía la tigre sonándose las narices, a la puerta:

—¿De veras, Juancito, ha dicho eso tu tío?

—Sí, mi tía, pero si usted no me quiere creer...

Estuvo la cena, y la tigre dice:

—Vení, Juancito, vamos a cenar.

Cenó bien el zorro, que ya no podía más, si estaba con un hambre que se moría, y fueron y se acostaron.

Al otro día, a la mañana temprano, cuando echó de ver que el tigre iba a venir, dijo Juancito:

—Bueno, mi tía, yo me viá levantar a hacer el fuego, calentar agua pa' cuando venga mi tío, que vendrá con un frío el pobre. . .

Y ya se puso el *tirador* colorao y salió.

—¡Qué fuego ni qué fuego! —dijo el zorro, y disparó.

Y vino el tigre:

—¡Anita, abríme la puerta!

Se levantó la tigre llorando todavía.

—¿Y Juancito? —preguntó el tigre.

—Ahi está haciendo fuego pa' esperarte a vos. ¡Qué buena gracia hiciste anoche, que le mandaste que cenara y que se acostara conmigo!

Y dijo el tigre:

—¡*Juna gran sietel*! Me voy a ir a ver si lo encuentro.

Y le pegó una paliza a la tigre, y se fué a buscarlo, y en lo que iba por la costa de un arroyo, entre unos *uncos* secos, a eso de las doce del día, *redepenle* lo alcanza a divisar a Juancito que estaba durmiendo al solcito.

Venían las moscas y se le asentaban en la nariz, y el zorro:

—¡Psch . . . psch! ¡Qué animales estos! Sobre que mi tía anoche no me dejó dormir a besos y abrazos . . .

Y amigo . . . ¡el tigre! . . . A otro rato, vuelta a espantar las moscas el zorro:

—Pero, ¡qué animales! Sobre que mi tía estaba tan cariñosa, estos animales no me dejan descansar.

Un repente pareció que se había sentido un ruidito; abre los ojos Juancito y lo ve al tigre que le tiró un zarpazo con tantas ganas que le erró y el zorro se le pasó por entre las piernas disparando. ¡Y lo sacó el tigre, amigo! Y lo llevaba cerquita, y va y encuentra una cueva Juancito, en la raíz de un árbol, y se entra; al tiempo de entrar va el tigre y le agarró la cola. El zorro, como es tan diablo, le dice:

—Tíre, no más, mi tío. ¡La *pucha* que había sido chica la raíz del árbol que agarró!

Y lo soltó el tigre y él se fué al fondo de la cueva.

Entonces dice el tigre:

—¿Ahora qué hago yo? Si no tengo con qué cavar la cueva...

En eso que estaba pensando, iba un sapo cazando; lo paró y le dice:

—Vení, che; cuidame aquí en la puerta, que no vaya a salir Juancito, mientras yo voy a las casas a traer la pala.

El sapo no quería:

—No, mi tío, que mamita me manda.

—No, quedate no más, que mi comadre no va a decir nada.

Bueno, se quedó el sapo echado a la puerta de la cueva, y ya Juancito, cuando sintió que se fué el tigre, salía a la puerta haciéndose el que comía. (Aquí la relatora imitaba con manos y boca la acción de masticar, haciendo ruido exagerado).

—¡Qué dulce está esto! ¿Le habré echado azúcar de más?

Entonces el sapo le pregunta:

—¿Qué comés, Juancito?

—La pregunta tuya, ¿qué viá comer? ¡Mote!

El zorro se entraba y volvía a salir:

—Pero, le he echado azúcar que repugna esto!

Entonces le dice el sapo:

—Dame, Juancito, un poquito.

—Mirá, del modo que te puedo dar, que abrás la boca bien grande y los ojos también —le dice el zorro.

Abrió el sapo los ojos y la boca, y agarró Juan y le echó un puñado de tierra; mientras el sapo se refregó los ojos y se limpió la boca y todo, el zorro pegó un salto por encima de él, y se escapó.

Y de allá venía el tigre, amigo, bañado en sudor y con la pala, y le preguntó al sapo:

—Y, ¿no ha salido?

—No —contesta el sapo—, vino a salir y le pegué una cachetada que si no le he volteado los dientes, falta poco. Bueno, entonces, mi tío, ya me voy.

—No, no; hasta que yo saque a Juancito no te vas a ir.

Dele cavar el tigre; llegó al fondo de la cueva:

—¡Dea... *deande*, Juancito!

Luego que se escapó de la cueva, el zorro se ganó al monte y se subió a un árbol. Cuando no lo encontró, el tigre quiso matar al sapo, y él le dijo:

—¡No me mate, mi tío!

—Entonces, ¿qué te hago? ¿Te mato?

—No, mi tío.

—Entonces, ¿te corto por la mitad?

—Y . . me junto otra vez.

—Entonces, ¿cómo hago para matarte?

Y dice el sapo:

—¿Sabe del modo que me puede matar? Que me agarre de una pata, me revolee y me tire al agua.

Lo agarró el tigre y lo revoleó y lo tiró al medio del río. Y soltó la carcajada de risa el sapo:

—¡Ja, ja, ja! Qué más quiere el sapo que lo tiren al agua.

Ahí no más se tiró el tigre; cuando estuvo cerquita pegó una zambullida el sapo y se fué abajo del agua, y salió a una distancia.

—¡Mi tío! —le gritaba.

El tigre se cansó y salía para la orilla; entonces venía el sapo, lo agarraba de la cola y lo sumía para abajo.

El zorro, mientras, se subió a un árbol y el tigre pensaba de qué modo podía agarrar a Juancito. Y un día dice el tigre:

—Me voy a dar una vuelta por el monte, a ver si lo encuentro.

Y en lo que iba en el monte, el tigre siente que uno decía:

—¡Eh! ¡Bostita!, que te estás quemando. ¡No te quemés!

Y entonces miró el tigre para arriba, y lo ve a Juan que estaba friyendo pescado.

—Pero, ¿qué estás haciendo ahí? —le dijo el tigre.

—¡Qué voy a estar haciendo, mi tío! Friyendo pescado.

—¿Y cómo hiciste pa' subir? —pregunta el tigre.

—¡La pregunta, mi tío! Con la cabeza p' abajo y el c . . . p' arriba. ¡Suba, mi tío! —le decía el zorro, que era tan diablo enteramente.

Empezó a subir el tigre, con la cabeza para abajo, y el zorro a hacer hervir el sartén de aceite. Cuando lo tuvo cerquita, le volcó el sartén de aceite, y allá se vino el tigre dando

vueltas hasta el suelo. Disparó derecho a una laguna que había, y el zorro se golpeaba la boca y gritaba:

—¡Juá, juá, juá! ¡Allá va mi tío b... quemadas!

Y se fué el tigre para las casas a los quejidos; salió la tigre y ya fué y trajo un poco de aceite, y lo comenzó a curar con una plumita por toda la panza y donde estaba quemado.

Bueno, dejó pasar mucho tiempo el tigre después de la quemadura, y un día le dicen:

—Mirá, si querés agarrar a Juancito, va todas las tardes a tomar agua al río. Vos lo que podés hacer es esconderte abajo de esa barranca, que a eso de las dos o las tres de la tarde, va.

Bueno, fué el tigre y se escondió; el zorro, como era tan diablo enteramente, lo había estado mirando de arriba de una planta, que había ido el tigre por ese lado.

A eso de las dos de la tarde agarró el zorro al trotecito y se paró a una distancia así lejos, y le preguntó al agua:

—¿Agüita, te beberé?

Nada, callada. Al rato, otra vez:

—¿Agüita, te beberé? ¡Oh!, ¿qué le pasa a esta agua?

—dice el zorro—. Otras veces, cuando le hablo, a la primer vez no más me contesta. Bueno, van dos veces; ahora, si no me contestás, no te bebo nada.

Entonces, cuando dice el zorro:

—¿Agüita, te beberé?

—¡Bebeme! —le dice el tigre de abajo.

—¡Agua que habla no bebo yo!

Y salió el zorro que se las pelaba.

Bueno, después de mucho tiempo, y un día de verano el zorro dice:

—Ya mi tío se habrá olvidado de mí.

Fué y se acostó a dormir tranquilo. El tigre había salido a dar una vuelta; de repente ve un bulto que estaba al lado de unos cardos.

—¿A que aquél es Juancito que está allí?

Y va el tigre despacito, en puntas de pie, y de las ansias que tenía de agarrarlo va y se lo traga sin mascararlo.

—Ahora sí que sí, me voy pa' las casas —dijo el tigre, y salió.

Y el zorro decía:

—Ahora, ¿cómo salgo yo *dentre* la panza de mi tío? Si salgo por la boca, me va a mascar; si salgo por las narices, me va a olfatear; si salgo por las orejas, me va a oír; si salgo por las patas me va a cocear; y si salgo por el c... me va a c...r.

Y en eso que estaba se acuerda el zorro que en el tirador tenía un cuchillito, y lo que iba al trote el tigre, lo hincaba con el cuchillito; pegaba un alarido el tigre y se torcía todo. Hasta que un redepente le abrió la panza; ahí no más le cortó la cola y salió el zorro para donde estaba la tigua.

—¿No lo has visto a tu tío por ahí, Juancito? —le preguntó la tía.

Y entonces el zorro le dice:

—¿Cómo no lo voy a ver, si hemos peleao?

—Mentira, Juancito.

Pero el zorro le dice:

—Mire, pa' que vea que es cierto, aquí le traigo la cola.

Y entonces el zorro se quedó con la tía, y estarán hasta ahora juntos.

Informante: Cecilia Gómez. 72 años.

Magdalena (Buenos Aires).

Número 1

- a) *El tigre carnea*. El zorro le pide una porción y aquél se la niega. En cambio, le pide que lleve su parte a la tigre (o le entrega sólo la vejiga).

Hansen: 51 ** A.

Argentina: Antología I, 75-77. Burgos 54-59. Bravo 118-119. Canal Feijóo 75-77. Cano 209-210. Cañete de Rivas 133-134. Dávalos 123-124. Dávalos, Gauchos 198. Di Lullo 254-255. Franco 154-157. Gucovsky 69-70. Pampa Viejo I, 178-179. Rojas 158. Sajoux 127-134. Zapata Gollán II, 1.

América: Cadogan, Guairá (El jaguar y el zorro).

El motivo es variante del tipo 51 de Aarne-Thompson (La parte del león); en nuestros cuentos sólo aparece el zorro junto al tigre. Este episodio inicia generalmente la secuencia y los motivos que siguen desarrollan las distintas burlas del zorro.

- b) *Las avispas en la vejiga*. El zorro llena una vejiga de vaca con avispas; la ata a la cola del tigre dormido. Cuando éste despierta, oye el zumbido, y como el zorro le dice que son los perros (o los cazadores) que vienen, echa a correr hasta que cae de cansancio. Hansen: 51 ** A.

Argentina: Antología I, 77-78. Burgos 59-60. Canal Feijóo 77-78. Cano 210-211. Cañete de Rivas 134-135. Dávalos 125-127. Di Lullo 255; 257-258. Franco 154-157. Morales 6-7. Pampa Viejo I, 178-180. Sajoux 127-134. Zapata Gollán II, 1.

América: Cadogan, Guairá (El jaguar y el zorro). García XVI.

- c) *El huracán*. El zorro persuade al tigre de hacerse amarrar a un árbol para no ser arrastrado por el huracán. Lo apalea o abandona. Hansen: ** 74 A.

Thompson: K. 713. 1. 1.

Argentina: Aramburu, Urdemales 178-184. Canal Feijóo 91-93. Di Lullo 256-257. Franco 166-168. Koessler 91-93. Morales 8-9. Morales, Fábulas 47-51 (3 versiones). Quiroga 222-223. Rojas 113-115. Zapata Gollán II, 3.

América: Arellano 103. García VIII. Mason-Espinosa PRF V, 1, 2, 3, 5, 7, 11, 12, 14, 16, 17, 21. Mendoza 410.

- d) Aarne-Thompson: 5 (La pata mordida).

Argentina: Abalos 105. Antología I, 78. Dávalos 63-67. Di Lullo 258. Morales 15.

América: Andrade 244. CEAP 3. Espinosa SFNM 110. García XII. Mason-Espinosa PRF V, 40. Paredes Candia 31. Tía Panchita 163-167.

- e) Aarne-Thompson: 122. A (Cf. cuento n° 24).

- f) Boggs: * 161.

Thompson: K. 235. 1 (Cf. cuento n° 7).

Número 2

- a) *El tigre carnea*. Es el mismo motivo del cuento anterior.

- b) *El zorro duerme con la tigre*. La engaña, diciéndole que así lo ordena el tigre.

Thompson: K. 1354. 2.

Argentina: Ayala Gauna 133-134. Bravo 120-121. Canal Feijóo 79-81. Cano 211-212. Cañete de Rivas 134. Dávalos, Gauchos 198-199. Di Lullo 255. Zapata Gollán II, 1.

Este motivo se encuentra también en dos relatos indígenas: uno anotado por A. Métraux¹ y otro por Erland Nordenskiöld².

- c) Aarne-Thompson: 5 (Cf. cuento n° 1).
- d) Aarne-Thompson: 73 (Cf. cuento n° 21).
- e) Aarne-Thompson: 1310 (El cangrejo sastre: en castigo lo tiran al agua).
Argentina: Cañete de Rivas 107-108.
América: Andrade 91, 156, 158. Mason-Espinosa PRF V, 1, 6.
- f) Thompson: F. 872. 2 (Baño con aceite hirviendo).
- g) "*Agüita, ¿te beberé?*". El zorro perseguido baja a un arroyo a beber. Sospecha lo que es verdad: el tigre está oculto aguardándolo. Pregunta el zorro: "*agüita, ¿te beberé?*". El tigre para asegurarse la presa, contesta. El zorro escapa diciendo: "Agua que habla no bebo yo".
Semejante a Hansen: ** 74. B.
Thompson: J. 581 - J. 2351.
Argentina: Antología I, 77. Canal Feijóo 89-90. Cano 212. Cañete de Rivas 135. Dávalos 127-128. Koessler 94-95. Pampa Viejo I, 178-180. Rojas 117-118. Sajoux 127-134. Zapata Gollán, Ana-les 117-120.
América: Mason-Espinosa PRF V, 1, 4, 7, 13. Rael 373, 390.
- h) Thompson: F. 913 (El zorro escapa del vientre del tigre).

3. EL TIGRE Y EL ZORRO

Cierto día encontró el zorro a su tío tigre comiendo una presa y le pidió le hiciera parte de ella, pues llevaba el estómago vacío, pero el tigre se negó. El vengativo sobrino esperó a que su tío durmiera y entonces le amarró a la cola una vejiga llena de avispa, que al volar dentro de ella hacían un fuerte zumbido. El zorro, con un grito de alarma, le dijo:

—Tío, huya que viene persiguiéndolo una guardia armada.

¹ A. Métraux, "Mitos y cuentos de los Indios Chiriguano". En: Revista del Museo de La Plata. Tomo XXX (tercera serie, tomo IX). Buenos Aires, 1932. pp. 179-181.

² E. Nordenskiöld, "La vie des indiens dans le Chaco". En: Revue de Géographie, tome IV. Paris, 1912. pp. 247-249.

El tigre se dió a una carrera desesperada, llevando siempre detrás el ruido que producían los que creía sus perseguidores. Cuando se dió cuenta de la broma, juró tomar desquite.

Entonces se tendió en medio de la cueva y simuló estar muerto, mientras su mujer invitaba para el velorio al *quirquincho*, a la *charata*, al cuervo, a la comadreja y otros conocidos. También buscó al zorro y le dijo:

—Sobrino Juan, tu tío ha muerto y te nombró tutor de tus primos; es necesario que vayas a nuestra casa a cumplir tu misión.

El astuto Juan llegó hasta la puerta y vió a su tío velándose, pero desconfiado siempre, dijo:

—Yo voy a creer que está muerto sólo que mi tío mueva la cola.

El tigre, para convencerlo, sacudió fuertemente la cola. Entonces el zorro, dando media vuelta, dijo:

—Muerto que mueve la cola es porque no está muerto.

Y echando patas al aire, exclamó mientras corría:

—¡Patitas, para cuándo si no son para agora!

Informante: Andrónico Alderete. 60 años. Enviado por la señorita Sofía Frías, directora de la escuela n° 205 de El Puestito (Tucumán). Legajo n° 125.

Este tema aparece como cuento independiente o como episodio conectado con otros del ciclo del zorro y el tigre. El motivo se halla también en relatos de otros países americanos: en Méjico lo anotaron Vicente T. Mendoza y Virginia R. R. de Mendoza (El coyote y la zorra) y en Puerto Rico lo recogió J. Alden Mason (El conejo y el tigre). La zorra y el conejo de estos cuentos desempeñan el mismo papel que el zorro de la versión argentina, que no se deja engañar por el ardid del tigre. La síntesis de este tipo es la siguiente:

"Muerto que tose". El tigre se hace el muerto y cuando el zorro se acerca tose o suelta un "crepitus ventris". El zorro huye: "Muerto que tose yo no velo".

Hansen: ** 74. C.

Thompson: J. 581 - K. 1860.

Argentina: Canal Feijóo 138-143. Dávalos 131-136. Di Lullo 258-259. Gucovsky 75-77. Koessler 93-94. Pampa Viejo I, 182-183. Zapata Gollán II, 5.

América: Andrade 244. Mason-Espinosa PRF V, 4, 13, 16. Mendoza 410. Rael 381, 389, 390.

4. EL ZORRO, EL TIGRE Y LOS CALANCOS

Una vez, el zorro se encontró con el tigre y empezó a lamentarse porque tenía ganas de comer fruta y no era época; ya se había terminao. El tigre le dijo:

—¡Cómo no va a haber! Arriba d'esos barrancos hay una quinta con frutas de todas clases, pero vos no vas a poder subir porque es muy trabajoso. Si querís yo te llevo.

El zorro aceptó. Montó en el lomo 'e su tío y se jugaron. Desde el espinazo 'el tigre trepó a lo alto 'el barranco.

—Apurate a volver porque te espero pa' bajarte —le dijo el tigre.

Don Juan entró a la quinta y, entusiasmao, empezó a comer toda clase 'e fruta. Así se le pasó el tiempo sin darse cuenta; cuando volvió no lo halló al tigre. Entonces se puso a pensar cómo iba a hacer pa' bajar. Por ahí encontró unas varas de *sacha lazo*, las unió y les ató una piedra en la punta que hizo caer hasta el *plan*. Agarrándose 'e las varas empezó a descolgarse; en eso pasó una bandada 'e *calancos* que empezaron a insultarlo y a avisar que andaba robando.

Don Juan, enojao, se puso a gritarles:

—¡Habladores, patas chuecas! ¡Picos torcíos!

Los *calancos* se volvieron y con los picos cortaron las ramas; el zorro cayó al pie 'el barranco. Al rato volvió el tigre y lo halló con la cara hinchada y todo lastimao.

—¿Qué te pasó? —le preguntó.

—Me comenzaron a insultar unos *calancos* y como les contesté me rompieron la cuerda y me caí.

—Eso te pasó por tardar tanto. Yo ya te había recomendado que no te demoraras; como no volvías me cansé de esperarte y me juí.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frias (Santiago del Estero).

Hansen: ** 59. A.

El zorro desciende mediante una soga, se burla de unas aves que pasan volando y éstas, para vengarse, cortan la soga con sus picos y lo hacen caer de gran altura. Semejante a éste es el cuento recogido por Di Lullo, también de Santiago del Estero: *Don Juan subiendo al cielo*, p. 250. El mismo motivo figura como desenlace en dos versiones del tipo 225 de

Aarne-Thompson (cf. cuento n° 32); una publicada por Dávalos: *Viaje del zorro al cielo*, pp. 103-120, y otra anotada por A. Métraux: *Ascensión al cielo*, p. 72¹.

Motivo semejante, pero no igual, aparece en el cuento portorriqueño *Historia del conejo* (Mason-Espinosa PRF V, 66), que también desarrolla el tema del viaje al cielo. Esta versión, recogida por J. Alden Mason, ha sido clasificada como III D por Espinosa (tomo III, p. 307) y es la única de su tipo que se menciona en dicho estudio.

5. EL ZORRO, EL TIGRE Y LA YEGUA

Una vez el tigre lo mandó al zorro que buscara pa' comer y le dijo que si no encontraba comida lo iba a comer a él. El zorro se subió a la copa de un árbol a mirar si veía algo pa' que coma el tigre. Miraba pa' un lao y pa' otro, con la mano sobre los ojos p' atajarse el sol, y alcanzó a ver que venía una yegua con su potranquita.

La yegua lo vió y le dice a la potranquita:

—Ahi está Juan arriba 'el árbol; alguna de las suyas está haciendo.

Entonces la yegua empezó a cojear.

El zorro bajó del árbol a juntarse con el tigre y le dijo:

—Tío, ahi viene una yegua con su potranquita. Usté puede elegir cuál d'ellas quiere comer.

—¿Cómo vuá hacer? —preguntó el tigre.

—Yo me acerco a conversarla a la yegua y la entretengo; entonces usté elige la que más le agrada.

La yegua venía cojeando, se hacía la renga. El zorro se acercó y le dijo:

—¿Cómo está, mama vieja?

—¡Y cómo me va a ir! Estoy mal, me ha entrao una espina en la mano.

—Yo se la puedo sacar a la espina —ofertó el zorro.

—¿Y cómo vas a hacer?

¹ "La religión secreta y la mitología de los indios Uro-Chipaya de Carangas" (Bolivia). En: Revista del Instituto de Etnología. Universidad Nacional de Tucumán. Museo de Historia Natural. Tomo III, entrega 1ª, 1935.

—Yo vuá pasar la lengua pa' ver dónde está la espinita. Entonces ella iba levantando poco a poco la mano hasta que quedó a la altura 'el hocico 'el zorro. Cuando quedó el hocico a la altura que ella podía asentarle el vaso, le pegó un vasazo encima. El zorro quedó aturdío y dando vueltas, porque el zorro es delicao.

La yegua escapó con la potranquita y se jué pa' las casas y el tigre no la pudo comer.

Entonces, como el zorro demoraba, el tío se acercó pa' ver qué pasaba y lo encontró aturdío por semejante golpe. Y le dice el tigre:

—¿Qué te pasa, Juan?

—Me ha engañao la yegüita. Me dijo que tenía una espina en la mano y yo se la quise sacar; entonces me ha pegao un vasazo que me dejó desmayao.

Y después el zorro se escapó p'al bosque, pa' evitar que lo coma el tigre.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frías (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 47. B.

Argentina: Dávalos 21-23. Morales 16. Pampa Viejo I, 175-177.

América: Rael 396.

El ardid de la yegua para librarse del zorro es el mismo motivo de un cuento esópico: *Fabula del cavallo y del león* (Isopet III, 2); figura también en el *Libro de Buen Amor: Enssienplo del león é del cavallo* (I, 111-113).

6. EL LEÑADOR, EL TIGRE Y EL ZORRO

Un día una mujer lo mandó al marío a buscar leña al bosque. El leñador se jué al bosque y lo encontró al tigre que estaba con las manos apretadas con una piedra. Entonces le dice el tigre al hombre:

—Vení, sacame la piedra, hace rato que estoy aquí apriisionao.

—No, yo no te vuá sacar la piedra porque vos sos muy traicionero.

Pero el tigre insistió:

—No, vení, no te vuá comer.

Entonces el hombre le sacó la piedra y se jué a buscar la leña. En lo mejor que estaban caminando a la par, el tigre le dice:

—Si no encuentro qué comer te vuá comer a vos.

El hombre se puso blanco 'el susto con las palabras del tigre, y le dijo:

—No, antes de comerme tenemos que buscar una persona que me haga justicia 'e lo que yo hi hecho.

Siguieron caminando y en un potrero encontraron un caballo flaco. El hombre le dice:

—¡Mire lo que me pasa!

Y le contó lo que le había sucedío, pidiéndole que le hiciera justicia. El caballo contestó:

—Mire, amigo, cuando yo era joven me daban lo mejor, el pasto más fresco, me bañaban, me hacían de todo. Y como ahora estoy ya en una edá que no sirvo, me han puesto en este campo donde no hay nada pa' comer. ¡Vea lo qué es la vida! Así que ¡cómo le vuá hacer yo justicia!

Siguieron caminando y a la distancia ven que avanza el zorro; el hombre lo llama:

—Che, vení, me tenís que hacer justicia.

—¿Qué justicia querís que te haga? —preguntó el zorro desde lejos, porque le teme al tigre.

El hombre le contó todo lo que había pasao. El zorro no se acercaba y le dice:

—Yo no entiendo. Mejor vamos al lugar adonde él estaba preso.

Allá jueron, y el hombre explicó de nuevo; pero el zorro dice:

—Bueno, a ver, levantá la piedra y que él ponga de nuevo las manos como estaba, porque no entiendo.

El hombre levantó la piedra y le apretaron las manos.

El zorro le dijo al hombre:

—Dejalo así como está, dejalo otra vez.

Entonces el hombre quedó tranquilo, se le pasó el susto, y le dice al zorro:

—Oiga, amigo, con qué lo puedo recompensar, porque me ha sacao de encima semejante mortificación.

—No, no es nada, estas cosas no se pagan —contestó el zorro—. ¿Sabe qué va a hacer? Cuando encuentre un pariente mío muerto me lo entierra.

El hombre dijo que sí. Después de juntar la leña, el leñador volvía a su casa. El zorro se jué corriendo y se puso en el camino, quietito, como si estuviera muerto. El hombre lo vió y dijo:

—¡Pobrecito! Vuá cumplir la palabra. Lo vuá tapar, qué lo vuá enterrar.

Y lo tapó apenas con tierra.

Siguió caminando el hombre, y el zorro se levanta, vuelve a correr y se pone de nuevo en el camino 'el hombre, haciéndose el muerto.

El hombre no veía la hora de llegar a su casa, cuando lo vió al zorro; igual que antes, lo tapó apenas con tierra y siguió su camino.

El zorro otra vez salió corriendo y se tiró en el camino real, por donde tenía que pasar el leñador. Cuando lo vió, le vino tanta ira porque no acababa 'e enterrar zorros, que cavó un pozo hondo hondo, lo enterró al zorro y lo tapó con tierra y piedras.

Cuando llega a la casa, le dice la mujer:

—¿Por qué has demorao tanto pa' traer la leña?

El hombre le cuenta toda la historia. La mujer se largó a reír cuando le cuenta lo 'e los zorros, y le dice:

—Pero si es el mismo zorro, que estaba haciendo la jugareta.

Ella tenía más alvertencia que el hombre, que estaba aturdío de tanto enterrar zorros.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frias (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 155.

Thompson: J. 2351. 1 - K. 235. 1.

Argentina: Alvarez 81-83. Antología I, 82-83. Burgos 33-36. Canal Feijóo, Ensayo 76-79. Cano 213-218. Cañete de Rivas 55-58. Franco 147-149. Morales 6-7. Tucumán 226-227.

América: Andrade 259. Espinosa VII, 19. González Casanova 111-115. Guirao 63-66. Jiménez Borja 13. Laval, Carahue II, 18.

Mason-Espinosa PRF V, 32, 56, 75. Montenegro 113-117. Radin-Espinosa 86. Rael 386, 387. RCHG LXII, 227-229. Sojo 176-178. Sojo, Folklore 80-81.

España: Ampudia 171. Espinosa 264. Espinosa, Castilla 68.

El tema del animal ingrato es de gran antigüedad y dispersión. El tipo primitivo, al que Espinosa asigna el número I (tomo III, pp. 420-431) está desarrollado en la fábula esópica *Del ombre y de la culuebra* (Isopet I, 10); en el *Enziemplo del ortolano é de la culebra* (*Libro de Buen Amor* II, 184-186) y en la versión del *Libro de los Enxemplos* 2.

El relato argentino aquí incluido corresponde al número IV del mencionado estudio de Espinosa (contiene los elementos A₃, B, C —dos animales en lugar de tres o uno—, D, D₁ y E), tipo al que también pertenecen la versión latina de la *Disciplina Clericalis* (V, *Exemplum de homine et serpente*) y la española del *Libro de los Enxemplos* 246. Su desenlace, semejante al del relato publicado por Rafael Cano, no figura en la enumeración de Espinosa.

7. EL LABRADOR Y EL TIGRE

El labrador estaba arando y se presenta el tigre y le dice:
—Oh, gusanillo de la tierra, ¿qué hacís? Si no me das un buey para comer, te como a vos.

El labrador le contesta humildemente:

—Así será.

El tigre se tiró debajo de un árbol a dormir, hasta que el labrador termine de arar. El labrador siguió arando y al salir a la punta de la raya se sentó a llorar de pena, pues iba a perder un buey.

En eso sale el zorro y le dice al labrador:

—¿Por qué llora, amigo?

Le contesta el labrador:

—Cómo no voy a llorar si ha venido el tigre y me ha dicho que si no le doy un buey para que coma, me come a mí.

—No le dé nada —le dice el zorro—; yo voy a salir de aquella loma y le voy a pegar un grito.

El zorro se va a la loma y le grita:

—Eepe, amigo labrador, ¿no parece el tigre por ahí?

—No parece —le contesta el labrador, ya todo conve-nido con el zorro.

—¿Y qué es eso *overito* que parece ahí bajo del árbol?

—Son papas negras y blancas —le dice el tigre al hombre que conteste.

—Esas son papas negras y blancas —grita el hombre.

—Echelas al costal —dice el zorro.

—Echeme —dice el tigre al labrador.

Este lo mete dentro de una bolsa. El zorro le pega el grito al labrador y le dice:

—Atele la boca y déle con el ojo del hacha.

—Déme despacito —le dice el tigre.

Pero el labrador le metió con el filo del hacha y lo mató al tigre, le sacó el cuero y la carne, y los dió al zorro.

El zorro se viene a los saltitos de contento y le dice al labrador:

—Ha visto, amigo, hemos salido bien.

—¿Cuánto le debo por la hazana de salvarme? —le pregunta el labrador al zorro.

—Unas *alforjadas* de gallinas, nada más.

El labrador se fué a la casa a traerle la *alforjada* de gallinas para el zorro; en lugar de gallinas le trajo una *alforjada* de perros. Mientras tanto el zorro estaba esperando la paga, afilándose las uñas. Llega el labrador y le larga los perros; el zorro sale partiendo la tierra y gritando:

—Un bien con un mal se paga, un bien con un mal se paga, un bien con un mal se paga...

Informante: Angel R. Cayo.

Palo Seco, Santa María (Catamarca).

Boggs: * 161.

Thompson: K. 235. 1 - K. 2315.

Argentina: Antología I, 71-72. Burgos 47-48. Cano 201-203. Cañete de Rivas 199-200. Dávalos 149-154. Franco 168-170. Morales 19-21.

España: Ampudia 161.

Este cuento, clasificado por Boggs en su *Índice de cuentos españoles*, está muy difundido en nuestro país, como lo prueba el número de versiones publicadas. Además de éstas, conocemos otras inéditas de La Rioja, San Luis y Tucumán. Casi todos los relatos argentinos finalizan con la muerte del tigre. La versión de Catamarca que aquí se incluye termina, en cambio, con la engañosa promesa del hombre al zorro: le ofrece gallinas y le manda sus perros (Thompson K. 235. 1); este desenlace es el mismo de los cuentos publicados por Juan Carlos Dávalos y Ernesto Morales.

b) El quirquincho y el zorro

8. EL QUIRQUINCHO Y EL ZORRO

Un día se ponen de acuerdo el *quirquincho* y el zorro y salen de paseo; después que anduvieron mucho rato, el quirquincho le dice al zorro, con toda picardía:

—Compadre, ¿qué le parece si nos *desentumimos* un poco y enlazamos un potro cada uno de nosotros, de aquellos que andan en el campo, y así probamos también nuestras habilidades de enlazadores?

—Está bien, compadre —contesta el zorro.

—Bueno, compadre —le dice el quirquincho—, preparemos nuestros lazos y nuestras cuevas.

El quirquincho cavó la suya, llena de curvas y *quencos*, y el zorro hizo la de él derecha no más.

Una vez que estuvieron listas las cuevas, dice el quirquincho:

—Mire, compadre, yo voy a hacer la punta y usted se va y los arria a los potros por deste lao; mientras tanto yo preparo mi lazo para esperar el paso de los potros.

—Está bien, compadre.

Y el zorro sale al trotecito a arriar los potros y el quirquincho lo alcanza a divisar que venía echando diablo con los potros por el callejón, y el zorro a los gritos, diciendo:

—Compadre, apróntese que ya llega la hora.

Sale el quirquincho de la cueva, sacudiéndose, y prepara una armada tremenda de grande a su lazo, y ya pasan los potros; le tira el lazo al más *chúcaro*, y lo enlaza y se pierde en su cueva; hace pie y lo sujeta al potro.

—Ya está, compadre, el potro enlazado; ahora le toca a usted.

—Está bien, compadre; *trato hecho no se vuelva afrecho* —contesta el zorro.

El quirquincho le dice:

—Apronte su lazo, yo voy a echar los potros.

El zorro entonces comienza a recelar de su compadre, pero ya no podía echarse atrás; saca coraje de flaqueza y

prepara su armada al lazo. Ya siente a su compadre el quirquincho, que venía vociferando:

—Alerta, compadre zorro, ya van.

Y el zorro tira su lazo y con toda casualidad enlaza un potro y se pierde en su cueva, como alma que lleva el diablo; pero no tardó el pobre Juan en llegar al fondo, que ya salió también prendidito en la punta del lazo, como *refucilo*. Al ver lo que pasaba, el compadre quirquincho le gritaba:

—Clave las uñas, compadre; de nó está perdido.

Y el zorro pagó con su vida la osadía de meterse en oficio que no conocía.

Informante: Manuel de Jesús Aráoz.
Andalgalá (Catamarca).

9. EL ZORRO Y EL QUIRQUINCHO

Un día, el zorro y el *quirquincho*, que son compadres, se fueron pa'l bosque. Iban conversando animadamente cuando el quirquincho dijo:

—Vamos a hacer una apuesta, compadre. Usté va por un camino y yo por otro. El primero que encuentre una *bala* tiene que gritar: "¡Compadre, aquí hay una *bala*!"

El zorro aceptó la apuesta y se separaron.

Al quirquincho se le había ocurrió embromarlo a su compadre y, apenas se alejó un poco, subió a un árbol, se colgó de una rama, como si fuera un panal, y gritó tres veces:

—¡Compadre... aquí hay una *bala*!

El zorro, al oírlo, volvió atrás su camino y llegó al pie 'el árbol donde estaba colgao el quirquincho. Miró hacia arriba y creyó ver una *bala*. Entonces pensó aprovechar la ausencia 'e su compadre. Alargó la mano; metió un dedo en lo que creyó era una celda llena de miel y lo chupó.

—¡Todavía le falta, está saladita! —exclamó, sin darse cuenta 'e lo que había probao.

El quirquincho se largó a reír con ganas y el zorro descubrió el engaño, enojándose por la broma.

Volvieron a separarse pa' seguir buscando panales y el

zorro pensó que esta vez le tocaba a él burlarse 'e su compadre. Se subió a un árbol y le gritó al quirquincho:

—¡Compadre... aquí hay una *bala*!

El quirquincho, maliciando alguna broma, se acercó y lo vió al zorro apenas prendió a una rama, porque no tenía sus fuertes uñas; entonces lo agarró de la larga cola, que estaba colgando, y tiró con todas sus juerzas.

El compadre se vino abajo y, como era medio delicao, se desmayó del golpe, y así el zorro resultó burlao dos veces.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frias (Santiago del Estero).

10. EL ZORRO Y EL TATU

Un día ía un *tatú* mulita a casa del médico. Como estaba lejos, llegó un momento que tenía hambre. Se encontró con un zorro y le preguntó si sabía dónde había un almacén; el zorro le dijo que por allí sólo pasaban carretas que llevaban alimentos.

En eso vió venir una carreta y el *tatú* se hizo una bolita y se metió en la huella. Cuando la carreta pasó, se sacudió como si hubiera pasado por encima de una piedra, y entonces cayó queso y chicharrón. Los dos comieron en grande.

Cuando la mulita siguió su camino y el zorro quedó solo, se puso a pensar; pensó que él no era tan vivo como creía, pues a veces pasaba necesidad, y ¡con qué facilidad podía conseguir de todo! Resolvió hacer lo mismo otro día.

Al poco tiempo vió venir una carreta a lo lejos. Como era de tardecita, el carretero no se daría cuenta de nada; así pensó el zorro, y se acurrucó en la huella. Pero como el zorro no tiene cuero grueso como el *tatú*, la carreta lo aplastó; así no comió ni chicharrón, ni queso, ni nada, y de yapa se murió.

Informante: Gerónima Vera de Avalos.

Barrio del Cerro, Santo Tomé (Corrientes).

11. EL QUIRQUINCHO Y EL ZORRO

Había una vieja con muchos hijos que tenía que trabajar duramente para ganarse la vida. Un día puso una olla al fuego y empezó a tostar un poco de *aunca* para moler y sacar un poco de harina para hacer la sopa. Tostó dos o tres *callanadas*, puso una *tipa* y se fué a la casa de una viejita vecina a moler el maíz.

Al volver encontró en el camino a un *quirquincho* que parecía muerto; lo levantó y lo puso en la *tipa* en que llevaba la harina.

El quirquincho se llenó los bolsillos con la harina que había molido la vieja, y al pasar debajo de un árbol, se prendió en una de las ramas.

El quirquincho se puso a comer. En eso vino el zorro y le dijo:

—¿Qué comés?

—Harina de maíz tostado —le contestó, y le contó cómo la había conseguido.

Entonces el zorro pensó hacer lo mismo que el quirquincho.

Mientras tanto la vieja llegó a la casa, bajó la *tipa* y no hallando nada de su contenido, se puso a llorar. Vino la hija mayor y le preguntó por qué lloraba.

—No importa —le dijo cuando la madre le contó lo sucedido—; yo arreglaré eso.

La muchacha se puso a tostar maíz y cuando terminó se fué a moler. Cuando volvía, vió un bulto en el camino; se acercó y vió un zorro muerto que mostraba los dientes. Entonces la muchacha levantó un palo del suelo y le dió al zorro un fuerte golpe, que lo aturdió un momento; pero el zorro se levantó a tiempo y echó a correr, gritando:

—¡Guac, guac! —mientras pensaba que no es bueno hacer lo que uno ve hacer a otros.

Así la muchacha no se dejó engañar por el zorro, y gracias a ella todos en la casa comieron la sopa.

Informante: Adela M. de Bulacio, directora de la escuela n° 123 de Ichupuca (Tucumán). Legajo n° 49.

Los tres primeros cuentos de esta serie (n^{os} 8, 9 y 10) no están registrados en las clasificaciones tipológicas de Aarne-Thompson y de Boggs; dos de ellos han sido incluidos en la ordenación de Hansen.

La síntesis de estos tipos, presuntamente argentinos, es la que sigue:

Número 8

El quirquincho enlazador. Desafío del quirquincho al zorro: ¿quién enlaza mejor? Para retener al animal enlazado, el quirquincho se introduce en su cueva subterránea o se prende de una rama. El zorro ata el cabo del lazo en su vientre; no puede retener al animal enlazado y éste lo arrastra, a veces hasta que muere.

Thompson: J. 2132 - J. 2132. 1 - J. 2400-2499 - J. 2401 - K. 22 - K. 1047 - S. 117.

La forma argentina, según las consideraciones que formula Luis da Câmara Cascudo¹, sería una variante del tema designado *Tug-of-war* (Thompson K. 22) por los folkloristas norteamericanos. Este tema es frecuente en África y América; para Câmara Cascudo el cuento parece ser originariamente africano.

Argentina: Burgos 64-66. Canal Feijóo 63. Cano 223-225. Cañete de Rivas 51. Cotta IX. Dávalos 47-51. Franco 160-161. Stieben 6-7. Zapata Gollán III, 1.

América: Munizaga 6.

Número 9

El quirquincho melero. El quirquincho simula ser una lechiguana. Cuando el zorro lo punza esperando recibir miel, el quirquincho expele sus orines. El zorro lo imita, pero no engaña al quirquincho.

Hansen: ** 68. A.

Argentina: Burgos 37-40. Cañete de Rivas 115-116; 123-124. Dávalos 39-43. Di Lullo 266-267. Franco 152-153.

Número 10

El quirquincho debajo del carro. El quirquincho hace volcar una carreta llena de alimentos colocándose en la huella por donde pasa una de las ruedas. El zorro (o el sapo) quiere imitarlo, pero muere aplastado.

Hansen: ** 68. B.

¹ Charles Frederik Hartt, "Os Mitos Amazônicos da Tartaruga". (Amazonian Tortoise Myths). Tradução e notas de Luis de Câmara Cascudo. Secretaria de Interior e Justiça, Arquivo Público Estadual. Recife, 1952. (Págs. 51 y 52).

El motivo del sapo (zorro) aplastado por un carro, está señalado por Espinosa en la serie de cuentos del sapo (III, p. 351, A₁, A₃).

Argentina: Acosta 105. Canal Feijóo 68-69. Cano 219-222. Cañete de Rivas 23. Dávalos 75-76. Di Lullo 261-262 (tortuga en lugar de quirquincho).

Número 11

Aarne-Thompson: 1.

Argentina: Dávalos 63-67.

América: CEAP 3. Espinosa SFNM 110. Tía Panchita 163-167.

España: Curiel Merchán 49-50. Espinosa 202, 203, 207, 223. Espinosa, Castilla 70.

El tema está anotado también en el norte de Europa, entre los Hotentotes de Africa y entre los indios de Norte América.

c) Otros cuentos del zorro

12. EL ZORRO Y EL CHIVITO

Era la época 'el verano, cuando se encuentra toda clase de fruta en el monte: algarroba, *mistol*, *chañar*... Como había mucho *chañar* maduro, el chivito le dice al zorro:

—Vamos a invitar a las “niñas” a comer *chañar*.

Jueron con la *bumbuna*, la *urpila*, la perdiz, la *chuña* y muchas aves más adonde había una planta que se doblaba del *chañar* maduro que tenía.

El chivito le dice al zorro:

—Mirá, cuando se termine el *chañar* que ha caído al suelo, vuá venir corriendo 'e lejos y le vuá dar un tope a la planta, así cae más. Cuando se vuelva a terminar, te toca a vos hacer lo mismo.

—Bueno —dijo el zorro.

Cuando se terminó la fruta 'el suelo, el chivito va corriendo y le da el tope, y voltió mucho *chañar* maduro. Lo comieron todo, y entonces el chivito le dice a don Juan:

—Ahora te toca a vos, tenís que hacer lo mismo qu' hecho yo.

—Bueno, bueno —dice el zorro.

El zorro vino corriendo, dió el tope en la planta y ahí no

más quedó los dientes blancos, desmayao; no voltió nada. Y las "niñas", ¡un desparramo!, lo que se desmayó el joven, tuvieron que correr a socorrerlo.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frias (Santiago del Estero).

Thompson: (semejante) K. 1058. El cuervo es persuadido a golpear con la cabeza en un árbol: se mata.

Síntesis del cuento, que no figura en los índices tipológicos conocidos: *El zorro se estrella contra un árbol*. El quirquincho se arroja contra un árbol para hacer caer sus frutos. El zorro lo imita con fatales resultados. (A veces, el carnero o el chivito en lugar del quirquincho).

Argentina: Cano 232-235. Tucumán 227-228.

Conocemos también versiones inéditas de Catamarca, La Rioja y Santiago del Estero.

13. EL ZORRO Y LA PERDIZ

Un día, el zorro y la perdiz iban por el campo.

—¡Qué lindo silbás! —le dijo don Juan a la perdiz—. Yo quisiera aprender a silbar como vos.

—Es fácil —contestó ella.

—¡Cómo va a ser fácil!

—Mirá, traé una aguja con hilo, yo te coso la boca de una esquinita a la otra, y así podís aprender.

Don Juan aceptó la propuesta, le trajo la aguja con el hilo y se dejó coser la boca. Lo más contento empezó a aprender a silbar como hacía la perdiz.

Después de un rato se separaron. La perdiz se jué por entre los pastos y se adelantó en el camino, el zorro, quedando escondida. Don Juan iba silbando despacito, entusiasmao, y, cuando pasó al lao de ella, la perdiz se levantó 'e golpe. El zorro, del susto que se pegó, gritó:

—¡Huac! —abriendo bien grande la boca, y se la rajó de lao a lao.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frias (Santiago del Estero).

El tema del zorro que desea aprender el canto de la perdiz está registrado en América del Sur: en Bolivia, con el título de *La perdiz y el*

zorro, lo anotó José Felipe Costas Arguedas; entre los indígenas de Chile el padre Augusta recogió una versión titulada *El zorro aprende a cantar*.

En nuestro país tiene gran dispersión, ya que se conoce en Buenos Aires, Catamarca, Córdoba, Corrientes, Jujuy, La Pampa, La Rioja, Mendoza, Salta, San Juan, San Luis, Santa Fe, Santiago del Estero y Tucumán. El cuento puede sintetizarse así:

El zorro aprende a silbar. El zorro pide a la perdiz que le enseñe a silbar. Se deja coser la boca. Cuando quiere silbar, la perdiz lo asusta y el hocico se le rasga.

Hansen: ** 58.

Argentina: Abalos 17. Antología I, 73-74. Burgos 49-53. Cañete de Rivas 79-80. Dávalos 79-80. Di Lullo 271-272. Franco 150-151. *América:* Augusta 91-93. Costas Arguedas 376-377. Laval, Carahue 20.

14. JUAN Y EL SURI

Juancito hacía mucho tiempo que lo quería comer al *suri* y nunca lo podía pillar porque era muy ligero y se disparaba. Un día se encontraron en el campo y le dice el zorro al *suri*:

—Oiga, compadre, a usted le hacen falta unos zapatos para que no se lastime las patas cuando corre en el campo, ¿no le parece?

—Cierto —le respondió el *suri*—, pero no encuentro zapatero que me los haga.

—¡Ah! Si es por eso no se aflija, que yo se los puedo hacer.

Y ahí no más le tomó las medidas de las patas.

El zorro había robado de un puesto un pedazo de cuero crudo y muy contento se puso a fabricarle los zapatos. Se los hizo bien ajustados a los pies y antes de colocárselos los humedeció; se los colocó y lo mandó a que corra un poco al sol.

El *suri* salió muy ufano con sus zapatos nuevos y al rato el cuero crudo mojado le fué retobando los pies, los dedos se le juntaron y no pudo correr más y ahí quedó plantado. El zorro, que lo iba siguiendo, aprovechó para comerlo.

Informante: Juan Antonio Nieto. 20 años.

Salicas, San Blas de los Sauces (La Rioja).

Este cuento ha sido incorporado al registro de Hansen sobre la base de la versión argentina de Di Lullo. Puede tratarse de un tema americano,

pues además de las versiones argentinas conocemos una guaraní del Paraguay, titulada *Ka'i ha Aguará*; en ésta aparece un mono en lugar del avestruz de los cuentos argentinos. La síntesis de este tipo es ésta:

Las botas del suri. El zorro se las hace tan estrechas que al secarse el cuero, el avestruz no puede moverse.

Hansen: ** 24.

Argentina: Cano 226-228. Di Lullo 265-266. Franco 173-175.

América: CEAP 1.

15. EL BURRO, EL ZORRO Y EL CUERVO

Un año al burro se le dió por sembrar trigo y cuando lo segó no encontraba con qué atar las gavillas para llevarlas hasta la trilla o era, y así poder trillar el trigo.

Entonces el burro decidió hacerse el muerto. En eso cayó el zorro, y como el zorro es pícaro y tiene de todo, al ver al burro muerto se volvió a su casa, trajo varios lacitos, y lo comenzó a atar para llevarlo a la casa con ayuda de los hijos. Una vez que el burro estuvo atado con todos los tientitos, pegó una estirada y se levantó, y el zorro desapareció dejando los lacitos en poder del burro.

Al día siguiente, con la ayuda de los lacitos del zorro, el burro echó todas las gavillas de trigo a la trilla.

Después que el burro trilló el trigo, no hallaba cómo hacer para aventarlo, es decir, separar el grano de la paja.

Resolvió hacerse el muerto nuevamente: se tiró al suelo y se estiró bien; como a la hora llegó el cuervo. Como la parte preferida por éste es el *ocote* del animal, en seguida se fué derecho a él, y cuando el cuervo iba a picotearlo, el burro frunció el c... y lo agarró al cuervo de la cabeza.

Se levantó el burro y comenzó a dar vueltas por la trilla, y con lo que aleteaba el cuervo pudo aventar el trigo. Terminada la tarea el burro dió libertad al cuervo.

El cuervo, cuando se vió en libertad, le decía al burro:

—Burrito: juro, juro,
primero al ojo
y no al c...

Informante: Ernesto Chocobar.

Palo Seco, Santa María (Catamarca).

Aarne-Thompson: 33 (El zorro se finge muerto).

Hansen: ** 223.

Thompson: K. 751 - K. 1860.

El motivo del falso muerto se encuentra integrando muchos cuentos diversos y tiene difusión prácticamente universal. En cambio, el ardid del asno para aventar el trigo constituye un relato del que sólo conocemos varias versiones argentinas (de Catamarca, Corrientes, Mendoza, San Luis y Tucumán) y una boliviana publicada por Antonio Paredes Candia (El asno, el zorro y el cóndor). El cuento puede resumirse así:

El asno y el cuervo. El asno no sabe cómo ha de aventar el trigo. Se hace el muerto. Cuando un cuervo se dispone a picotearlo, lo apresa presionando con el ano la cabeza del ave. El cuervo para zafarse agita fuertemente sus alas: avienta la paja del asno. El final suele ser etiológico: el cuervo se libera pero pierde las plumas de la cabeza; desde entonces la tiene pelada.

Argentina: Cañete de Rivas 87-88. Franco 164-165.

América: Montenegro 67-72. Paredes Candia 43-44.

16. EL ZORRO, LA CHUÑA Y EL SURI

Una vez el zorro quería cortejar a doña Rufina, la *chuña*, y andaba cavilando cómo podía hacer. Iba caminando despacito, cuando se encontró con el *suri* y le dijo:

—¡Cómo me gustaría tener un caballo pa' pasear!

—Si vos querís, yo puedo hacer de caballo —le propuso el *suri*—. Te traés un apero y me ensillás.

El zorro se jué al bosque a buscar todo lo necesario; hizo el apero con las plantas del bosque y cuando volvió, lo ensilló. Entonces el *suri* le hizo una recomendación:

—Yo vuá hacer de caballo, pero cuando me montés no me tenís que pinchar con las espuelas y no tenís que pasar por donde están esos *cuzcos* de los ranchos, porque me aborrecen esos perritos.

El zorro prometió cumplir las condiciones del *suri*.

Era una mañana 'e primavera y salieron tempranito, con la fresca. Pasaron por la orilla 'el río y el zorro la vió a doña Rufina alzando agua con una tinaja 'e barro.

—¿Qué anda haciendo tan temprano, don Juan? —preguntó la *chuña*.

—Me gusta tomar el aire fresco 'e la mañana —le con-

testó el zorro, y en seguida se ofreció pa' llevarle la tinaja llena 'e agua.

—¡No, qué se va a molestar! —dijo doña Rufina.

Pero el zorro agarró la tinaja y empezaron a caminar. Así iban conversando y el zorro se olvidó 'e la recomendación del *suri*. Al rato entraron a un carril que pasaba junto a un rancho; en eso, salieron del rancho unos perros *toriendo*. El *suri* empezó a hacer gambetas; la *chuña* se escapó y subió a la copa 'e un árbol, donde se puso a cantar del susto que tenía. El zorro, prendió 'e las riendas, esquivaba con las patas los tarascones de los perros y en una d' esas le clavó las espuelas a su "caballo". El *suri* creyó que lo mordían los *cuzcos*; entonces hizo una gambeta tan cerrada que lo tiró a don Juan en un *guadal* y se perdió en el bosque. Al caer el zorro, se le escapó la tinaja, que se hizo pedazos. El zorro, medio tapao con la tierra, se quedó quietito no más; los perros creyeron que estaba muerto y se volvieron a las casas. Al rato, don Juan se levantó y agarró pa'l bosque. Allí se encontró con el *suri* y le reclamó por el golpe que le había hecho dar.

—Yo te dije que no me pincharas con las espuelas. Con el susto creí que me mordían los *cuzcos* y vos te caístes cuando yo disparaba —se disculpó el *suri*.

El zorro se jué desconsolao porque no pudo conseguir lo que quería.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frias (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 72 (El conejo hace la corte cabalgando un zorro).
Thompson: K. 1241.

Argentina: Canal Feijóo 114-119. Franco 162-163.

América: García I. Mason-Espinosa PRF V, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 12.
Pereda Valdés 130-131. Pérez Arbeláez 64-67.

El tema del animal que monta a caballo sobre otro mediante un engaño está muy difundido en el folklore negro. Se ha documentado en Africa (Nigeria, Angola y entre los Yoruba), en Norte América (cuentos de negros de Georgia, Virginia, Luisiana, Carolina del Norte y del Sur) y en Jamaica. También está registrado entre los indios de Norte América. Los animales que desempeñan los papeles de engañador y engañado varían, lógicamente, de acuerdo con la fauna de la región donde existen estos relatos. Así, por ejemplo, el más conocido de los engaña-

dores de los indios norteamericanos es el coyote, y el engañado suele ser el zorro, el lince o el gato salvaje. En los cuentos de Puerto Rico el engañador es el conejo y el engañado, el tigre; lo mismo ocurre en el relato colombiano publicado por Pérez Arbeláez.

Entre nosotros, el zorro engaña al avestruz en la versión aquí incluída y en las ya publicadas que arriba se citan.

17. EL ZORRO Y LA PERDIZ

Andaba el zorro en el campo y se encuentra con una perdiz con pichones y le pregunta cómo hacía ella para tener esos hijitos tan *overitos*.

—Es muy fácil —le contesta la perdiz al zorro—; calenté el horno y los eché ahí para que se hagan *overitos*. Cuando comienzan a silbar adentro del horno, yo les grito: “*Overito* pinto, *overito* pinto, *overito* pinto”, y los saco bien *overitos* a mis hijos del horno.

El zorro se vuelve muy contento a su cueva y saca un lacito y se va al monte en busca de leña para calentar el horno y volverlos *overitos* a sus hijos.

De vuelta el zorro con la leña, enciende el horno y lo calienta bien bien, y se viene saltando de alegre a la casa a llevar los hijos para echarlos al horno, así ya iba a tener hijos *overitos*.

Echa el zorro los hijos al horno y se sienta a esperar que griten; cuando gritaron, les contesta:

—*Overito* pinto, *overito* pinto, *overito* pinto.

Después destapa la boca del horno el zorro muy contento, porque ya iba a tener hijos *overitos*, y se encuentra nada más que la ceniza.

El zorro, muy triste al verse engañado por la perdiz, se va en busca de ella para matarla. Va y la encuentra, y antes que la mate, la perdiz le dice:

—Yo soy muy desabrida; tenís que prepararme para que me comas. Tenís que echarme mucha sal y ají bien picante.

Y la perdiz se echa en el suelo abriendo las alas, para que la condimente el zorro y la coma. El zorro en seguida le echa sal y la llena de ají picante por todo el cuerpo, especialmente sobre las alas. En eso la perdiz le dice:

—Pil, pil, pil —y se sacude y pega un *volido* y le tapa los ojos con ají al zorro.

El zorro gritaba desesperado:

—¿*Maiman, siqui?* ¿*Maiman, siqui?* ¿*Maiman, siqui?*

(El zorro le decía al trasero que vea por donde va la perdiz, porque con sus ojos no podía ver nada).

El trasero le contesta al zorro que la perdiz tomó por lado de una laguna. Va el zorro y se da con la laguna; entonces se pone a tragarse el agua para secarla. Y en eso va y la pisa a la perdiz, que estaba escondida en unas pajitas en la orilla de la laguna; y en lo que vuela la perdiz, del susto que se lleva el zorro, pega un grito y revienta, lo que estaba tan lleno de agua, y muere.

Informante: Simón Gaitán.

San José, Santa María (Catamarca).

Aarne-Thompson: 8 (El zorro tintorero). 73 (El guardián cegado).

Thompson: G. 522 (El animal trata de vaciar un pozo bebiendo y revienta).

Argentina: Cf. bibliografía de cuento n° 21.

América: Munizaga 1, 2. Paredes 70-71. Paredes Candia 34-35.

En este cuento la perdiz burla nuevamente al zorro (Cf. cuento n° 14). Similar a la primera parte de nuestra versión es el comienzo del relato boliviano registrado por M. Rigoberto Paredes con el título de *La zorra y la parihuana*. La continuación de la versión catamarqueña contiene el motivo del guardián cegado, común a muchas narraciones animalísticas, como se ha visto en el ciclo del zorro y el tigre.

18. EL ZORRO Y LA IGUANA

Una vez el zorro no encontraba comida y llegó de un *tuscanal*.

—¡Huac, huac! —hacía, porque tenía el estómago vacío.

El zorro se encontró con la iguana, que estaba echada cerca de una represa. La iguana le preguntó:

—¿De dónde venís, Juan?

—Vengo del *tuscanal*.

—¿Has comió, Juan?

—No hi comió nada, no tengo nada.

Entonces el zorro le pregunta:

—¿Qué has comió vos?

—Yo hi comió miel, bastante miel.

—Bueno, yo también vuá comer miel, porque no tengo nada pa' comer —dijo el zorro.

—Si vas a comer miel, apurate porque van a venir las abejas y te van a agarrar. Hace rato que no están ellas.

Entonces el zorro se puso a comer miel, se entusiasmó y se olvidó. Y vinieron las abejas; ¡me lo agarraron por su cuenta! Lo picaron por entero y lo dejaron desconocío. El zorro se revolcaba en el suelo, pero no había poder humano pa' sacarlas de encima a las abejas.

La iguana, que estaba al otro lao de la represa, le gritaba:

—¡Echate al agua, Juan, pa' sacar las abejas!

Entonces Juan, que estaba negro 'e abejas, tuvo que entrar al agua pa'sacárselas de encima, y del frío se meó, porque no le gusta el agua, como al gato.

Y el zorro no más dice:

—Agua que yo meo
no la vuá beber.

Las abejas lo dejaron y el zorro salió y se jué. Con el tiempo volvió otra vez; no encontraba comida, porque era invierno. Y dijo:

—Y como no hay pa' comer, vuá tener que beber esta agua.

Y así tomó el agua que él había meao.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frías (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 49.

Argentina: Cañete de Rivas 119-120.

América: Rael 373, 376, 381. Respaldiza 97.

Este cuento santiagueño se diferencia del arquetipo clasificado por Aarne-Thompson: "El oso y la miel. El zorro lleva al oso a un avispero". Aquí el zorro va al avispero en busca de miel, pero el otro animal no lo envía engañado, sino que le señala el peligro. El zorro se olvida de la advertencia y es atacado por las avispas; para librarse, se arroja al agua. Este último motivo aparece a veces como epílogo de los relatos del tipo 222: "Guerra entre pájaros y cuadrúpedos". (Cf. cuento n° 29).

19. LA CHUÑA Y EL ZORRO

Una vez, se encontró en el camino la *chuña* con el zorro.

—¡Oh, compadrito! ¿Para dónde va?

—Por ahí, a caminar.

—¿Y cuándo va a ir a pasear a mi casa, compadre?
—le dice la *chuña*—. Vea, compadre, lo invito mañana para un almuercito.

—Está bien, comadre, espéreme a primera hora.

La *chuña* le preparó un *tulpo* y lo vació en un *yurito* de boca bien chiquita. Después llegó el zorro:

—Buenos días, comadre.

—¿Cómo amaneció, compadre? Aquí le tengo este *tulpito* para que se sirva.

Se le arrimó el zorro y comenzó a olfatear el *yurito* y no lo podía comer; y lo lamía en la boca, pero en vano. Al rato le dice:

—Comadre, ya terminé; muchas gracias, ha estado muy sabroso. Bueno, comadre, yo también la invito para mañana a un almuercito.

—Está bien, compadre, iré.

El zorro decía para sus adentros:

—¡Me las vas a pagar, comadre!

Y le preparó otro *tulpito*, pero bien *chuya*; y cuando era hora que llegue la *chuña*, lo desparramó al *tulpo* en una piedra baja.

—Bueno, comadre, ahí está su comida.

—Gracias, compadre.

Se arrimó la *chuña* a comer, y no podía levantar bocado. Entonces le dice el zorro:

—Comadre, con la vara que mides serás medido.

Informante: Manuel de Jesús Aráoz.

Andalgalá (Catamarca).

Aarne-Thompson: 60.

Argentina: Cano 236-240. Cañete de Rivas 19-20; 47-48; 211-212.

Dávalos 85-86.

América: Rael 377, 378.

España: Espinosa 219.

El convite del zorro y la cigüeña aparece ya en la fábula esópica *De*

la raposa y de la cigüeña (Isopet II, 13) y en la de Fedro, *Vulpes et ciconia* (Libro I, n° 26).

En nuestro país, además de los relatos publicados, se conocen versiones inéditas de Entre Ríos, Mendoza y San Luis.

20. EL ZORRO Y EL GALLO

Ocurrió una vez que se había quedado en una tapera abandonada un gallo viejo y muy ladino, y por allí cerca vivía un zorro que tenía muchas ganas de comérselo, pero no hallaba forma de hacerlo bajar de un árbol. Cada vez que se daba una vuelta por la tapera, estaba el gallo arriba de unos sauces.

Hasta que un día se fué el zorro a la sombra de unos árboles, con un diario, y se sentó a leer, y de repente:

—Pero, ¿ha visto, compadre gallo, lo que dice el diario?

—No he visto, no —le responde.

—¿No sabe nada, entonces, del nuevo reglamento que se ha dictado para los animales?

—No, mi compadre zorro.

—Mire, aquí dice bien clarito que por el nuevo reglamento, ni el compadre zorro puede hacerle nada al compadre gallo, ni el compadre perro y el hombre le pueden hacer algo al compadre zorro, y todos tienen que vivir en armonía. ¿Por qué no se baja y lo lee, compadre?

—Hoy ya es muy tarde, compadre; mejor mañana, no veo bien.

—Bájese, yo no le voy a hacer nada; ya oyó lo que dice el reglamento.

—¿Está bien seguro que el compadre perro no le puede hacer nada, mi compadre? —le preguntó el gallo, que veía por el norte una polvareda, desde el árbol.

—Sí, sí, ¿por qué?

—Pues porque lo veo venir con el hombre.

—¿Y de qué lado vienen, me puede decir? —preguntó el zorro.

—Por el sur, mi compadre —le mintió el gallo.

Y allá salió el zorro que se las pelaba, y fué a dar de manos a boca con el montón de perros y el hombre, que “¡Chuá!

¡chuá!" *chumbaba*. Lo envolvieron a los ladridos y mordiscos.

Y a todo esto el gallo le gritaba desde el árbol:

—¡Muéstreles el reglamento, mi compadre, muéstreles el reglamento!

Informante: Domingo Balduzzi.

Magdalena (Buenos Aires).

Aarne-Thompson: 62.

Argentina: Cañete de Rivas 39-40. Franco 143-145.

América: Espinosa VII, 29. Pereda Valdés 313. Rael 370.

España: Ampudia 184. Espinosa 225. Espinosa, Castilla 63.

Antecedente de este cuento es la fábula de Esopo *De la raposa y del gallo y de los perros* (Isopet III, 8). La versión bonaerense que se publica pertenece al tipo fundamental esópico, pues está integrada por los elementos A y B de la clasificación de Espinosa (Ob. cit., tomo III, p. 323).

21. EL ZORRO VIGILANTE

Al zorro lo habían nombrado vigilante, le habían dao machete y gorra, y tenía que juntar gente pa' las elecciones.

Entonces el zorro salió y lo primero que encontró por el camino jué un perro. El zorro le dice:

—Vamos, mañana tenís que ir a votar porque son las elecciones.

El perro no le hacía caso; andaba agachao como buscando algo.

—Tenís que ir a votar, mañana son las elecciones.

Y nada, el perro no le obedeció.

Entonces agarra el zorro y lo pinchó al perro con el machete; cuando lo tocó, el perro se le abalanzó p' aporrearlo. Y el zorro disparó y se entró en una vizcachera.

El perro no podía entrar; se quedó ajuera mirando. En un árbol que estaba cerca se asentó un carancho y el perro lo llamó pa' que lo cuide al zorro, mientras él buscaba otro compañero pa' cavar y sacar al zorro.

El carancho se puso en la puerta 'e la vizcachera y el perro se jué. El zorro le pidió al carancho que le cantara unas coplas.

—Yo sé que cantás muy lindo —le dijo p' animarlo.

—Que no, que no sé —decía el carancho.

El carancho iba y venía, se paseaba como los centinelas y no dejaba su lugar. El zorro insistió tanto hasta que el carancho se puso a cantar:

—Trah, trah, traaah —y se echaba p'atrás, inclinando la cabeza.

Entonces el zorro alzó un puñao de tierra, le echó en los ojos al carancho y, aprovechando la ocasión, salió 'e la vizcachera y disparó pa' l bosque.

El carancho quedó dando vueltas carnero lo que estaban sus ojos llenos de tierra. Cuando volvió el perro con un compañero, le preguntó:

—¿Dónde está el zorro?

El carancho le contó que lo había hecho cantar, y no sabía si era pimienta o ají que le había echao en los ojos, pero que lo dejó ciego y así aprovechó pa' disparar.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frías (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 73.

Thompson: K. 621.

Argentina: Abalos 106. Antología I, 78-79. Bravo 122. Burgos 60-61. Canal Feijóo 85-88. Dávalos 139-140. Rojas 123-124. Sajoux 127-134. Zapata Gollán III, 5.

El tema está abundantemente registrado en el folklore negro: en Africa, entre los Nassau; en América, en los Estados Unidos (cuentos de Georgia, Virginia, Luisiana, Carolina del Norte y del Sur), en Jamaica y Brasil.

Este motivo aparece con frecuencia como un episodio del ciclo del zorro y el tigre, y constituye una de las tretas del zorro para escapar a las acechanzas del felino que lo persigue (cf. cuento n° 2).

22. EL ZORRO Y EL GATO

Un zorro y un gato, que eran compadres, se entraron un día en la despensa de una casa y se pusieron a comer queso y tomar vino.

Al poco rato, el zorro le dice al gato:

—Compadre, quien come queso y toma vino, le da ganas de cantar.

—No cante, compadre, que pueden sentirlo los perros —le dijo el gato.

Pasó un gran rato y el zorro volvió a decir al gato:

—Compadre, quien come queso y toma vino, le da ganas de cantar.

—No cante, compadre, que pueden sentirlo los perros —le respondió el gato.

Pasó otro rato y el zorro, que se estaba saliendo de la vaina, le dijo al gato:

—Compadre, quien come queso y toma vino, le da ganas de cantar, y canto no más.

—Si así lo quiere —le contestó el gato— cante no más.

Los perros, que ya habían olfateado algo, en cuanto sintieron el canto del zorro, acometieron la despensa sacando a los ladrones a lo que da.

El gato, como tenía buenas uñas, se encaramó a un árbol, pero al pobre zorro lo alcanzaron los perros y lo mataron. Eso le pasó por no atender los consejos del gato, su compadre.

Informante: Juan A. Sánchez, director de la escuela n° 67
de Abrolaite (Jujuy). Legajo n° 66 (2° envío).

Aarne-Thompson: 100 (Un animal bebe demasiado y canta; es apresado).

105 (La única treta del gato).

Argentina: Acosta 106.

Para T. 100: Abalos 94. Cañete de Rivas 145-146. Gucovsky 66-67.

Morales 11-12. Rojas 124-126.

Para T. 105: Di Lullo 252-253.

América (T. 100): Mendoza 412. Rael 376.

España (T. 105): Libro de los Gatos 40. Isopet Extravagantes 12.

La versión guaraní de Corrientes, titulada *Mbarakayá ha tatú* y publicada por Juan B. Acosta, contiene los mismos motivos de la incluida aquí. En el relato correntino, el tatú mulita desempeña papel semejante al del zorro: junto con el gato, el tatú va a robar maíz y hace tanto ruido que atrae a los perros; el gato se escapa, pero el armadillo es atrapado.

23. EL ZORRO CON LA PIEDRA

Había una piedra en el camino, lugar obligado del cerro donde todo viajante hacía su estación, para hacer mediodía o noche. Después que cocinaban y hacían sus asados, los paisanos *caraquiaban* los huesos en la piedra, para que suelten sustancia, y los chupaban. Por tal motivo la piedra siempre quedaba bien engrasada.

Un día, después que se retiraron los pasajeros, llega el zorro a lamer la piedra y ésta no lo acepta. El zorro, viéndose atraído por la piedra, le hace un trato para correr una carrera: si él ganaba, la iba a lamer a la piedra; pero si perdía, el zorro tenía que sacarse el cuero para que se vista la piedra.

La piedra le acepta la carrera al zorro y le dice que se adelante unos veinte metros cerro abajo porque ella era muy ligera. El zorro le contesta que él también era ligero y que no había necesidad de darle ventaja. La piedra insiste en darle ventaja al zorro; éste consiente en adelantarse unos diez metros y la piedra no acepta, diciéndole que se vaya más lejos porque lo iba a alcanzar. Pero el zorro no quiso.

Por fin largan la carrera. Se larga la piedra cerro abajo y en dos o tres rebotes pasó por sobre el zorro y llegó al *plan* del cerro. Entonces lo desolló al zorro y se vistió la piedra.

El zorro siguió muy triste el camino, completamente pelado, y encuentra unos pares de llama y se mete ahí. Al día siguiente acierta a pasar una pastora por ese lugar y lo encuentra al pelado; cree que es un angelito que nació allí y lo lleva a su casa para criarlo.

Llega la noche y el angelito no quería dormir solo, porque estaba acostumbrado a dormir en el *pupo* de su mamita. La muchacha lo hace dormir con ella, porque el esposo estaba ausente.

A deshora de la noche la muchacha se recuerda y siente pasos del esposo que venía. No podía sacar al zorro; por fin lo consigue y entonces tira el angelito al patio, con toda rabia. Allí los perros lo cazaron al aire, y se lo comieron.

Informante: Simón Gaitán.

San José, Santa María (Catamarca).

Aarne-Thompson: 275 (Carreras entre animales).

Hansen: ** 68. C.

Manuel Llaras Samitier, en *Primer ramillete de fábulas y sagas de los antiguos patagones*¹, reproduce un relato similar, pero cuyo desenlace es diferente: la piedra alcanza al zorro y lo mata. Esta fábula incluida en el trabajo de Llaras Samitier se debe a la pluma de José Fernández Bremón, "escritor español, de Gerona, que desde principios del año 1876 publicó, en la sección literaria del periódico madrileño *Ilustración española y americana*, artículos que contenían algunas tradiciones atribuidas a los Tehuelches; de esas páginas extrajo Roberto J. Payró los cuentos reproducidos en su obra *La Australia Argentina*". Otra versión de la carrera del zorro y la piedra ha sido publicada por Ernesto Morales (*Leyendas del zorro*, p. 17).

d) Cuentos de animales varios

24. UN LEÓN, UNA YEGUA Y DOS CARNEROS

Había un león que estaba dormido. Cuando despertó se estiró y se le escapó un cuesco.

—¡Ah, caramba! dijo el león—, me va a ir lo más bien ahora. (Esa era la señal que tenía el león cuando iba a tener un buen día).

En seguida se puso en camino y a poco andar alcanzó a ver una yegua con cría, que se acercaba; el león le pegó el grito antes de juntarse con ella, diciéndole que se ponga con Dios porque la iba a comer.

La yegua, al acercarse, le contestó si no le tenía lástima: venía a gatas caminando porque una espina le entró en la pata, y andaba dando de mamar; si quiere, puede comerla después que le saque la espina.

Entonces le dijo el león a la yegua:

—¿En cuál pata tiene la espina?

—*Velay*, en esta que estoy levantando —le contestó la yegua.

¹ En: RUNA, Archivo para las Ciencias del Hombre. Ministerio de Educación. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Antropología. Vol. III. Buenos Aires, 1950. Pp. 170-199.

—¿Cómo querís que te saque la espina, con las uñas o con los dientes? —le dijo el león.

—Con los dientes me va a hacer doler menos.

La yegua se acomodó bien y levantó la pata para que el león le saque la espina. Cuando éste agarró la espina con los dientes, la yegua le acomodó una patada en la cabeza que lo dejó estirado, y salió disparando.

El león quedó tendido como una hora en el suelo y después se revolcaba de dolor; una vez que se compuso un poco se puso en camino lentamente. A los pocos kilómetros alcanzó a ver una hacienda muy grande y dos carneros que estaban peliando.

Se llegó el león y les dijo:

—¿Qué están haciendo ustedes? Pónganse con Dios, que los como.

—Dígame, señor, ¿quiere saber por qué estamos peliando? —le dijo uno de los carneros al león.

—¿Por qué será?

—Resulta que nos hemos partido esta hacienda y quedó un corderito *chulla* y por eso nos peliamos. Sírvanos de comisario usted, haga el favor.

—¡Cómo no! —dijo el león—, no tengo inconveniente. Vayan uno al naciente y otro al poniente y desen la vuelta; yo voy a estar en el medio con el corderito *chulla*. El que llegue primero adonde estoy yo será dueño del corderito.

Previamente los carneros conversaron y dijeron:

—Esta va a ser nuestra salvación; entre los dos lo hacemos plasta al león.

Los carneros vinieron con toda furia y lo toparon al león, cada uno a un lado, lo hicieron plasta y salieron con las ovejas a lo que da.

Después de mediodía se levantó el león y al rato, *ramiándose*, dijo:

—Otra vez no voy a ser tan confiado.

A poco andar alcanzó a ver una hacienda de cabras que andaba en una loma; el león, antes de juntarse con ellas, les pegó el grito, que se pongan con Dios porque las iba a acabar de comer a todas.

Una de las cabras le contestó:

—Haga el favor, déjenos llegar a la cima de la lomita

a todas; desde ahí le vamos a cantar alabanzas y después nos come.

El canto de las cabras era la señal dando aviso al puestero que andaba el león. Entonces el puestero dijo:

—Por ahí anda el león, según me están comunicando las cabras.

Y entonces el puestero salió con todos los perros y al poco caminar para el bajo lo encontraron al león que estaba agazapado para saltar sobre las cabras; lo agarraron los perros y lo mataron.

Informante: Tránsito Fuensalida.

Casa de Piedra, Santa María (Catamarca).

Aarne-Thompson: 122. A (Tema del animal que busca alimento, amenaza comer a varios animales y por atender los pedidos de éstos, pierde su presa).

47. B (La yegua cocea al león).

227. (Las cabras piden una tregua para cantar).

Thompson: J. 624. 1 (Incidente con los carneros).

Argentina: Morales 15-16 (T. 122. A).

América: Mason-Espinosa PRF V, 78 (T. 122. A).

España: Ampudia 159, 162. Cabal 172-174; 177-178; 183-184; 235-236. Curiel Merchán 139-141; 283-284. Espinosa 199, 200, 201, 204, 213, 217, 221. Espinosa, Castilla 64. (T. 122. A).

El tema del animal que busca alimento aparece en una fábula de Aviano, la n° 19, *Del león y de la cabra*. Modernamente, además de las versiones arriba citadas, está anotado en el norte de Europa.

El motivo de los carneros que embisten al león y lo dejan mal herido, está ya registrado en el *Calila e Dymna* (El religioso é el ladrón, pág. 23).

Para el tipo 47. B, véase cuento n° 5.

25. EL BURRO, EL GALLO, EL GATO Y EL PERRO

Se cuenta que había una vez un burro que era muy viejo, y el dueño dijo que lo iba a matar para darle la carne a los perros y hacer lazos con el cuero. Era tan inútil que lo que comía valía más que lo que trabajaba.

Entonces el burro se disparó al campo, donde encontró un gallo muy triste y le dice:

—¿Por qué está tan triste, compadre?

—Porque el patrón dijo que me va a carniar porque ya estoy muy viejo —le contesta el gallo.

El burro le dice:

—No importa, compadre, vamos a rodar tierra; a mí me dijeron lo mismo.

Por el camino encontraron un perro y un gato, que estaban también muy tristes, y les preguntaron por qué. El perro contesta:

—Porque mi patrón dice que me va a matar porque no *torio*.

—Me van a matar porque no cazo ratones y estoy muy viejo —dice el amigo gato.

El burro les dijo:

—No importa, amigos; sigamos caminando.

Al rato se hizo la noche y bajo un *árbol* hicieron un campamento. El burro comenzó a comer hojas y algarrobas que caían. El gallo se subió para dormir y dijo:

—Allá se ve luz.

Entonces le pidieron al perro:

—Vaya, po, amigo perro, a ver si hay algo para comer.

Se fué y vió que había unos gauchos que estaban comiendo. Entonces el burro propuso:

—Vamos a darle una serenata, po, compañeros.

—Y vamos —dijeron los otros.

El burro se colocó afirmando las manos en la puerta, y le dijo al perro:

—Suba encima de mí, amigo perro, y sobre usted el gallo, y sobre él el gato.

Empezaron todos a cantar y se les cayó la puerta; los gauchos dispararon creyendo que era la policía. El perro comenzó a comer la carne, el burro se fué al galpón donde había maíz, trigo y *alfa* seca. Después que se llenaron todos, cada uno buscó su sitio y el gato se fué al fogón.

Al rato regresa uno de los gauchos a ver si ya se había ido la policía, y entra al fogón donde estaba el gato, al que le brillaban los ojos como dos brasas. El gaucho quiso prender un cigarro en los ojos del gato y éste le saltó a la cara y lo sacó disparando. Sintieron los demás animales: salió el perro

y le dió fuertes mordiscos; el burro le pegó unas patadas y el gallo gritaba:

—Quiquiriquí! Quiquiriquíiiii!

El gaucho disparó, llegó adonde estaban sus compañeros y les dijo:

—Disparen que viene la policía. En la cocina hay una bruja que me ha arañado la cara; el sargento me ha pegado unas puntadas en las piernas; el agente me ha pegado cada trompada, que se quejaba, y el juez decía “traíganlo para aquí, traíganlo para aquí”¹.

Informante: Manuel de Jesús Aróz.

Andalgalá (Catamarca).

Aarne-Thompson: 130 (Los animales en su guarida nocturna).

Argentina: Dávalos 89-99. Lehmann-Nitsche, Märchen 6.

América: Espinosa SFNM 102, 103, 104. Guirao 63-66. Mason-Espinosa PRF V, 30, 31, 51, 54, 55. Rael 361, 362, 363, 364, 365, 366. Sojo, Folklore 81-82. Wheeler 201.

España: Curiel Merchán 95-97; 214-217. Espinosa 255, 256, 266.

Este tema ha sido estudiado por Espinosa en su obra citada (Tomo III, pp. 386-397). La presente versión contiene los elementos A, B₁, D, E y F; pertenece al tipo fundamental II señalado por Espinosa.

En la *Comedia Trofea*, de Bartolomé de Torres Naharro (Propaladía I, 253-254), se menciona el cuento en forma sucinta.

26. EL TORO Y EL TIGRE

Diz que había un toro muy amigo y compañero de un tigre. Los dos eran muy guapos pa peliar; el toro dominaba a todos los toros y el tigre a todos los demás tigres. Diz que no había quién los domine.

Un día que por chiripa se separaron, el toro se dió con su amo que había andado buscándolo. El toro, al verlo, se le fué al humo, pero el hombre, que no se dormía en las pajas, desató su lazo, lo enlazó, amarró bien y lo llevó a su casa. Allí

¹ La bruja: el gato; el sargento: el perro; el agente: el burro; el juez: el gallo.

le despuntó las astas, lo amansó y trabajó con él, y cuando se puso muy flaco lo largó.

El toro se fué a buscarlo a su amigo tigre y cuando lo encontró diz que el tigre no lo conocía al amigo, y el toro se hizo reconocer. Entonces el tigre le dijo:

—¡Pero, amigo! ¿Qué le pasa? ¿Quién lo ultrajó así?

—El hombre, amigo —le respondió el toro.

—Quisiera juntarme con el hombre para vengar las apaliadas que le pegó a usted, amigo.

—No, amigo, no se meta —le dijo el toro—, mire que el hombre es muy diablo y todo lo puede con sus marañas.

—Soy tigre y a mí no me dominará.

—Yo también fui toro y el hombre me dominó; le repito que no se meta con el hombre.

—No, yo quiero juntarme con el hombre —dijo el tigre—pa hacerle ver que soy capaz.

—Bueno, amigo —le dijo el toro—, puesto que quiere juntarse con el hombre, allá está él.

Y le indicó donde un hombre estaba hachando. El tigre se dispuso a ir y por más que su amigo se opuso, se fué no más.

Cuando el hombre menos acordó, se le presentó el tigre y le dijo:

—¿Usted es el hombre, amigo?

—Yo —le respondió.

—Bueno, vamos a peliar.

—No hay razón —le dijo el hombre.

—Bueno, entonces nos dirigimos unas razones.

—Bueno, amigo —le dijo el hombre—, eso sería bueno pa que nos salga rabia, pero hay que dirigirse de lejitos.

—Bueno —le dijo el tigre.

Entonces el hombre se retiró hasta el tronco de un laurel donde tenía su escopeta, y le dijo:

—Largue su razón, amigo.

—Ahi va mi razón —dijo el tigre.

Y diciendo así, pegó dos bramidos tan fuertes que al hombre le pareció que los árboles temblaron; y haciendo de tripas corazón, el hombre alzó su escopeta y le dijo:

—Ahi va mi razón.

Y al mismo tiempo le pegó un tiro en la raíz de la oreja y la hizo volar con un pedazo de la cabeza; con tal razón el tigre se revolcó y luego disparó.

A Dios y misericordia fué a dar donde estaba su amigo toro; al verlo, el toro le dijo:

—¿Cómo le fué, amigo?

—Cállese, amigo —le contestó el tigre—, el hombre había sido tremendo. Yo primero le dirigí dos razones y ni lo moví, y él con una sola razón ¡vea en los estados que me ha puesto! Así es, amigo, que reconozco que el hombre puede todo; ya ve, sin juntarme casi me mata; si nos juntamos quizá me coma.

Entré por un zapato roto para que usted me cuente otro.

Informante: Adán A. Aragón. 34 años. Enviado por la señora Clementina Jerez de Aragón, maestra de la escuela n° 74 de Alijilán (Catamarca). Legajo n° 29.

Aarne-Thompson: 157 (Animal enseña a temer al hombre).

Argentina: Dávalos 157-161.

América: Cadogan, Guairá. Laval, Cuentos 20. Montenegro 63-66.

Radín-Espinosa 67. Rael 397, 398, 399, 400.

España: Ampudia 170. Espinosa 261, 262. Espinosa, Castilla 67.

Antecedente de este cuento es la fábula esópica *Del ombrezillo y del león y de su hijo* (Isopet, Extravagantes 16), tema que aparece también en la de Aviano, *Del animal llamado tigríde y del cazador* (N° 13).

27. EL MONO Y EL TIGRE

Había un mono llamado Bonifacio, que era amigo de un almacenero; de noche le sacaba licor por una ventana que tenía el depósito. El dueño del almacén se dió cuenta cuando le faltaba ya mucho licor, y preguntó a los vecinos si no habían visto a alguno que pasara de noche o que gritara, *machado*. Le dijeron que todas las noches, de madrugada, pasaba un *machado* que gritaba y decía:

—Aquí está triste Bonifacio.

También le contaron que desafiaba a pelear o a jugar a

la taba o a los naipes, y que no sabían quién era. Entonces, el *bolichero* se dió cuenta que se trataba de su amigo Bonifacio y sospechó que éste entraba por la ventanita; hizo un monito de pega pega y lo puso en la ventana.

A la noche, cuando se presentó Bonifacio, encontró al otro mono y lo saludó diciéndole:

—¿Cómo te va, Bonifacio? —repetidas veces.

El otro no contestaba y disgustado le tiró con la taba; ésta quedó prendida en la pega. El mono le dijo que le entregara la taba, si no le tiraría con los naipes; por fin se los tiró, quedando también prendidos. Entonces pedía que le entregara las dos cosas, que iban a ser muy amigos, pero no lo consiguió y enojado le pegó una trompada y quedó prendido. Volvió a pedirle que lo soltara, si no le iba a pegar una patada, y al pegarle quedó prendido del todo, y así amaneció.

Al otro día, bien temprano, el dueño lo encontró prendido en la pega y le preguntó qué andaba haciendo allí; el mono le dijo que pasaba y al ver al otro mono se detuvo a saludarlo. Como no recibió respuesta se enojó, se pelearon y quedó allí pegado. El almacenero lo acusó de haberle estado robando el licor y terminando el vino; le dijo que lo iba a atar y marcar a fuego, y lo ató a una planta.

Cuando Bonifacio estaba allí llegó el tigre y le preguntó por qué lo habían atado; el mono le dijo que lo habían atado porque no quería casarse con la hija del almacenero, ya que él era muy pobre y la chica muy rica. El tigre le pidió quedarse en su lugar, que él se casaría; Bonifacio aceptó, pidió que lo desate y ató después al tigre, marchándose en seguida. Luego llegó el almacenero con la marca al rojo y la aplicó, mientras el tigre gritaba que sí se iba a casar con su hija, que no lo quemara. Pero de tanto quemar lo dejó overo; por eso el tigre es overo.

Mientras tanto Bonifacio se había ido al monte y encontró un nido de pájaros de los llamados *quishquiteros*, con pichones; subió hasta el nido, sacó a los pichones, prendió fuego al nido y los puso a saltar en grasa. En ese momento llegó el tigre en su busca para matarlo, y Bonifacio lo saludó desde arriba, preguntándole si se había casado; el tigre le contestó que sí para engañarlo. Luego le preguntó cómo había hecho para subir, que él también quería subir; Bonifacio le indicó

ponerse cabeza abajo y darle la cola para que lo levantara. Agarró después la cola, lo llevaba hacia arriba, y cuando estaba cerca lo detuvo; le echó la grasa hirviendo encima y lo soltó.

Informante: José C. Leguizamón.

Mailín, Avellaneda (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 175 (El muñeco de brea).

Thompson: F. 872. 2 (Baño de aceite hirviendo).

América: Andrade 156, 157, 158, 159. CEAP 2. Espinosa SFNM 101. González Casanova 153-159. Guirao 59-60. Laval, Cuentos 19. Mason-Espinosa PRF I, 21; V, 1, 2, 3, 5, 9, 13, 15, 17, 21. Mendoza 409-410. Navarro del Aguila II, IV, VI. Paredes Candia 28-30. Radin-Espinosa 46, 66, 85, 90, 100. Rael 373, 374. RCHG LXII 209-212. TFSP XII 13-15. Tía Panchita 131-132. Wheeler 225.

España: Ampudia 189. Curiel Merchán 315-316. Espinosa 35. Sánchez Pérez 37.

El tema no tiene entre nosotros dispersión semejante a la registrada en otros países americanos; además de la presente, conocemos muy pocas versiones inéditas, pertenecientes a la colección de la Encuesta folklórica del magisterio, del año 1921.

El cuento del Muñeco de Brea ha sido minuciosamente estudiado por Aurelio M. Espinosa (Ob. cit., tomo II, pp. 163-227) y en otro trabajo posterior¹. La versión que se incluye contiene los elementos A, B, D, F, G₃ e L₂ del análisis de Espinosa. El tema está abundantemente registrado en África; también, entre los negros de Norte América.

¹ Aurelio M. Espinosa. *Las versiones hispánicas peninsulares del Muñeco de Brea*. En: Estudios dedicados a Menéndez Pidal. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Patronato Marcelino Menéndez y Pelayo. Tomo II. Madrid, 1951. Pp. 357-381.

28. EL BURRO, EL GATO, EL CARNERO,
EL PATO, EL GALLO Y EL TIGRE

Un día salieron a rodar tierra el burro, el gato, el carnero, el pato y el gallo. Después de caminar todo el día resolvieron hacer noche en una peña, y en lo mejor que estaban lo ven al tigre que se acerca y se pone a conversar con el carnero. Entonces el burro le dice al carnero:

—Andate a traer una cabeza de tigre que tenemos en las alforjas.

El carnero se va a las alforjas y le pregunta al burro en alta voz:

—¿Esta?

—No, la otra —le contesta el burro.

—¿Esta otra? —vuelve a preguntar el carnero.

—Traé esa más grande para que lo hospedemos al amigo.

—¿Esta será?

—No, traé esa más fresca, la del tigre que carniamos a medio día.

Entonces el tigre, al escuchar todos estos comentarios, dice:

—No, amigo burro, no se moleste por mí; voy a seguir viaje porque voy apurado.

El tigre pensó que esos hombres podían ser tigreros y no les hizo nada, por miedo.

Siguió viaje la comitiva y al otro día, de noche, los sorprende una tormenta de piedra en pleno campo; se metieron en una cueva, que resultó ser de tigres. Entró primero el gallo, después el pato, los siguió el carnero y último el burro; el burro no podía entrar y se quedó en la puerta de la cueva.

Ya tarde en la noche llegaron los tigres disparando a entrar en la casa. Cuando quisieron entrar, el burro lo *barajó* al jefe de la nuca y no lo dejó entrar; en eso sale el carnero y le metió un moquete, el gallo le clavó las espuelas y el gato se le prendió de los ojos con las uñas; mientras tanto el pato se paseaba dentro de la cueva y no podía salir. El tigre luego pudo escapar y se fué con sus compañeros.

Iban disparando los tigres, cuando topan otro tigre que venía disparando a la casa, y le dicen:

—No llegues a la casa, hermano; están haciendo noche

unos hombres tigreros. Uno tiene tenazas y *combo*; parece que otro es domador, porque me clavó las espuelas; otro parece que es sastre, porque me clavó las agujas, y además había un peticoito que estaba adentro sin poder salir, zapateaba y pedía que me dejen.

Entonces los tigres no quisieron saber nada de volver a la casa y la dejaron para los visitantes.

Informante: Ambrosio Ayusa.

San José, Santa María (Catamarca).

Aarne-Thompson: 125 (Ardid para atemorizar a un animal: le muestran la cabeza cortada de un congénere).

210 (Viaje de varios animales, que ocupan una casa y hacen huir al dueño).

Argentina: Cañete de Rivas 157-159. Dávalos 89-99 (T. 210).

América: Cadogan 20-22. Sojo 176. Wheeler 202 (T. 125).

España: Curiel Merchán 75-76. Espinosa 255, 256 (T. 125).

F. Caballero I, 55-58 (T. 210).

El cuento está registrado en el norte de Europa y figura con dos versiones en la colección de los hermanos Grimm (Nº 10, 41). Sobre el tema existe un estudio de Antti Aarne, titulado *Die Tiere auf der Wanderschaft* (FFC nº XI).

29. EL TIGRE Y EL CARNERO

Un carnero salió de viaje y en lo que iba encontró un tigre que estaba plantando una higuera. El tigre le dijo:

—Ayúdame a plantar la higuera y cuando dé fruta te convidaré.

—No te voy a ayudar nada —contestó el carnero, y siguió viaje.

A los tres años volvió el carnero al mismo lugar; las higueras estaban desgajándose por el peso de las brevas. Dijo el carnero:

—Me pesa la hora en que no lo ayudé al tigre; ahora estaría comiendo brevas, con el hambre que tengo.

El carnero se puso a mirar para todas partes; como no veía a nadie alrededor, dijo:

—Si viene el tigre no me va a decir nada por unas brevas que coma —y se subió a la higuera.

En eso llegó el tigre, vió al carnero que estaba sobre la higuera comiendo brevas, y le dijo:

—Ahora sí que me las vas a pagar; no me quisiste ayudar a plantar la higuera: bajate y te comeré.

—Pero, hombre, ¿por estas brevas me querés comer? Te las pagaré.

—No quiero plata —dijo el tigre—; bajate y te comeré.

Y daba unos bramidos y arañaba la higuera para subirse. Por fin le dijo:

—Bueno, dame siquiera unas brevas para comer.

—Comete esas que te andan colgando —le contestó el carnero.

El tigre se enfureció y pegó un bramido, a tiempo que llegó el quirquincho bola; vió al carnero y preguntó:

—¿Por qué estás triste, carnero?

—El tigre me quiere matar porque comí unas brevas. El quirquincho le contestó:

—Bajate no más, no le tengas miedo; ¡qué te va a hacer este *mollejudo* 'el car...!

Esto sintió el tigre y lo agarró al quirquincho en la boca; como no le podía hacer nada, lo tiraba para arriba y lo bajaba. Entonces aprovechó el carnero y se escapó.

El quirquincho, cuando se compuso de los golpes que le dió el tigre, le dijo:

—Mirá, tigre, no va a quedar en eso no más que me has golpeado; te voy a hacer una revolución, así que juntá tu gente que yo juntaré la mía.

—Está bien —le dijo el tigre—, cuando quieras.

El tigre comenzó a juntar toda clase de fieras: tigres, leones, zorros, zorrinos, *mayuatos*. El quirquincho juntó *pijes*, *guanqueros*, avispas y cuanta sabandija encontró, y las metió en *porongos*.

El tigre, ya impaciente, le dijo al zorro:

—Andá a casa del quirquincho y decile que yo estoy listo; cuando quiera que me avise.

Fué el zorro y le dijo que iba de parte de su tío, que ya estaba listo con su gente. El zorro miraba en la cueva del quirquincho y no veía nada. El quirquincho le contestó que los esperaba; el zorro, curioso, le preguntó dónde tenía su gente, que no los veía. El quirquincho dijo:

—Arrímate para acá.

Y abrió un porongo, salieron ocho *guanqueros* y se le prendieron al zorro en el cuerpo; salió enloquecido y se zambulló en una laguna y se revolcaba; así consiguió desprenderse de los bichos. El zorro, hinchado como si lo hubiesen inflado, salió a dar la respuesta al tigre; éste lo retó de borracho y sinvergüenza.

—No, mi tío; es la gente del quirquincho; no se disponga a ir usted, lo dejarán peor que a mí.

—¡Qué me va a hacer ese pobre diablo! —dijo el tigre.

Al otro día temprano llegó el tigre con toda su gente. Salió el quirquincho con paso lento y le largó al tigre una vejiga con sangre, diciéndole:

—Ya ti hachao, car...!

Y al momento le largó otra vejiga con porquería, y le dijo:

—¡Ya has cag..., mier...!

Se enfureció el tigre y largó su gente; el quirquincho abrió sus porongos, salieron las avispas, los *guanqueros* y los *pijes*, y se prendieron a la gente del tigre. Todos bramaban, saltaban, se mordían, hechos unos locos, para zafarse de la gente del quirquincho. El zorro, que los estaba mirando, les gritaba:

—Al agua, al agua, mi tío, como yo lo hice.

Todos acudieron al agua. El quirquincho les gritaba:

—¡No son tan bravos! ¡Así se les saldrá la bravura!

Los animales no quisieron saber nada más.

Informante: Mariano Vergara.

Catamarca (ciudad).

Aarne-Thompson: 222 (Guerra entre animales).

Argentina: Aramburu 125-130. Cano 204-208. Cañete de Rivas 35-36. Di Lullo 263-265. Franco 153-154. Gil Rojas 55-56. Gucovsky 79-80. Sajoux 135-142. Zapata Gollán III, 2. (Cf. Echazarrera 175-177: guerra entre loros y langostas. González II, ix: entre águilas y langostas).

América: Andrade 249, 253. Espinosa SFNM 111. González Casanova 163-166. Paredes Candia 55-56. Radin-Espinosa 94. Rael 383. Respaldiza 95-96. Teotihuacán 301. Wheeler 193.

España: Cabal 167. Espinosa 246, 247, 248.

El tema de la guerra entre animales tiene gran dispersión, como puede apreciarse por el número de versiones anotadas, solamente en países de habla hispana. La versión esópica, *De las bestias y de las aves* (Isopet III, 4), documenta también su antigüedad.

30. EL CARANCHO Y EL SAPO

Un día Nuestro Señor resolvió celebrar una fiesta en el cielo e invitar a todas las aves a la reunión. El sapo, que era vecino del carancho, sentía que todo el santo día se ensayaba a tocar la guitarra. En eso ya entró en curiosidad el sapo y llegó a la casa del carancho y le preguntó a qué se debía que lo veía tan aplicado a la guitarra.

—Resulta, amigo sapo, que Tata Dios ha invitado a todas las aves a una fiesta en el cielo y a mí me han designado de guitarrero.

—Yo también quisiera ir a esa fiesta, amigo carancho.

—Es fácil, amigo sapo; te dejás crecer alas y volás al cielo.

Llegó el día de la fiesta y el sapo ya estaba escondido en la casa del carancho. En cuanto el carancho dejó la guitarra para arreglarse y volar al cielo, el sapo pegó un saltito y se metió en la caja de la guitarra. Sale el carancho muy bien arreglado, levanta su guitarra y emprende viaje al cielo.

En lo mejor que estaban en la fiesta las aves, el carancho lo ve al sapo entreverado en la reunión. Le pregunta el carancho cómo hizo para llegar al cielo.

—Amigo carancho, por virtud que Dios me ha dado, alas me salieron en ese momento.

El carancho quedó con sangre en el ojo y se puso en cuidado del sapo sin perderlo de vista. Terminada la fiesta comenzaron los aprontes de la vuelta. El carancho, como quien no hace nada, dejó su guitarra afirmada a la pared y ya lo ve al sapo que pega el saltito y entra en la caja de la guitarra y se acomoda muy bien. El carancho levanta la guitarra, la echa al hombro y comienza el vuelo de vuelta a la tierra. En mitad del camino pega el grito y dice:

—Oí, amigo sapo; ¿así que por la virtud de Dios ya tenés alas? Veamos si es cierto.

Y el carancho le pega la vuelta a la guitarra y la pone boca abajo, y el sapo sale como latigazo y viene a terminar su vida sobre una piedra, por embustero.

Informante: Modesto Vera.
Catamarca.

Aarne-Thompson: 225.

Argentina: Abalos 114-115. Antología I, 85-86. Berdiales 29-31. Canal Feijóo 103-113. Cano 244-247. Cañete de Rivas 19-20. Dávalos 103-120. Di Lullo 259. Franco 157-158; 166.

América: Andrade 244. Mason-Espinosa PRF V, 22, 61, 66. Paredes Candia 23-25. Pereda Valdés 321. Pérez Arbeláez 67-68. Rael 377.

España: Ampudia 172. Espinosa 219, 220.

El tema del ave que lleva volando a otro animal (una tortuga o un sapo, generalmente) y lo deja caer desde gran altura, es conocido en la literatura antigua de Oriente y en la medieval europea. Así lo documentan la fábula esópica *De la aguilá y de caracol y cueruo* (Isopet I, 14) y la medieval del *Libro de los Gatos* (Enxemplo de lo que acaesció entre el galápago é el águila).

Espinosa, al estudiar estos cuentos (Ob. cit., tomo III, pp. 305-310), establece un tipo especial sobre la base de la versión argentina publicada en la *Antología Folklórica Argentina* (Las manchas del sapo) y dice al respecto: "La explicación de cómo adquirió el sapo las manchas de la piel (las cicatrices de la caída) puede ser un motivo de origen americano".

31. CARRERA DEL AVESTRUZ Y EL SAPO

Un día, el avestruz le dice al sapo.

—Vamo a hacer una carrera.

—¡Cómo no! —le contesta el sapo.

Marcaron con una raya la llegada, cerca 'e una barranquita donde había una cuevita.

Entonces el sapo va y le avisa a otros sapos que iba a correr una carrera; escondió a unos en el camino y a otro le dijo:

—Ponete ahi, en esa cuevita.

Empezó la carrera y cuando el avestruz pasaba junto a

un sapo escondió, el sapo saltaba, y siempre que el avestruz se daba vuelta veía un sapo saltando detrás.

Cuando estaba por llegar a la raya salió el sapo que estaba escondido en la cuevita y se puso en la llegada. El avestruz quedó pasmao al ver que el sapo le había ganao.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frías (Santiago del Estero).

Boggs: 275 * A (Carrera entre animales: el menos veloz coloca a sus congéneres a lo largo del camino).

Argentina: Abalos 107-109. Alvarez 11-13. Canal Feijóo 151-153. Cañete de Rivas 61. Di Lullo 259-260. Franco 158-159.

América: AFC IV, 100-102. Espinosa SFNM 113. García XXII. González Casanova 169-171. Guirao 43-48. Ibarra 128-131; 141-144. Jiménez Borja 19. Mason-Espinosa PRF V, 62, 80. Pereda Valdés 322. Radin-Espinosa 97. Sojo 178-179. Wheeler 220.

España: Ampudia 173. Espinosa 227, 228, 229.

Los cuentos que refieren carreras entre animales están profusamente documentados en la tradición oral moderna, pues además de las versiones hispánicas arriba señaladas, aparecen registrados en Europa, entre los indios de Norte América y en Africa. Aparte de la aquí anotada, hay otras formas del tipo, algunas de las cuales se remontan a las fábulas esópicas.

32. EL SAPO

A un sapo muy perezoso se le ocurrió un día subir hasta el final de una escalera. Ya estaba por llegar al último escalón de la misma, después de siete años de lento saltar, cuando de repente se vino al suelo. El pobre exclamó con dolor y enojo:

—¡Añamembi! ¡Lo que son los apuros!

Informante: Juan Carlos Martínez. 24 años.

Santo Tomé (Corrientes).

Boggs: * 288 C (El sapo holgazán).

España: Espinosa 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245.

Aurelio M. Espinosa, en el capítulo titulado *La leyenda del sapo* (Ob. cit., tomo III, pp. 350-355), expresa: "Las versiones 238-245, en particular, parecen cuentos tradicionales antiguos que deben pertenecer a la

tradición general de Europa. Por ahora, sin embargo, hay que considerarlas como versiones de tipos que pertenecen casi exclusivamente a la tradición hispánica".

La versión correntina pertenece al grupo segundo anotado por el autor citado (Tipo IV, con elemento C). No conocemos versiones americanas del mismo cuento.

33. LA PERDIZ Y EL SURI

Una vez estaban reunidos en una gran farra el *quirquincho*, el *chiñe*, la comadreja, el *suri* y el zorro. Pasó a tiempos silbando doña Jusupita y dijo don Anastasio¹:

—¡Qué bien lo hace la doncella!

Y dijo don José María:

—¡Y tan piernitas gruesas!

Agrega la comadre:

—¡Y qué lindo su tuntún!

A estas alabanzas contestó don Juan de la Cruz:

—¡Qué linda va a ser esa *porra*, ya cuánto me la *basurié*!

Salió corriendo don Juan de las Casas Blancas, el chismoso, a contarle a doña Jusupita lo que dijo cada uno de sus compañeros, y al saber lo que habló don Juan de la Cruz, se disgustó mucho por quedar tan desacreditada ante tanto joven amigo.

A su vuelta encontró doña Jusupita a don Juan de la Cruz, y le dijo:

—Chey, parate, Juan. ¿Por qué me has desacreditado ante tus amigos? ¡Sinvergüenza!

—¿Adónde? —le contestó el *suri*.

—Allá en la farra donde estuvo Juancito.

El *suri* se hizo el desentendido y siguió el camino. Entonces doña Jusupita le dijo:

—Chey, atendeme: cabeza de *conana*, ojos de botón, lengua 'i *chischica*, boca 'i *mordaza*, cogote de *envolvedor*, pon-

¹ Don Anastasio: el quirquincho; don José María: el chiñe; la comadre: la comadreja; don Juan de las Casas Blancas: el zorro; don Juan de la Cruz: el suri; doña Jusupita: la perdiz.

cho de lizo ¹, anca 'i botija, canillas de palo 'i *jume*, tobillos de carozo. ¡Alabancioso! ¡Embustero!

A tanto insulto contestó don Juan de la Cruz:

—Tal vez con la *chuma* lo habré dicho.

Informante: Dominga Herrera. 23 años. Enviado por la señorita Amalia Dávila, maestra de la escuela n° 6 de Vichigasta (La Rioja). Legajo n° 39.

Tipo presuntamente argentino, cuya síntesis es la siguiente:

Los insultos. Un ave seduce a otra prometiéndole no decir nada. Se olvida de la promesa y divulga su aventura. Cuando la seducida se entera lo recibe con insultos (a veces, versificados).

Argentina: Cañete de Rivas 215-217. Di Lullo 273-275. Franco 149-150.

34. CUENTO DEL MEDIO POLLO

Había una vez una viejita que había quedao sola en el mundo; tenía sólo una comadre y con ella repartía todo lo que conseguía. Un día la comadre le trajo once huevos pa' que los echara y los hiciera empollar con una gallina, con la condición de que repartieran por partes iguales los pollitos que salieran. Entonces la viejita echó la gallina y todos los días decía:

—Padre Nuestro y Salvador,
que sean todas pollitas
y un solo gallo cantor.

Y así decía la viejita hasta que llegó el día que nacieron los pollos. Cuando llegaron un poco más grandes vió que eran diez pollitas y un pollito. La viejita los jué criando y el pollo se encariñó con ella y la seguía a todos laos donde iba la viejita.

Un día cayó la comadre y le dijo:

—Aquí vengo pa' que me dé la parte que me corresponde.

¹ *Poncho de lizo*: Con esta comparación, la perdiz quiere significar que el poncho del avestruz está hecho tiras; alude al lizo del telar, hecho con una serie de asas de hilo.

—Y así no mai ser, cuma, pero queda un pollito que no lo podimos repartir —contestó la viejita.

Pero la comadre le dijo que sí podía, que tenía que darle la mitá del pollo. La viejita no sabía qué hacer porque lo quería mucho al pollito, y empezó a llorar. Entonces el pollito se le acercó y le preguntó:

—¿Por qué llora, mama vieja?

—Mi cuma quiere que te mate y que le dé la mitá a ella.

El pollito le dijo:

—No se aflija, mama vieja. Yo le vuá decir cómo tiene que hacer. Va a ir a buscar una planta e' *viravira* y cuando me corta por la mitá, machaca unas hojitas y me pone en la herida unos días seguidos; entonces me curo.

La viejita se puso contenta y salió por el carril a ver si encontraba una planta 'e *viravira*. Quiso la suerte que ahí cerca 'el rancho no más encontrara una mata; cortó unos gajitos y se volvió pa' la casa.

Entonces agarró un cuchillito bien afilao y lo partió al pollito justo por la mitá. Y después hizo como le había dicho que tenía que hacer; le dió la mitá a la comadre y ella curó la otra mitá hasta que el pollito quedó sano y la seguía a todos laos del rancho saltando en una pata.

Pasó el tiempo y un día el pollito le dijo:

—Mire, mama vieja, yo quiero salir a rodar mundo y ganar mucha plata pa' traerle.

Y la viejita se puso muy triste porque le tenía mucho cariño al pollito. Pero él insistió y le pidió la bendición. Cuando la viejita vió que estaba decidío a irse, preparó un poco 'e comida pa'l viaje; después, muy triste, le dió la bendición. Entonces el pollito se despidió 'e la viejita y salió por el camino a recorrer mundo.

No había andao mucho camino cuando se encontró con un tigre, que le preguntó:

—¿P'ande vas yendo?

—Vuá buscar plata pa' traerle a mi mama vieja.

—Quiero que me llevís a mí también.

—No vuá poder porque soy muy chico —le contestó el pollito.

Entonces el tigre se puso furioso y bramaba, y le gritó:

—¡Si no me llevás te vuá comer!

—Bueno, te vuá llevar —le contestó el pollito, y agregó:

—Entrate por mi culito,
trancate con un palito.

El tigre aceptó y el medio pollo siguió su camino.

—Al rato se encontró con un zorro, que le dijo:

—¿P'ande vas yendo?

—Vuá buscar plata pa' traerle a mi mama vieja.

—¿Querís llevarme?

—No vuá poder porque soy muy chico —le contestó el pollito.

—Si no me llevás te como.

—Bueno —dijo el pollito.

—Entrate por mi culito,
trancate con un palito.

El medio pollo siguió andando, hasta que llegó a un río muy crecío. Cuando iba a cruzarlo, el río le preguntó:

—¿P'ande vas yendo?

—Vuá buscar plata pa' traerle a mi mama vieja.

—Llevame a mí también.

—No vuá poder porque soy muy chico —le contestó el pollito.

El río se enojó y le dijo:

—Si no me llevás te augo.

—Bueno —dijo el pollo.

Entonces abrió el traste y tragó toda el agua 'el río. Pasó al otro lao y siguió su camino hasta que llegó al palacio 'el rey.

Cuando lo vieron los criados, lo agarraron y le avisaron al rey, que ordenó ponerlo en el gallinero. Los gallos empezaron a picotiarlo al medio pollito, y entonces él soltó al zorro, que se comió todos los gallos y gallinas. Al día siguiente, cuando fueron a ver, encontraron nada más que las plumas. Entonces el rey enojao, ordenó:

—¡Pongan ese medio pollo en el corral de los potros chúcaros!

Medio pollito soltó entonces al tigre, que mató todos los potros. Cuando el rey se enteró, se enojó más y mandó:

—¡Metan ese pollo en el horno hirviendo, pa' que se queme!

Pusieron al medio pollo en el horno; cuando empezaba a sentir calor, lo soltó al río. El agua 'el río apagó el juego, siguió saliendo y los arrastró a todos; el rey y sus servidores se augaron.

Medio pollo quedó dueño 'e todo el palacio, con el zorro y el tigre; y entonces se volvió pa' su casa, llevando las riquezas a su mama vieja.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frías (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 715.

Argentina: Antología II, 21-25. Cañete de Rivas 175-178. Jijena Sánchez n° 2. Lehmann-Nitsche, Cuento 297-306. Sajoux 143-151. *América*: JAFL XLV, 348-350. Laval, Cuentos 14. Mason-Espinosa PRF V, 36, 37, 38.

España: Ampudia 183. Curiel Merchán 11-13; 37-39; 152-153; 196-200; 290-292. Espinosa 253, 254.

El cuento de medio pollo está muy difundido en la tradición hispánica. Nuestra versión corresponde al tipo I, que Espinosa considera el fundamental y primitivo, tal vez el arquetipo primitivo del cuento (Tomo III, pp. 373-386).

II. CUENTOS MARAVILLOSOS

35. EL PADRE MEZQUINO

Había un matrimonio muy rico. Se muere la señora, y queda el marido con tres hijos varones. Tan mezquino era, que no tenía compasión con sus hijos para darles de comer.

Tenía una planta de naranja llena de frutas, y todos los días las contaba para ver si los hijos cortaban alguna. Hizo hacer una casa con un portón con llave, para cubrir el naranjo, evitando así que las criaturas lo miren; y aún así iba a contar las frutas.

Un día fué a contarlas, y notó que le faltaba una, a pesar de estar emparedado el árbol. Los busca a los chicos, y les da una paliza a cada uno, culpándoles de que ellos la habían cortado. Le dice el hijo mayor:

—Mire, mi padre, nosotros no hemos cortado las naranjas; no nos castigue de vicio. Vea, yo voy a cuidar para saber quién es el dañino.

Le pide al padre un cuchillo grande, lo afila bien afilado, y una tabla llena de alfileres clavados. Esa noche lo encierra al niño donde estaban las naranjas, y le echa la llave.

Se hizo la noche, y el niño subió al árbol; se puso la tabla sobre las rodillas para que al quererse dormir se pinchara las manos y se despertara, evitando así el sueño. El niño había estado despierto como hasta la media noche, pero como era chico y sentía mucha debilidad, el sueño le venció, y en ese intervalo le robaron una naranja. Al otro día temprano se levanta el padre para contar las naranjas y saber cuántas había

comido el muchacho. Notó que le faltaba una, y le dió una buena paliza porque decía que la había comido. El niño dijo que él no la había tocado siquiera, por lo tanto que no lo castiguen; no le valieron las súplicas. Igual le sucedió al segundo. El *shulco* dijo entonces:

—A mí no me va a pasar lo mismo que a ustedes; ya voy a ir yo a cuidar las naranjas.

Era muy chiquito; el padre, al llegar la noche, lo encerró en la pieza. Sube al tronco del árbol, pone la tablita bien puesta y agarra el cuchillo bien afiladito que cortaba el aire.

Cuando ya iba a amanecer, siente un gran ruido, y ve una semejante mano peluda que por encima de la tapia agarra una naranja; él con toda velocidad empuña el cuchillo y la corta. Eso que la cortó, el niño se baja rápido del árbol y le pega otro hachazo en cruz, y se queda muy ufano esperando al padre para avisarle quién había robado las naranjas.

Ya viene el padre con el chicote en la mano. El niño le muestra la mano del que robaba naranjas, y éste se disgustó con el niño porque no lo había agarrado. Pero, al fin, contento con el proceder del chico, no bien amaneció prepararon charqui y maíz tostado, y emprendieron el viaje en tres mulas bien ensilladas, en busca del que robaba, siguiendo el chorro de sangre.

Caminaron todo el día, y a la caída de la tarde llegaron a una casita, pero muy lejos, adonde habían de pasar la noche. Una vez alojados, encienden fuego, y ponen el charqui a asarse. Cuando estaban por comer, sienten una voz que dice desde el techo:

—¿Caeré?

El niño le responde:

—Caé, no más —y cae una pierna completa de cristiano.

Toma el niño la pierna y la pone a manera de piedra al fuego para que levante el asador. En todo esto estaban llenos de pánico el padre y demás hermanos, pero el *shulco* no sentía miedo, aunque sí mucho disgusto con el padre, porque era, no solamente mezquino, sino también cobarde.

Siente otra voz que dice:

—¿Caeré? —y cae otra pierna, y acomoda él mejor el asador.

Vuelve a decir:

—¿Caeré?

Y el niño le dice:

—¡Caé de una vez, car...!; dejá de estar cayendo por partes.

Y caen todas las demás partes del cuerpo. No tardaron en caer, que se levantan del suelo, juntándose el cuerpo con las partes que había puesto para sostener el asador, y formándose un hombre.

El padre y los dos hermanos, de horror, habían caído descompuestos. Entonces el niño le dice al hombre:

—¿Qué se te ofrece a vos? Si querés carne, aquí tenés; vení, comé.

Y juntos se pusieron a comer el charqui. Comía y comía el esqueleto a grandes pedazos, hasta que concluyó todo, no dejándole nada para el niño; luego que hubo concluído, le dice:

—Vamos para allá los dos, pero vos vas a ir delante y yo detrás.

Y el niño le contesta:

—Pasá vos adelante; yo voy a ir por detrás.

Pasó el esqueleto adelante, y el niño le iba prendiendo por detrás una vela, cuando por ahí se para el esqueleto y le dice al niño:

—Yo te voy a avisar dónde está el hombre que robaba las naranjas a tu padre, porque, aunque quería matarte de susto, no pude porque vos habías sabido no tener miedo. Eso es lo que te va a salvar y hacerte muy feliz. Mirá: andá a hacer lazos de diez cueros, y vení aquí, y te voy a indicar el agujero por donde te vas a meter, y no temas porque yo te voy a ayudar en todo.

Así lo hizo, y el padre, que ya había sanado de la descompostura, se fué a cortar los lazos. No mezquinaba tanto el material para hacer los lazos como sus naranjas.

Cuando estuvieron los lazos preparados, el padre le dice:

—Yo entraré primero a agarrarlo al que roba.

Llega a un lugar muy caliente donde no se podía resistir; mueve el lazo a los hijos para que lo saquen y sale el padre. Entra uno de los hijos, pasa el lugar caliente y llega a uno muy frío, y mueve el lazo para que lo saquen, porque no podía soportar el frío. Lo sacan a éste, y entra el segundo

hermano; pasa éste el caliente y el frío, y llega a un sitio donde sentía un gran hedor; no pudiendo continuar, movió el lazo para que lo saquen. Sale éste y entra el *shulco*; pasó el calor, el frío, el hedor y llegó a un gran palacio donde estaba una niña hermosa peinándose. Cuando el niño llegó, se sentó al lado de ella encantado de ver tanta hermosura.

—¡Ay!, niño —dice ella—, ¿y a qué has venido aquí? En seguida va a venir el que me cuida.

—No importa —le contesta el niño—. Traigo un cuchillo bien afiladito.

Cuando de repente siente un gran ruido, y se le presenta un hombre como un monstruo, para comerlo. Pero el niño le pega un hachazo, le corta una mano, y lo vence al monstruo. De verse el monstruo vencido, le dice:

—Vamos, que te voy a mostrar adonde está el que robó las naranjas.

Lo iba haciendo pasar por parajes donde el niño veía cosas hermosas, hasta que llegan a un gran corral. En una parte estaban unos grandes fondos hirviendo con aceite y azufre, y en otra, una mula atada en un *palenque*, haciéndose la chiquita, encogida, bajando la cabeza. Entonces le dice el monstruo al niño:

—A esta mula me la va a amansar usted; es medio bellaca.

—No le tengo miedo —le responde el niño—. Déme lo que le pido nomás: un freno mulero, unas espuelas, bastante filosas y una macana de hierro que pese dos kilos.

Y él personalmente fué, ensilló la mula y montó. Más tardó en montar que la mula se arrastró bellaqueando, queriendo voltearlo en los fondos hirvientes. Pero el niño con más coraje le clavaba las espuelas y la enderezaba a golpes, y pegadito como mariposa no se movía, hasta que llegó un momento que cedió la mula, convirtiéndose en un hombre, que le dijo:

—Yo soy el que robé las naranjas de tu padre; entregame la mano y te devolveré las naranjas.

—Yo no te entrego la mano sin que me saques de este lugar y me des las naranjas.

El monstruo no aceptó la propuesta del niño; ni éste tampoco aceptaba entregar la mano. Por fin, el monstruo

aceptó en sacarlo afuera. Y una vez afuera, el niño le intimó al monstruo:

—O me hacés rico, sin compromiso alguno, o de lo contrario no te entrego la mano.

—¡Oh!, niño, eso es lo de menos; todo esto que tú ves aquí te puedo dar haciéndote un gran palacio, una linda plaza y todas las comodidades necesarias, con los muebles que necesitas para mayor comodidad; también mucho dinero.

Una vez que el niño tuvo todo esto en sus manos con las llaves de su casa y las escrituras, le entregó la mano al monstruo, y éste le entregó a su vez las naranjas.

El padre y los dos hermanos ya lo habían dejado al niño, creyéndolo muerto, y se fueron a la casa. Pero el *shulco*, cuando se vió rico, volvió a la casa paterna, entregó las naranjas a su padre y los llevó a disfrutar a su palacio y vivir felices.

Informante: Jesús María Carrizo.

San Antonio de Piedra Blanca (Catamarca).

Aarne-Thompson: 301 (episodio II), 326.

Thompson: F. 92, F. 96, H. 1411. 1, H. 1471.

Este cuento reúne motivos del tipo 301, *Las tres princesas robadas*, y del 326, *Juan sin Miedo*. El tema del monstruo que roba frutas guardadas y, descubierto por el hijo menor del dueño del árbol, es seguido a su cueva y vencido por el joven, se encuentra en el popular cuento de Juan el Oso. De acuerdo con las referencias de Espinosa (II, pp. 498-504), corresponde al tipo II establecido por Friedrich Panzer en *Studien zur Germanischen Sagengeschichte*. En esta versión catamarqueña aparece una niña encantada, y no tres como en el cuento tipo, pero falta la explicación sobre el rescate de la joven; el héroe la encuentra en el palacio subterráneo, pero después el narrador parece olvidarla, y su aparición resulta así inmotivada.

Dentro del relato aparece intercalado el motivo de la caída sucesiva de las distintas partes de un cuerpo muerto. Este episodio (H. 1411. 1) es frecuente en versiones hispánicas. Entre nosotros, ha sido estudiado por María Rosa Lida¹, quien cita la versión chilena de Ernesto Monte-

¹ *El cuento popular hispano-americano y la literatura*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Cultura Latino-Americana. Buenos Aires, Coni, 1941.

negro (*¿Cairé?*, pp. 73-78) y la referencia de Lope de Vega en su comedia *Dineros son calidad*. Figura en el tipo 326 y ha sido clasificado por Aurelio M. Espinosa como elemento D del cuento de Juan sin Miedo (II, pp. 505-511).

36. EL CUENTO DE LOS DOS HERMANITOS

Había dos hermanos, uno se llamaba Pedro y el otro Juan. Salieron a rodar tierra; la comida que ellos llevaban era poca, y lo que tenían que caminar era mucho. Después de caminar tanto se sentaron a descansar bajo de un árbol, cuando sintieron cantar a un hermoso pájaro. Pedro le dice a Juan:

—¿Lo pillamos, Juan?

Este le contestó:

—¿Cómo me subo?

—Subí en mis hombros, y ya lo vas a alcanzar.

Se subió al árbol y el pájaro no hacía por volar; Juan lo pilló, rogaba a Dios que no se escape, y se bajó del árbol.

Al caer Juan al suelo, el pájaro se volvió una niña; el pájaro había estado en encanto: era la hija de un rey. Siguieron caminando con ella; después de caminar tres días se sentaron bajo de un árbol a comer del avío.

Después de comer, Juan y la niña se quedaron dormidos, y Pedro quedó despierto. En ese momento llegó un pájaro cantando y le dijo:

—Ustedes son los que la robaron a la hija del rey; llegarán a un río y encontrarán un agua cristalina, y la niña se antojará de tomar el agua y ella desaparecerá. El que sienta y cuente, piedra se volverá.

Juan, Pedro y la niña siguieron caminando y al llegar al río, a la niña se le antoja tomar agua. Pedro, al levantar el agua, dijo:

—¡Qué caliente está! —y se le cayó la taza de la mano y se le rompió.

Entonces la niña se quedó sin tomar agua, aunque tenía mucha sed. Pedro le dice a Juan:

—Cuando descansemos, la haremos dormir otra vez.

Cuando se pusieron a descansar, Juan y la niña se dur-

mieron; Pedro quedaba siempre despierto. Llegó el pájaro cantando y le dijo:

—Llegarán a un manzanal y la niña tendrá deseos de comer; el que sienta y cuente quedará hecho una piedra.

Se despertaron y siguieron caminando, y al llegar al manzanal, Pedro le dice a la niña:

—No vaya a querer tocar, porque el dueño está escondido y nos va a matar.

Entonces la niña y Pedro salieron corriendo. Al pasar el manzanal llegaron a un bosque y la niña rendida quedó dormida en los pies de Juan. Pedro, siempre estaba despierto; llegó el pájaro y le dice:

—Ustedes son los que la llevan robada a la hija del rey; van a ir a una casa y cuando se acuesten a dormir se descolgará una víbora con siete cabezas.

Pedro pensó y mandó hacer una espada con un herrero. Cuando llegó la víbora, Pedro ya tenía la espada; entonces le cortó la cabeza.

Juan se despertó y le dice:

—Pedro, ¿qué estás por hacer?; ¿nos estás por matar?

Pedro le dice:

—Aunque me vuelva piedra, te voy a contar. La primera vez yo los salvé; vino un pájaro y me avisó que si toman del agua se van a volver piedra. La segunda vez, si la niña come manzanas de los manzanares, se moriría.

Pedro ya se había vuelto piedra hasta la cintura, y Juan le dice:

—No cuentes más, Pedro.

—Terminaré de contar; ya estoy volviéndome piedra. La tercera vez era una serpiente que los iba a comer.

Junto con lo que Pedro terminó de contar, se volvió piedra.

Después de muchos años, Juan se casó con la niña y tuvieron un hermoso niño. Un día, andando limpiando el jardín, encuentra un papel a los pies de la estatua de Pedro. El papel decía:

—Juan, si vos querés que yo vuelva de carne y hueso al mundo, cortale la cabeza a tu niño, echale la sangre a la estatua, de la cabeza a los pies.

Entonces Juan le cortó la cabeza al niño y le echó la

sangre a la estatua, de la cabeza a los pies. Pedro se volvió gente, y la niña preguntaba qué joven era ése. Juan le dice:

—¿Te acordás de aquel hermano que yo tenía, que nos salvó de tantos peligros?

La niña le dijo que sí se acordaba. Juan le contó que él le cortó la cabeza al niño y le echó con la sangre; entonces Pedro saltó, agarró la cabeza y la juntó al cuerpo del niño, y así le salvó la vida.

Informante: Manuela Medina. 70 años.

La Carrera (Catamarca).

Aarne-Thompson: 303 (episodios III y V).

Argentina: Draghi Lucero 195-234 (+ T. 300).

América: Andrade 36, 39. Arellano 79. Laval, Cuentos 18. Mason-Espinosa PRF III, 15 a, 15 b, 18 c. Rael 248, 249, 250.

España: Ampudia 14. Curiel Merchán 279-281. Espinosa 139, 151. Espinosa, Castilla 43. Sánchez Pérez 98.

Este cuento catamarqueño es versión incompleta del tipo 303, *Los mellizos o hermanos carnales*. Faltan los motivos referentes al nacimiento de los hermanos. El relato comienza directamente con el hallazgo de la princesa; sigue la transformación en piedra de uno de los hermanos (Thompson D. 231), al no obedecer la prohibición de callar las instrucciones que recibe para salvar a la princesa.

Este tipo se presenta en muchos cuentos unido al n° 300, *El matador del dragón* o serpiente de siete cabezas; en esta versión sólo aparece la serpiente, a la que mata uno de los hermanos, pero faltan los restantes motivos del cuento. La versión cuyana publicada por Draghi Lucero, *Donde irás y no volverás*, desarrolla los dos tipos mencionados.

37. EL REY Y LOS ZAPATEROS

Había una vez un rey que tenía una hija que era bruja y acababa siete pares de zapatos por día. Alarmado el rey, echa un bando por el que se llamaba a todos los zapateros del reino para que descubrieran en qué consistía esto, pero tenían que presentarse de uno en uno a adivinar. Al que acertara le daba su hija para que se case; de lo contrario lo hacía matar.

Como esta princesa era bruja, resultaba muy difícil descubrirla y era por eso que ya no iban quedando zapateros, porque como no podían adivinar los mataba.

El zapatero que se presentaba con este objeto tenía que entrar a una pieza donde pensaba la respuesta; pero sucedía que ni bien se acostaba iba la niña y le daba un licor, mediante el cual lo hacía dormir inmediatamente. Luego lo clavaba con alfileres, de manera que dormido, no podía pensar nada y fracasaba ante el rey.

En las afueras del reino vivía una viejita muy pobre que cuidaba una majada de cabras; esta viejita tenía un nieto joven y buen mozo, que también era zapatero, pero remendón.

Un día le comunica a la abuela sus deseos de ir a las adivinanzas del rey, y ella llorando le suplica que no lo haga, que vea lo que le pasaba a los demás zapateros de oficio, no remendones como él. Sale el joven y se va al palacio, mientras ella queda rezando y llorando para que no lo hagan matar.

Antes de entrar al palacio se da con una negra que estaba sacando agua, y como él le dijo sus deseos de hablar con el rey para ir a adivinar, la negra, apiadada, le responde:

—¡Ay! niño lindo, no quiera hacer eso, porque a todos los que vienen a adivinar y no aciertan, los hace matar el rey.

El joven le responde que se hallaba dispuesto a todo con tal de salir de la miseria y poder ayudar a su madre. Entonces la negra, que también era bruja, le ofrece un consejo que el joven acepta agradecido:

—Cuando entres a la pieza de la adivinanza, no quieras aceptar el licor que ella te ofrece; haz que lo bebas, pero volcalo disimuladamente. Luego te haces el dormido y dejas que te clave los alfileres.

La negra le da un polvo para que se cubra con él y no sienta tanto los alfileres; además, tres corazones para que pueda correr grandes distancias tras de ella sin cansarse.

Esa noche la princesa le da a beber el licor para que duerma, y el joven hace como le dijo la negra. Se hace el dormido y comienza a observar todos los movimientos de la princesa. Ve que ésta da vueltas en derredor de la cama y que luego de quitarse las ropas, comienza a cantar:

—Vuela, vuela, pajarillo,
vuela, vuela a la ciudad
de los siete picos de amores.

Diciendo esto, alza los siete pares de zapatos y levanta el vuelo.

Entonces el joven se levanta de la cama y corre presuroso tras de ella. Pero como la negra le había indicado que en este viaje tenía que atravesar varios ríos con aguas de distintos colores, le recomendó que no se olvide de recoger de paso una piedrita, la más hermosa de cada uno de ellos.

El joven corría desesperadamente por tierra, mientras ella volaba, cambiándose los zapatos y los tiraba en sitios propicios para encontrarlos.

Llega el joven al primer río, el cual tenía aguas doradas; levanta una piedra, la guarda y continúa corriendo. Pero mientras la princesa cruzaba las ciudades, le decían:

—¡Adiós, niña linda y su acompañante!

Ella decía que iba sola, pues ignoraba que el joven la seguía.

Pasa después el joven por el segundo río, que era de aguas plateadas; hace lo mismo, recoge y guarda una piedrita. El tercer río era de aguas color verde; el cuarto, de color celeste; el quinto, tornasolado; el sexto, de aguas amarillas, y el séptimo, rosado. De todos estos ríos conservaba una piedrita, y cuando la niña llega al jardín de un palacio se quita las ropas que llevaba y se pone otras muy lujosas, de baile; el joven se esconde a observarla.

Luego vienen príncipes y marqueses a recibirla, la hacen subir las gradas del palacio y llegan a un inmenso salón donde se escuchaban músicas primorosas, comenzando la fiesta. Bailaron hasta el primer canto del gallo, hora en que ella tenía apuro de regresar, pero le era imposible hacerlo porque estos príncipes y marqueses insistían para que continuara bailando.

Cuando sale definitivamente les prohíbe a todos que la sigan hasta más allá del jardín, porque allí tenía que cambiarse de traje. Cuando queda como cuando vino, emprende nuevamente el vuelo de regreso. Ya de vuelta, venía recogiendo los zapatos mientras el joven no perdía tiempo en seguirla.

Cuando llega la princesa al palacio, corre y se acuesta en su cama, y el joven hace otro tanto en su pieza. En tanto llegan los ordenanzas del rey, sacan al joven como lo hacían con todos y lo llevan a presencia del rey.

El rey le pregunta si ya había adivinado por qué la princesa acababa tantos zapatos diarios y el joven le dice que sí. Le cuenta que la princesa era bruja y que en las noches viajaba lejos, agregando que la noche de su encierro había viajado a la ciudad de los siete picos de amores.

—¿Con qué me compruebas? —dijo el rey.

Entonces el joven saca todas las piedras que guardaba, y le enseña, mientras le explica que eran de los ríos que pasaba en su persecución. Admirado de todo y sabedor como era que dicha ciudad quedaba muy lejos, felicita al joven por haber adivinado y le da mucho dinero y la hija para que se case. El joven hace traer a su abuela y viven muy felices.

Informante: Adela Aguilar Sánchez.

Chaquigao Alto, Andalgala (Catamarca).

Aarne-Thompson: 306.

América: Guzmán Maturana 28-33.

De este cuento de magia, que responde exactamente a los episodios del tipo indicado, sólo conocemos otra versión española: la anotada en Chile por Guzmán Maturana, que se titula *La princesa que gastaba siete pares de zapatos por noche*.

38. MARIA GUIMAR Y MARIA FRANCISCA

Había una vez un matrimonio que tenía dos hijas, llamadas María Guimar y María Francisca. La madre de estas niñas era bruja, pero María Guimar era un punto más que ella. Siempre iban hombres a buscar trabajo en la casa de éstas, pero como la madre les daba trabajos tan difíciles que no podían realizarlos, los comía.

Una vez se presenta un joven muy buen mozo buscando trabajo; lo acepta y desde ese momento comienza a simpatizar con María Guimar. Al siguiente día lo manda la vieja con un gajo de higuera para que lo plante y vuelva a las doce en punto trayéndole higos.

María Guimar llevaba siempre la comida para los trabajadores, le lleva esta vez, y como lo encontrara sentado muy triste, le pregunta el motivo de su pena. El muchacho le

cuenta que estaba triste porque no encontraba cómo hacer para cumplir con su madre. Entonces María Guimar le dice:

—No te aflijas, yo te salvaré.

Le da una flauta y le explica que toque antes de acostarse, y que a las doce justo al despertar encontraría el gajo cubierto de higos, pero le recomienda que si la madre le pregunta quién le llevó la comida, diga que fué María Francisca.

El joven le lleva los higos a la madre y cuando le pregunta quién le llevó la comida, responde como le enseñara. Pero la vieja no le cree y se disgusta con María Guimar; y él agrega:

—Valga el diablo con su porfía, si María Guimar me llevó la comida, yo no la he visto.

Calla la vieja, y al siguiente día le da un vástago de viña para que lo entierre también y a las doce le traiga uvas. Lo recibe el joven y vuelve a sentarse muy pesaroso de no poder cumplir, pues sabía que la vieja lo haría matar. En todo esto llega María Guimar y le dice:

—Come tranquilo que yo te salvaré la vida. Toca la flauta y acostate a dormir, y a las doce recoge las uvas y llévale.

A las doce se recuerda el joven, recoge las uvas y le lleva, pero la vieja se disgusta nuevamente y le pregunta quién le llevó la comida; él le contesta como lo hizo anteriormente:

—Valga el diablo con su porfía, si María Guimar me llevó la comida yo no la he visto.

Calla la vieja, y como no hallara un trabajo más difícil para darle, le dice que vaya a un cerro cercano, y que de una vertiente que había traiga el agua en una acequia por delante de la casa. Va la niña con la comida y como lo encuentra tan triste le dice:

—No estés triste, joven; toca la flauta y acostate a dormir. A las doce cuando te despiertes estará el agua corriendo por el patio de la casa, pero no cuentes que yo te traje la comida y cuando quieras volver, pega un fuerte golpe con la pala para que mamá crea de que el trabajo es tuyo.

Cuando ve la vieja el trabajo hecho le pregunta quién le llevó la comida y él le dice que María Francisca, agregando:

—Valga el diablo con su porfía.

Calla la vieja y ordena que aten al joven a un palo para

matarlo y comerlo. María Guimar tenía las intenciones de huir con él y cuando llega la noche, lo desata. María Guimar toma una tijera, un jabón, un peine y un ovillo de hilo, le da un freno al joven diciéndole que vaya al corral, enfrene un caballo que vendría echando fuego por boca y narices, porque este caballo abarcaba una legua por tranco; pero que si no se animaba de enfrenar ese caballo, enfrene un macho que abarcaba sólo media legua por tranco.

Trae el joven al macho y lo ensilla; luego la niña salivó tres veces al borde de su cama, y levantando la tijera, el peine, el jabón y el ovillo de hilo, emprende viaje.

Ya iban muy lejos, y cuando estaba amaneciendo despierta la vieja, habla a María Guimar:

—María Guimar, levántate.

Y contesta la escupida:

—Ya me voy a levantar.

Pero notando la vieja que prometía y no se levantaba, le repite:

—María Guimar, levántate; tengo un cordero gordo para asar.

Y responde la otra escupida:

—Ya me estoy levantando...

A la tercera vez que le manda la vieja levantarse, como la niña iba muy lejos, la escupida contesta más despacio:

—Ya me voy a levantar... me estoy atando las trenzas.

Entonces dice la vieja:

—Levántate, viejo; ya la chinita se ha fugado con el muchacho. Ensillá un animal, y corré en persecución de ellos.

Pero cuando el viejo los llevaba cerca, dice el joven a María Guimar:

—Ya tu tata viene cerca, ¿qué iremos a hacer?

Y María Guimar le responde:

—No se aflija por eso.

En el acto convierte al macho en un naranjo, ella se convierte en azahares y el joven en un picaflor. Cuando llega el viejo, se encuentra con este naranjo y se detiene por cortar unos azahares para traerle para María Francisca; pero como no puede, se vuelve y le dice a la vieja de que no los pudo alcanzar.

—Viejo sonso —le contesta la vieja—. Ese naranjo ha

sido el macho, los azahares María Guimar y el picaflor el muchacho. Ahora, volvé a alcanzarlos.

Transformados como eran antes, continúan viaje para la casa del joven y como notan que el viejo intentaba alcanzarlos se convierten nuevamente: María Guimar en una imagen, el joven en un sacerdote y el macho en una iglesia. Cuando llega el viejo, se detiene a oír misa y luego se vuelve y le cuenta a la vieja lo que ocurría. De allí se viene la vieja muy disgustada, y como notan que los iba alcanzando dice la niña:

—Mamá nos viene persiguiendo.

Entonces se convierte en una barranca y cuando la vieja se acerca, tira las tijeras y nace un *pencañal* espinoso adonde la vieja se hincaba desesperada. Cuando la vieja deja el *pencañal* y trata de alcanzarlos, tira la niña el jabón y se extienden unas espesas neblinas que impedían ver bien a la vieja. Cuando ésta deja las neblinas y se acerca a ellos, la niña tira el ovillo de hilo que se convierte en telarañas, adonde la vieja se enreda. Luego continúa y cuando se acerca bien, se convierten María Guimar en un río crecido, el macho en un puente y el joven en un anciano que estaba preocupado en hacer pasar pasajeros, de un lado a otro. Llega la vieja y le dice que la hiciese pasar, y el joven le dijo que bueno, pero cuando atraviesa se da vuelta el puente, que era el macho, y calza la vieja adentro de la panza de éste.

Como ya María Guimar y el joven no tenían perseguidores se acercan a la casa de una viejita y piden albergue; largan al macho para que vuelva a la querencia y ellos quedan a vivir allí.

Un día le dice el joven que tenía muchos deseos de ir a visitar a sus padres. María Guimar accede pero le recomienda que en la casa no se deje abrazar con nadie. Cuando llega, salen padres y demás familiares muy contentos; el joven no se dejaba abrazar con ninguno, sólo con un perro, que fué lo suficiente para que olvidara a la niña y se quiera casar con otra muchacha.

Cuando estaban en la boda, va María Guimar con la viejita de la casa a la *mosquetería*, y en eso llegan dicen los de afuera.

—Hagan pasar a esa viejita con esa niña tan linda.

La hacen pasar, y cuando todos se hallaban reunidos, rue-

ga María Guimar que le permitan hacer una prueba para recrear a la concurrencia. Pide que coloquen una mesa delante de ella, y como María Guimar era bruja hace aparecer un gallito y una gallina encima de ésta, y hace hablar a la gallina con el gallo:

—¿Te acordás, gallito desmemoriado, cuando fuiste a la casa de María Guimar en busca de trabajo?

Y el gallo responde:

—No me acuerdo.

—¿Te acordás, gallito desmemoriado, cuando la madre de María Guimar te dió un vástago de viña para que lo plantes y lo hagas dar uvas; mientras vos estabas muy triste ella te ayudó, dándote la flauta para que toques y a las doce tuvistes las uvas para presentar?

—No me acuerdo —responde el gallo.

—¿Te acordás, gallito desmemoriado, cuando la madre de María Guimar te dijo que trajeras desde la vertiente del cerro una acequia con agua por el patio de su casa, y que cuando triste te encontrabas, ella te salvó también, dándote la flauta para que toques y des un palazo fuerte para engañar a la madre, y conseguiste cumplir?

—No me acuerdo —responde el gallo.

—¿Te acordás, gallito desmemoriado, cuando te ataron a un árbol para comerte y María Guimar te desató?

—No me acuerdo —responde el gallo.

—¿Te acordás, gallito desmemoriado, cuando te fuiste a tu casa a visitar a tus padres y te rogué que no te dejaras abrazar con nadie y un perro te abrazó, logrando con esto olvidarme?

—Me estoy acordando —responde el gallo.

—¿Te acordás, gallito desmemoriado, cuando te ibas a casar con otra por haber desoído mis consejos de no dejarte abrazar con nadie y consentiste con el perro?

—Sí me acuerdo —dice el gallo.

Entonces muy arrepentido de lo que hizo, habla el joven:

—Tú, María Guimar, serás mi esposa, porque me salvaste la vida.

Informante: Manuel de Jesús Aráoz.
Andalgalá (Catamarca).

Aarne-Thompson: 313 C.

Argentina: Antología I, 31-37. Draghi Lucero 341-388. Franco, Leyendas XXI. Renca 101-110.

América: Andrade 48, 49, 50, 51, 55, 58. Laval, Carahue II, 61, 83. Mendoza 416-418. Monroy Pittaluga 367-370. Montenegro 231-242. Rael 144, 145, 147, 148, 149, 150, 151, 152.

España: Ampudia 24 y variante. Espinosa 122, 123, 124, 125.

El cuento contiene el tema de *La fuga mágica*, que aparece en distintos relatos. Por su desarrollo, la presente versión corresponde al tipo 313 C: *La doncella, auxiliar del héroe en su fuga*, que incluye el motivo final de la esposa olvidada y el despertar del olvido mágico.

Este cuento está muy difundido en la tradición europea. El tema de la esposa olvidada se encuentra en el antiguo romance castellano del *Conde Sol* (Primavera, 135; Menéndez Pelayo, Antología IX, 176, 278, 279).

39. LA SERPIENTE DE LAS SIETE CABEZAS

Había una vez un hombre que tenía muchos hijos; ya no sabía qué hacer pa' darles de comer. La mujer le dijo que llevara dos de las criaturas, un varoncito y una niña, al bosque y los dejara allá. El chico oyó lo que hablaban y agarró un puñao de maicitos y se los puso en el bolsillo. La hermana lloraba cuando se enteró, pero él le dijo que no se afligiera, que la iba a cuidar.

Cuando salieron pa'l bosque el chico iba soltando los granos de maiz en la tierra blanda. El padre les dijo que se quedaran ahí, que ya iba a volver a buscarlos. Así quedaron varios días; se hacía de noche y volvía el día... ¡y nada!

Con el tiempo salieron las *chacritas* y así se dirigieron pa' volver a la casa. Cuando llegaron, la madre se enojó con el marío porque no los había llevao más lejos, pa' que no vuelvan.

Al otro día, el padre los llevó más lejos que antes, y los niños comprendieron que no querían estar más con ellos. Da la casualidad que había un río grande; entonces se quedaron ahí no más, y el varoncito hizo un ranchito pa' vivir.

Pasó el tiempo. Una mañana temprano el mozo jué a lavarse la cara al río y vió que al otro lao había un perro. Lo silbó y se vino el perro; le puso de nombre Cadena de Oro. La niña se puso contenta porque tenían compañía.

Al otro día, cuando volvió a lavarse, halló otro perro y le puso Cadena 'e Plata. Al tercer día encontró otro perro y lo llamó Bolas Largas.

Con el correr del tiempo vino un gigante, que se enamoró de la hermana, y le enseñó a la niña que se ponga a llorar y le diga al hermano que quería de unas manzanas silvestres que había por ahí.

Cuando volvió el hermano, ella se puso a llorar y él le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ella le dijo:

—Quiero comer de esas manzanas que están allá a la distancia.

Entonces el muchacho jué, se subió a la planta, y llegó el gigante y le dijo:

—Bajate, gusanillo de la tierra, que te quiero comer.

—Dejame que pegue tres gritos; recién me comerás.

El gigante aceptó.

—¡Cadena de Oro! ¡Cadena 'e Plata! ¡Bolas Largas! —gritó el mozo.

Se fueron los perros y el gigante se achicó; y el mozo se volvió a la casa. Allí le entregó las manzanas a su hermana.

Al otro día, cuando se jué al campo, volvió el gigante y le avisó a la niña que se iba a transformar en una serpiente. Le entregó tres cerdas y le dijo que los atara a los perros con las cerdas, y que le vuelva a pedir manzanas a su hermano.

Cuando el mozo volvió, ella le pidió que vaya a buscar las manzanas y ató los perros como le indicó el gigante.

El mozo se jué; cuando estaba arriba 'e la planta llegó el gigante y le dijo:

—Bajate, gusanillo de la tierra, que te quiero comer.

—Dejame que pegue tres gritos; recién me comerás.

El gigante aceptó. El chico silbó y llamó a los perros:

—¡Cadena de Oro! ¡Cadena 'e Plata! ¡Bolas Largas!

Los perros tironiaban y no podían soltarse; Bolas Largas pegó un bolazo y cortó las cerdas, y se fueron corriendo. Me lo agarraron al gigante y el mozo los animaba; lo dejaron desconocer.

Recién comprendió el muchacho que había sido una trai-

ción de su hermana. Entonces volvió al rancho, le dió las manzanas y se jué con los perros; la dejó sola.

Jué caminando, caminando. Todo era cielo y tierra; no había nada. Halló una espadita tirada y la alzó. Cuando iba así caminando vió un rancho junto a una represa grande, llena de agua. Se acercó y adentro 'el rancho estaba una niña atada con una cadena.

La niña le dijo que el padre, que era el rey, la había tenío que poner allí pa' que la coma una serpiente que amenazaba al reino; el que la librara se casaría con ella. El mozo la soltó y dijo que él la iba a defender.

Ella se sentó en el suelo y él se echó, apoyó la cabeza en su falda y se quedó dormío. Ella sintió que venía la serpiente silbando. Lo movió pa' que se despertara, pero como estaba dormío tan juerte no se despertaba. La niña se puso a llorar y como le cayeron las lágrimas en la cara, el muchacho se despertó.

Y venía la serpiente, que tenía siete cabezas. Los tres perros estaban echaos en la puerta 'el rancho. ¡Qué! Cuando se asomó la serpiente, se abalanzaron y la barajaron. ¡Y a luchar! Al fin, la mataron.

El mozo li abierto las siete bocas y, con la espadita, le cortó las siete lenguas que tenía; las envolvió con un pañuelo blanco y se las ató en el cogote a un perro. Después tiró la serpiente al agua. Le dijo a la princesa que no dijera nada, y él se jué a buscar algo pa' comer.

Un negro del palacio vino a la represa a buscar agua y vió a la serpiente muerta adentro 'el agua. Volvió al palacio y avisó que él la había muerto. Entonces vinieron a buscarla a la princesa y la llevaron al palacio; ella no se animó a decir nada. El rey dijo que se tenía que casar con el negro.

El mozo volvió al rancho y no la halló a la princesa. Salió a buscarla; vió que había fiesta en el pueblo y preguntó qué pasaba. Le dijeron:

—Se casa la princesa porque el negro 'e la casa la salvó que no se la coma la serpiente.

El pidió permiso pa' mirar la fiesta. Le avisaron al rey y lo hizo pasar; ordenó que le convidaran lo que quedaba de lo que llevaban pa' los salones. Pero cuando llevaban las cosas los perros le *barajaban* los platos y se los ponían al lao del

mozo. Le fueron a avisar al rey lo que hacían los perros. El rey vino a pedir explicación.

—Yo no los mando. Ellos solos lo hacen —dijo el mozo, y agregó:

—Nosotros somos los que la hemos matao a la serpiente. ¿Usté no le preguntó al negro cómo ha hecho?

—No —dijo el rey.

—Desátele el pañuelo al perro y mire lo que hay —dijo el joven.

El rey desató el pañuelo y vió las siete lenguas.

Entonces se jué y lo llamó a solas al negro, y le preguntó cómo había hecho pa' matar a la serpiente. El negro quedó pasmao y no sabía qué decir.

El rey le pidió que le mostrara las siete lenguas. El negro jué a buscar a la serpiente y le halló las bocas vacías como horno. Cuando volvió sin nada, el rey lo hizo atar a una mula y que lo lleven adonde ni noticias tenga de él.

Después mandó a pedir disculpa a los convidaos, porque no era el negro el que había salvao a la princesa. Ordenó arreglar al mozo con las mejores ropas pa' presentarlo. Cuando lo vió, la princesa lo reconoció y se casó con él.

La reina no lo quería al mozo y le puso un alfiler en la almuada. Cuando él se acostó a dormir quedó como muerto. La reina ordenó encerrar a los perros tres días. Después lo llevaron a enterrar al mozo.

Los perros lloraban y cuando los soltaron empezaron a olfatiar y llegaron adonde estaba enterrao el mozo. Allí cavaron y lo sacaron; comenzaron a lamberlo y le arrancaron el alfiler que tenía clavao en la cabeza. El mozo se sentó y al rato se compuso 'el todo.

Volvieron caminando a la par. Entonces los perros le dijeron:

—Nosotros no somos perros, somos tres ángeles que vinimos pa' librarte de los peligros que ibas a tener en tu camino.

El les suplicó que no lo dejaran, que lo acompañaran siempre.

—No, nosotros ya hemos cumplío nuestra misión —le dijeron.

Y se convirtieron en tres palomitas blancas que se eleva-

ron al cielo volando. El mozo quedó mirando y lloraba. Las palomitas se perdieron de vista.

El joven volvió al palacio y contó todo lo que le había pasao. Entonces el rey la echó a la reina y el mozo vivió feliz con la princesa.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.
Frías (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 327, 315 A., 300.

Para tipo 300:

Argentina: Draghi Lucero 195-234 (+ T. 303).

América: Andrade 95, 96, 97. Mason-Espinosa PRF III, 3 a, 3 b, 3 c, 3 e. Montenegro 189-201. Rael 246, 247, 338, 339. Wheeler 103, 106, 112, 114.

España: Curiel Merchán 34-36; 172-177; 279-281. Espinosa 157. Espinosa, Castilla 43 (+ T. 303).

En este relato se identifican fácilmente dos temas fundamentales: *La hermana traidora* (315 A.) y *El matador del dragón* (300). Pero hay además otros motivos que no figuran en el análisis de estos cuentos tipo; todos ellos determinan la inclusión de esta versión dentro del tipo I establecido por Espinosa, al parecer el fundamental y primitivo de España, de la hermana o madre traidora (Ob. cit., III, p. 20).

Como introducción, aparece el episodio I del cuento 327 (*Los niños y el ogro*): los niños son abandonados en el bosque; regresan gracias a las señales dejadas en el camino; la segunda vez ya no regresan.

Se desarrolla luego íntegramente el cuento de *El matador del dragón*, en el que se amplía el episodio de la traición de la hermana. En esta versión, el reconocimiento del joven es anterior a su muerte y resurrección.

Un relato de desarrollo exacto al presente fué anotado por Juan Z. Agüero Vera, y figura en sus *Cuentos populares de La Rioja* (inéditos) bajo el título de *Grano de oro, garbanzo amigo*.

40. EL SHULCA

Había una vez un matrimonio bastante pobre que tenía tres hijos varones. Cierta día se les proporcionó una labranza para trabajar; entonces el padre principió por el mayor y le dijo:

—Ven conmigo que te doy un trabajo: vas a *uñir* los bueyes y vas a arar este suelo.

El padre lo dejó; por la tarde vuelve y se da que no hizo nada, ni una *melga* no aró. Al otro día lo manda al del medio, lo mismo hizo, igual tanto que el primero. Al tercer día lo manda al *Shulca*, que era bastante chico. Por la tarde va el padre a verlo y se da que ya estaba terminada de arar toda la tierra que tenía regada y al otro día sembraron maíz y tuvieron una hermosa cosecha.

Después que ya estuvo en el granero se dan cuenta de que el maíz estaba perdiéndose. Por la noche lo pone al mayor que cuide para ver qué era lo que pasaba, y éste en la primeras horas se durmió; al otro día era igual la pérdida. A la noche siguiente lo mandó al que sigue; también lo mismo se durmió. Y la tercera noche lo mandó al *Shulca*; así como a la media noche llegó un enorme pájaro negro y cuando el pájaro quiso disparar, ya lo agarró y lo iba a matar y el pájaro le habló y le dijo:

—No me mates, que no voy a volver más. Te voy a salvar de tres peligros.

El *Shulca* aceptó y el pájaro le dió una virtud, que era una pata de hormiga, para que cuando se vea en peligro, que diga:

—Dios y la hormiguita más chiquita.

Y entonces se convertirá en la hormiguita más chiquita del mundo.

Un cierto día los dos hermanos mayores quisieron salir a rodar tierras y el *Shulca* también quiso ir con ellos, pero ellos se opusieron y se marcharon. Se quedó llorando, pero en seguida emprendió viaje hasta que los alcanzó, y al verlo determinaron matarlo. Cuando los alcanzó le dijeron que se vuelva y éste no quiso; lo castigaron y no quiso; por fin lo degollaron y lo tiraron al lado del camino y se fueron los hermanos mayores. En eso llegó el pájaro y lo curó, y el *Shulca* siguió viaje hasta alcanzarlos otra vez. Cuando se dieron cuenta que el *Shulca* estaba llegando, los hermanos no creían que fuese él, pero era en realidad y cuando los habló que quería ir con ellos, recién vieron que era él. Bueno, esta vez lo mataron y lo quemaron y se fueron. Cuando el pájaro vino no había más que unos pedacitos, pero a éstos los juntó y lo hizo vivir otra vez y le dijo:

—Ya no te van a matar, pero vas a correr peligros.

Y le entregó la pata de la hormiga. El *Shulca* emprendió viaje hasta alcanzarlos a los hermanos. Cuando llegó ya no le dijeron nada a él, pero comentaban cómo podía vivir siendo que ya dos veces lo mataron. Entonces resolvieron llevarlo con ellos, y así fué.

Llegaron a una casa pero ya tarde y pidieron permiso para pasar la noche. Y ésta era una vieja y tenía tres hijas, estaban bien cuidados y hasta les dijo la vieja que tenían que dormir con las hijas; el mayor con la mayor, el del medio con la del medio y el *Shulca* con la *Shulca*. De los tres, el *Shulca* era el que sabía leer y les dijo a los hermanos:

—Cuando les pregunten si saben leer, digan que sí.

Y así fué; al otro día les preguntó la vieja si sabían leer y contestaron que sí y el *Shulca* dijo que no:

—Bueno —dijo la vieja—; vas a hacerme un favor, me vas a llevar este papel a cierto punto para un hombre y te vuelves otra vez para aquí.

Ese hombre era un gigante. El *Shulca* en el camino leyó el papel; la bruja le decía al gigante que esa noche tenía un buen churrasco, que iba a hacer dormir a los hermanos con las hijas y que las hijas iban a dormir con un gorro colorao para que no se confunda.

Esa noche, cuando todos dormían, se levantó el *Shulca* y les cambió el gorro a los hermanos; así, cuando vino el Gigante, se confundió y las mató a las hijas de la vieja y se fué. Y en ese mismo momento el *Shulca* los despertó a los hermanos y se mandaron a cambiar.

Cuando amaneció, la bruja y el gigante van a ver las presas que tenían y se dan que eran las hijas las que estaban muertas. El gigante salió en persecución y los muchachos ya habían cruzado un río que había y el gigante no podía pasar, así que no los pudo pillar, pero les gritó:

—Algún día me las pagarán.

El *Shulca* le contestó:

—Sí, cualquier día volveré.

Siguieron viaje hasta que llegaron a la casa de un rey, buscaron trabajo y consiguieron; al *Shulca* le dieron de pastor y lo pasaba muy bien. Un cierto día lo vió la hija del rey y le gustó el mocito y siempre lo conversaba y le daba alguna cosita. Los hermanos se fijaron y le tomaron envidia hasta

que un día lo malquistaron injustamente ante el rey y le dijeron que él era capaz de robarle la sábana campanilla de oro al gigante. Entonces lo llamó el rey y le preguntó si dijo eso. El contestó que jamás dijo, pero el rey le dijo:

—Palabra de rey no puede faltar —y lo mandó.

El *Shulca* se fué muy triste, porque sabía que el gigante iba a matarlo, pero la hija del rey lo aconsejó cómo iba a hacer.

Llegó esa noche a la casa del gigante, se acercó muy despacio y aprovechó que estaban en la cocina y como ya la conocía a la casa se entró sin que lo sientan y se metió bajo de la cama. Allí esperó hasta que se acostaron y cuando se durmieron, le tiró la sábana del lado de la vieja. El gigante le dijo a la vieja:

—No tires la sábana.

Al rato tiró del otro lado, y así les iba haciendo hasta que por fin dijo el gigante:

—Para que no moleste ninguna voy a sacar la sábana.

La sacó y la puso al lado y se quedaron dormidos; entonces aprovechó el *Shulca* para llevarla.

Al otro día se levantó el Gigante y como tenía un loro adivino, le preguntó si qué pasó esa noche y el loro le dijo:

—¿No has echado menos la sábana que esta noche te han robado?

Se fijó el gigante y no estaba; salió corriendo y era tan ligero que en cinco trancos hacía una cuadra. Llegó justo cuando el *Shulca* se largaba al río y le erró la *pillada* y le dijo:

—Algún día me la pagarás, así como me hiciste matar las hijas ahora me llevás la sábana.

El *Shulca* le contestó que sí, que algún día volverá.

Llegó a la casa del rey muy contento con la sábana y siguió cuidando los patos.

No pasó mucho tiempo que los hermanos le hicieron otra denuncia del mismo género; le dijeron al rey que el *Shulca* se dejó decir que era capaz de robarle el loro adivino del gigante. Lo hace llamar al *Shulca* el rey y le pregunta:

—¿Es cierto que podés robar el loro adivino del gigante?

El *Shulca* lo negó, pero como palabra de rey no podía faltar, lo mandó no más. Como la hija del rey ya sabía lo que le pasaba, lo llamó y le aconsejó lo que va a hacer y le dió pan

y vino para que le dé al loro. Así salió de nuevo, muy pensativo; y llegó otra vez a la casa del gigante, pero de noche, y cuando éstos estaban dormidos, llegó hasta donde estaba el loro y lo quiso levantar, pero el loro no quiso. El *Shulca* le dió el pan y después el vino; por fin *se machó* el loro y empezó a gritar.

Se levantó el gigante y salió y le preguntó al loro qué le pasaba, y el loro le dijo que lo estaban por robar. Mientras eso, el *Shulca* se acordó de la patita de hormiga y dijo:

—Dios y la hormiguita más chiquita.

Y se metió en la raja de un palo; el gigante le preguntó al loro a dónde estaba, el loro le avisó y el gigante abrió el palo y lo sacó y lo ató bien en una columna para comérselo al otro día. Cuando estuvo amaneciendo salió el gigante a invitar a otro gigante para la comilona y le dijo a la señora que le prepare para que hagan el festín cuando vengan.

Esa mañana la mujer se puso a preparar la olla, leña y todo lo necesario y en eso se pone a hachar leña cerca del *Shulca*; entonces él le dijo que le desate las manos para hacharle él, que ya sabía que iba a morir. La vieja aceptó y el *Shulca* le dijo que haga el favor de acercarle el palo; la vieja lo acercó así agachada, y él aprovechó y le dió un hachazo en la cabeza que le partió y cayó muerta. Entonces se desató, y la hizo pedazos y la puso en la olla; a la cabeza la puso en la cama, como si estuviera durmiendo, y se llevó el loro.

Por la tarde llegó el gigante con el compañero; se fija en la cama y la ve a la vieja durmiendo y dijo:

—¡Pobrecita! ¡Cómo habrá trabajado para matarlo! La dejemos que duerma.

Se fueron a la cocina y se sentaron a comer; por fin saca el compadre un puchero, que era el pecho de la vieja, y dijo:

—Mire, compadre, esto es la teta de la comadre.

El gigante se va corriendo a la cama y la destapa y se da que era la cabeza no más. Sale en busca del loro y no estaba; salió corriendo y ya el *Shulca* estaba en la casa del rey.

Así pasó otro tiempo y los hermanos le dijeron al rey que el *Shulca* era capaz de traerlo al gigante y pelearle en la plaza pública. Lo llamó el rey y le preguntó, y el *Shulca* lloró, porque jamás lo había dicho, pero el rey le contestó:

—Palabra de rey no puede faltar —y lo mandó.

Esta vez no quería ir, pero la hija del rey lo llamó y lo aconsejó cómo iba a hacer:

—Pedile al rey un carro y tres yuntas de bueyes y un hacha para el trabajo.

Le dijo también cómo se iba a pintar que no lo conozca. Y así hizo y se fué a hachar cerca de la casa del gigante y cuando voltió el árbol para hacer el cajón, llegó el gigante a ver quién era el que hachaba y se pusieron a conversar. Ahí le contó lo que le había pasado con un tipo y le decía que algún día tenía que caer en sus manos y el *Shulca* trabajaba el cajón. Cuando estuvo listo, le dice al gigante que se mida a ver si entraba y el gigante se metió en el cajón y el *Shulca* le puso la tapa y la clavó y encima lo reató bien. El gigante le pedía que lo saque y el *Shulca* le dijo:

—Te llevo para pelearte en la plaza pública, en la casa del rey.

Lo cargó en la carreta y se marchó. Llegó a la casa del rey con el gigante encajonado. Allí lo destapó y el rey le dijo que tenía que pelear con ese muchacho. Invitaron a todo el pueblo que presencien la pelea. Al otro día tenían que elegir espada: el gigante eligió la espada más grande y el *Shulca* un puñal cortito. Y cuando se trabaron en lucha el gigante no podía manejar la espada porque se enredaba en los gajos de las plantas, y el *Shulca* lo aprovechaba de lo lindo hasta que lo mató, y lo felicitaron al *Shulca*. En eso lo llamó la hija del rey y le dijo que ya había sufrido mucho por los hermanos y que ahora le diga él al rey que los hermanos se han dejado decir que eran capaz de estar tres días en un horno encendido. En seguida el rey los llamó y les dijo:

—Se han dejado decir que son capaces de estar tres días en un horno encendido.

Y los hermanos se pusieron de rodillas para decirle al rey que nunca habían dicho tal cosa, pero el rey les contestó:

—Palabra de rey no puede faltar.

En seguida hizo preparar el horno y los metieron adentro y en seguida se hicieron ceniza.

La hija del rey se casó con el *Shulca* y vivieron felices.

Informante: Segundo G. Perea.

Santa María (Catamarca).

Aarne-Thompson: 328; 554, 577, 1119.

Para tipo 328:

América: Guzmán Maturana 110-117. Rael 333, 335, 336.

España: Curiel Merchán 19-24 (episodios II, III); 88-92; 161-164.

Para tipo 554:

Argentina: Cañete de Rivas 203-207. Carrizo, *Cuentos*, 1ª, 1. Di Lullo 220-221.

Para tipo 1119:

América: Rael 33, 335.

La parte fundamental de este relato está constituida por el tipo 328: *El muchacho roba el tesoro del gigante*; intercalados, figuran episodios de los tipos 554 (*Los animales agradecidos*), 1119 (*El ogro mata a sus propios hijos*) y 577 (*Las pruebas del rey*).

41. EL POBRE DESAMPARADO

Había una vez un muchacho huérfano, pobre y tan desamparado, que vivía en casa de una viejita que lo trataba como si fuera su madre.

Viéndose tan desdichado, un día se resuelve de salir a rodar tierras y le cuenta a la viejita su propósito. Entonces ella le prepara un avío para el viaje, de tortillas de harina de trigo, un queso de leche de cabras y un pedazo de carne de oveja.

Llegada la hora se acerca el muchacho y se arrodilla delante de la viejita y le pide su bendición; luego que ésta le da, echa andar sin rumbo. Ya había caminado mucho, mucho, iba muy cansado, cuando de pronto ve la sombra de un árbol muy frondoso y se sienta sobre unas piedras que se hallaban a sus pies.

En esto que estaba descansando, mira que encima de la arena caliente andaba un grupo de hormigas *hambriadas*, y entre ellas una que no podía resistir más. Entonces él, compadecido, saca del avío la tortilla y comienza a desmenuzarla sobre ellas. La salva a esta hormiguita, y cuando se quiere ir, oye sorprendido que lo habla y le dice:

—Cuando te veas con algún inconveniente, acordate de la hormiguita moribunda.

Deja ese sitio y más allá se encuentra con un zorro, tan arruinado, que en lugar de tener su cuerpo cubierto de pelos

lo tenía de sarnas, tan *hambriado* que infundía compasión. Entonces el muchacho lleno de lástima saca de su maleta el queso, le restrega el cuerpo y queda aquél completamente sano de la sarna, mientras lo restante del queso le da que lo coma. Cuando se quiere ir, le habla el zorro y le dice:

—Por el favor que me hiciste te voy a dar una virtud, y es que cuando en tus andanzas te veas en trabajos, te acuerdes del zorro sarnoso.

Y despidiéndose aquél con un prolongado ¡cuaa... cuaa!, continúa el joven su viaje.

Por ahí andando llega el tercer día a orillas de un pueblo vecino, y oye un silbido muy triste, tan triste que atraído por él mira en la arboleda y descubre un águila. Juzgando que también tendría mucha hambre, saca toda la carne de la maleta y cuando ésta le tiende sus garras se la entrega, y así el águila comienza a comer. El joven va a seguir su camino, cuando el águila da un graznido y le dice:

—Ahora que me has salvado del hambre y podré volar, cuando te veas en trabajos acordate de mí que te he de ayudar.

Este era el cuarto día de viaje y como hacía un calor insoportable, al contemplar no lejos un hermoso arroyo se inclina a beber agua. En esta tarea estaba cuando de pronto escuchaba la voz de un pez que le dice:

—Echame al agua.

Al sentir esto se da vuelta el muchacho para el lado que partía la voz, y cuál no sería su sorpresa al contemplar sobre de la arena caliente a un pescado que se retorció moribundo, a quien las olas del arroyo lo habían sacado del agua. El lo agarra en sus manos y luego de acariciarlo un rato, lo desliza en el agua suavemente, pero el pescado antes de hundirse habla y le dice:

—Joven, por el favor que me has hecho, si alguna vez te encuentras en trabajos, acordate de mí, yo te ayudaré.

Sigue su viaje, y cuando llega la oración se da con un ranchito solitario que lo habitaba una señora pobre; le pide permiso para pasar la noche y ésta lo acepta. Más tarde en conversación le cuenta ella que en ese pueblo había una gran alarma, porque la hija del rey poseía unos lentes de muy gran poder, mediante los cuales no se le escapaba persona por

escondida que estuviera, y había resuelto poner un cartel en la puerta del palacio, en el que se leía esta leyenda:

“Al que no fuera hallado por mi hija, la princesa Josefina, en plazo de tres días, y tres veces que se escondiera, contando desde la salida del sol, hasta ponerse, la daré por esposa; de lo contrario, si ella los alcanza a hallar será hecho prisionero, hasta que lo haga matar. Siendo esta disposición general para el rico, el pobre, el negro, el blanco, el joven o el viejo”.

Entonces el muchacho, deseoso de tomar parte en la apuesta del rey, se presenta, y aquél gustoso lo acepta, diciéndole que desde el siguiente día comience a esconderse. El muchacho sale sin rumbo, pensando adónde podría hacerlo, para no ser visto por la princesa.

Esto iba cavilando, cuando de pronto entre una arboleda siente una voz que le dice.

—Decime con confianza qué te pasa.

Y el muchacho, sorprendido, mira que era el águila la que le decía así, y reconoce que era la misma a quien salvara días antes de la muerte, con la carne de su maleta que le diera la viejita, junto con el queso y la tortilla. Entonces el muchacho le manifiesta al águila sus deseos de ser escondido en un sitio adonde no lo pudiera encontrar la hija del rey. Y ella le repuso:

—Sube encima de mis alas.

Sube el joven y lo remonta de un vuelo encima de las nubes más espesas que aparecían.

Cuando se puso el sol descendió el joven con el águila y corrió a preguntar a la niña si lo había hallado. Ella dijo que sí, que encima del águila, detrás de las nubes. Entonces el rey, viendo su hazaña, ordena que vuelva a esconderse.

Al día siguiente sale el muchacho a orillas del pueblo, siempre pensando adónde se podía esconder, cuando fué sorprendido por una hormiga que le preguntó en qué apuros andaba. Le cuenta lo que ocurría y deseaba, y la hormiga le dice que haría lo posible en ayudarlo. Se fueron juntos al palacio de la niña y una vez cerca, la hormiga lo traga al joven y como Dios la ayuda se acerca a donde ella estaba observando a los que buscaba, se sube lentamente por sus pies y se esconde en la cabellera, pero como la carga era molesta, desciende has-

ta su pecho. Allí se hallaba cuando es sentida por la niña, que lleva su mano y la encuentra. Entonces la niña le cuenta al rey de que lo había descubierto y éste, admirado de la hazaña, le permite que se esconda la tercera vez que le quedaba.

Ya nadie quería esconderse porque las prisiones estaban repletas de víctimas, pues nadie se escapaba de la vista de la niña.

Y el muchacho, que andaba a orillas del mar, oye que del agua lo hablaba una voz, mira quién era y descubre el pez que le dice:

—Te veo muy triste, buen muchacho. ¿Qué es lo que te ocurre?

Como él le contó sus deseos, el pez sale del agua y lo traga; luego se sumerge en lo más profundo del mar y se esconde en el barro más espeso y más negro que encontró.

Ya en el palacio se acercaba la hora de concluir la búsqueda, cuando de repente le avisa la niña al rey que aquél se hallaba escondido en el fondo del mar, adentro de un pez.

Al llegar la hora se va el muchacho al palacio y pregunta a la niña si había sido encontrado, y le dice que sí, narrándole punto por punto el lugar.

En este trance estaban de sentenciar al muchacho, puesto que ya no le quedaba más oportunidad de esconderse y tenían que matarlo forzosamente, cuando de pronto se oye en la calle un bullicio ensordecedor de toda la gente del pueblo, de reyes de otros países y príncipes, que se adelantaban a pedir que se le conceda al muchacho otro permiso para esconderse. El rey le concede y el muchacho sale y se va muy contento, pues todo el pueblo estaba admirado de sus hazañas y aguardaba que alguna vez triunfe.

Iba el muchacho caminando pensativo por las orillas del pueblo, cuando de pronto se aparece ante él un zorro, que al asomar del bosque lo habla y le dice:

Si en algo te puedo ser útil, avisame con confianza.

Entonces el muchacho le contesta que sí, que lo esconda adonde no pueda encontrarlo la princesa, prometiéndole que si lograba casarse con la hija del rey le daría cuantas gallinas desee.

—No se le dé cuidado, amigo mío —le dice—. Yo lo salvaré.

Y sin pérdida de tiempo comienza a gritar fuertemente: ¡cuaa... cuaa... cuaa...! En tal emergencia fué oído por sus colegas, y el campo comenzó a poblarse de zorros, con tanta solicitud, que al momento se reconcentraron todos; entonces ordenó él de que caven un túnel que fuera a asomar al preciso sitio que estaba la niña de pie, haciendo las pesquisas de los escondidos. Una vez terminado el túnel fué llevado el muchacho por el zorro y colocado en su extremo, y quedó sentado debajo de la suela de los zapatos de la niña.

En todo esto la niña se desesperaba y la hora se vencía sin encontrarlo; en tanto el pueblo de alegría aplaudía al muchacho considerándolo el futuro príncipe. Hasta que convencida de la inutilidad de sus esfuerzos, le dice al rey que se daba por vencida, a lo que éste responde:

—Cúmplase mi palabra: tendrá que ser tu marido.

Así estaba resuelto, pero no faltó de entre los reyes y príncipes solteros quien desanimara al padre de la niña, o sea al rey, para que no permitiera se realice el matrimonio. Cuando aparece el joven, le dice el rey:

—Mira, para casarte con mi hija, exijo otro compromiso. Esta noche, luego del banquete que se servirá en honor de ustedes, recostarán tú, la niña y un príncipe muy rico en una sola cama, y yo definiré mañana cuando amanezca, y vea para donde mira la cara de la niña. Si amanece mirándote a ti, serás el marido; de lo contrario, el príncipe.

Así lo hacen, y esa noche en el banquete el muchacho comió opíparamente y luego echó cuanto pudo de bombones y pastillas a los bolsillos.

Fueron a la pieza y se cumple la orden de acostarse juntos los tres; pero la niña y el príncipe, despreciando al pobre muchacho, se quedan dormidos en una misma dirección.

Tarde la noche, mientras ellos dormían muy tranquilamente, el muchacho siente un malestar imperioso del vientre; entonces corre desesperado, busca la puerta para salir afuera y como la halla cerrada no encuentra otro remedio que usar la galera del príncipe. Luego, como vuelve a acontecer otro malestar urgente al muchacho, utiliza las botas del príncipe, y cuando se llenan deja estas prendas al lado del dueño. Ya al amanecer se recuerda la niña desesperada del olor desagradable y lo mismo el príncipe, pero vencida nuevamente por el

sueño, queda la niña dada vuelta y dormida para el lado del muchacho que comía las pastillas fragantes. Cuando abre las puertas el rey, y ve que la niña había amanecido mirando al muchacho, los lleva para que contraigan matrimonio.

En tanto el príncipe se incorpora sobresaltado, levanta las botas para ponerse, y llena de más de mal olor la habitación, y como lo mismo sucede con la galera, se indigna el rey, y al comprobar que era un cochino hace que lo saquen a azotes al príncipe y lo tiren a la basura.

El muchacho se casó con la princesa y fueron felices.

Informante: Miguel Vega.

Chaquiago, Andalgalá (Catamarca).

Aarne-Thompson: 329, 554, 850.

Para tipo 329:

América: Rael 258, 261.

Para tipo 554: cf. cuento n° 32.

Para tipo 850:

América: Andrade 22. Arellano 115. Mason-Espinosa PRF I, 51, 51 a, 51 c, 51 d, 51 e. Rael 7, 8, 9.

España: Espinosa 12, 180.

Constituye el tipo 329 clasificado por Aarne-Thompson: *La princesa (diablo) a cuya vista nadie podía ocultarse*. En esta versión el héroe no es el menor de tres hermanos, sino un huérfano. Los animales agradecidos (A-Th. 554) que lo ayudan a esconderse son, en este caso: hormiga, zorro, águila y pez (Thompson B. 481, B. 441, B. 451, B. 470).

Versiones argentinas que reúnen los dos tipos indicados han sido registradas en Catamarca (Encuesta Folklórica del Magisterio, legajo n° 250) y en La Rioja, anotada por Juan Z. Agüero Vera en su trabajo (inédito) *Cuentos populares de La Rioja*, con el título *El que se escondió bien*.

42. LA MISERIA

Dicen que había un hombre que se llamaba Miseria y era herrero. Ya cansado de la pobreza, porque no tenía qué darle de comer a los hijos, resolvió entregarle el alma al diablo por tres bolsas de plata. En el plazo de un año debía venir el diablo a llevarlo.

Un día se le presenta un viejito andrajoso en un caballo flaco y sin herradura.

El herrero le dió hospedaje, la mujer lo remendó y lo lavó y le colocaron herraduras al caballo. Cuando el viejito se quiso ir, le dijo al herrero:

—¿Con qué te pagaré el favor que me has hecho?

—No es nada.

—Bueno, te daré tres dones: el que se siente en esta silla no se levantará hasta que le ordenes; el que entre en esa bolsa no saldrá sin que vos le ordenes y el que suba en esa planta de nogal no se bajará mientras vos no le ordenes.

Se despidió el viejito y se fué; éste había sido *tata* Dios.

Cuando se cumplió el plazo, vino un diablo a llevarlo y el herrero le dijo:

—Espere que termine de hacer una herradura; siéntese a descansar en esa silla.

Cuando terminó de hacer la herradura, le dijo al diablo:

—Vamos.

Y como el diablo no se podía levantar, se quedó sentado.

Al rato le dijo el diablo al herrero que si lo dejaba levantar le iba a perdonar la vida por un año más; el herrero le ordenó que se levante y el diablo se fué.

Cuando se cumplió el otro año vinieron tres diablos a llevarlo y el hombre les dijo:

—Esperen que acabe de hacer esta herradura; suban a comer nueces.

Se subieron los diablos al nogal y no se podían bajar; desesperados le dijeron al herrero que le iban a perdonar un año más la vida si los dejaba bajar. El herrero les ordenó a los diablos que se bajen y se fueron.

Al año siguiente vienen cincuenta diablos en mula a llevarlo al herrero; éste les dijo:

—Voy a ir, pero antes se entran todos adentro de esa bolsa.

Los diablos se metieron y el herrero los agarró a palos.

Los diablos le pidieron que los deje, que le iban a perdonar la vida si los sacaba de adentro de la bolsa. El herrero así lo ordenó y los diablos se fueron.

Cuando don Miseria se murió, Dios no lo recibió en el Cielo porque vendió el alma al diablo.

Bajó al purgatorio y tampoco lo recibieron; entonces se fué al infierno con el palo. Salieron los diablos a recibirlo

y lo vieron a don Miseria con el palo; los diablos tomaron disparando y cerraron la puerta del infierno.

Se volvió a Dios don Miseria y le dijo que los diablos no querían recibirlo. Entonces Dios lo mandó a que ande por el mundo, y es por eso que la miseria no se acaba.

Informante: Aída Agüero de Agüero.

La Carrera (Catamarca).

Aarne-Thompson: 330 A.

Argentina: Güiraldes XXI. Rava 214-216.

América: Andrade 222. Arellano 124, 125, 126. AUC XCII, 6-13.

Costas Arguedas 377-379. Espinosa SFNM 54, 55. Guzmán Matu-

rana 54-61. Mason, Tepecanos 9. Mason-Espinosa PRF III, 21 p.

Montenegro 165-172. Rael 274, 294, 296. Tía Panchita 98-107.

Wheeler 123, 156.

España: Ampudia 46. Espinosa 171. F. Caballero 2, 73-80. F. Ca-

ballero, Clemencia 172-173.

El tema del herrero y el diablo (o la muerte) goza de gran popularidad en el ámbito hispánico. Entre nosotros, Ricardo Güiraldes lo puso en boca de don Segundo Sombra. La presente versión de Catamarca conserva todos los incidentes del cuento tipo.

43. LA ASADURA DEL MUERTO

Un matrimonio sin hijos, todavía joven, vivía en un pueblo en la mayor pobreza. El marido salía a buscar trabajo y a veces conseguía unos reales haciendo alguna *changa*, pero la mayor parte del tiempo pasaba sin hacer nada. La mujer quedaba sola en la casa, lavando la ropa, cosiendo lo que estaba roto y haciendo lo que podía para tener algo que llevarse a la boca al regreso de su marido al hogar. En esa triste situación se hallaban, cuando un día, ya desesperada, sin nada para comer, se decidió a ir hasta el cementerio. Allí abrió una tumba, le sacó las entrañas a un muerto, tapó luego el sepulcro y se llevó las *achuras* a su casa que quedaba cerca del lugar. Lavó la asadura del muerto lo mejor que pudo, la asó con cuidado y se la presentó después a su marido con varias mandiocas *mimói* o sancochadas, que le había regalado una vecina generosa. El matrimonio comió tranquilo. Por la no-

che estaban ya acostados, cuando sintieron llamar a la puerta con estas palabras:

—¡Dame mi asadura
que hoy me sacaste de la sepultura!...

—¡Ay, marido mío! ¿Quién será?
—¡No te aflijas, mujer, que ya se irá!
Pero la extraña voz seguía diciendo:

—¡No me voy, no me voy,
que en la puerta de esta casa estoy!

—¡Ay, maridito mío! ¿Quién será?
—No te asustes, querida, que ya se irá —le respondía el marido.

Aquella pobre mujer estaba ya casi loca de espanto y se agarraba con fuerza del hombre que tenía a su lado, volviendo a repetir su angustiada pregunta:

—¡Ay, maridito mío! ¿Quién será?
—¡No te aflijas, mujer, que ya se irá!
Entonces la misteriosa voz concluyó diciendo:

—¡No me voy, no me voy,
que ya agraviándote para siempre estoy!

Y el muerto tomó entonces a la mujer de los pelos, la arrastró hasta el cementerio, la mató, le sacó la asadura, y después que se la puso se volvió a enterrar...

Informante: Pablo Argilaga. 52 años.

Cuay Grande, Dpto. Santo Tomé (Corrientes).

Aarne-Thompson: 366.

América: Mason-Espinosa PRF II, 24; V, 108.

España: Espinosa 160. Espinosa, Castilla 58.

Este cuento, que corresponde a un tipo incluido en la sección "Adversarios sobrenaturales" del índice de Aarne-Thompson, es de los llamados *animistas* o de *espanto* en la "Revista del Instituto Nacional de la Tradición" (Año I, entrega 1ª, pp. 95-96; entrega 2ª, p. 211). Nuestra versión correntina lleva el mismo título que las dos anotadas en España, y su desenlace es exactamente igual al del relato toledano de los *Cuentos populares españoles*.

44. LA NIÑA Y LOS TRES HERMANOS

Había una vez una señora que tenía una hija. Un día, la madre estaba durmiendo la siesta y la niña jugaba con una muñeca. En eso vino un carancho y le levantó la muñeca. La niña se jué siguiéndolo a ver si la voltiaba. Cuando se levantó la madre, la buscaba y no sabía adónde estaba.

La niña comenzó a caminar... caminar... perdida. Y se dió con un pueblito: llegó a una casa que estaba habitada, pero en ese momento no había nadie adentro. Se puso a barrer y tendió las camas; después se puso a cocinar. Cuando sintió que venían hablando, disparó y se escondió debajo de una batea de amasar que estaba afirmada en la pared detrás de la casa.

Llegaron los dueños de la casa; eran tres hermanos que venían del campo, de trabajar. Vieron todo arreglado y la comida hecha.

—¿Quién habrá hecho esto? —dijeron, porque en la casa no había nadie; ellos eran huérfanos y hacía poco tiempo que había muerto la madre d'ellos.

Buscaron, buscaron, hasta que dieron con las pisadas del rastro que iban hasta la batea; cuando la vieron a la niña le dijeron que no se asustara. Ella les contó lo que le pasó con el carancho; entonces, le dijeron que se quede, que iba a ser hermana d' ellos; los mozos la iban a cuidar y la niña tenía que cuidar la casa y hacer la comida. Ella aceptó y los hermanos le recomendaron que cuando cocinara le dé de comer al gato que tenían, y que no vaya a ir a pedir juego a una vecina que vivía no sé cuántas cuadras de la casa, que era mala.

Al otro día, los hermanos se jueron temprano a trabajar y cuando la chica se puso a cocinar, vino el gato y le pidió 'e comer.

—¡*Mishi!* Estoy apurada por cocinar —le dijo enojada, y le pegó con el cuchillo.

El gato levantó la pata, le meó el juego y lo apagó.

Entonces ella jué a pedir juego a la vieja que le habían recomendado que no juera. No halló a nadie, entró y sacó una brasa prendida. Volvía a su casa corriendo cuando la vieja le salió al encuentro y la comenzó a insultar. La chica no le contestó nada porque le había alzado la brasa sin permiso, pero

lo animó al perro y la sacó a la vieja a lo que daba, a los gritos.

Cuando la comida estaba ya hecha, se asomó a ver qué pasaba con la vieja, porque había quedao un silencio, y vió que atrás del rancho había mucha cebolla.

—¿Cómo no me han dicho mis hermanos que habían sembrao cebolla? —pensó.

Cortó un poco y la echó en la olla.

Cuando volvieron los hermanos le preguntaron:

—¿Cómo te ha ido?

Ella les contó todo lo que le había pasao. Los tres hermanos se sentaron a comer, y la niña les preguntó:

—¿Ustedes habían sembrao cebolla atrás del rancho?

—¡No, no hemos sembrao nada! —le contestaron.

Al terminar de comer, dos de los hermanos se volvieron buyecitos y el otro una carreta. La niña se echó a llorar sin consuelo. ¡Qué se iba a imaginar que iba a suceder eso!

Después ató a los dos hermanos a la carreta y se jué, abandonando todo.

Llegaron a un río y le dió 'e beber a los bueyes, y con un jarro le echó agua a toda la carreta, que era su hermano embrujao. Allí estaba una negra, esclava del rey, alzando agua, y se puso a conversar con la niña porque la vió linda y buena. La moza le contó lo que le pasaba; la negra jué y le contó todo al rey. Entonces el rey mandó que la traigan pa' la casa de él.

Cuando llegó al palacio la reina no la quería y le dijo a su servidumbre que cuando la niña vaya a dormir le pongan un alfiler en la almuada. La chica se jué a dormir, se pinchó la cabeza con el alfiler y se transformó en una palomita blanca.

Cuando volvió el rey preguntó por la niña, y le dijeron:

—Se jué; no está más en la casa.

La negra le daba de beber a los bueyes y le echaba agua a la carreta, lo mismo que la niña.

Todos los días al mediodía venía la palomita adonde estaba el rey.

—¡Cuú, cuú! —hacía, como hacen las urpilitas.

Al rey le llamó la atención y ordenó a los criados que se la agarren sin lastimarla. Los criados pusieron pega pega;

cuando al rato llegó la palomita se asentó en la misma parte 'e siempre y quedó pegada. La agarraron y se la llevaron.

El rey le hacía cariños y cuando le pasó la mano por la cabecita sintió un bordecito. Le levantó las plumitas y le sacó el alfiler; ella se volvió como era. Se descubrió lo que había hecho la reina, y el rey la echó a la reina 'el palacio, que no pise más.

Entonces la niña le contó al rey que la carreta y los bueyes eran sus hermanos. El rey mandó a buscar los hombres más sabios del reino pa' hallar remedio y que queden como son. Ellos los convirtieron en personas y los tres hermanos se quedaron en el palacio, con la hermana y el rey, donde vivieron felices.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frías (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 408.

Argentina: Antología II, 30-36. Anzalaz 81-88. Carrizo, *Boletín* 26. Sajoux 109-119.

América: Andrade 148, 149, 150. Arellano 65, 66, 67, 68, 69. JAFL XXV, 192-194; XXXVIII, 540; XXXIX, 246. Laval, Carahue II, ii. Rael 115, 179, 180, 181, 182. Sojo 179-181. Wheeler 77, 78, 79.

España: Ampudia 3 y variante. BTPE I, 109-133; II, 82-86; X, 25-30, 39-46. Curiel Merchán 202-205; 217-220; 295-298. Espinosa 120, 121. Primavera 151. Sánchez Pérez 75.

La versión aquí incluida corresponde al tipo 408 clasificado por Aarne-Thompson: *Las tres naranjas*. Difiere del cuento tipo en sus motivos iniciales. La primera parte de esta versión santiagueña (*La niña y los tres hermanos*) tiene motivos semejantes a los que integran la variante * D del tipo 327, incluida en el índice de Boggs. El motivo de la niña que se extravía al perseguir a un pájaro que le ha robado su muñeca, es frecuente en versiones argentinas; así aparece en el citado cuento incluido en la *Antología Folklórica Argentina* y en relatos de la colección de folklore del Consejo Nacional de Educación (Córdoba, legajo n° 176; Mendoza, legajo n° 99; Santiago del Estero, legajo n° 9).

El erudito profesor Walter Anderson, mundialmente conocido por sus investigaciones en torno del cuento popular, está preparando en la actualidad una monografía sobre este cuento, que aportará, sin duda, importantes noticias sobre los orígenes y la difusión del mismo.

45. LOS TRES PICOS DE AMOR

Había una vez una moza que vivía 'e la costura y tenía un padre leñador.

Un día el padre se jué al bosque a juntar leña, y en eso se levantó una piedra grande que había y salió un sapo saltando y le dijo:

—Tata viejo, ¿me podés dar tu hija pa' casarme? Si vos me das tu hija, yo te vuá dar mucho dinero mientras vivas.

—Bueno —le dijo el viejo.

El leñador volvió a la casa y le dijo a la hija:

—Yo soy muy viejo y no vuá durar mucho tiempo. Quiero dejarte asegurada pa' que no quedés sola.

La niña aceptó. El viejo volvió al bosque con la hija. Cuando llegaron, la piedra se levantó y salió el sapo saltando; el viejo le dijo que aceptaba. Entonces el sapo le dijo:

—¿Ves ese *árbol* qu'está ahí?

El algarrobo tenía un *coto* grande y el sapo le indicó:

—Dale tres hachazos.

El viejo lo hachó y salieron monedas de oro, y las recogió en el poncho. La hija se despidió del padre y se jué con el sapo. Entraron en la cueva bajo la piedra y llegaron a un palacio donde había 'e todo lo que necesitaba. El sapo le dijo a la niña:

—Mirá, yo te dejo todo esto, aquí vas a tener de todo. Yo no estoy en todo el día, vengo a las doce 'e la noche. No me tenés que mirar; jurame que no me vas a mirar.

Ella le prometió no mirarlo.

Pasó el tiempo; ella estaba lo más bien, pero después de tanto tiempo ella empezó a pensar:

—¿Cómo no lo vuá mirar a mi marío?

Ya no aguantaba sin conocerlo; entonces pensó llevar una luz pa' verlo.

A la media noche sintió unos pasos y se quedó quietita, quietita, pero no lo sintió acostarse. Cuando pensó qu' estaba dormío lo alumbró. Vió qu'el marío dormía boca abajo y tenía el pelo com' oro. Del susto que se diera cuenta que lo había visto, se le cayó la vela y le quemó la *pelecha* 'el sapo.

El marío se despertó, y como vió qu' ella lo había desobedeció, le dijo que se iba y si quería encontrarlo tenía que

buscar al águila 'e los tres picos de amor. El sapo y el palacio desaparecieron, y la muchacha s' encontró descalza en un *tunal* desierto.

Comenzó a caminar con ese afligimiento. En eso se encontró con la chuña:

—¿Usté no sabe dónde queda la casa 'el águila 'e los tres picos de amor?

—No, no la conozco.

La niña iba a seguir caminando, pero la chuña le dijo:

—Mire, niña, vuelvasé. Le regalo este peine pa' que s'entreteenga peinandosé.

Siguió caminando y lo encontró al zorro:

—¿Usté no sabe dónde queda la casa 'el águila 'e los tres picos de amor?

—No, no sé. Pregunte a los otros vecinos, que han de saber.

Y cuando se iba yendo, el zorro le dijo:

—Vuelva, niña, le vuá dar estos pericotes pa' que s'entreteenga y así se le pase la tristeza.

Después lo encontró al quirquincho, que le regaló un espejo; la iguana le regaló una guitarra.

El último de los animalitos qu' encontró le dijo:

—Niña, ya está cerca 'e la casa 'el águila 'e los tres picos de amor.

Por fin llegó a la casa y estaba un águila vieja, sola. La niña le preguntó:

—¿Esta es la casa 'el águila 'e los tres picos de amor?

—Soy una servidora —dijo el águila—. Ahora no trabajo, soy muy vieja. Mis tres hijas salen a buscarme la comida. Ahora se han ido porque se casa el príncipe cabellos de oro y me van a traer las tripas de los corderitos.

La muchacha le dijo:

—Yo estoy invitada a ese casamiento; quiero ir y no puedo llegar. ¿Quiere llevarme alguna d'esta casa?

El águila vieja sacó una corneta y tocó tres veces llamando a sus hijas. Vinieron las hijas, pero tardaron un rato porqu' estaban en lo mejor juntando comida mientras carnaban chivitos y corderitos pa' la fiesta.

El águila vieja le dijo a las hijas que la llevaran a la muchacha.

—¿Sabe que nosotras comemos mucha carne?

—No importa —dijo la niña—, yo doy la carne que necesitan pa' llevarme al lugar del casamiento.

—Bueno, con una pata 'e cordero alcanza —dijo un águila.

La niña aceptó y le dijeron que se atara la vista y se montara en el lomo 'e un águila. Se despidió 'el águila vieja y salió p'al lugar de la fiesta.

Antes de volar el águila comió bastantito y le dijo a la niña:

—Cuando yo le pido, me tiene que dar carne.

El águila pegó un volido y salieron.

—No mire p'abajo, niña, que se va a mariar.

Después de volar mucho tiempo, el águila dijo:

—Déme de comer.

La muchacha sacó un pedazo 'e carne y le puso en el pico. Así jué pasando; cada tanto el águila pedía 'e comer y la muchacha le daba, hasta que se acabó la carne. Cuando ya estaban cerca, el águila pidió más carne y la muchacha se cortó un pedazo 'e la nalga y le puso en el pico.

Cuando llegaron, le dijo el águila:

—Veo que usted es una persona muy buena.

El águila se dió cuenta que la niña se había cortao un pedazo 'e nalga; entonces abrió el pico, largó el pedazo 'e carne y ella se lo pegó 'e nuevo.

Cuando llegó al lugar de la fiesta, salió una negra, la vió y le dijo a la patrona:

—Señora, ha llegao una invitada.

—Hacela pasar.

Le dieron una pieza pa' qu' esperara la fiesta. Entonces la niña empezó a peinarse; la negra la estaba espiando y jué y le dijo a la patrona:

—Vea, señora, ¿por qué no le compra el peine a la niña?

—Bueno, preguntale por cuánto lo vende.

La negra jué a querer comprar el peine, pero la niña le dijo:

—No, no quiero dinero por el peine; quiero hablar con el joven que se va a casar.

La señora aceptó, pero la niña no pudo hablar porqu' el joven estaba dormío.

Así la muchacha jué dando todas las prendas que tenía. Cuando dió la guitarra, tanto hizo la niña qu' el joven se despertó y ella comenzó a hablarle:

—Yo soy tu mujer. ¿Te acordás que te quemé la *pelecha*?

Y la muchacha le contó toda la historia, hasta qu' él recordó y comprendió qu' era su mujer. Entonces la despidió a la otra novia y se quedó con su señora.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frías (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 425 A.

Argentina: Antología II, 26-29 (episodios I y II).

América: Andrade 182, 183, 189. Arellano 63, 64. Mason-Espinosa PRF III, 12 a, 12 c. Laval, Cuentos 12-16. Rael 153, 154, 155, 156. Wheeler 91.

España: Ampudia 1. Curiel Merchán 142-144.

El tema del marido monstruo (o animal) está muy difundido en la tradición europea; nuestra versión desarrolla el mismo tema del cuento de Cupido y Psiquis, relatado por Apuleyo en su *Asno de Oro*.

En el cuento santiagueño, el joven encantado aparece en forma de sapo; la joven en busca de su marido recibe la ayuda de diversos animales (chuña, zorro, quirquincho) y es conducida al lugar donde se encuentra el marido perdido por un águila.

46. UN CASTILLO DONDE VIVIAN UN REY CON DOCE HIJOS

Este cuento trata de un castillo en el que vivían un rey con doce hijos, once varones y una niña, hermosa como pocas.

Tuvieron la desgracia de perder a su madre, y el rey al poco tiempo se casó nuevamente con una mujer muy malvada, que los hacía sufrir de todos modos. Un día maldijo a los varones haciéndolos convertir en patos silvestres y diciéndoles que vuelen día y noche; desde la puesta a la salida del sol, tomarían su forma natural de personas. A la niña, como era buena y la necesitaba para que la ayude, la dejó la madrastra en la casa.

Todas las tardes venían los patos al castillo y la niña los recibía sin que la madrastra lo sepa; allí estaban hasta el otro día en que se convertían en patos y levantaban el vuelo. Un día la madrastra se dió cuenta; entonces mandó a los peones que llevaran la niña al bosque y la mataran. El padre dió orden que no la maten, sino que la dejen en el bosque; tal vez alguna persona piadosa se compadeciera de ella y se la llevara.

La madrastra siempre que bañaba a la niña la convertía en sapo, así cuando ella se veía en el espejo se encontraba fea; o si no le echaba bichos en la sopa.

Llevaron a la niña al bosque y no pasó mucho tiempo cuando encontró una viejita que la llevó a vivir con ella. Vivía feliz y por lo único que sufría era porque no podía ver a sus hermanos; no sabía dónde estaban ni ellos sabían nada de ella.

Una tarde, como de costumbre, la viejita se sentó a leer un libro de rezo y le pregunta a las hojas si hay algo más lindo que el libro; las hojas le contestan que sí, la niña, la niña Leonor. En eso estaban cuando la niña divisa que pasaban los patos por ahí, pero no podían detener el vuelo porque era temprano. Hasta que por fin le cuenta a la viejita lo que le ocurría.

Una mañana salió sin rumbo, con la esperanza de encontrar a sus hermanos. Apenas se dió cuenta la viejita que la niña no estaba, salió en su busca y la encontró que iba llorando; al saber lo que le pasaba, la viejita le dijo que ella podía sacar el encanto a sus hermanos, pero tenía que hacer todo lo que ella le diga. Debía buscar ortigas y tejer once túnicas y una vez terminadas, ponerlas a cada uno de los hermanos; entonces recobrarían la forma humana para siempre, pero no tenía que faltar ninguna porque una que falte sería suficiente para que las demás no valgan y mueran los hermanos. Las ortigas tenía que encontrarlas en el cementerio; la llevó hasta allí, la puso junto a una planta de ortiga, la cortó y se volvió al bosque a trabajar. La anciana le dijo que el milagro dependía del silencio de ella; desde el día en que empiece a trabajar hasta terminar la última túnica, no tenía que hablar ni una palabra, ni por necesidad; si hablaba una palabra perdería todo el trabajo y sus hermanos morirían.

Estaba tejiendo la niña en el bosque hasta que un día la

vieron sus hermanos, a la puesta del sol, y se esforzaron por llegar a donde ella estaba. Llegaron, le hablaron, le preguntaron qué le pasaba, pero la niña nada respondía y seguía tejiendo. Se pusieron tristes creyendo que se había vuelto muda, por alguna nueva travesura de la madrastra. Esa noche los hermanos trabajaron confeccionando una red, y al otro día colocaron en ella a la niña y levantaron vuelo. Volaron todo el día y por la noche divisaron una peña muy lejos; se apresuraron en llegar allí y vieron que apenas era una puntita de piedra en medio del mar. Se amontonaron bien y a la niña la tenían en los brazos, con el temor de dormirse porque caerían al mar. Allí estuvieron hasta el día siguiente, volvieron a levantar vuelo y fueron a parar al bosque. La niña, al ver el esfuerzo que hicieron con ella, no se quiso ir más y se quedó en el bosque sin decir nada.

Terminó la primera túnica y le faltó material para las otras; fué a buscarlo muy lejos y regresó para continuar las otras.

Un día el rey salió de paseo y encontró a la niña en el bosque; el rey le conversaba y ella no le contestaba. Entonces la levantó, y llorando, le preguntaba por qué trabajaba con tanto sacrificio, pero ella seguía muda. La llevó a su casa y ahí estaba tranquila. Pero le volvió a faltar ortiga y salió en busca de ella; las muchachas de la casa la seguían. Se fué muy lejos, entró en el cementerio y cortó las ortigas. De vuelta las muchachas le contaron al rey lo sucedido y éste no quiso creer.

Un día que la niña salió en busca de más ortigas, el rey en persona la siguió y vió todo; entonces se volvió al pueblo diciendo que tal niña era una bruja. En cuanto llegó la hizo encerrar en la cárcel, hasta que se entre el sol, para ser ajusticiada. Mientras tanto el rey mandó hacer un pedestal muy alto para que todo el pueblo la vea al ser quemada. Estando en la cárcel tejiendo, la gente le gritaba llamándola bruja y echándole la culpa de todas las cosas que venían ocurriendo en el pueblo.

Llegó el momento de ser conducida a la hoguera, a la entrada del sol; pasan sus hermanos volando y la reconocen. Entonces la niña les tiró las túnicas, los hermanos se las pusieron y volvieron al estado natural. La niña pudo hablar y dijo:

—Sabed que soy inocente; no podía hablar para salvar a mis hermanitos de la muerte.

Informante: Lucía A. de Rojas.

El Potrero, Andalgalá (Catamarca).

Aarne-Thompson: 451.

América: Andrade 178, 179. Arellano 75. Mason-Espinosa PRF III, 7 (6 versiones).

España: Ampudia 188. BTPE X, 145-156. Curiel Merchán 234-235. Espinosa 148.

El relato precedente contiene elementos fundamentales del cuento tipo, *La doncella que busca a sus hermanos*. Nuestra versión es semejante a la dominicana anotada por Andrade (nº 178) y corresponde al tipo I clasificado por Espinosa (III, pp. 71-75).

47. LA FLOJA

Había una vez una niña floja y jovencita; la madre no hallaba cómo deshacerse de ella, y se *anotició* que había un rey que mataba a todos los flojos. Entonces esta mujer la *empaicó* en un burro a su hija y la llevó a pasar por el rey para ofertarla. La floja iba llorando; le preguntaron por qué lloraba y les dice la madre:

—De guapa no más, porque en la casa no tiene en qué trabajar.

El rey la recibió y la hizo quedar porque tenía unas grandes hiladas de algodón. Le mostró un cuarto lleno de algodón, le dijo que lo prepare para el otro día y le echó llave en el cuarto. Ella se sentó a pensar y en eso siente una voz:

—*Cuma*, ¿quiere que le ayude a preparar el algodón?

—Bueno, *cuma*.

—Acuéstese a dormir no más, yo se lo voy a trabajar.

La floja se acostó a dormir y la *cuma* se puso a trabajar.

Al otro día el rey va a ver el trabajo y encuentra todo listo. El rey le dió de comer y la mandó a dormir, creyendo que trabajó toda la noche.

A la siguiente noche la floja tenía que hilar todo el algodón y el rey la encierra en el cuarto como la noche anterior. Llegó la noche y le habla una voz y le dice:

—¿Querés, *cuma*, que te ayude a hilar?

Ella le dijo que bueno.

—Acostate a dormir, que yo voy a hilar.

Hasta la media noche ya estuvo todo el trabajo hecho y se fué la *cuma*. Al otro día llega el rey y se encuentra con todo el trabajo hecho. Entonces el rey dijo:

—Al cabo di con una mujer guapa, como para señora de mi hijo.

El rey le dijo que coma y se acueste, puesto que estaría muy cansada y falta de sueño; la floja se acostó y durmió todo el día.

Por la noche le dice el rey a la floja:

—Esta noche tiene que torcerme todo el hilo y *madejarlo*.

Cuando se hizo bien la noche volvió la *cuma*, la habló por la ventana a la floja y le dijo:

—*Cuma*, ¿quiere que le ayude a torcer el hilo?

Ella le dijo que bueno.

—Acuéstese, *cuma*, yo se lo voy a hacer el trabajo.

Se acostó la floja a dormir y la *cumita* a trabajar. Al alba la despertó para entregarle el trabajo y le dijo:

—No vaya a querer perturbarse, usted será casada con el hijo del rey. Somos tres la que vamos a venir a su casamiento, no nos vaya a desconocer, vengamos en la forma que vengamos.

El rey, cuando vido el trabajo, dijo que se case con su hijo y al otro día se hizo el casamiento. Se casaron, y estaban en la mesa y ya vieron que llegaban tres mujeres muy fieras de lo peor. La novia se levantó de la mesa, fué a encontrarlas y las llevó a la mesa y le dijo a la concurrencia que eran tres amigas muy buenas que ella tenía.

El novio comía y no les perdía de vista, estaba impresionado de verlas. El les dijo que disculpen, pero que le avisen por qué eran tan defectuosas.

La primera le contestó que de tanto mojarle el dedo para *tincar* el huso se le estiraron así los labios. La otra, que tenía las orejas muy largas de tanto secarse el dedo para torcer el hilo, y a la otra se le postraron las manos de tanto trabajar en el algodón.

Entonces el joven dijo:

—Mi mujer no trabajará en nada, para que no se arruine.

De esa manera la floja quedó floja no más.

Estas tres *cumitas* habían sido los ángeles de la guarda que acudieron a salvarla a la floja, para que no la quemase el rey, porque era muy rezadora.

Informante: Cristóforo Páez.

La Carrera (Catamarca).

Aarne-Thompson: 501.

América: Arellano 80.

España: F. Caballero 2, 64.

Este relato ofrece todos los episodios del cuento tipo: *Las tres viejas protectoras*. Está registrado en todo el norte de Europa; en cambio, sólo conocemos las dos versiones hispánicas arriba citadas. La española de Fernán Caballero se titula *Las ánimas*, y la portorriqueña de Arellano, *Las tres hadas*.

48. LISANDRO Y ABEL

Había un rey que tenía una hija que nació con un lunar grande en la frente, que tenía como unas letras. El rey mandó llamar a las personas más sabias de su reino, pa' saber qué significaba eso que tenía en la frente la princesa.

En el reino había dos amigos inseparables que se llamaban Lisandro y Abel. El padre de Lisandro era leñador; un día, cuando volvió 'el bosque, el hijo le dijo:

—Mirá, tata, yo sé lo que significa el lunar que tiene la princesa.

—No digas nada, porqu' el rey no quiere bromas y te va cortar la cabeza.

Pero Lisandro se jué y le avisó al rey que sabía lo que decía el lunar. El rey lo mandó llamar y Lisandro dijo:

—Mire, esos escritos dicen que cuando la princesa cumpla quince años, va a desaparecer por más guardias que ponga.

Lisandro se volvió. Cuando llegó el cumpleaños de la princesa, el rey había redoblado las guardias, iluminado el palacio, ¡pero nada! Sin saber cómo ni cuándo desapareció la niña.

El rey mandó a buscarla por todos laos; ofertaba recompensas a ver si la encontraban, pero no aparecía. Había que ver todos los que iban a buscarla, pero no daban con la niña.

Entonces Lisandro, al volver con el padre 'el bosque, le dijo:

—Yo vuá buscar a la niña.

—¿Cómo la vas a buscar?

—No sé; se la vuá buscar y se la vuá traer al rey.

Se jué y le dijo al rey:

—Yo se la vuá traer a la princesa.

—Si vos me la encontrás, ¿qué premio te puedo dar?

—Si yo se la encuentro quiero casarme con ella —contestó Lisandro.

Lisandro se jué pa' su casa y el padre le dió el burrito y una cantidá 'e dinero pa' mientras dure la ausencia. En lo qu' estaba por irse llega Abel y le dice:

—Yo me voy con mi amigo, no me separo d' él. Con él voy y con él vuelvo.

Se jueron los dos en el burrito. Caminaron leguas y leguas... Cielo y tierra, no se veía un alma por donde iban. En eso hallaron que se abrían dos caminos; allí estaba una vieja flaca, que les dijo:

—¿P'ande van, hijitos?

—Vamos a buscar a la princesa, que hace rato que se ha perdío.

—No, es inútil que vayan ustedes; todos los que van no vuelven.

Lisandro le regaló plata a la vieja, y ella les dijo:

—Bueno, sigan derecho no más.

En eso llegaron a un pueblo y encontraron una iglesia donde estaban dando misa. En el atrio de la iglesia había un cajón con un muerto. Abel dijo:

—Vamos a oír misa antes de irnos.

Abel y Lisandro se bajaron y entraron a rezar. Después preguntaron:

—¿Por qué está este muerto en la puerta, así d'esa forma?

Les contestaron qu' era uno que no había pagao las deudas y lo tenían allí; ninguno quería llevarlo al cementerio.

Lisandro pagó todo lo que debía el muerto y lo hizo que lo enterraran.

Entonces ya siguieron su camino en el burrito. Y caminaron como una legua o legua y media, y vieron un barranco grande.

—Vamos a ver qu'es esto.

Antes de la barranca había un árbol grande; allí lo ataron al burrito y le dejaron mucho pasto pa' que coma. Vieron una puerta grande qu'estaba abierta; entraron y vieron que por el aire venían comidas, pero no sabían quién las mandaba. Siguieron caminando y vieron salas con mucho lujo.

Cuando habían entrao así vieron una niña rubia de ojos azules, que les preguntó qué deseaban. Lisandro le contó que buscaban a la princesa que había desapareció y que no iban a volver sin hallarla. La niña les dijo qu' ella era la princesa, qu'estaba allí cautivada:

—Si ustedes me van a sacar, tienen que hacer un solo sacrificio: van a acarrear agua de aquel pozo qu'está allí. El trabajo va a durar tres días, a ver si resisten. Si cumplen, salimos los tres; si no, salgo yo y quedan ustedes.

Ella les dió una tinaja y les avisó qu'en la mitá del camino les iba a salir una vieja que castigaba a un chico, pero qu'ellos no hicieran caso a los gritos y no se dieran vuelta.

Al otro día, a la mañana tempranito, Lisandro y Abel jueron con la tinaja a traer agua. Cuando venían por el camino salió una vieja que lo aporreaba a un chico; el chico gritaba:

—¡Ay, mamita! ¡No me pegue más, me va a lastimar!

Ellos no aguantaron y se dieron vuelta. Cuando llegaron con el agua, la niña les dijo:

—Yo les dije que no se den vuelta, porque si no a los tres días van a quedar ustedes prisioneros y yo voy a salir.

Pero ellos no aguantaron y se siguieron dando vuelta al oír los gritos del muchacho. Entonces la princesa escribió una carta y la puso bajo la almuada junto con su anillo y un pañuelo bordao con las iniciales d'ella.

Cuando volvieron al tercer día, ella no estaba porqu'ellos no habían cumplío. Lisandro se puso a llorar de ver que no pudo aguantar.

Entonces se puso a caminar y caminar por la cueva; era

una oscuridá terrible, y después se subió a una tapia qu'encontró. En eso oyó una voz que le decía:

—Volvete, Lisandro, que a tu compañero lo han muerto. En eso sintió que le han alcanzaó una espadita.

—¿Quién me da esta espadita? —preguntó Lisandro.

Y oyó una voz que le decía:

—Vos pagastes mis cuentas y me salvastes. En recompensa te doy esta espada pa' que te vuelvas. A esa puerta grande qu'está ahí le das tres hachazos, si no, no vas a poder salir, porque no es una puerta, sino la vieja y el muchacho qu'están atravesaos formando puerta.

Lisandro jué y le pegó un hachazo y ni se rayó la madera; al tercer hachazo le pegó con toda su juerza y se abrió la puerta. Y vió una ciudá entera.

Encontró a su burrito qu'estaba atao en el árbol; lo monto, se jué y llegó a la ciudá. Y halló una alegría grande; preguntó qué pasaba y le contestaron:

—La princesa se casa, porque ya la han encontrao.

Lisandro jué al palacio y pidió permiso pa' ver la fiesta.

Le dijeron que sí y que le den lo que sobraba del banquete. Cada vez que pasaban los criados con las bandejas p'adentro, él se tiraba un p... Los criados, indignaos, se juearon a avisar al rey y él vino a pedirle explicaciones.

Lisandro le dijo qu'él la había librao a la princesa y que tenía las señas pa' probarlo. Jué el rey, la llamó y la trajo a la princesa. Lisandro le preguntó si se acordaba d'él y sacó la carta, el anillo y el pañuelo; la niña lo reconoció.

Entonces el rey jué a ver al caballero que había dicho que la había encontrao a la princesa, y le pidió alguna seña; pero él no supo dar ninguna prueba.

El rey lo mandó hacer arreglar a Lisandro con las mejores ropas. Después avisó a los convidaos y les pidió disculpas porque se habían equivocado y recién había venío el salvador de la princesa. Al otro caballero lo despidieron del palacio y le dijeron que no pisara más ese pueblo.

Lisandro se casó con la princesa. Después lo mandó a buscar al padre y se quedaron todos en el palacio.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frias (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 506 A (episodios I, II y IV).

Thompson: M. 346.

América: Guzmán Maturana 19-25.

España: BTPE VIII, 194-201. Durán 1291-1292.

Nuestra versión santiagueña pertenece al conjunto de cuentos cuyo elemento fundamental es el episodio del muerto agradecido. Por su desarrollo responde al tipo 506 A: *La princesa rescatada de la esclavitud*, aunque no presenta todos los episodios del mismo. Además, se inicia con el motivo de la profecía o anuncio sobre la desaparición de la princesa a una edad determinada.

El tema se halla también en la literatura española; lo utilizó Lope de Vega en *Don Juan de Castro*.

49. EL ARROZ DE LA CENIZA

Dicen que había una niña que había perdido la madre y el padre se volvió a casar con una mujer mala y perversa; ésta tenía dos hijas que no la querían a la hermanastra. La huerfanita no tenía más con quien jugar que un corderito, porque ella era la sirvienta de la casa. Un día le dice la madrastra que lo mate al corderito; la niña se pone a llorar y la madrastra le dice:

—Si no querís matar el corderito, me vas a separar este plato de arroz de la ceniza.

Entonces revolcó el plato de arroz en la ceniza que había en la cocina y se acostó a dormir la siesta.

La niña se puso a llorar porque era imposible separar el arroz de la ceniza. Viene una palomita y le dice:

—¿Por qué lloráis, niña?

La chica le contesta:

—Porque mi madrastra me ha dicho que separe el arroz de la ceniza hasta que ella se levante de dormir la siesta.

La paloma le dice:

—Acostate a dormir tranquila que yo te voy a hacer el trabajo.

La niña se acuesta y ve llegar una bandada de palomas, que al poco rato le escogen todo el arroz. Cuando la madrastra se levanta encuentra todo el arroz escogido, se queda admirada sin saber qué pensar.

Al otro día mezcla un plato de lentejas con arena y le dice:

—Si no querís matar el corderito, escogeme ese plato de lentejas hasta que yo me levante de dormir la siesta.

La niña se pone a llorar y llega una bandada de pájaros y le dicen:

—¿Por qué lloráis, niña?

—Porque mi madrastra me ha ordenado separar las lentejas de la arena y yo no voy a poder terminar hasta que se levante de la siesta.

Los pájaros le dicen:

—Acostate a dormir tranquila, que nosotros vamos a hacer el trabajo.

Los pájaros le escogen el plato de lentejas y cuando la madrastra se levanta encuentra todo escogido.

Al otro día le dice:

—Si no querís matar el corderito, escogé este plato de azúcar de la ceniza hasta que yo me levante de dormir la siesta.

La niña se puso a llorar y llega una hormiga grande y le pregunta:

—¿Por qué lloráis, niña?

—Porque mi madrastra me ha ordenado que separe la azúcar de la ceniza.

La hormiga le dice que se acueste tranquila, que ellas la iban a separar; como era la reina de las hormigas, trajo todas las hormigas y le separó la azúcar. Cuando la madrastra se levantó encontró toda la azúcar escogida.

Al otro día le dice la madrastra:

—Si no querís matar el corderito, tenís que hilar esos dos vellones de lana hasta que me levante de dormir la siesta.

La niña se pone a llorar y el corderito le dice:

—No llorís, que yo te voy a hilar la lana.

La niña lo ve al corderito que se tragaba toda la lana y que la largaba a toda nuevamente bien hilada. Cuando la madrastra se levanta ve toda la lana hilada y se fija en el corderito y ve que tenía pegado un poco de lana en el culito. Entonces ordena que se lo mate al corderito y se lo prepare para la noche.

La niña se pone a llorar y el corderito le dice que no llore, que vaya tranquila y lo mate; que adentro de la panza tenía un matecito y que se lo saque y lo guarde. La niña lo *carnia* al corderito en la orilla de un arroyo, encuentra el matecito y lo guarda. En eso llega un viejito y le pide agua; levanta en el matecito y le da de beber. Después se va a la casa la niña y lo pone al matecito en el fondo de un baúl que tenía.

La niña visitaba siempre la tumba de la madre; allí había crecido un arbolito y en ese arbolito se asentaba un pajarito que cantaba muy lindo. La niña se ponía a llorar y a contarle las penas a la madre muerta; el pajarito cantaba y cantaba hasta que la hacía olvidar las penas a la niña.

La niña en la casa ya no tenía con quién jugar; un día las dos hermanastras le piden a la madre que les compre dos corderitos para hacerla envidiar a la hermanastra. Como crecieron los corderitos y no dejaron ninguna planta sana, la madre les ordenó que los comieran.

La hermana mayor se va a *carniarlo* al corderito y como lloraba, el corderito le dijo que no llorara, que adentro de la pancita tenía un matecito, que lo guardara pero que se cuidara de hacer el bien. La mayor encuentra el matecito, y en eso llega el viejito y le pide agua. Entonces la niña le dice:

—Yo no doy agua a viejos sucios y mugrientos.

Ese viejito había sido Dios.

Al otro día le toca *carniar* el corderito a la otra hermana; se pone a llorar y el corderito le dice que no llore, que dentro de la pancita tenía un matecito, que lo guardara pero que se cuidara de hacer el bien. Lo *carnia* y saca el matecito; va el viejito y le pide agua. Entonces ella le contesta:

—Yo no doy agua a un viejo mugriento; si quiere agua, agáchese y beba del arroyo.

El viejito se agacha, bebe el agua y la niña se vuelve a la casa y guarda el matecito.

En el pueblo había un rey que tenía un solo hijo y la madre al morir le había dicho que tenía que casarse con una niña que tenga un matecito de oro, porque ése era el destino que le había dado el hada madrina. El rey decretó un bando ordenando que la niña que tenga un matecito de oro se presente al palacio.

Cuando la vieja supo se fué, levantándose la pollera, de apurada, a comunicarle al rey que en su casa estaba la hija que tenía el matecito de oro.

Se va el hijo del rey en un caballo muy hermoso a traerla a la que sería su esposa. Llega a la casa y dice que se presente la que tenía el matecito de oro. Las dos hermanas empiezan a peliarse entre ellas, porque las dos tenían el matecito de oro, pero la madre ordena que vaya la mayor.

El príncipe la levanta en anca y como tenían que pasar por frente del cementerio, vieron el arbolito y un pajarito que cantaba así:

—Vuélvete, vuélvete
Niño hermoso
Que en la casa te espera
La que será tu compañera.

Como el pajarito no se callaba, el príncipe le dice a la niña que le muestre el matecito; lo saca la niña y le da y lo ve que está completamente negro.

Entonces el príncipe se vuelve y le dice a la madre:

—Esta no es mi compañera.

Sale la otra chica y le muestra el matecito de oro. El príncipe la sube en ancas, pero al pasar por el cementerio el pajarito le dice:

—Vuélvete, vuélvete
Niño hermoso
Que en la casa te espera
La que será tu compañera.

Entonces el príncipe le dice a la niña que le muestre el matecito; lo saca la niña y lo ve que estaba negro. Se vuelve el príncipe a la casa de la niña y le pregunta a la madre si tenía otra hija; la señora le dice que no.

Pero el príncipe insiste y le dice que allí está la que sería su esposa. Como la vieja se negaba, el príncipe entró a remover la casa. Pasa el príncipe y la encuentra a la huerfanita. Le pregunta si tenía un matecito de oro; la niña, que nada sabía, le dice que sí. Entonces el príncipe dice que va a llevarla en ancas de su caballo; la vieja se desesperaba y le decía al príncipe que ésa era una cocinera. Pero el príncipe

le contestó que a él no le interesaba, que sólo buscaba a la mujer que tenga el mate de oro.

Al pasar frente al cementerio el pajarito aleteaba de contento y le dice:

—Sigue, niño hermoso
Que ésa es tu compañera.

El príncipe le pide el mate, la niña lo saca, se lo da y ve que relucía hasta empañar la vista.

Llegan al palacio, y el rey se asusta al ver que su hijo llevaba una niña haraposa y descalza, pero cuando mira el mate comprende que ésa era la elegida.

El príncipe se casa, y cuando la niña estaba vestida con las galas de princesa, ve que era muy hermosa. La niña fué una gran reina, tuvo muchos hijos y siempre fué caritativa con los huérfanos.

Informante: Aída Agüero de Agüero.
La Carrera (Catamarca).

Aarne-Thompson: 510 A.

América: AFC V, 60-65. Andrade 150, 163, 165. Arellano 86. Espinosa SFNM 5, 6, 7. JAFI XXV, 192-194; XXXIII, 71-72; XLII, 157-159. Mason-Espinosa PRF III, 1 (7 versiones). Mendoza 413-415 (3 versiones). Rael 106, 107, 108, 109, 110, 111, 113, 114, 115, 237. Tía Panchita 87-97. Wheeler 55, 58.
España: Ampudia 31, 32. BTPE I, 114-120. Cabal CTA 30-35; 36-40. Curiel Merchán 241-247; 257-261; 265-267. Espinosa 111, 112.

Este relato es versión del tan difundido tema de la *Cenicienta*, estudiado por Marian Roalfe Cox en su libro *Cinderella* y por otros autores posteriores.

El cuento catamarqueño aquí incluido desarrolla extensamente el motivo de la ayuda mágica que recibe la heroína para cumplir las tareas impuestas por la madrastra (Thompson B. 453, B. 450, B. 481, B. 412). Posteriormente, recibe un premio de un anciano (Dios) a quien trata bondadosamente (Thompson Q. 2).

El casamiento con el príncipe no se realiza mediante el episodio más desarrollado en estos cuentos, es decir, concurrencia a un baile y reconocimiento posterior por la prueba del zapato. Aquí, el príncipe ha recibido instrucciones de su madre muerta, para que se case con la niña poseedora de un maticito de oro, que es justamente la recompensa recibida por nuestra heroína.

50. EL OLLIN OLLON

Había una vez un matrimonio que tenía un hijo que a cierta edad quiso salir a rodar tierra y pide a los padres doscientos pesos para los gastos que se le ocasionen. Le dan los padres el dinero; el joven viaja mucho, y al entrar a una ciudad encuentra en una calle a un hombre muerto que estaba en tierra.

Admirado del abandono en que aquél se hallaba, pregunta a dos hombres que casualmente llegan el por qué de todo esto. Y ellos le cuentan que en ese pueblo se acostumbra a abandonar a los muertos cuando los familiares no tenían para pagar los derechos de entierro. En ese instante este viajero les encomienda a los hombres la tarea del entierro, agregando de que una vez cumplida la misión, fueran por su casa para pagarles. Lo entierran y cobran doscientos pesos por el trabajo; justamente todo el dinero que él poseía. Les entrega y queda sin nada para continuar el viaje.

Pasa la ciudad y se interna en una serranía donde observa que a lo lejos se hallaba un hombre sentado junto a un mortero. Al averiguarle lo qué hacía, le responde que estaba moliendo porotos para hacer un guiso, mediante el cual iba a trasladar el cerro en que se hallaba un poco más al sud, para evitar que el viento de este nombre dañara más a su madre que se encontraba muy enferma en cama. Sorprendido por la rara tarea, el joven le pregunta:

—¿Cómo es posible que con un guiso de porotos pueda trasladar un cerro?

—Ya verá —dijo el hombre.

Cuando estuvo el guiso, a la hora del almuerzo, saca un plato y come, y lo invita al joven con otro plato. No había terminado de comer el viajero, cuando se produce un gran estruendo que lo llena de pavor, y entonces puede contemplar que en verdad el cerro se traslada de su sitio. Cuando le pregunta cómo hizo, el hombre le contesta que esto se debía exclusivamente a la acción violenta de los porotos...

Convencido de su capacidad, le dice el viajero:

—¿No quiere ser mi peón?

—Cómo no —responde aquél.

Pero el patrón le dice:

—Como yo acostumbro a llamar de otro modo a mis peones, usted será el buen pedorro.

—Cómo no, señor —responde el hombre, y continúan la marcha.

A los varios días distinguen en una soledad a un hombre que retrocedía y avanzaba, junto a un árbol.

—Aquel hombre parece que está loco —observa el patrón—. ¿Vamos a verlo?

Así lo hacen, y al preguntarle lo qué significaba eso, dice:

—Miren ustedes, de aquí a seis leguas veo una liebre; si ustedes quieren en este momento la traigo de una pata.

Efectivamente, sale corriendo el hombre, y al instante vuelve llevando la liebre como lo había prometido.

—¡Pero qué agilidad! —agrega el patrón—. ¿No quiere ser mi peón?

—Cómo no, señor —le dice.

—Bueno, usted llevará el nombre de buen corredor.

Continúan los tres, y al mucho andar distinguen a un hombre que a lo lejos, delante de un horno, horneaba pan. Cuando llegan, le averiguan lo qué hacía con tanto pan; les responde que comérselo a todo, y que como no le era suficiente, haría más.

Este hombre, delante de ellos, comió todo el pan horneado, y al verlo comer tanto le pregunta el patrón:

—¿No quiere ser mi peón?

—Cómo no, señor —le dice éste.

Y llamándolo el buen comilón, siguen la marcha con los demás peones.

Luego de caminar varias horas, distinguen muy lejos a un hombre que armado de una escopeta apuntaba hacia arriba. Una vez con él, le dice el patrón:

—¿Qué hace ahí, amigo?

—¿Qué he de hacer? Miren detrás de aquellas nubes; pues ahí vuela un águila y yo la voy a bajar aquí de un balazo.

Pero ninguno de los presentes la veía, tanta era la altura en que se hallaba. Hace fuego, y al instante cae el águila muerta.

—Pero, ¡qué buena puntería tiene usted! ¿No quiere ser mi peón?

—Cómo no, señor —le dice.

—Bueno, usted será el buen tirador.

Siguen el viaje, caminan día y noche, atraviesan ríos, bosques y llegan por fin a una ciudad, adonde vivía un pobre anciano, que al verlos llegar los invita a comer.

—¿Qué se cuenta, viejito, por este pago? —le inquiera el patrón.

—Sólo esto: de que a cinco leguas de aquí, en el pueblo vecino, vive un rey que invita al que desee, vaya a adivinar de qué animal es un cuero que tiene tendido. Al que llegue a adivinar le da la corona y su hija para que se case, pero si no adivina, lo hace matar en el acto. A ustedes no les conviene presentarse, porque ya saben el riesgo a que se exponen si no aciertan.

—No se aflija usted por esto, viejito —le dice el patrón, y emprenden viaje a dicho pueblo.

Pero antes de llegar ven a un hombre que tendido en tierra ponía el oído y reía alegremente. Cuando se acercan, el patrón le pregunta lo qué significaba eso, y le dice que sabiendo lo que les ocurría a los que no adivinaban, se reía.

—¿No quiere ser mi peón?

—Cómo no, señor —le dice el hombre, que se llamaba el Ollín Ollón.

Siguen todos la marcha, y en el camino, llama el Ollín Ollón al patrón y le enseña la respuesta que iba a dar y era que diga al ver el cuero:

—Aquí también se habían sabido criar los piojos como en mi pago.

Llegan al pueblo y el rey hace la invitación a cuantos quieran presenciar la adivinanza. Cuando llega el momento se adelanta el patrón y da al rey la opinión:

—Aquí también se habían sabido criar los piojos como en mi pago.

Contento el rey le dice:

—Has adivinado, buen hombre. Efectivamente el cuero es de un piojo. Pero ahora quiero someterte a otra prueba: Tengo una negra corredora, y al corredor que llegue a ganarle, le daré una carga de plata.

Ganador de una carga y atraído de ganar otra, el joven consulta a sus peones cómo arreglaría esto, y se ofrece el buen corredor para correr.

Tenían que correr seis leguas, hasta llegar una laguna adonde había una planta de naranjo. Cada corredor debía conducir una jarra, para traerla de vuelta llena de agua, juntamente con un gajito de naranjo que cortarían de la planta, presentarla al rey y esperar el premio.

A la distancia de seis leguas había una ciudad, y al iniciarse la carrera ve el buen corredor que la negra se aproximaba a ella. Afligido echa a correr y logra adelantarla, llega a la laguna, levanta la jarra de agua y juntamente con el gajito de naranjo regresa; en esto la negra lo detiene y le dice:

—Ya me has ganado hasta aquí; nos sentemos a descansar un rato.

Se sientan; entonces la negra comienza a espulgarlo, consiguiendo hacerle dormir; le clava un alfiler en la frente para que no se despierte, vuelca el agua, esconde la jarra y el gajito y corre al punto de partida.

Ollín Ollón se hallaba en todo esto reunido con sus compañeros, y advierte al buen tirador:

—La negra hizo dormir al buen corredor.

Entonces el buen tirador levanta su escopeta, hace fuego y quita el alfiler de su frente. Despierta el buen corredor, contempla el engaño, alza la jarra, vuelve a la laguna, la llena nuevamente y retorna con el gajito. Alcanza y pasa a la negra, se presenta triunfante al rey y cobra la carga de plata.

El rey dispone entonces someterlo a otra prueba y sabedor de que la negra era también muy buena comilona, le dice al patrón:

—A quien coma más que esta negra, le daré cuatro cargas de plata.

Habla el patrón al buen comilón, acepta y se presenta. Para esto el rey había hecho hornear dos vacas, dos hornadas de pan y preparar dos bordalesas de vino, para cada uno de los comilones. Ambos empiezan a comer, pero la negra lo hacía muy lento, mientras el buen comilón con suma rapidez. El buen comilón termina su ración mucho más primero y todavía se da tiempo para ayudar a comer a la negra.

—Bueno —dice el rey— Ya que usted ha ganado tantas cargas de plata, ahora le haré una apuesta por ocho. Como esta misma negra es una gran p., a aquél que le gane el levantar más alto ese cuarto que está allí, de un p. . . , se llevará el premio.

Allí fué, comienza la jugada; entonces el buen p. le observa al rey que se retire del cuarto, pues si no lo hacía corría inminente peligro de elevarse con él a las nubes. Ríe el rey con incredulidad, y como no obedece, cuando menos piensa se halla suspendido con cuarto y todo encima de las nubes. Desde allí se desesperaba de miedo, y gritaba al buen p. que por Dios lo haga bajar, prometiéndole la corona y su hija.

Entonces le contesta el buen p.:

—Acepto, pero si usted entrega a mi patrón las ocho cargas de plata, la corona y su hija.

Y el rey, con tal de no morir, accede. Entonces, valiéndose el buen p. de su gran habilidad, lo hace descender muy lentamente.

En todo esto los demás compañeros ya habían regresado a sus hogares, y como el patrón era rey y ella reina, van en su búsqueda, pero con gran pena observan que en la vivienda ya no quedaba sino Ollín Ollón, quien muy alegre les dice:

—Mire, patrón; yo no soy de esta vida; soy aquel muerto que encontró tendido en la calle, y como usted se apiadó de mí al entregar hasta su último dinero por mi entierro, Nuestro Señor quiso recompensar su obra y permitió de que lo ampare. Lo mismo aconteció con los demás peones, que fueron almas buenas, que al cumplir su misión regresaron al cielo.

Informante: Patricio Alvarez.

El Potrero, Andalgala (Catamarca).

Aarne-Thompson: 513-514; 621; 506.

América: Arellano 30. Lenz, Adivinanzas I, 360-361. Mason-Espinosa PRF I, 63 a. Wheeler 7.

El motivo principal de este cuento es la adivinanza de la piel de piojo (A-Th. 621), unido al tipo de los compañeros extraordinarios, en el que figura también el tema del muerto agradecido (A-Th. 506; cf. cuento

nº 48). Nuestra versión desarrolla los elementos A, B, D₂, E y F de la clasificación de Espinosa; pertenece, por consiguiente, al tipo II del grupo segundo de estos cuentos, grupo en el cual se incluyen todas las versiones hispánicas registradas (Ob. cit., II, pp. 89-98).

51. EL HOMBRE QUE ENTENDIA EL LENGUAJE DE LOS ANIMALES

Era un matrimonio muy pobre y el marido un día resolvió salir a rodar tierra para buscar trabajo. Cuando iba viajando, un día muy caluroso del verano, en pleno camino encontró una víbora que agonizaba debido al gran calor. A pesar de tratarse de una víbora se compadeció el hombre de ella, la recogió y la colocó en la tierra húmeda, la mojó y al rato la víbora se reanimó. Entonces el hombre subió en su animal para proseguir su camino y la víbora comenzó a silbar; siguió andando el hombre y volvió a silbarlo la víbora, que lo iba siguiendo. El hombre se detuvo y la víbora le dijo que se dejara picar por ella, porque le daría una virtud, pues la víbora era un encanto; la virtud era de que se haría rico y que podría entender el lenguaje de los animales. No quería dejarse picar el hombre, hasta que la víbora lo convenció y lo picó. Entonces se tocó los bolsillos y se encontró lleno de dinero y como no tenía necesidad de buscar trabajo se volvió a su casa.

Un día se iba yendo con su señora a pasearle a unos compadres que tenían, montados en una yegua con cría. La cría le había relinchado de atrás y la madre le había contestado, y el hombre se había echado a reír, porque les había entendido lo que decían. La cría le había dicho a la yegua:

—Esperame.

Y la yegua le había contestado:

—No te puedo esperar, porque voy en voluntad ajena.

La mujer, de curiosa, le preguntó al marido por qué se reía, si acaso se reía de ella. El marido le decía que no, que al otro día siguiente por la mañana le iba a avisar por qué se había reído.

Al día siguiente la señora se había levantado muy tem-

prano a hacer fuego, esperándolo al marido para que le avise por qué se había reído.

Cuando él estaba por levantarse, el gallo cantando las corría a las gallinas y a la que iba pillando le daba un chirlo y la soltaba luego. El hombre oyó en el canto del gallo que decía:

—Quién va a creer que yo, que soy solo y tengo tantas mujeres, con ninguna me dejo gobernar, y mi amo que tiene una sola, por darle con el gusto está por perder la vida.

Entonces el hombre comprendió lo que quería decir el gallo. Cuando la mujer lo vio levantado corrió a preguntarle por qué se había reído el día anterior. Entonces él le dió una soba y le dijo que por eso se había reído.

Informante: Pío Baigorri. 55 años.

Salicas, Dep. San Blas de los Sauces (La Rioja).

Aarne-Thompson: 670.

Argentina: Cañete de Rivas 181-185 (con interpolación del tipo * 207 y al final, con los motivos fundamentales del 671).

América: Andrade 261. Mason-Espinosa PRF V, 57, 58. Rael 268. Nuestra versión riojana contiene todos los episodios del cuento tipo, *El lenguaje de los animales*. El tema es frecuente en la tradición europea y ha sido registrado también en Africa.

52. JUAN PEREZA

En los alrededores de un pueblo había un matrimonio inmensamente pobre que tenía tres hijos: el menor de todos, o sea el *shulco*, se llamaba Juan y le apodaban Perezza, porque no se conocía allí otro que sea más ocioso. Tan ocioso era que los mismos hermanos lo aborrecían y queriendo darle castigo, se deciden un día a invitarlo a la leña, con el único objeto de matarlo por allí.

—Vamos a la leña, Juan —le dicen.

Y Juan les contesta:

—No quiero, me da mucha pereza; tan sólo que me lo ensillen al burro y me alcen encima.

—Bueno —dicen aquellos.

Entonces ensillan, lo levantan sobre el burro y se van por detrás arreándolo.

Una vez que llegan al campo le piden que los ayude, pero como se negaba diciendo que tenía pereza, lo desbarrancan para que muera; después cargan la leña y regresan arreando el burro.

Cuando llegan a la casa, al notar la madre que Juan no volvía con ellos, les preguntó por él, y los hermanos le dicen:

—¡Oh!, ahí viene; no llega pronto porque a ratos se acuesta y a ratos se sienta en el camino.

Pero como estas razones no la convencían, porque aquél no llegaba, comienza a llorar diciendo:

—Estos pícaros ya me lo habrán muerto a Juancito.

Pero en realidad Juan se encontraba todavía adonde cayó, echado cerca de un charco de agua, sano y bueno. En ese sitio una mojarrita le rogaba, desde muy cerca, que por favor le eche un poquito de agua, para no morir; pero Juan no se conmovía de su sufrimiento. En lugar de levantar el agua que estaba a su lado y salvarla, le contestaba:

—No quiero, me da pereza.

—Mira, Juan —le dice la mojarrita—, echame siquiera un poquito de agua y te voy a dar una virtud.

Entonces Juan le responde:

—No me importa, me da pereza.

Tanto le ofrece la virtud, hasta que consigue que la eche al agua, pero como tenía pereza para acercarse a recibir la piedrita de virtud que le ofrecía, tuvo la mojarrita que ponerla en sus manos.

En lo que se encontraba tendido de ocioso, prueba la piedrita de virtud; le pide que lo saque de ese abismo y así sale a la superficie de la barranca.

Una vez que se vió encima, pide otro favor a la piedrita y le dice:

—Piedrita, por la virtud que Dios te dió, hacé que se formen dos costales de leña y que yo vaya volando, echado encima de ellos.

Así se hace, y Juan Pereza emprende viaje de regreso volando. Como esa posición era tan rara, cuando pasa por frente al palacio del rey lo ve la princesa desde el balcón en que se hallaba y se echa a reír.

Juan Pereza, al notar esto, le dice a la piedra:

—Piedrita, por la virtud que Dios te dió, hacé que la princesa se haga gruesa de mí.

Y en efecto la princesa se hizo gruesa.

Cuando Juan llega a su casa, la madre lo recibe contenta, porque aunque sea ocioso, era su hijo también.

El rey acostumbraba acercarse todos los días a saludarla a la princesa en su habitación y ella bajaba dos veces a la semana para salir de paseo con él. En una de tantas veces que va a saludarla, nota el rey que algo extraño había en ella, y enfurecido le recrimina su acción, pero como la princesa era inocente, nada podía mentir, pues ella también dudaba de ese estado involuntario y le juraba al rey que en ese sitio en que vivía no llegaba nadie sino él. Aunque el rey sabía que era así, no hallaba qué hacer.

Cuando nace el niño, el rey hace construir una manzana de oro para que juegue el niño. Intrigado al extremo por saber quién podía ser el padre, ordena que todos los hombres del pueblo, desde la edad de dieciséis a sesenta años, se presenten al palacio. Palabra del rey que a quien el niño dé la manzana de oro, ése será el marido de su hija.

Así se cumple y por el palacio comienzan a desfilar cientos de hombres de todas clases sociales: duques, príncipes, condes, artesanos... Como el rey ve que el niño no ofrece la manzana de oro a ningunos de éstos, alguien le dice que falta un hombre, y ése era el Juan Pereza.

Esto no más oye decir el rey y ordena que se presente Juan; pero como le hace contestar que tenía pereza, manda nuevamente con una cama para que lo levanten y lleven en peso.

Llega Juan Pereza en la cama y en cuanto lo ve el niño, se alegra inmensamente y le entrega la manzana de oro. Al ver semejante cosa, comprende el rey que ese infeliz era el padre del niño; hace llamar a la princesa y le ordena contraer enlace, y aunque ella protesta llorando por semejante ocioso, no le valió nada.

Una vez casados, llama el rey a la princesa y le dice:

—Mirá, hija, has manchado tu honor y luego mi nombre, al obligarme a unirme a ese hombre; por lo tanto, como

despreciaste la vida de palacio, no tendré compasión con vos: ¡irás a vivir desde este instante en el desierto!

Y allí vivía en una humilde vivienda.

Un día la señora se moría de sed, y le dice a Juan:

—¡Ay, Juan! ¡Traeme agua, por Dios, que me muero de sed!

¡Inútil! Juan estaba echado en la cama y desde ahí le contesta:

—No quiero, me da pereza.

Y cuando le vuelve a rogar que le dé agua, le dice:

—Yo también tengo sed y no voy a beber, porque tengo pereza.

Entonces se acuerda Juan que tenía la piedrita de virtud adentro de una mano, y le dice:

—Piedrita, por la virtud que Dios te dió, hacé que el agua pase por delante de nuestros labios.

Y cuando ambos bebieron y saciaron la sed, se admira ella de este prodigio y le pregunta a Juan si tenía alguna virtud.

—Sí —le contesta—, la piedrita que tengo en la mano tiene la virtud.

Cuando oyó esto la señora le pide la piedrita; entonces él le dice que se acerque para darle, porque tenía mucha pereza. Una vez que la entrega, como sentían mucha hambre, la señora le pide a la piedrita que les proporcione qué comer. Así fué: en ese momento se presentan a su mesa manjares exquisitos, mejores que los que comía el rey.

Al poco andar vuelve la señora a pedir favores a la piedra, y le dice que le dé un palacio primoroso, mejor que el de su padre, que tenga el doble de servidumbre y muebles y adornos de lujo. Además, que a Juan le convierta en actividad esa pereza incurable, y lo haga un hombre sociable y simpático. Todo, todo consigue y comienzan a vivir gozando de estas dichas.

Sabedor el rey de estas riquezas adquiridas en tan poco tiempo, al no encontrar de dónde provendrían, se dispone a hacer una pasada en compañía de unos príncipes y marqueses. Así lo hacen y al comprobar que todo era cierto, resuelve llegar de visita al día siguiente.

Cuando penetran en el palacio de su yerno, fueron muy

bien recibidos, y mientras hablaban le dice la princesa que vuelvan otro día a pasarlo junto a ellos, pues que entonces los aguardaría.

Así lo hacen el rey y los demás, y el día señalado se presentan. Cuando llega la hora de comer, traen manjares exquisitos; mientras tanto la servidumbre, que era numerosa, se incomodaba en las atenciones.

Sorprendido el rey le pregunta a su hija cómo adquirió todo eso, y ella le cuenta que gracias a la misericordia de Dios, que nunca niega favor al desamparado.

Pero acontece que al servir el té, en la mesa falta una cucharita; al notar la sirvienta le manifiesta a la señora, y ella le dice que se calle y que continúe sirviendo. La señora le da a la sirvienta esta respuesta para que no se entere de una maniobra suya, pues la cucharita estaba en un bolsillo del rey, su padre, porque ella le había pedido a la piedrita de virtud que así lo haga.

Cuando concluye el té, se dirige la señora a todos los presentes, diciéndoles que sin intención de ofender a ninguno, pedía que le permitían revisar a todos para saber el paradero de su cucharita.

Y como ninguno se creía culpable, asintieron gustosos. Luego de la revisión, la encuentran en el bolsillo del rey; entonces éste le dice que no sabía cómo tenía esa prenda allí.

—Bueno —le dice la princesa—, así como usted no sabe cómo la cucharita llegó a su bolsillo, así también yo no supe por qué usted me adjudicó cosas injustas.

Informante: Miguel Vega.

Chaquiago, Andalgalá (Catamarca).

Aarne-Thompson: 675.

América: Rael 271.

España: Curiel Merchán 78-81.

La anterior versión catamarqueña corresponde fielmente al cuento tipo, *El muchacho haragán*. El nombre del protagonista, Juan Pereza, es el mismo del de la versión española anotada en Cáceres por M. Curiel Merchán (*El pez merino*); en el cuento español recogido por Juan B. Rael en los Estados Unidos, el joven se llama Juan Flojo. El tema está registrado en el norte de Europa, en Grecia y entre los indios de Norte América.

III. CUENTOS RELIGIOSOS

53. JUAN SOLDADO

Una vez, un hombre llamao Juan Soldao salió, de pueblo en pueblo, en busca 'e trabajo, pero no encontraba.

Así andaba, de mal humor, cuando vió venir a lo lejos a un viejo que traía una bolsa al hombro. Al encontrarse, el viejito le preguntó por qué andaba enojao.

—Busco trabajo y no encuentro —dijo Juan.

—¿Querís que te ocupe yo?

—¿Qué me va a págar este pobre viejo? —pensó Juan Soldao, pero contestó:

—Bueno, me da lo mismo. ¿Qué trabajo tengo que hacer?

—Llevar esta bolsa al hombro. —dijo el viejito.

Siguieron el camino y en el primer pueblo que llegaron estaban todos de luto. El viejo lo mandó a Juan p'averiguar qué ocurría.

—¿Pa' qué vamos a averiguar vidas ajenas? —dijo el mozo.

—¡Andá, preguntá lo que te digo y volvé!

Juan se jué rezongando.

Al rato volvió con la novedá que la hija 'el rey estaba desahuciada.

—Y ahora, ¿qué va a hacer usté con saber eso? —añadió.

—Andá a saludarlo al rey y decile que, si él quiere, yo la vuá curar a la princesa.

—¡Métase con el rey y va a ver lo que nos va a pasar!
Nos va a cortar la cabeza si hacemos un disparate.

Pero tuvo que ir no más ante el rey.

—Dice mi patroncito que, si usted quiere, se la va a sanar a la princesa.

—Bueno, que venga no más; pero tiene tres días de plazo pa' curarla y si no lo hace perderá la vida.

Volvió Juan Soldao con el mensaje y el viejo se presentó ante el rey.

—Yo la vuá sanar a su hija. Necesito una pieza con un horno y un poco 'e leña. Cierren la puerta y no la abran hasta dentro 'e tres días —dijo el viejito.

Entonces hizo que la llevaran a la princesa y entró en la pieza solamente con Juan Soldao. Cerró la puerta y le dijo al mozo:

—Prendé el horno.

Y cuando el juego estuvo encendió:

—Abrí esa bolsa. Sacá el cuchillo que está adentro y cortala a la princesa coyuntura por coyuntura.

—¡No vuá hacer ese crimen! ¡Nos van a matar si saben que hacemos esto! —dijo Juan.

—¡Hacé lo que te digo!

Juan obedeció. El viejo sopló el juego y lo avivó.

—Metela adentro —ordenó.

—¡Oh, Dios mío!

—¡Callate y hacé lo que te digo!

Juan Soldao metió los pedazos 'e la princesa, que se hicieron cenizas.

El viejito sacó un mortero de adentro la bolsa, machacó los restos 'e la princesa y los hizo polvo. Después dió tres soplidos y se levantó la moza, sana y salva.

Ya se había cumplido el plazo y el rey hizo abrir la puerta. Con gran alegría vió que salía primero su hija, atrás el viejito y después Juan, que venía diciéndole:

—Mire, patrón, pida mucha plata. Haga valer su trabajo.

El rey los llamó a los dos, pero el viejo lo hizo quedar a Juan y jué solo.

—No se olvide, patrón, pida mucha plata —le gritaba Juan.

El rey lo recibió al viejo con mucha alegría y le preguntó:

—¿Cuánto le debo?

—Sólo quiero pan y queso.

Cargao de pan y queso, acompañao por una gran escolta, se jué del pueblo el viejito en compañía 'el mozo.

—¿Qué pidió, patoncito? —le preguntó Juan cuando estuvieron solos.

—Solamente pan y queso.

—¡Mi madre! ¡Con lo que vale una vida y estar mortificándose esos días encerraos en una pieza!

Se fueron caminando hasta otro pueblo y lo hallaron triste.

—Vuá preguntar qué pasa —dijo Juan.

Se enteró que la reina estaba mal y, de comedió no más, ofreció los servicios de su patrón pa' sanarla.

Jué el viejo y, como la otra vez, pidió una pieza, un horno y hizo el mismo trabajo.

La reina se sanó y el viejito pidió pan y queso como pago.

Se fueron del pueblo y el patrón convidó:

—¡Tomá, sacá pan y queso y comé!

—Bueno, pero por necesidá lo como, porque no me gusta. Siguieron caminando hasta que el viejo habló:

—Ahora andá vos solo; aquí tenemos que despedirnos.

Se separaron y Juan Soldao se jué protestando por la falta 'e plata.

Así llegó a un pueblo donde estaban todos preocupaos lamentándose porque la princesa se moría.

Juan se ofreció pa' curarla. Hizo todo lo que había visto hacer a su patrón...

A los tres días abrieron la puerta 'e la pieza; lo hallaron con las pestañas blancas de ceniza, y el cuerpo 'e la princesa había desapareció.

Jué llevao al patíbulo. Antes de darle muerte le concedieron una gracia. En ese momento, Juan vió pasar al viejito, montao en un burro, y pidió como gracia que lo dejaran hablar con él.

Cuando estuvo a su lao le dijo:

—Mire lo que me pasa. Hice igual que usted pa' devol-

verle la salud a la princesa, pero se hizo toda ceniza y no pude curarla.

El viejo pidió de hablar con el rey y le dijo que si no lograba hacer aparecer sana a la moza ordenara que lo mataran a él también.

Se encerraron en la misma pieza. El viejito buscó en las hendidias del piso 'el horno y halló unos huesitos. Los molió en su mortero, sopló y se formó la princesa.

Juan Soldao lloraba sin consuelo, de la emoción.

Cuando abrieron la puerta salió primero la princesa, después el viejo y, más atrás, apareció Juan.

El mozo jué perdonao. El viejito pidió pan y queso como pago.

Se fueron del pueblo. Cuando iban por el camino el viejo habló:

—Mirá, nunca hagás lo que yo hago. Vos no sabés quién soy yo.

Siguieron caminando hasta que llegaron a una casa abandonada con unas higueras cargadas de higos maduros. Juan quiso ir a cortar la fruta.

—No hay que tocar cosas ajenas sin permiso.

—¡Es que me gustan tanto los higos! —dijo Juan.

Al rato llegaron al pie de un cerro y, junto a una piedra, vieron un azadón.

—Agarrá el azadón y pegá tres veces en esa piedra —dijo el viejo.

—Pero, ¿se va a romper!

—Hacé lo que te digo.

Al tercer golpe se abrió la piedra y aparecieron unas botijas llenas de oro. Juan se sacó el poncho pa' cargar todo el oro que pudiera, pero hizo un atao tan pesado que no podía cargarlo. El viejo le dijo:

—Mirá, andá a tu casa. Allí vas a encontrar una higuera que va a dar higos todo el año y en un rincón estarán las tres botijas llenas de oro.

—¿Todavía me va a engañar, después de lo que hemos pasao?

—Andá no más que no te engaña.

Y allí se despidieron.

Juan Soldao desconfiaba de hallar el oro. Después de

caminar un rato se dió vuelta y vió al viejito que se elevaba hacia el cielo bendiciéndolo. Recién se dió cuenta que era Nuestro Señor y se arrodilló pidiéndole perdón.

Cuando llegó a su rancho halló la higuera cargada de higos maduros y, en un rincón, las botijas prometidas.

Así vivió rico y feliz hasta el fin de su vida.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frias (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 753.

Argentina: Rava 214.

América: Andrade 241. Rael 297, 298, 299.

España: Ampudia 119. Curiel Merchán 292-295. Espinosa 168, 169, 170, 171.

Nuestro relato es versión del tipo 753: *Cristo y el herrero*. En el cuento tipo, Cristo rejuvenece a una vieja poniéndola en el fuego; el herrero trata de hacer lo mismo con resultados desastrosos. En esta versión, el papel del herrero lo desempeña Juan Soldao, nombre que también tiene el personaje en los cuentos españoles números 168 y 169 de la colección de Espinosa; la persona curada por Cristo es una princesa y no una vieja. Por su desarrollo, este cuento santiagueño corresponde al tipo II de la clasificación de Espinosa (III, pp. 140-150).

54. EL REY CARITATIVO

Había una vez un rey muy caritativo con la gente necesitada de su pueblo. Elegía un día de la semana en que su servidumbre tenía que preparar comida suficiente para repartirles y él en persona se encargaba de hacerlo.

De tantos necesitados que iban, tan sólo un hombre faltaba; una vez anoticiado se presenta y el rey, al verlo por primera vez, le pregunta cómo pasaba su vida. El hombre le dice que más pobre que las ratas, porque además de su mujer y sus padres, tenía muchos hijos y contaba con su humilde recurso para sostenerlos.

Al oír esto, el rey ordena a sus sirvientes preparen empanadas para el siguiente viernes, con el fin de ayudarle sin que adviertan los demás pobres. Una vez preparadas, abre una y pone adentro un doblón; luego la cierra y la aparta.

Llega la hora del reparto y el rey le entrega a este hombre dos empanadas en lugar de una, pero sin decirle nada. Las recibe contento y se va para su casa; en el camino se da con otro pobre que recién iba al palacio y notando que éste llegaría a destiempo, guarda una para él y le da la otra empanada.

El viernes siguiente el rey observa asombrado que entre el grupo de pobres estaba aquél al que le dió la empanada con premio; indignado, creyendo que después de haber gastado el doblón de oro que llevaba la empanada, volvía por más, lo llama aparte y le dice muy airado:

—¿Qué hiciste del doblón de oro que llevaba una de las empanadas que te di?

Sorprendido de esto, el hombre le responde que él no había encontrado nada en la suya, y que la otra la había regalado a otro pobre.

—¡Bueno, no hay más que he favorecido a otro sin querer! —dice el rey comprendiendo la confusión del hombre.

Lo llama de nuevo para renovar su ayuda y lo lleva adonde guardaba su tesoro, para sacarlo de su pobreza. Ensayó las llaves y como ninguna iba bien en la cerradura, se enoja. En ese trance estaba el rey cuando de pronto siente una voz que le habla desde un crucifijo cercano: era Nuestro Señor que le decía:

—No hagas rico a quien yo hice pobre.

El rey escucha bien, y se sorprende por este aviso. Entonces comprende que no era conveniente favorecer a ese hombre, y desde ese momento lo ayuda como lo hacía con todos.

Informante: Manuel de Jesús Aráoz.
Andalgalá (Catamarca).

El cuento precedente tiene alguna semejanza con el tipo 841 de Aarne-Thompson:

"Un rey da un pan a cada uno de dos mendigos; uno de los panes está lleno de oro, pero los mendigos, desconociendo su valor, los cambian".

En esta versión, el rey procura ayudar a un pobre y le da dos empanadas, una de ellas con una moneda de oro adentro. El pobre la regala, sin saber su valor. Cuando el rey insiste en ayudarlo, interviene Cristo para impedir que el rey haga rico a quien El hizo pobre. Por

este motivo, nuestra versión tiene también puntos de contacto con el tipo 754 de Aarne-Thompson (El monje feliz, que pierde su felicidad al recibir una gran cantidad de dinero) y con el cuento 90 de Espinosa, *El zapatero pobre*.

55. EL JOVEN QUE VOLVIO EN ESPIRITU

Había una vez un matrimonio que tenía un hijo; lo bautizan y hacen padrino del niño a un vecino.

Al correr de los años mueren los padres y queda el niño a cargo del vecino. Este lo cría, pero en lugar de cuidarlo como ahijado, le daba mal trato y malgastaba la herencia que le correspondía. Después, como no estaba conforme de haberle terminado el dinero, empezó a tasar la ropa que le daba para que se viera, a pesar de ser muy inferior en calidad y de hacer los trajes él mismo.

Ya el joven de diez y ocho años, se enferma muy grave; cuando entra en agonía se acerca el padrino y le dice:

—No te perdono los cien pesos que te irás debiéndome al morir.

Se refería al dinero que llevaba anotado como gastos de ropas.

Muere el joven y como fuera un alma justa, Nuestro Señor le dice:

—Hijo, tenés que volver al mundo a pagar esos cien pesos que adeudás a tu padrino, porque él no te los perdonó al morir.

Vuelve al pueblo el espíritu del joven, tal como era en vida; llega a la casa de un señor muy rico que se encontraba atendiendo unos peones en el arreglo de un cerco y le dice si lo quería ocupar. Pero el patrón, al verlo tan débil, contesta que no, porque él necesitaba hombres capaces y fuertes por tratarse de trabajos pesados.

Cuando el joven desanda unos pasos, le dice el capataz al patrón:

—Patrón, ¿por qué no lo acepta?, ¡pobrecito!; ocúpelo aunque sea para acarrear ramas.

Entonces el patrón conviene con el capataz en ocuparlo. Vuelve el joven y le dan el trabajo dispuesto por el patrón;

se va y lo cumple. Al terminar el día, cuando aquellos lo reciben, quedan admirados de ver lo mucho que había trabajado, quizá más que la obra de todos los demás juntos.

A la oración, cuando llega la hora de la cena, lo invitan, pero él no acepta y en lugar de comida pide una vela y una pieza para él solo. Le dan todo esto y cuando llega la hora de dormir se acerca el capataz a una ventanita de la pieza a mirarlo y ve con gran sorpresa que este joven, en lugar de dormir, se ocupaba toda la noche en quemarse el cuerpo con la llama de la vela.

Al día siguiente se presenta como de costumbre a sus tareas, y mientras queda ocupado, el capataz se acerca al patrón y le cuenta todo lo que había visto la noche anterior, sin encontrar a qué atribuir que en tanta porfía no lograba quemarse. Pero el patrón no le cree y se va esa noche a presentarse personalmente. Se ubica en el mismo sitio que el capataz y ve que las llamas de la vela no logran ni incendiarle los vestidos.

Al día siguiente, cuando el joven entra al trabajo, el patrón le pide al capataz de que lo llame. Va el joven y entonces el patrón le averigua si era de este mundo o del otro, porque no se explicaba qué es lo que tenía. Y aquél le dice que era del otro mundo. Entonces el patrón, haciendo coraje, le averigua los motivos que lo trajeron a la tierra. Y él le cuenta que como había muerto debiéndole a su padrino cien pesos, Nuestro Señor lo había enviado que pague esa deuda, porque no podía gozar de la gloria si no lo hacía.

—Si es por eso —le dice—, tomá y pagale a tu padrino los cien pesos que le adeudás.

Recibe el joven los cien pesos y se va en busca del padrino, y cuando está con él le extiende el billete para que se pague. Pero sucede que el padrino no le acepta el billete, porque lee que decía:

—Hay que perdonar para ser perdonado.

Estas palabras que aparecían sobre el billete y que el padrino solamente las veía, eran puestas por Nuestro Señor. Devuelto el billete por inútil se va con él y el joven la entrega al patrón. Pero cuando le cuenta que su padrino no lo había querido, responde:

—Debe ser porque desea que le pague de peso en peso.

Así lo hace, le da en esta forma los cien pesos y cuando los lleva a su padrino sucede lo mismo que antes; los rechaza también porque lee encima de ellos las mismas palabras:

—Hay que perdonar para ser perdonado.

El joven los recibe y regresa. El patrón cree entonces que el padrino desea que le pague en monedas. Así lo hace y cuando el joven se las da tampoco las acepta, pues siempre aparecía la leyenda encima de ellas.

Vuelve el joven, y aún no convencido el patrón de lo que pasaba, quiere agradarlo al joven y le dice que a lo mejor desea el pago en libras esterlinas. Entonces le lleva las libras esterlinas, las mira el padrino y las acepta. Entonces muy contento vuelve el joven, le da las gracias al patrón y vuela al cielo.

Al poco tiempo, Nuestro Señor lo envía nuevamente al joven a la tierra para que le avise al patrón bueno, de parte de El, que ese sábado a las doce lo iba a llevar, y a su padrino el día domingo. El patrón, sabedor de esta orden, reparte todos sus bienes a los pobres del pueblo, le deja la casa al capataz y cuando se avecina la hora de morir saca una silla al patio y se sienta a esperar que se cumpla la voluntad de Dios. A las doce llega un coro de ángeles y lo levantan alegremente al cielo.

En todo esto, cuando supo el padrino que se acercaba su muerte, echó llave a todo, no dió un centavo a nadie y cerró hasta las libras esterlinas. Mientras maldecía furioso, vió llegar un cortejo de demonios que lo levantaron en cuerpo y alma a los infiernos, diciéndole:

—No supiste perdonar; no serás perdonado.

Informante: Manuel de Jesús Aráoz.
Andalgalá (Catamarca).

Thompson: E. 351.

El *Motif-Index* de Thompson registra en el capítulo E. 300-399 los motivos relacionados con el retorno de muertos. Esta versión corresponde al n° E. 351: *El muerto que retorna para pagar una deuda*.

IV. CUENTOS HUMANOS

a) Adivinanzas y acertijos

56. TORTA MATO A PERLA

Había un rey que tenía una hija que la iba a hacer casar con la persona que le diga una pregunta que él no la tenga en los libros.

Se *anotició* de esto un tonto y le dijo a su madre:

—Mama, me voy para las adivinanzas.

La madre le dijo que no, porque iba a sufrir; tanto insistió que por fin la madre le dijo que sí y le hizo una torta envenenada para que lleve en el viaje, así cuando la coma se muera.

Al día siguiente el tonto salió de viaje acompañado de una perrita llamada Perla. Después de caminar varias horas pararon en el camino y el tonto quebró la torta y le dió de comer a la perrita; a los pocos minutos ésta se murió. El tonto la *cuerió* y puso la carne con el cuero encima de una piedra. Luego vinieron tres caranchos, comieron la carne y murieron; el tonto los peló y se los llevó. En el camino encontró siete gauchos que le pidieron de comer; el tonto les dijo que no tenía más que tres gallinas y les dió los caranchos; los comieron y luego también murieron. Los gauchos tenían cada uno una escopeta y el tonto eligió la mejor y además llevó un libro de misa que tenían y siguió viaje.

En el camino vió una corzuela y le hizo un tiro, pero en vez de pegarle a la que apuntó, mató a otra que estaba preñada y la *carnió*. Bebió del agua que tenía en los pares y a los *sullitos* los asó con el fuego que hizo con el libro de

misa, comió y siguió viaje. Pasó la noche en el hueco de un palo que estaba en medio del agua.

Al otro día continuó su viaje y se dió con un río crecido y vió que la corriente arrastraba a una vaca muerta y que encima de ésta iba un carancho.

Por fin llegó a la casa del rey y vió salir a príncipes y duques desconsolados. Pasó el tonto y le dijo el rey que le dijera la pregunta; entonces el tonto le hizo la historia de su viaje:

Torta mató a Perla,
Perla mató a tres,
tres mató a siete.
De las siete me escogí la mejor.
Tiré a la que vide
y maté a la que no vide.
Comí carne no nacida
asada en palabras de Dios.
Tomé agua no nacida ni vertida.
Dormí dentro del agua y no me mojé.
Vide a un muerto llevar un vivo encima.

Como el rey no la tenía a la pregunta en los libros y no podía adivinar, la hija del rey se tuvo que casar con el tonto.

Informante: René Ocampo.

Villavil, Andalgalá (Catamarca).

Aarne-Thompson: 851.

Argentina: Carrizo, Alpatauca 1. Lehmann-Nitsche 696 a, 696 b, 696 c, 696 d, 699, 702 a, 702 b.

América: Andrade, Adivinanzas 312. Arellano 22, 23, 24, 25, 26 e, 26 g, 32 a, 32 b, 32 c, 32 e, 58. AUC XCII 15, 19-30 (2 versiones). Espinosa SFNM 66, 95. Guzmán Maturana 70-75. Laval, Carahue II, 25. Lenz, Adivinanzas I, 353-359 (11 versiones), 365-368 (4 versiones); II, 308-309. Mason-Espinosa PRF I, 68, 69, 69 a, 69 b, 69 c, 69 d, 69 e, 69 f, 70; II, 14. Mason-Espinosa PRR 752 a, 752 b, 754, 757, 763, 764, 769. Rael 3, 4, 5, 6. RCHG LXI, 188-190 (2 versiones). Tía Panchita 53-60. Wheeler 5.

España: Ampudia 133. BTPE V, 172. Espinosa 5, 6, 7, 8, 16. Rodríguez Marín I, 939, 940.

Este cuento de adivinanzas, de difusión prácticamente universal, es muy

popular también entre nosotros; en la colección de folklore del Consejo Nacional de Educación hay numerosas versiones de distintos lugares del país.

57. LA JARRA DE ORO

En un humilde rancho que había en las afueras de un pueblo vivía una niña acompañada de su padre.

El rey en esos días había difundido un bando que consistía en responder qué les parecía una jarra de oro muy bonita que había hecho construir, y que estaba colocada en un sitio distinto y distante del lugar donde se hallaba el rey para hacer la pregunta. Su único objeto era que la hallen linda.

Sabedora la niña de este bando, e interpretándolo como un desafío del rey para el que encontrara fea la jarra, se decide a contrariarlo, y lo alecciona al padre.

—Mire, papá —le dice—, somos muy pobres y tal vez nos ayude el rey; además, es orden terminante y hay peligro de muerte si no va. Preséntese y cuando el rey le pida su opinión de la jarra de oro, no le responda como harán todos, y en lugar de hallarla muy bonita, dígame que es fea, que no sirve para nada.

Así lo hace, y agraviado el rey, le dice al viejito:

—¿Qué gente tenés en tu casa?

—No soy más que yo y mi hija, señor rey.

—Esperate un momento.

Entra el rey a un cuarto y saca una madeja de hilo que media veinte metros de largo, le da al viejito y le ordena de que la entregue a su hija, la niña, para que en plazo de veinticuatro horas vuelva trayendo esta madeja convertida en veinte metros de género, anticipándole que de lo contrario se le iría la vida a él y a ella.

Se va el viejito muy triste, llorando, porque adivinaba el imposible que pedía el rey a su hija, y en esa inquietud terrible tiraba su sombrero en la calle, de un lado a otro, dando la sensación que iba borracho.

—¡Ay! —dice la niña al mirarlo caminar de esta suerte—, el rey parece que me lo hizo emborrachar a tatita; viene

cayéndose y levantándose, tirando su sombrero de un lado a otro.

Lo encuentra, y enterada del mandato del rey, por el que había peligro inminente si no se cumplía, le dice que deje de llorar, que ella arreglaría todo.

Sale y va para detrás del rancho, de adonde vuelve trayendo un palo de pequeñas dimensiones. Lo entrega al padre y le recomienda lo lleve al rey y le diga de que en esa medida le envíe todas las herramientas necesarias para construir el telar, dado que el trabajo que haría no era para ella, sino para él.

Agraviado el rey con este desafío de la niña, le pregunta al viejito:

—¿Adónde vivís vos para trasladarme a conocer a tu hija?

—Señor, yo vivo en los cerros; soy muy pobre; no va a poder llegar porque los montes le impedirán llegar al rancho.

Entonces el rey manda un emisario a que lo siga y vaya desmontando el camino.

Llega el viejito y cuenta a su hija que el rey estaba muy agraviado con su respuesta, y además que deseaba conocer a ella y al rancho. Entonces le ruega que limpie, barra y busque en qué sentar al rey.

De repente se presenta el rey, y al ver a la niña, que era muy hermosa, le averigua al viejito si en verdad era su hija.

—Sí, señor rey, ella es mi hija, pobrecita, la única que tengo, y es tan buena, que ella me lava la ropa, me espulga, y me proporciona la comida.

—¡Está bien!

Y dirigiéndose a la niña, le pregunta el rey:

—¿Te querés casar conmigo?

—Sí, señor rey —responde—, pero con la condición de que cuando por alguna causa tenga que volver para mi rancho, me deje sacar del palacio la prenda que más quiera.

Accede el rey, y expone su condición: cuando ella intervenga en asuntos que no le correspondan, la despachará a que viva con su padre.

Se casan y empiezan a vivir en el palacio.

A este palacio acostumbraba ir asiduamente un hombrecito del pueblo, muy pobre, montado en una yegua, a recoger

las comidas que sobraban. El hombre tenía por costumbre dejar el animal en el corral del rey. Un día, en este sitio se enferma el animal y tiene un hermoso potro.

Interesado el rey del animalito, cuando el pobre quiere llevárselo, le dice:

—Ese potro es mío, no lo llevarás, pues lo ha tenido mi caballo.

Temeroso el hombre de que lo hiciera matar, lo deja y regresa muy triste.

Transcurre un tiempo; la servidumbre y la señora lo extrañaban al hombre, figurándose que hubiera muerto, cuando una mañana se presenta. Observado por la señora, lo llama y le dice:

—¿Qué te ha ocurrido, hombre? ¡Tanto tiempo perdido de llevar comida!

—Es que ha de saber, señora —responde el hombre—, que la última vez que vine y mi yegüita parió un potrillo en el corral, el señor rey me lo quitó, diciendo que ese potrillo era hijo de su caballo.

—Esperá un momento, ya vendré —le dice.

Penetra la señora a una pieza, saca un cuchillo y una porción de trigo, y le da.

—Andá —le dice —al jardín de este palacio y sobre una piedra grande que hay allí, comenzá a simular de enterrar el trigo. Luego, cuando el rey se acerque a observar y te pregunte lo qué hacés, le respondés: “Señor, aquí estoy sembrando trigo, y espero este año tener una buena cosecha”.

Así lo hace el hombre, y cuando le da la respuesta que le enseñó la señora, el rey le dice:

—¡Tonto! ¡Sembrando encima de una piedra! ¿No ves que allí no va a nacer nada?

—No soy tonto, señor rey —responde—, porque así como usted cree que puede nacer un potrillo de su caballo, yo también creo que puede nacer este trigo de la piedra.

Arrepentido el rey, le entrega el potrillo y presintiendo que hubiera sido su señora quien aleccionó al pobre, le dice a ésta:

—¿No te dije cuando nos casamos que si te entrometías en asuntos míos te enviaría a tu rancho?

—Eso esperaba —responde la señora—, pero... ¿vos no

recordás de la condición que te puse? ¿Que al irme llevaría la prenda que más quiera?

—Elegí —dijo el rey.

Entonces la señora lo eligió al rey para llevarlo a su rancho, y el rey se arrepintió y se quedó en el palacio con su señora.

Informante: José Martínez.

Santa Rosa (Catamarca).

Aarne-Thompson: 875.

Argentina: Lehmann-Nitsche 695.

América: Andrade 169, 170. Arellano 27, 28, 29. Lenz, Adivinanzas I, 341-353 (3 versiones); II, 299-308 (2 versiones). Mason-Espinosa PRF II, 12 a, 12 b, 12 c, 12 d. Rael 1, 2. Wheeler 1, 2, 85. España: Curiel Merchán 288-290. Espinosa 1, 2, 3, 4. Sánchez Pérez 69.

El relato precedente es versión del tema *La pastorcilla ingeniosa*: mediante su ingenio satisface las pruebas impuestas por el rey y se casa con él. El rey la expulsa porque ella contraría una prohibición, y la joven se lo lleva como su más preciado tesoro. En la versión catamarqueña transcripta, hay sólo un desafío entre el rey y la joven, que corresponde al elemento B₂ de la clasificación realizada por Espinosa (II, pp. 61-78).

58. EL CURA

Una vez había un cura que iba caminando y llegó a un pueblito. Al lao del camino había una casa con una represa grande; vió a un chico y le preguntó:

—Che, ¿este camino p'ande va?

—Ahi no más está, no va pa' ningún lao.

Después le dijo:

—¿Ande está tu tata?

—Está pillando los que van y vienen. (Eran los piojos que mataba).

—¿Y tu hermana?

—Y... está pagando los gustos 'el año pasao. (Estaba por parir).

—Che, ¿la represa es honda?

—No, no ha'i ser honda porque al pechito les da a los animalitos 'e mi tata.

Entonces el cura se soltó a la represa, y si no hubiera sío por una raíz de árbol que estaba ahí cerca, se auga, porque se hundió. Salió el cura y le dijo al chico:

—A ver, mostrame cuáles son los animalitos 'e tu tata. Y eran los patos que estaban nadando arriba 'el agua.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.
Frias (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 921.

Argentina: Jijena Sánchez, Adivinanza 2, Koessler, 64-69. Lehmann-Nitsche 695.

América: Andrade 171, 274. Arellano 109. Mason-Espinosa PRF II, 47; V, 76. Rael 461.

España: Ampudia 48. Espinosa 15.

El relato anterior corresponde al ciclo del *Joven ingenioso*; es versión del tipo 921: *El rey y el hijo del labriego* (Las ingeniosas respuestas del muchacho a las preguntas del rey). En este cuento santiagueño, el que formula las preguntas es un cura. La primera pregunta (¿Para dónde va este camino?) no figura entre las enumeradas por Aarne-Thompson ni por Jan De Vries, según las reproduce Aurelio M. Espinosa. Las preguntas segunda y tercera (¿Qué hace tu padre?, ¿Qué hace tu hermana?), corresponden a las número 2 y 5 del estudio de De Vries. La última pregunta de nuestro cuento (¿La represa es honda?) es característica de las versiones hispánicas y lleva el número 6 en el estudio de Espinosa (II, pp. 143-148).

59. EL PADRE PRESO Y SU HIJA

Había un rey que todos los años dejaba en libertad al preso que le echara una pregunta que él no pudiera adivinar. Cierta día se le apersonó una mujer y le echó la siguiente pregunta:

Antes fuí hija.
Hoy soy madre
de mi padre.

El rey no pudo adivinar la pregunta, y ella le explicó:
—Estaba preso mi padre en la cárcel y faltó de alimen-

to, yo iba casi todos los días a la cárcel y a través de las rejas alimentaba a mi padre con la leche de mis pechos.

Informante: Fidel Jiménez. 67 años.

Belén (Catamarca).

Boggs: 927 * A.

Argentina: Lehmann-Nitsche 697 (5 versiones). Moya, Adivinanzas p. 30.

América: Arellano 31 (7 versiones). AUC XCII, 21-22. Guzmán Maturana 69-70. Lenz, Adivinanzas I, 362-364 (4 versiones). Manríquez 89. Mason-Espinosa PRR 750 (4 versiones). Rael 20. RCHG LXI, 187-188.

España: Espinosa 17. F. Caballero I, 263. Rodríguez Marín 945.

Este cuento de adivinanzas (Antaño fui hija / hoy soy madre: La muchacha que alimentaba con sus pechos a su padre prisionero) está clasificado por Boggs como variante * A del tipo 927, y es muy conocido en la tradición hispánica. Se encuentra ya en el *Libro de los Enxemplos* n° 100 (El fijo al tiempo del menester / A su padre debe mantener), tomado de Valerio Máximo, y n° 102 (Los fijos de sus padres haben cura / Et amarlos primera ley es de natura), pero en estos dos casos no está formulada la adivinanza, tal como aparece en versiones modernas.

La Encuesta folklórica argentina del año 1921 trae numerosas versiones de esta adivinanza, conocida en todo nuestro país (Jujuy, legajo n° 73; La Rioja, n° 185; San Juan, n° 139, 178; Santiago del Estero, n° 386; Tucumán, n° 247, 334).

60. DOS MATRIMONIOS VECINOS Y VIUDOS

Había dos matrimonios que eran vecinos y un día quedaron viudos los hombres, cada uno de ellos con una hija moza.

Resolvieron estos dos vecinos, viéndose tan solos, cambiar las hijas y casarse. Ambas esposas tuvieron familia y un día decían:

—Allá vienen nuestros padres,
Maridos de nuestras madres,
Y padres de nuestros hijos
Y nuestros propios maridos.

Informante: Rosalía de Carrizo.

San José, Santa María (Catamarca).

Argentina: Cano 249. Lehmann-Nitsche 717.

América: Andrade, Adivinanzas 361. Arellano 59 (3 versiones).

Mason-Espinosa PRR 751 (3 versiones). RCHG LXI, 158.

España: Espinosa 22. Rodríguez Marín 929.

Este breve cuento de adivinanzas no está clasificado en los índices que utilizamos, aunque está bastante difundido en la tradición hispánica, como lo prueban las versiones arriba citadas.

b) Novelescos

61. LISANDRO Y MORNIONES

Había dos amigos, uno se llamaba Lisandro y el otro Morniones; ambos eran muy enamorados y ricos. Un día dice Lisandro:

—Vamos a rodar tierras.

Y se fueron; durante el viaje enamoraban princesas, y uno y otro conseguían lo que querían. Después de andar siete años en esto, le dice Morniones:

—Yo ya me voy a ver mis fincas.

—Yo me quedo —dice Lisandro.

Lisandro tuvo noticias de que en un puesto había una buena muchacha y allá se fué; la encontró sola, sin padre y sin madre, pues se habían ido a la ciudad. Anduvieron tres días, y él la *pechaba* a todo trapo; ella le decía que no, solamente que se casen. Entonces volvieron los padres y tuvo que casarse, para que no quede una sin que sea de su cuenta. A los dos meses de casado se puso muy triste, y Delfina, que así se llamaba la señora, le pregunta:

—¿Qué te pasa?

Le dice Lisandro que piensa en sus intereses y la señora le contesta:

—Pero vos sos dueño, te podés ir llevándome.

Se fueron los dos, y el mismo día que llegaron a su casa, se presentó su amigo Morniones.

—¿Esta qué es para vos? —le dice.

—Es mi señora.

—¿Será capaz? —pregunta Morniones.

—Porque es capaz, m'hi casado con ella —contesta Lisandro.

Este lo convidó a su amigo para su casa, y Morniones le dice:

—Te hago una apuesta; a que tengo que ver con tu señora.

—Ya está —contesta Lisandro—; juguemos puestos con hacienda y todo lo que tenemos en nuestras casas, a entregarse llave en mano al que gane. Tenís tiempo; yo voy a andar veinticinco días por los puestos.

Después le dice Lisandro a la señora:

—Si querís que te conchabe una sirvienta para que te acompañe, avisame.

—No hay para qué —contesta ella.

Se fué Lisandro al alba, y a las ocho estuvo Morniones de pie firme, y la comenzó a *pechar*. Ella le dijo que se había casado para hacer feliz a su marido y que ni diga semejante cosa. La *pechó* tres días y tres noches, no la dejaba dormir ni comer; sacó el puñal para matarla y ella le dijo que la mate, que no iba a hacer infeliz a su marido. Al fin, Morniones se desengañó.

Al otro día de mañana se puso muy triste en la galería, frente a la calle. En eso pasó una vieja y le pregunta qué le pasaba; él le dijo que para qué quería saber. Al momento recorrió su memoria y pensó que las viejas tienen un punto más que el diablo; la llamó y le comunicó la parada que había hecho con Lisandro. Entonces le dijo la vieja que era la cosa más fácil.

La vieja se fué a la casa de Delfina y le dijo:

—Pero, niña linda, que tanta calor y no se baña; le voy a acarrear agua pa'l baño.

La *pilachó* y la niña tenía un lunar en el muslo, y el marido la había *simbado* y tenía dos nudillos; le hizo uno más. Después le robó un anillo de la mesa, con el nombre y apellido de Lisandro, un pañuelo de cuello, y se fué a la casa de Morniones.

Entonces vino Lisandro del puesto y se fué derecho a la casa de Morniones, sin llegar a su casa, y le dice Morniones:

—Ese día que te fuiste, tuve que ver con tu señora; aquí

tenís el anillo y el pañuelo con tu nombre. Además, para mejor prueba, tiene en una *simba* dos nudillos y yo le he hecho otro más, y tiene un lunar en la pierna.

Dicho esto, se fué Lisandro en seguida a su casa; la señora lo saludó y él no. Después se fué al carpintero y mandó hacer un cajón bien seguro, con llave, y mandó que lo pongan a orillas de la mar. La convidó a la señora para que vaya y entonces la mandó que se meta adentro; cuando estuvo adentro le cerró la tapa, le echó llave y la dejó que se la lleve el mar. Ese mismo día, llegaron los padres de Delfina a la casa y preguntaron por ella; Lisandro dijo que no sabía dónde estaba, y como no supo dar razón, lo metieron en la cárcel diciendo que la había muerto.

Había un rey que iba todos los días a la orilla de la mar, y un día vió este cajón que llevaban las olas, y lo mandó sacar de la mar. Como oyó ruidos adentro, preguntó quién estaba; le contestaron de adentro y entonces mandó abrir el cajón y dijo a la persona que salga. Delfina contestó que no podía salir porque estaba en mal estado; pidió que le dieran primero una navaja, pantalones, saco y zapatos. Se afeitó el lunar y la cabeza, se vistió de hombre y salió.

Entonces le preguntó al rey cuánto le debía por haberla sacado de allí, y el rey le dijo que nada; entonces ella dijo que le serviría diez años. Es así que el rey, creyendo que era varón, le hizo comprar una lanza, boleadoras, espada y la mandaba con los soldados a las batallas. Al cumplirse los diez años que estuvo al servicio del rey, éste le dice que le pida lo que desee. Entonces ella le pide que lo deje ser rey por poco tiempo, que le dé la corona, su bastón, cincuenta soldados de línea con ministro y todo, para salir a recorrer las provincias. Así le concede el rey y sale a visitar las provincias; a cada pueblo que llegaba iba a las cárceles y visitaba todos los presos, y les preguntaba por qué estaban allí; a muchos los largaba.

Al fin llegó a su ciudad y visitó la cárcel; allí estaba Lisandro. Le preguntó por qué estaba allí y Lisandro le contó su apuesta con Morniones.

—¿Y vive Morniones? —preguntó ella.

—Sí, vive.

—Bueno, traíganmeló.

Cuando llegó Morniones le contó cómo le ganó a Lisandro con la ayuda de una vieja.

—Bueno —dice Delfina—, átenlo a un *palenque*; ahora traiganmelá a la vieja.

Le pregunta a la vieja de qué manera se había ella enterado de todas las cosas; después ordenó atarla también a otro palenque. En seguida mandó traer dos carradas de leña y que las echen a la vuelta de los palenques, y les hace meter fuego.

Después lo manda traer a Lisandro. Los guardias no lo podían encontrar porque se escondía entre las cobijas, hasta que lo encuentran. Después les manda a los guardias:

—Bueno, ahora lo *tusan* y lo bañan.

Luego Delfina se viste de mujer y se da a conocer por Lisandro y vuelven nuevamente a vivir juntos. Y quedaron allá y yo me vine para acá.

Informante: Vicente Sosa. 75 años.

Aimogasta, Dpto. Arauco (La Rioja).

Aarne-Thompson: 882.

Argentina: Cano 249-251. Carrizo, La Rioja 869, 869 a, 869 b,

América: Rael 130, 131, 132.

España: Ampudia 114, 115.

Como en el cuento tipo (*La apuesta sobre la castidad de la esposa*), en esta versión riojana un hombre se casa con una muchacha pobre, y acepta luego una apuesta que le hace un amigo. Este, con medios desleales, obtiene pruebas de la supuesta infidelidad de la mujer. En el cuento tipo, el marido abandona el hogar y la mujer, vestida de hombre, lo sigue hasta que todo se aclara. Aquí el marido hace echar a su esposa, y ésta, también disfrazada de hombre, después de mucho tiempo logra esclarecer la verdad.

Juan Alfonso Carrizo recogió en La Rioja tres cantares, muy semejantes entre sí, que corresponden a este cuento; cada estrofa sintetiza la la actuación de los tres personajes. Transcribimos el que lleva el número 869:

Viña soy,
Viña seré;
Me abandonaron
No sé por qué.
Yo fuí dueño de esa viña,

Yo primero la podé;
Vide rastros de ladrones
Por eso la abandoné.

Yo he sido aquel ladrón,
Yo a esa viña dentré,
Ricas uvas vide en ella
Pero nunca las probé.

62. EL QUE NO SABIA MENTIR

Un estanciero le contaba un día a su compadre, estanciero también, que tenía un capataz excelente, que jamás le había faltado en nada y que ni siquiera sabía mentir.

—¿Estás seguro, compadre, que nunca te ha mentido?

—Segurísimo, compadre, segurísimo.

—No puedo creerlo, disculpame che compadre, pero no lo creo. Yo haré que te mienta.

—No vas a poder.

—Ya lo vas a ver. Te juro lo que querás que dentro de quince días a lo más, él te mentirá.

—¡Ya está! Trato hecho.

Habían conversado delante de un grupo de amigos comunes, que salieron de testigos. El perdedor debía entregar una estancia al que ganara la apuesta. Y resolvieron reunirse todos a los quince días para ver el resultado de la prueba.

El patrón del honrado capataz era dueño de un buey al que mezquinaba mucho. Lo tenía a pesebre en el galpón y todos los cuidados eran pocos para él; lo llamaban el buey Elección.

El estanciero que no creía en la honradez del capataz era padre de una bonita muchacha, y de ella quiso valerse para demostrar que ese hombre era como todos, es decir, que él también tendría un momento de flaqueza y mentiría. Le pidió al compadre permiso para traer a las casas a su mujer y a su hija.

—Pero cómo nó, *ch'amigo*. Disponé vos, no más —le contestó.

Instaladas ya en las casas, le dió a su hija algunas instrucciones. La muchacha se levantaba al clarear el día, se

iba a la cocina, preparaba el mate y, en la forma más amable, le ofrecía también al capataz.

Ella entró a quererlo de verdad y se *amañaba* para encontrarse siempre a solas con él. La *guaina* era linda, era graciosa y el capataz se enamoró de ella.

Estaban un día de conversa y él le dijo:

—Pedime lo que querás, que te lo he de dar.

Ella, que no se olvidaba de los consejos del padre, parecía que no se animaba a expresar su deseo; pero tanto insistió él, que por fin le contestó:

—Yo quiero comer los dos matambres del buey Elección.

La sorpresa de su *galante* fué grande y el sentimiento también, puesto que no podía dar satisfacción a ese pedido.

—No puedo, no puedo. Vos sabés cómo mezquina el patrón a ese animal. Si le pasara algo se pondría furioso y me despediría. Mato cualquier novillo bueno y te doy los matambres; pero de ése, no.

Así terminó la conversación entre ellos y estuvieron alejados todo el día.

A la mañana siguiente, al encontrarse con el patrón, le dijo éste a su capataz las mismas palabras de siempre:

—Buenos días, mi capataz.

—Buenos días, mi patrón.

—Y nuestra hacienda, ¿cómo va?

—Muy bien, patrón.

—¿Y nuestro buey Elección?

—Gordo y *abafado*.

Pasaron dos o tres días y se reanudaba siempre la misma conversación entre el capataz y la muchacha. Ella con su capricho y él con su negativa. El hombre la quería de verdad y se resolvió por fin a hacer algo; el pobre estaba embobado con ella.

Se alejó pensativo por el campo y llegó así a la costa del monte donde había unos troncos de árboles secos. Llegó hasta uno, le puso su sombrero y su poncho, se imaginó que era su patrón y se puso a hablar para ver cómo podía engañarlo.

—Buenos días, mi capataz —hacía decir al tronco disfrazado.

—Buenos días, mi patrón — contestaba.

—Nuestra hacienda, ¿cómo va?

—Muy bien, patrón. Gorda y *abafada*.

—¿Y nuestro buey Elección?

—Murió *atolado*.

—¡Nó, nó! No puede ser. ¿Cómo va a morir *atolado* él, que está siempre tan cuidado? No mueren así los otros y tan luego a él le va a pasar eso; no.

El patrón se daría cuenta de la mentira. No podía decirle así. Y fué pensando una y otra cosa, hasta que comprendió que él no sabía mentirle a su patrón. Se dispuso entonces a decirle la verdad.

Mató al buey, le dió los dos matambres a la muchacha y se fué a las casas, para enfrentarse decidido al dueño.

—Buen día, mi patrón.

—Buen día, mi capataz. ¿Y nuestra hacienda cómo va?

—Gorda y *abafada*.

—¿Y nuestro buey Elección?

—¡Oh, patrón! Yendo por un *sertón*,
encontré una rica *paishón*,
maltraté mi corazón,
y maté al buey Elección.

A pesar de su disgusto por lo hecho por el capataz, el patrón quiso ser justo. Llamó a los testigos de la prueba y al comprobarse que el capataz no había mentido, el padre de la *guaina* perdió su estancia. Pero el patrón se la regaló a su fiel capataz, en premio, por tener la valentía de decirle la verdad. Este, sin perder mucho tiempo, se casó con la muchacha.

Y fueron felices,
comieron perdices,
y a mí no me dieron
porque no quisieron.

Informante: Isidoro Rivero. 60 años.

Bajo del Itacuí, Santo Tomé (Corrientes).

Aarne-Thompson: 889.

Argentina: Draghi Lucero 103-116.

América: Arellano 96. Rael 40, 41. TFSP XII, 27-29.

España: Ampudia 51. Curiel Merchán 129-131. Espinosa 48. Sánchez Pérez 38.

Este relato correntino es versión del tipo *El fiel servidor*. Por su desarrollo, pertenece al tipo hispánico fundamental establecido por Aurelio M. Espinosa (II, pp. 242-247); destacamos que nuestra versión contiene el elemento D de la clasificación de Espinosa (el diálogo imaginado entre el criado y su patrón), que no aparece en todas las versiones hispánicas.

63. EL PRÍNCIPE AMADO

Este era un príncipe que le gustaba mucho lidiar en el jardín y se iba todos los días a trabajar en él. No le importaba si se afeaba las manos. Decía que eso no era una vergüenza, y carpía y punteaba la tierra y sembraba; así se pasaba su tiempo. Y todos los días venía una paloma, se sentaba bien enfrente de él en un árbol y decía:

—Mire como está el príncipe Amado, tan contento y no sabe que va a matar padre y madre.

El, cuando la escuchó, se puso muy triste y andó con ese pensamiento muchos días, y después le pidió permiso al padre para viajar. Pensaba que estando lejos se libraría de eso tan feo que le anunciaba la paloma; prefería perderse lejos y no volver más.

—Yo vengo a pedirle una gracia, mi padre.

—¿Y qué gracia me irás a pedir, que yo no te pueda dar?

Y ahí le pidió para caminar en el mundo; le dijo que se diera cuenta que él ya era hombre y quería conocer otros pueblos, ver las ciudades, aprender cosas, ir por ahí. . .

—¿Y qué necesitas para viajar, mi hijo?

—Un barco equipado, mi padre, como para viajar dos años, con todos los comestibles necesarios, y todo lo que haga falta, y la bendición.

Bueno, pues viajó dos años, y un día llegó a un reino. Quiso ya quedarse ahí y entonces le pidió al capitán que se arrimara a la costa y lo dejara; al capitán le dijo que se fuera, que si quería volver a su pueblo lo hiciera, y si no que viajara por esos mundos, que le regalaba el barco con todo lo que tenía adentro. El capitán quedó sentido; quiso quedarse para hacerle compañía, pero el príncipe le ordenó que se fue-

ra y lo obedeciera. Entonces el capitán no tuvo más que hacer eso. El barco partió y el príncipe quedó en la costa hasta que lo vio lejos; pensaba en sus padres, tan buenos; en su patria, en todo lo que ya no iba a ver más, pero eso era mejor que matar al padre y a la madre.

Empezó después a caminar; para llegar a la ciudad que se veía a lo lejos tenía que subir una barranca. Subió y allí arriba se encontró con un ranchito y cerquita, pisando maíz en un mortero, vio a una viejita; se acercó y le pidió permiso para quedarse allí hasta que encontrara algún trabajo. Ella le dijo que era muy pobre y que no tenía lugar para huéspedes; el príncipe contestó que no le importaba, que quería permiso para quedarse ahí, en cualquier rinconcito, sin pretensión ninguna. Ella entonces le permitió.

El príncipe, al día siguiente, se fué a pescar y sacó muchos pescados; la vieja le dijo que se iba al palacio del rey donde siempre le daban algo. El príncipe le pidió que hablara ahí por él, que era muy buen jardinero y tal vez le conseguía algún trabajo; también le dijo:

—¿Por qué no le lleva uno de los pescados que saqué? El dorado que es bien grande; total, no es para vender, es regalo.

La viejita aceptó, aunque el tal dorado pesaba mucho; la pobrecita hizo todo lo que pudo, pues lo quería mucho al muchacho, lo vía tan humilde y cariñoso con ella, que le tomó afecto.

Consiguió llegar al palacio y allí trató de ver a la reina. Cuando la vio, le entregó el dorado que ella alabó mucho y le preguntó quién lo había pescado. La viejita le contó entonces todo lo del muchacho que estaba en su casa, que era muy bueno y parecía ser un gran jardinero que quería trabajar. Y le pidió que lo empleara a ver si servía; de no, siempre podía despedirlo.

La reina llamó entonces a su hija, le contó, y la hija dijo:

—¿Y por qué no lo emplea? En la casa no hay ya ni una flor; mándelo llamar, mamá.

Y así la reina lo mandó llamar, y él fué. El muchacho consiguió el empleo; la reina habló con él, vio que le gus-

taban las flores y le dió todo lo que necesitaba para trabajar en el jardín. Trabajó tanto que al otro día ya tenía el jardín flores diferentes y de todos colores.

La princesa todos los días ía y ía a ver las flores, y también porque le gustaba mucho verlo trabajar. Y tanto andó que se enamoró de él y se quiso casar, pero el muchacho no le dijo nada. Le fué a decir a su madre y ésta le dijo que cómo ella, de sangre real, se iba a casar con un jardinero; que viera que eran muy diferentes. La princesa le contestó que no le importaba, pues el muchacho era de su gusto y se había de casar con él. Entonces la madre le dijo que bueno, que se lo dijera al muchacho para ver qué respondía él, y que después ella le ía a ver al padre.

Y cuando la muchacha le dijo al jardinero, él le dijo no, pues siendo un pobrecito cómo ía a casarse; tanto le porfió ella que aceptó, pero con una condición: que ella no lleve nada del palacio, que se conforme con dormir donde él dormía. La princesa aceptó.

Ya parecía que eso era un mandato para cumplir la sentencia del muchacho. La madre de la princesa arreglaba todo; después de la primera noche, la hija fué a visitar a su madre y ésta le preguntó si era feliz, y cómo lo había pasado con el muchacho. La princesa contó que no tenía cama y tuvo que dormir en el suelo, pero que estaba igual muy contenta; el muchacho no quería que ella comprara nada.

La madre le dijo que lo convenciera para que haga un palacio como el de los padres; que cuando le dijera que no tenía plata, ella le contestara que en total había costado sólo treinta pesos. Y luego, él se dejó convencer y pagó por el palacio treinta pesos, pero no sabía que la suegra había pagado el resto. Lo mismo pasó con los muebles: él pagó treinta pesos y la suegra el resto.

Mas luego, cuando se cambiaron, llevaron una vida muy feliz; pero había unas vecinas enfrente que eran muy chismosas. El suegro, o sea el rey, le había dado al muchacho artículos para que saliera a vender por la campaña, para que tuvieran algo más para *arremediarse*, ya que tenían un hijito. Las vecinas envidiosas empezaron a hablar de la princesa al muchacho: que cuando él salía a vender para la cam-

pañá, venía otro a visitarla. Y le dijeron que simule un viaje y vuelva de noche, ¡y ía a ver entonces...!

Tanto le calentaron la cabeza al pobre prójimo que él hizo como le dijeron: pero antes fué a una panadería y compró un pedazo de masa blanda y tomó la forma de la llave de la puerta de calle. Después fué a una herrería para que le hicieran otra igual.

Mientras tanto, la madre del muchacho vivía llorando porque no sabía nada de él; tanto hizo que se puso de acuerdo el *casal* de reyes viejos para salir a buscarlo. Hacía más de un año que viajaban para encontrarlo hasta que dieron con esa ciudad, y ahí indagaron, indagaron, hasta que tuvieron noticias de este mozo que debía ser su hijo. Se enteraron que estaba muy bien, que se había casado con la princesa y que tenía una casa muy linda.

Llegaron a la casa y cuando se dieron a conocer, la muchacha quedó tan contenta que no sabía qué hacer para agasajarlos; y cuando fué la hora de acostarse, ella le dió la cama al *casal* de reyes viejos y se fué a acostar con su hijito en una cama chica.

La viejita buena que protegió primero al príncipe siempre los visitaba, y esa noche, como la muchacha ía a quedar sola, la había mandado buscar para que la acompañara; estaba durmiendo un poco más retirada.

Estaban los viejos de luz prendida; cuando vino el muchacho vió la cama ocupada por dos cuerpos, y por la cabeza sacó que uno era varón; creyó entonces que la señora estaba acompañada. Se puso tan ciego, tan ciego, que mató a los dos. La muchacha, que se despertó en ese momento, vió todo, se asustó y gritó:

—¡Ay, que mataste tu padre y tu madre!

Entonces él le dijo:

—¡Qué desgracia! Yo ausentarme de mis padres tan queridos por seis años, para no matarlos, y vengo ahora a matarlos!

Y con esa pena quedó como loco de dolor, y mató a su hijito, a su mujer y se mató después, para que nadie quedara de ellos por esa su desgracia.

La viejita que pudo escapar fué la que contó y decía:

—Y todo fué porque el destino tenía que cumplirse y nadie puede escapar de él.

Informante: Panciana Díaz de Gómez.

Barrio del Cerro, Santo Tomé (Corrientes).

Boggs: 931 * A.

España: Ampudia 53.

Cuento sobre el tema del destino, clasificado por Boggs como variante del tema de Edipo, sobre la base de la versión asturiana de Llano Roza de Ampudia. La síntesis incluida en el *Index of Spanish Folktales* dice así:

“Un ciervo pregunta a un cazador: —¿Por qué me persigues, asesino de tus padres? Atemorizado, el cazador deja su hogar y se casa en un pueblo distante. Sus padres lo buscan y llegan a su casa mientras él está cazando. La esposa los deja dormir en su cama. Por la mañana temprano regresa el hombre, mientras su esposa está en misa, y viendo dos extraños en su cama, los mata. La mujer regresa y le dice que sus padres descansan en su cama. Impresionado, cae muerto.

Nuestra versión tiene un final más trágico aún, pues agrega dos crímenes innecesarios: el hijo asesino, al saber la verdad, enloquece; mata a su esposa y a su hijo, y luego se elimina.

c) Chistes e historietas

1. Pedro de Urdemales

64. CASOS DE PEDRO ORDINARIO

Una vez lo despachó Dios a Pedro pa' que lo lleven los diablos, porqu' era muy pícaro.

Y Pedro había hecho un asta, l'había meado y l'agitaba y los disparaba a los diablos. Y como ni los diablos lo querían, Pedro se volvió al cielo.

Entonces Dios le dijo:

—¡Oíme! Andá y hacé una cazuela.

Y Pedro vió un pollo con una pata alzada:

—¡Qué car... es esto! Le vuá comer la pata.

Cocinó la cazuela y se comió la pata. Y Dios le preguntó:

—¿Y la otra pata?

—¡No había tenío más que una!

—¡Caramba! ¿Qué te hacemos, Pedro? No sé qué te vuá hacer.

Dios lo mandó a la tierra que busque trabajo.

Pedro encontró un patrón muy malo, y han hecho trato: al que se enoje le iba a sacar una lonja 'e cuero. El patrón le ordenó que arara el campo y le dijo:

—No andís con vueltas, Pedro; tenís que arar derecho no más.

Pedro salió y empezó a arar una sola raya, y seguía no más. Le ha metío derecho, cortando cercos. Como Pedro no volvía, el patrón salió a buscarlo y le dijo:

—¿Qué me has hecho, Pedro?

—¿No me dijo que no ande con vueltas?

Y el patrón no podía enojarse porque le iban a sacar una lonja 'e cuero.

Pedro tenía una yegua y el patrón le cortó la cola. Y Pedro la vió y dijo:

—¡Una yegua que tengo, y está *mota*!

—¿Qué te pasa, Pedro?

—Que mi yegua 'ta *mota*; queda mal, ¡una yegua tan linda!

Y el patrón no dijo nada. Entonces Pedro agarró los caballos del patrón y les cortó arriba 'el hocico y les dejó los dientes *en la pampa*. Cuando el patrón los vió, le dijo a Pedro:

—¿Y esos caballos?

—Los caballos s'están riendo 'e la yegua *mota*.

El patrón no s'enojó porque tenía miedo.

Después lo mandó pastorear unos chanchos. Por ahí cerca había un cieno; entonces Pedro los vendió a los chanchos, se agarró la plata y les cortó las colas, y las enterró en el barro. Pedro volvió a la casa y el patrón le dijo:

—¿Y los chanchos?

—Todos se han hundío, no se pueden sacar. ¿Que se ha enojao, patrón?

El patrón mandó a ver con un pión, y salían las colas no más del cieno. Entonces el patrón dijo:

—¡Caramba! ¿Cómo hago con Pedro?

Y lo despidió y Pedro se ha largao p'afuera, con la plata 'e los chanchos.

Pedro iba por un camino y vió venir un cura montao en una mula muy linda. Y Pedro ha hecho el cuerpo y lo tapó bien con su sombrero. Cuando llegó el cura, le dijo:

—¿Y qué tenís ahí?

—No sé, será una perdiz o un patito; ¡vaya a saber! Lo he agarrao y no quero que se m'escape. ¡Oiga, padrecito, présteme la mula pa' buscar en qué poner lo que he cazao!

Y el cura le dió la mula, y se quedó, *meta* tapar con el sombrero 'e Pedro. Y como no volvía, dijo:

—¡Andá, car... , yo lo voy a pillar!

Con cuidadito y soliviando, le agarra lo que había guaneao Pedro. Y cuando vió, sacudió la mano y se ha golpeao con una piedra:

—¡Ay! —dijo el cura, y se ha chupao los dedos de dolor.

Y Pedro ya iba lejos con la mula y con la plata 'e los chanchos. ¡Qué cencia, qué alvertencia tenía pa' joder!

Dios, cansao 'e las picardías 'e Pedro, en vida lo ha llevao al cielo, y le ha puesto un montón de arena pa' que cuente. Y cada vez qu' está por terminar, vienen los angelitos y le desparraman, y tiene que volver a empezar.

Informante: Vicente Quinteros. 85 años.

Anjullón (La Rioja).

65. DERECHO, DERECHITO...

En una de sus andanzas, Pedro Malasartes se encontró una mañana con un hombre que estaba arando. Vivísimo como era, en cuanto habló con él, se dió cuenta Pedro de que se trataba de un estanciero rico, pero avaro hasta el punto de no tener peones.

Pensando hacerlo pagar su ruindad con una broma pesada, Pedro se le ofreció sólo por la comida, le aseguró que era muy hábil en el manejo del arado, y el hombre lo aceptó gustoso.

—¡Vas a comenzar ahora mismo —le dijo, apurado por descansar sus costillas—; ¿ves este surco?

—Sí, señor.

—Pues seguí arando por él, derecho, derecho, sin detenerte por nada.

—Así lo haré, patrón; así lo haré —le recalcó Pedro, pulsando la mancera y picaneando a los bueyes con energía.

Al verlo partir, el estanciero susurró con burla:

—¡Pobre infeliz! ¡Mire que trabajar sólo por el puchero! Se retiró luego a su casa y se puso tranquilamente a tomar unos mates con su mujer.

Mientras tanto, Pedro seguía y seguía arando siempre derecho, derecho, tal como se lo habían ordenado.

Cuando llegó la hora de la comida, viendo que el peón no regresaba, el hombre se puso nervioso. Salió a llamarlo al patio de la estancia, y apenas distinguió un bultito muy lejano que parecía perderse en el horizonte. Ya alarmado entonces, montó de un salto sobre su caballo y se lanzó en su busca.

El pícaro de Pedro había entrado en ese momento en el campo de un vecino, después de cortar a machetazos los hilos del alambrado divisorio.

—¡Qué estás haciendo, pedazo de bárbaro! —le gritó al llegar el rico avaro, casi loco de furia.

—¡Y, nada, patroncito, arando no más como usted me ha dicho: derecho, derecho, sin detenerme por nada! —le respondió sonriente Pedro.

Informante: Melitón Vargas. 71 años.

Carlos Pellegrini (Corrientes).

66. PEDRO ORDIMAN Y EL GIGANTE

Una vez Pedro, aprovechando que el gigante salió al bosque, le robó los novillos que tenía.

Cuando el gigante regresó no encontró sus animales y salió a rastriarlos. A poco andar ya lo ve Pedro al gigante que iba en su busca; entonces Pedro le cortó la cola a uno de los novillos y la tiró encima de un árbol. Cuando llegó el gigante, le dice Pedro:

—¡Guarda, guarda amigo, no lo vaya apretar el toro que lo tiré encima del árbol!

Esto no más sintió el gigante y se volvió huyendo a su casa del susto y de miedo de Pedro.

Informante: Hilario Toledo.
Andalgalá (Catamarca).

67. PEDRO ORDIMAN

Una vez Pedro no tenía trabajo y no sabía qué hacer; por fin resuelve partir. Ensilla su yegua y sale en dirección a la casa de un patrón a pedir trabajo.

Una vez con trabajo, puso su yegua a comer pastos en la finca del patrón. Claro está, como Pedro ya vivía bien, se olvidó de pagar el pastaje de la yegua, y el patrón, enojado, hace pillar la yegua, le corta la cola bien al tronco y la suelta.

Cierto día Pedro se acuerda de su yegua, que tenía a pasto; se va y la ve sin cola, y dice:

—Esto es cosa de mi patrón. Me vengaré.

Vuelve a la finca, pilla todos los caballos del patrón y les corta la jeta de arriba y de abajo; echa su yegua adelante y los caballos por detrás, y los arrea para el corral justamente cuando estaba el patrón allí. Este, al ver sus caballos en semejante estado de desfiguración, le dice a Pedro:

—¿Qué les pasa a mis caballos?

Y Pedro le contesta:

—Y... ¿no ve que se vienen riendo de mi yegua *chupina*?

Informante: Gumersindo M. Ramos, niño de 6º grado.
Escuela Samuel Lafone Quevedo. Andalgalá (Catamarca).

Nos. 64, 65, 66, 67.

Aarne-Thompson: 1003, 1004, 1007, 1528.

Para tipo 1003, *El arado del campo*:

España: Cabal CTA 174 (variante * A de Boggs).

Para tipo 1004, *Los cerdos en el barro; los corderos en el aire; el buey muerto*:

Argentina: Aramburu, *Urdemales* 59-62. Ayala Gauna 130-133. Bustamante 136-137; 138.

América: Costas Arguedas 379-380. Laval PU 29-30. Rael 284.

España: Ampudia 44. Cabal CTA 174. Espinosa 163.

Para tipo 1007, *Otros modos de matar o mutilar el ganado*:

Argentina: Aramburu, *Urdemales* 63-70.

América: Cadogan 42. Costas Arguedas 374-376. Rael 275.

España: Ampudia 44. Cabal CTA 174. Espinosa 164, 165, 166, 167.

Para tipo 1528, *El ardid del sombrero*:

Argentina: Aramburu, *Urdemales* 9-15. Ayala Gauna 135-137.

Bustamante 135. Cano, *Allpamisqui* 103-104. Gucovsky 146-155.

América: Cadogan 36-37. Laval PU 30-31. Montenegro 89-93. Rael 286.

Estos cuatro cuentos ejemplifican episodios muy difundidos del ciclo del pícaro Pedro de Urdemales.

En el tema de *El arado del campo* (cuentos nºs. 64 y 65), el pícaro cumple las instrucciones al pie de la letra y así ocasiona desastres (Thompson J. 2461. 1).

El motivo de *Los cerdos en el barro* aparece en el cuento 64.

En el cuento 66, el pícaro coloca sobre un árbol la cola de un novillo y así atemoriza al gigante; este motivo es semejante al incidente b) del tipo 1004, *Los corderos en el aire* (Thompson K. 404. 3).

El tercer motivo del cuento 64 es el mismo del nº 67; ambos corresponden al tipo 1007.

El ardid del sombrero sólo aparece en el primero de estos cuentos; es chiste muy conocido en todo el país. En este mismo relato, se celebra entre Pedro y su patrón un trato de no enojarse, que corresponde al número 1000 de Aarne-Thompson; pero luego el narrador parece olvidarlo, pues no se cumple la pena estipulada.

68. PEDRO LE GANA AL DIABLO

Pedro siempre temaba con el diablo, que él le iba a ganar adonde quiera que esté. Un día hubo una fiesta muy grande cerca de un puestito que tenía Pedro, donde se pusieron a bailar y a jugar la taba mucha gente. Allí también se fué Pedro a divertirse, y en una de las fondas que había, dijo:

—¡Si saliera el diablo, para ganarle!... Porque yo le voy a ganar.

Y en seguida se aparece un hombre y le dice a Pedro:

—Usted es el que siempre me nombra; bueno, yo soy el diablo.

—Y yo soy Pedro —le dice éste.

Se dan la mano y empiezan a jugar; Pedro le ganaba todo al diablo y lo dejó triste.

Entonces el diablo le dice:

—Bueno, yo veo que usted es más que yo. Vamos a hacernos socios.

Resolvieron hacer una siembra; Pedro le dice que él tenía unos potreros, de una comadre que tenía. Pedro le pregunta a su socio qué parte de la planta quería, si la de arriba o la de abajo de la tierra. El diablo le dice:

—Yo me quedo con la de arriba.

Pedro sembró papas y cuando sacaron la cosecha, Pedro cargó con las papas y el diablo con las ramas.

Para desquitarse, resuelve el diablo hacer otra siembra y le propone a su socio sembrar una chacrita; él resuelve elegir lo de abajo tierra. Pedro siembra maíz y cuando llega el momento recoge los choclos y el diablo las raíces. Cansado de verse derrotado, el diablo se huye y Pedro queda triunfante.

Informante: Lindor Posada. 65 años.

Salicas, Dpto. Pelagio B. Luna (La Rioja).

Aarne-Thompson: 1030.

Argentina: Aramburu, *Urdemales* 71-75.

España: Ampudia 42.

Es el tema de *El reparto de la cosecha*, el mismo de la primera parte del Exemplo 43 del Conde Lucanor: *De lo que contescio al Bien et al Mal et al cuerdo con el loco*; allí siembran nabos y coles, y el Mal queda con lo que estaba bajo tierra en el primer caso, y con lo que estaba sobre tierra, en el segundo.

69. LA NIÑA Y LOS TRES CURAS

Había un hombre muy pobre, que tenía una hija. A esta niña la perseguían tres curas, pues querían tener amores con ella. Así, uno de los curas iba a la casa de la niña a la tarde, otro a la oración y el tercero a la noche.

La niña le cuenta al padre y le dice que los tres le ofrecían dinero. Como eran pobres, el padre le dice a la niña:

—Vamos a *joderlos*, así nos ganamos unos pesos.

Resuelve cavar, debajo de la cama de la niña, un pozo muy profundo y en el fondo le coloca unas púas.

Así hecho, la niña se da cita con uno de los curas y le dice que se acostará con él; que coloque la plata sobre la mesa, que se vaya desvistiendo y se meta en la cama, porque el padre no estaba. Se mete el cura y en eso llega la niña afligida, porque el padre golpeaba la puerta; la niña le dice:

—Escóndase debajo de la cama, ligero.

Se mete el cura, apurado, y cae en el pozo y se muere.

Así hacen con los otros dos curas, que también se mueren, y ellos se guardan todo el dinero.

En eso lo ven venir a Pegro y la niña lo llama. Coloca a uno de los curas sentado en una silla y le muestra a Pedro; le dice que el cura había muerto estando de visita y que tenía miedo que la vayan a denunciar. Por eso le pide que lo saque y lo entierre lejos.

Entonces Pegro, ante el pedido de la niña, lo alza al cura, lo lleva al campo y allí lo entierra. De regreso a la casa, Pegro le dice que ya lo había enterrado; pero la niña, que ya había sentado al segundo cura, le responde:

—Pegro, lo debe haber enterrado muy mal, porque ya está de vuelta en la casa.

Entonces Pegro vuelve a alzar al cura y lo entierra en el campo, más hondo. Al regresar, se encuentra que el cura estaba otra vez sentado; era que la niña lo había sentado al cura que quedaba, y le reclama a Pegro porque había vuelto el cura una nueva vez.

Entonces Pegro lo alza al hombro, lo lleva al campo y junta mucha leña y lo comienza a quemar, echándole cada vez más leña.

Mientras el cura se quemaba, Pegro se sentó en una piedra y se quedó dormido, del cansancio de ese día. En eso, un cura que andaba por el campo, con mucho frío, se acercó al fuego para calentarse sin haberlo visto a Pegro. Este se despierta, lo ve y creyendo que el cura que se estaba quemando ya se había escapado, corre con un cuchillo para matarlo. El cura se asusta y sale disparando, y Pegro por atrás.

Informante: Juan Villanueva. 63 años.

Plaza Nueva, Famatina (La Rioja).

Aarne-Thompson: 1536 B.

América: Laval PU 33-36. Mason-Espinosa PRF VI, 23, 24, 25, 27.

Paredes Candia 104-106. Rael 42, 43, 44, 48.

España: Cabal CTA 187-190. Espinosa 31, 32.

En el cuento tipo, *Los tres hermanos jibosos, ahogados*, la mujer los mata accidentalmente y emplea a un borracho para arrojarlos al río. El hombre, que cree se trata de un solo muerto que reaparece, ahoga finalmente al marido de la mujer, que también es jorobado. En nuestra versión, intervienen tres sacerdotes y su muerte es premeditada y no accidental. En cambio, no se realiza el crimen final, que se transforma en episodio cómico.

70. EL BURRO QUE CAGA PLATA

Pegro Ordimán tenía un burrito y quería venderlo. Unos amigos le ofrecieron doscientos pesos y él les dijo:

—¡Qué! Doscientos pesos nunca; mi burro vale mil pesos, ni un peso menos. ¡Qué se creen ustedes! Mi burro no *guanea* sino plata, así que el que lo compre se va a hacer rico. Y si no creen, mañana después de comer se los demostraré.

Se fué Pegro a la casa. Después que el burro *guaneó*, como Pegro tenía noventa pesos en billetes de diez, hizo un taco con tres billetes y se arremangó y lo metió en el *ocote* del burro, bien adentro. Después hizo otro taco con otros tres billetes y se lo metió al burro, un poco más afuera, y finalmente un último taco que lo introdujo cerca del agujero.

Al día siguiente llamó a los compadres y poniendo un *jergón* en el suelo, les dice:

—Ahora van a ver cómo caga plata este burro mío.

Lo agarra al burro de una oreja y le amaga un palo; el burro se pee y larga el primer taco; se admiran todos y Pegro les dice:

—Ahora verán cómo caga más.

Lo vuelve a tomar de la oreja y le pega con el palo; vuelve a peerse el burro y larga el otro taco. Finalmente, Pegro le pega un garrotazo fuerte tras la oreja y el burro otra vez se pee y larga el tercer taco.

Ante la evidencia, los compadres le pagan los mil pesos, pensando que con eso hacen un negocio brillante. Pegro

recoge los noventa pesos, más los mil, y se larga. Entonces los compadres lo hacen comer al burro y luego le ponen un lindo *jergón*, y esperan que cague; de repente, el burro se pee... y les ensucia todo el *jergón*.

Informante: Juan Villanueva. 63 años.
Plaza Nueva, Famatina (La Rioja).

Aarne-Thompson: 1539.

Argentina: Acosta 49.

América: Andrade 143. Laval PU 25-27. Mason, Tepecanos 10.

Mason-Espinosa PRF I, 77. Rael 293. Serrano 4.

España: BTPE IV, 55-65. Curiel Merchán 298-303. Espinosa 173.

Es uno de los episodios del tema *Viveza y credulidad*: El joven vende objetos y animales pseudo mágicos. El chiste es muy común en el ciclo de Pedro de Urdemales, y está clasificado como elemento B en el estudio de Espinosa (III, pp. 151-162).

71. PEDRO Y TRES CURAS

Un día salieron a pasar al campo tres curas y cuando estuvieron en el campo se juntaron con Pedro. Este había andado hambriento y los curas llevaban tan sólo un huevo como único avío.

Los curas, cuando llegó la hora de comer, no hallaban qué hacer con el huevo y uno de los curas le dice a Pedro:

—Bueno, Pedro, el que no sepa hablar el latín no comerá huevo.

Pedro, medio triste, le contesta que estaba bien.

Un cura le pasa el huevo a otro cura y le dice:

—Descoronatorio (lo rompe).

Una vez roto el huevo, le pasa al otro cura y le dice:

—Salsorio (le hecha sal al huevo).

Una vez que tenía sal el huevo, el cura le pasa al tercero y le dice:

—Mezclaratorio (lo mezcla al huevo).

Mezclado el huevo, el tercer cura le pasa a Pedro a ver cómo se la arregla para salir del paso y Pedro, todo triste, recibe el huevo y les dice a los curas:

—Tragatorio.

Y se lo comió el huevo y los dejó a los curas tragando la saliva.

Informante: Santiago Vilca.

Chaquíago, Andalgala (Catamarca).

Boggs: * 1942.

América: Laval, Latín 36-37.

España: Folklore Andaluz 133.

Este relato catamarqueño es semejante al tipo incluido por Boggs en su clasificación de los cuentos españoles. La síntesis del *Index* de Boggs dice así:

“Tres hermanos deciden que aquel que proponga el dicho más apropiado, se comerá un huevo. El primero casca un poco el huevo contra la pared y dice «Casca cascorum»; el segundo lo casca un poco más, le echa un polvillo encima, diciendo «Sal, sale, sapiensa»; el tercero le quita la cáscara, se traga el huevo de un bocado, y dice «Consumatus est».

2. El tonto

72. EL TONTO QUE HIZO HABLAR A LA HIJA DEL REY

Eran tres hermanos y el menor de ellos era tonto. Los otros dos resolvieron salir a rodar tierra y el tonto se les agregó.

Anduvieron por muchos países hasta que llegaron a uno en donde se anunciaba que al que hiciera reír a la princesa, que había entristecido desde hacía tiempo, lo colmarían de riquezas y además le entregarían la mano de la desgraciada joven.

Los hermanos resolvieron ir a hacerla reír a la princesa y el tonto también se les agregó; a pesar que éstos no lo querían llevar. En el camino al palacio del rey había alzado una astilla y un hueso y se los había echado al bolsillo. Por ahí le habían dado ganas de hacer de cuerpo y había sacado la boina, había hecho en ella sus necesidades y la había echado al bolsillo.

Llegados al palacio, los hermanos habían pasado a hacerla reír a la princesa y no querían que entrara el tonto. Los hermanos fracasaron en su intento y cuando salieron, el tonto *pechó* por entrár hasta que lo dejaron pasar.

Frente a la princesa, ésta le preguntó:

—Decime qué traes.

Y el tonto respondió:

—Una astilla y un hueso.

Y ella le contestó:

—¡Mier... has de traer!

—Sí, también tengo —dijo el tonto, y sacó su boina.

La niña se rió y como nadie la había hecho reír tanto, le dieron al tonto el premio ofrecido.

Informante: Pío Baigorri. 55 años.

Salicas. Dpto. San Blas de los Sauces (La Rioja).

Aarne-Thompson: 559, I; 571-574; 1642, III.

América: Espinosa SFNM 68, 69. Mason-Espinosa PRF I, 18, 50, 314, 315, 316. Wheeler 166, 167, 168.

España: Espinosa 178.

El tema de *La princesa que nunca reía* ha sido estudiado por Aurelio M. Espinosa al considerar los cuentos de "El tonto y la princesa". La versión precedente reúne elementos A₄ y B₄ del análisis incluido en dicho estudio (III, pp. 181-190), y por ello pertenece al tipo V, del tercer grupo de los tres fundamentales establecidos sobre la base de versiones hispánicas.

73. UN TONTO CON DOS HERMANOS ENTENDIDOS

Dicen que había un tonto que tenía una ovejita a la que se consagraba en cuidar con todo empeño, y la tenía en consecuencia muy gorda. Vivía con la madre y dos hermanos, que no eran tontos como él, sino entendidos.

Un día la madre le indicó a los hermanos entendidos que carnearan una oveja de la majada que ellos atendían; como la del tonto era gorda resolvieron matarla.

Cuando llegó el tonto a la casa, y vió que estaban asando, corrió a comer y ver lo que habían carneado y se encontró

con el cuerpo de su ovejita; entonces tomó el cuero y salió llorando desconsoladamente, no pudiendo sus familiares hacerlo volver a la casa.

Había andado por el campo llorando, dos o tres días, hasta que el cuero se le había hecho hediondo; cansado, se había acostado y se había tapado la cabeza con el cuero. Estaba dormido, cuando los caranchos atraídos por el olor del cuero revoloteaban para *tishpirlo*, hasta que por fin uno de ellos se había asentado y lo había comenzado a *tishpir*. En eso se despertó el tonto y lo vió al *caranchi* y con una mano tenía aferrado el cuero y con la otra trataba de agarrarlo al *caranchi*, hasta que lo pudo pillar; una vez pillado, lo había desplumado completamente para que no se le vuelle.

Se iba yendo con su cuerito y su *caranchi*, cuando se encontró con un hombre que le preguntó qué animal era ese que llevaba en la mano, y le responde el tonto:

—Es un *caranchi* adivino.

Que le dice el hombre que se lo venda si es que era cierto que era adivino; el tonto le dice que es bueno, pero el hombre que le dice que tenía que llevarlo a su casa para que haga una prueba, pues a él lo *gorriaban* y quería saber con quién.

Se fué el tonto con su *caranchi* a la casa del hombre y aún no había llegado el comprador; mientras, el tonto había observado que la esposa había colocado pan y queso en distintas partes de la casa. Cuando llegó el marido, le dice al tonto:

—Bueno, vamos a ver, haga una prueba con su adivino para ver si sirve de algo.

Entonces el tonto le pega un *tishpón* en la cabeza al *caranchi* y éste grita:

—Tras, tras.

Entonces el comprador le preguntó qué es lo que dice el *caranchi*, y el tonto le responde que dice que en tal parte había pan. Vuelve a pegarle otro *tishpón* y grita el *caranchi*:

—Tras, tras.

Ahora dice que en tal parte hay queso. Efectivamente, allí estaba el queso.

—Bueno, se lo voy a comprar a su adivino —dijo el hombre.

Le dió seis mil pesos y se fué el tonto. Entonces la señora, al saber esto, le dice al *churo*:

—Que estamos mal; ese *caranchi* nos va a descubrir.

El *churo* la mandó a que lo alcance al tonto y le consulte cómo hay que hacer para matarlo, y que el tonto le dice que hay que mearlo en la cabeza.

Al otro día el *churo* resuelve matarlo y cuando saca la *pinchila* para orinarlo, el *caranchi* lo agarró con el pico y no lo largaba. A los gritos que daba, corre la señora y se levanta la pollera para orinarlo y el pájaro la agarra con una pata del *tasi*. Al oír los gritos, acude la sirvienta y le gritan que lo orine; al levantarse la pollera la agarra también a ella de la misma parte y así los tenía a los tres. Llega el marido y los sorprende, y ahí no más los mató a los tres, pues había descubierto al *churo* y a la celestina.

Entonces, viendo que el tonto había tenido éxito al presentarle un pájaro excepcional, salió a seguirle el rastro y darle más plata. Ya lo iba alcanzando y el tonto cuando lo vió empezó a disparar, pensando que había descubierto la superchería y así corrieron los dos, hasta que lo alcanzó al tonto y le dió dos mil pesos más.

Regresó el tonto a la casa, llevando ocho mil pesos y cuando sus hermanos le preguntaron de dónde había sacado tanto dinero, él les dijo:

—Miren cómo pagan bien el cuero de oveja; por la mía no más, me han pagado ocho mil pesos.

Entonces los hermanos resolvieron carnear todas las ovejas de ellos y cargaron los cueros en mulas y salieron a ofrecer y nadie les quiso comprar; viéndose engañados resolvieron matarlo al tonto. Para esto el tonto había oído los comentarios que lo matarían; como él dormía con la madre y había oído decir que lo matarían de noche y que lo iban a diferenciar de la madre porque ésta dormía con un pañuelo atado a la cabeza, el tonto se había puesto el pañuelo de la madre. Y cuando a la noche fueron los hermanos a matarlo, lo confundieron con la madre y la mataron a ella.

Al día siguiente el tonto se despertó y se encontró con la madre muerta, y que llorando se iba con la madre en brazos y los hermanos por temor a que los denuncie se dispararon.

El tonto se había ido a la orilla de la mar llevando a la

madre, cuando de repente vió venir un hombre que traía un arreo muy grande de hacienda y habían acampado también cerca del mar. El tonto la había dejado a la madre, que ya estaba dura, bien sentada a la orilla del mar y se había ido a donde estaban los hombres tomando café, y lo habían convidado al tonto. Al rato que estaba dice:

—Oiga, señor, ¿por qué no me dá un poco de café para convidarla a mi madre?

—¡Cómo no! —que le dicen—, tome, llévele.

Entonces el tonto responde:

—¡Ay, señor!, hágame el favor, lléveselo usted, yo estoy tan cansado, hace tres días que la ando llevando a cuestas.

El peón se había ido yendo a llevar el café, cuando el tonto gritó:

—Oiga, joven, ha'i *pechar* a mi mama, porque es sorda.

Que va el otro y le dice:

—Oiga, dice su hijo que vaya a tomar café.

Y claro, ¡qué iba a oír, si estaba muerta!

Entonces le pega un empujón para que lo oiga y se cae la muerta dentro del mar. El tonto sale llorando, diciéndole que le había muerto la madre; entonces el dueño de la hacienda, por temor que lo vaya a denunciar, le había ofrecido tres mil pesos y que el tonto le dice:

—¡Qué cree, que yo la voy a vender a mi madre por tres mil pesos! Déme doce mil pesos.

Y que le había dado no más esa cantidad.

El tonto se había vuelto a la casa y que les dice a los hermanos:

—Miren, con ser que mi madre era chiquita y flaquita, como está en precio la carne humana me han dado doce mil pesos.

Los hermanos, al oír esto, lo creyeron y se dispararon a matar a sus respectivas mujeres y salieron a venderlas. A poco de andar, salió la policía y los metió presos; estuvieron varios días presos y pudieron escaparse.

De regreso a la casa resolvieron vengarse del tonto, porque los había engañado. Así hicieron; se apoderaron del tonto, y lo pusieron dentro de un saco que cosieron bien y lo colocaron a orillas de una quebrada muy honda con el objeto

de derrumbarlo. Ya estaban a punto de hacerlo, cuando uno de los hermanos dice:

—¡Cómo vamos a hacer esto con nuestro hermanito! Vamos a tomar unas copas en el *boliche* para ponernos *corajudos*.

Y que se habían ido.

Mientras los hermanos estaban en el *boliche*, un hombre llevando otro arreo de hacienda pasaba cerca del saco; al oír el ruido el tonto empezó a dar gritos y se acercó el hombre y le preguntó al tonto porqué estaba allí encerrado y le dice el tonto:

—Porque no me quiero casar con la hija del rey. Y usted, ¿que no se quiere casar con la hija del rey?

—¡Sí, claro! —que le dice el hombre.

—Bueno ábrame el saco y métase usted aquí; cuando vengan unos hombres usted dígalos: “Sí, me voy a casar con la hija del rey”.

Entonces el tonto se salió del saco y lo metió al otro. Mientras tanto llegaron los hermanos y el de adentro les decía:

—Me voy a casar con la hija del rey.

Y los otros lo derrumbaron.

El tonto se quedó con toda la hacienda y se encaminó a la casa. Al verlo llegar los hermanos exclamaron:

—¡Velo al tonto y tanta hacienda que trae!

—Han visto —les dice el tonto—, a pesar de haber sido yo sólo, miren qué enorme cantidad de hacienda he sacado de la quebrada. ¡Cómo sacarían de mucha ustedes, que son dos!

—Bueno —que dicen los hermanos—, vamos a hacer otro saco grande, para que nos metamos dentro y vos nos pegás un *pechón* para que vayamos al fondo de la quebrada y saquemos mucha hacienda.

Y así hicieron; el tonto los derrumbó y les grita:

—¡Si diablos van a sacar hacienda!

Y como tenía plata y hacienda, quedó rico y así rico lo he dejado allá y me he venido yo para acá.

Informante: Juan Antonio Nieto. 20 años.

Schaquis. Dep. San Blas de los Sauces (La Rioja).

Aarne-Thompson: 1535, 1537, 1119.

Para tipo 1535, *El labriego rico y el labriego pobre*:

Argentina: Acosta 47-48 (episodio III). Di Lullo 235-237.

América: Andrade 14, 15, 16. Espinosa VII, 133. Laval PU 21-22 (episodios III, IV). Mason-Espinosa PRF I, 35; II, 4 a. 4 b. Rael 279, 304, 305, 306, 307, 355.

España: Ampudia 42, 67. Curiel Merchán 86-88. Espinosa 193. Espinosa, Castilla 26.

Para tipo 1537, *El cadáver cinco veces asesinado*:

Argentina: Acosta 45-46.

América: Andrade 3, 5. Espinosa VII, 13. Espinosa SFNM 53. Laval PU 33-36. Mason, Tepecanos 20. Mason-Espinosa PRF I, 40, 41, 75; II, 44; VI, 26, 28. Radin-Espinosa 128. Wheeler 158, 161, 164, 165, 171, 173.

España: Cabal CTA 169-173. Espinosa 176, 189.

Para tipo 1119: cfr. cuento n° 40.

En este relato el protagonista es presentado como tonto, pero en realidad actúa como pícaro y así burla a sus hermanos rivales; se trata de un tipo de cuento muy conocido en nuestro país.

La versión riojana que antecede reúne muchos motivos, que corresponden a los diversos tipos arriba indicados; además, debe incluirse en el tipo I de la clasificación de Espinosa, pues desarrolla los elementos A, A₃, B, C, D₁, E, F, F₃, H, I, señalados en dicho estudio (III, pp. 212-222).

El tema del muerto colocado en distintos lugares tiene también antecedente en el *Patrañuelo* de Timoneda (*Patraña* 3°).

74. FINFA Y FANFA

Había una vieja que tenía un chanco y no lo quería comer; todos los días iba gente a que se lo venda y no quería venderlo.

Un día resuelve venderlo y dice la vieja:

—Antes no lo quería vender y ahora lo voy a vender al que me lo quiera comprar.

Como estaban de fiesta en el pueblo lo llama a un hijo tonto que tenía y le dice que vaya a venderlo al chanco. El tonto lo lleva al chanco y se pone en la calle por donde pasaba la gente a misa.

Pasa un hombre y se lo solicita comprar, y el tonto le dice:

—Antes no lo quería vender, pero ahora lo voy a vender al que lo quiera comprar.

—¿Cuánto vale? —le pregunta el hombre.

—Doscientos pesos.

—Es mío el chancho; tomá cincuenta pesos a cuenta del chancho hasta que yo vuelva de misa para llevarlo.

Así pasaron varios a misa y se interesaron por el chancho y el tonto a todos les vendía; cuando ya no pasaba más gente a misa, el tonto se levanta y se va con el chancho para la casa.

En eso lo sigue un hombre que había estado mirando lo que hacía con el chancho y le dice:

—Vea, amigo, a usted lo van a llevar preso.

—¿Por qué? —le pregunta el tonto.

—Porque usted se ha comprometido con muy muchos y le dieron plata adelantada por el chancho. Si me hace parte de la mitad de la plata que ha recibido, yo le indico cómo se va a defender cuando lo lleven preso.

—Bueno —le dice.

—Cuando la autoridad le pregunte del chancho, usted se va a hacer el loco y va a contestar: Finfa y Fanfa.

Cuando salieron los que le dieron el dinero a cuenta del chancho, no lo encontraron al tonto y lo buscaron y lo hicieron llevar preso. Allá en la policía lo acusaban varios que le dieron dinero a cuenta del chancho.

El policía le pregunta al tonto si era cierto. El le contesta:

—Finfa.

—No se haga el loco; aquí va a decir la verdad —le dice el policía.

—Fanfa.

De ahí no lo sacaban al tonto, de esas dos palabras. Entonces el policía le dice a los compradores que habían tratado con un tonto y que todo era nulo. Los damnificados salieron insultándolo al tonto, y él les contestaba:

—Finfa y Fanfa.

El hombre que le dió la idea para salvarse lo estaba esperando y cuando salió, le dice:

—Vení para que se repartamos el dinero. ¿O lo tenés en la casa?

El tonto le contesta:

—Finfa.

—Dejá de *macanear*, yo te enseñé cómo te vas a defender.

—Fanfa.

Lo siguió hasta la casa para que le dé algo si quiera, y el tonto le contestaba:

—Finfa y Fanfa.

Por último lo echó a pasear el hombre y se vuelve, y el tonto le contesta:

—Finfa y Fanfa.

Y se quedó con el dinero y el chanco.

Informante: Mariano Vergara.

Ciudad de Catamarca.

Aarne-Thompson: 1585.

América: Rael 449.

Este cuento catamarqueño es versión fiel del tipo arriba indicado, cuya síntesis es la que sigue:

"El abogado que tenía un cliente loco. El hombre vende los mismos bueyes a mucha gente. Por consejo del abogado (o del juez), se finge loco ante el tribunal. Cuando aquél le cobra los honorarios, sigue fingiéndose loco".

75. EL MUCHACHO QUE IBA AL MOLINO

Había una señora que tenía un compadre que era molinero. Un día resolvió mandar a su hijo a que llevara unas cargas de harina para hacerla moler, recomendándole que no olvidara de decirle al molinero de su parte que se pagara un puñado de harina por cada almud que moliera. Como el muchacho era de poca memoria y algo inocentón, dispuso para no olvidarse ir repitiendo por todo el camino el mensaje de su madre:

—“Un puñado por cada almud, un puñado por cada almud”.

Mientras viajaba encontró un labrador que estaba arando para sembrar trigo; oyó que el muchacho decía:

—“Un puñado por cada almud”.

El labrador pensó que se refería al resultado de la siembra que estaba haciendo. Entonces lo reprochó y le dijo que más vale debería decir:

—“Dios la bendiga”.

El muchacho de temor siguió diciendo:

—“Dios la bendiga” —tal como le había indicado el sembrador.

Más adelante se topó con uno que llevaba una perra para ahorcarla; oyó que el muchacho decía:

—“Dios la bendiga”.

Entonces también lo reprochó y le dijo que por los animales no se dice así, que lo que podía decir es:

—“¡Pobre!, ¡la llevan a *horcar!*”

El muchacho, que era algo aturdido, siguió su camino repitiendo:

—“¡Pobre!, ¡la llevan a *horcar!*, ¡pobre!, ¡la llevan a *horcar!*”

Después encontró a la hija del rey que iba a casarse y como él iba repitiendo estas palabras, el rey lo amenazó castigarlo porque decía semejante cosa, cuando su hija iba a las bodas, y le indicó que más bien debería ir diciendo:

—“Esa suerte tuvieran todos”.

Siguió su viaje el muchacho y a tiempo que se quemaba la casa de un señor, él iba diciendo:

—“Esa suerte tuvieran todos”.

Entonces el señor le dijo que no se deseaba el mal a nadie y que más vale diga:

—“Dios quiera que se apague”.

Más adelante encontró un cazador que no podía hacer fuego con el último fósforo que le quedaba. Este, al ver que el fósforo se le apagó sin hacer fuego, pensó que la culpa la tenía el muchacho que iba repitiendo continuamente:

—“Dios quiera que se apague”.

El cazador se enfureció y le dijo que se callara y le pegó un puñetazo. Ya iba llegando al molino el muchacho y con lo pasado le dijo al revés al molinero el encargo de su madre:

—Páguese un almud de harina por cada puñado de trigo que muele.

De tal manera, no le alcanzó la harina para pagar el trabajo.

Informante: Nicolás F. Morales. 15 años.

Chaupihuasi. Dep. Pelagio B. Luna (La Rioja).

Aarne-Thompson: 1696.

Argentina: Aramburu, *Urdemales* 101-103.

América: Laval, Carahue II, 21. Mason-Espinosa PRF I, 49, 49 a.

España: Curiel Merchán 29-31; 361-367. Espinosa 190, 191.

Versión de un cuento acumulativo, del tipo *¿Qué hubiera debido decir?* (O hacer), muy conocido en la tradición europea:

"La madre enseña al hijo lo que debe decir en determinada circunstancia; el hijo emplea las palabras aprendidas en los casos más inoportunos, de modo que siempre recibe una paliza".

Esta versión, esencialmente, es un cuento de tontos (un tonto que se equivoca cada vez que habla, por seguir los consejos recibidos al pie de la letra); por eso se incluye en esta sección, ya que predomina el contenido sobre la forma, pues no hay una fórmula fija que se repita en cada episodio.

76. TRES COSAS

Había un tonto que no sabía más que hablar tres cosas.

Una vez había andado en el campo y encontró una persona que estaba muerta y le causó curiosidad y se puso a verla de un costado y del otro; no va y en ese preciso momento llega la policía y le pregunta al tonto:

—¿Quién lo ha muerto a éste?

—Nosotros los tres —contesta el tonto.

De nuevo le pregunta la policía:

—¿Por qué lo han muerto?

—Por una carga i sal —contesta el tonto.

—Marche preso —le dice la policía.

—Es como debe ser —contesta el tonto.

Informante: Mariano Vergara.

Belén (Catamarca).

Aarne-Thompson: 1697.

Argentina: Acosta 63-65.

América: Andrade 289. Espinosa SFNM 75. Laval 29. Mason-Espinosa PRF VII, 14. Rael 69.

España: Ampudia 52. Curiel Merchán 136-137; 191. Espinosa 52.

En el cuento tipo intervienen tres hombres que viajan por un país extranjero y sólo conocen tres expresiones en la lengua del lugar; por el uso inoportuno de esas frases son acusados de asesinato. Esta versión se

diferencia del tipo señalado por el número de personajes: aquí aparece uno solo, un tonto, que no conoce nada más que tres expresiones de su lengua. El resto del cuento no ofrece otras variantes.

77. EL PELADO Y EL REY

Había un pelado que trabajaba en la casa de un rey y éste tenía dos perros muy bravos que no lo dejaban entrar al palacio. Un día el pelado pilló una liebre y al llegar a la casa del rey, la puso en el sobaco y golpeó las manos. Salieron los perros enojados para morderlo, toreando; entonces les soltó la liebre y los perros la corrieron. Al sentir la bulla salió el rey y le preguntó:

—¿Qué es lo que cuerren los perros?

—Lo que les hi largado —le dice el pelado.

—¿Y qué es lo que van corriendo?

—Lo que les hi largado.

Y así lo tenía el pelado al rey.

Entonces el rey le dice:

—Bueno, te vas a ir, pelado, a sacarle leche a la vaca que está en el corral.

—Bueno.

El pelado pidió un balde y se fué a *lechar*; al llegar al corral da con que es un toro. Vuelve corriendo y le dice:

—Señor rey, deme permiso para irme a la casa de mi padre, porque está enfermo de parto.

Y le dice el rey:

—¡Tonto! ¡*Ande* ves que los hombres se enfermen da parto!

—¡Más tonto será usted! ¡*Ande* ve que a los toros se les saque leche!

Informante: Segunda Alaniz. 56 años.

Santa Cruz, Famatina (La Rioja).

Thompson: H. 952 - H. 1024. 1 - H. 1024. 1. 1. 1.

Al tonto de este cuentito se le encomienda la realización de una tarea absurda; para evadirse, da una respuesta más absurda aún.

3. Varios

78. SAN CRISPIN Y EL DIABLO

Una vez San Crispín y el diablo compraron un campito en sociedad, y lo iban a sembrar. El diablo dijo:

—Hagamos un trato: vos lo sembrás y yo me quedo con lo que crece del suelo para arriba, y vos lo que crece del suelo para abajo.

Y San Crispín lo sembró de papa, y cuando llegó el momento de la cosecha, le dió las plantas al diablo y se quedó con las papas que llenaron unas cuantas bolsas.

Entonces el diablo se puso furioso y dijo:

—Esta vez no me vas a embromar; yo me voy a quedar con lo que crece para abajo de la tierra y vos con lo que crece para arriba.

Y San Crispín fué y lo sembró de trigo. Y cuando llegó el momento de la cosecha se embolsó el trigo y le dejó el rastrojo.

El diablo se enojó más y le dijo:

—Vamos a hacer otro trato. Esta vez lo voy a sembrar yo, y si vos en tres veces no adivinas lo que yo he sembrado, el campo va a ser mío, y si adivinas, tuyo.

Y sembró algo que cuanto más crecía, menos lo conocía San Crispín.

Llegaron los días fijados para adivinar. San Crispín dijo:

—¿Son porotos?

—Erraste... vas mal —dijo el diablo.

Al otro día:

—¿Son chauchas?

—Tampoco. ¡Me parece que el campito es mío!

Entonces San Crispín le pide dos días de plazo para adivinar y pensar el último nombre, y el diablo se los da.

Esa misma noche San Crispín va y le pisa el sembrado, y a la noche siguiente primero se mete en una barrica con miel, y así disfrazado va a revolcarse en cuatro patas al sembrado del diablo que estaba escondido esperando pescar al que le rompía las plantas.

Al ver ese bicho tan raro, el diablo se asustó y gritó:

—¿Quién es el animal que me está destrozando mis lentejas?

San Crispín dejó que repitiera el nombre para estar seguro y después se escapó siempre en cuatro patas, y el diablo no se animó a seguirlo.

Al otro día en cuanto San Crispín vió al diablo le dijo:

—Ya sé, son lentejas.

Y el diablo sólo le pudo contestar:

—¡Me *fumaste!*

Informante: Eugenio Larramendy.
Maipú (Buenos Aires).

Aarne-Thompson: 1030, 1091.

Para tipo 1030: cf. cuento n° 68.

Para tipo 1091:

Argentina: Di Lullo, 218-219.

España: Cabal CTA 114.

Este cuento reúne dos temas distintos. El primero es *El reparto de la cosecha*, ya comentado en la nota al cuento n° 68.

El otro es el tipo:

“¿*Quién puede presentar un animal nunca visto?* El hombre manda a su esposa desnuda, en cuatro pies, cubierta con alquitrán y plumas”.

En esta versión, San Crispín —que ha hecho la apuesta con el diablo— es el disfrazado. El desarrollo de este episodio corresponde a la variante consignada por Aarne-Thompson: el diablo, involuntariamente, pronuncia el nombre de la planta secreta, motivo de la adivinanza.

79. LA MUJER TRAICIONERA

Había una señora que se hacía la enferma y los médicos no la podían curar. Siempre la visitaba un fraile, cuando no estaba el marido.

El marido de verla a la muerte a su mujer, resolvió ir a buscar chirlones al mar, a ver si con eso sana.

El diablo, compadecido de este hombre, lo topa en el camino y le dice:

—¿Para dónde va, compadre?

—A traer chirlones de la mar para curar a mi mujer.

—Tu mujer no tiene nada; se hace la moribunda para

quedar a solas con el fraile. Mirá, metete en este saco de cuero y yo te voy a llevar a tu casa y voy a pedir permiso para dejar este saco en parte segura. De ahí vas a saber la verdad; pero la mula baya que ensillas va a ser para mí.

—Está bien, compadre —dijo el hombre.

Llega el diablo a la casa, pide alojamiento y sale la mujer del compadre y le dice:

—Pase, compadre.

—Permítame, comadre, que ponga este saco de cuero en lugar seguro y adonde lo esté viendo yo.

—Muy bien, compadre, póngalo en el comedor.

Llegó la hora de la cena y llega el fraile y se sienta a la mesa. Después de comer, dice el diablo:

—Cada uno de nosotros va a echar una relación; que empiece la comadre.

—Está bien, compadre.

Mientras tanto, el esposo ya no aguantaba más de permanecer en el saco y el diablo le hacía señas que aguante hasta el fin.

Dice la señora:

—Mi marido se fué al mar
en busca de unos *chirlones*;
ojala venga o no venga,
con un fraile tengo amores.

El fraile:

—Soy un triste y pobre fraile,
que me andoy por los rincones
y gracias a mis amores
como muy buenos capones.

El demonio, dirigiéndose al compadre:

—Vos que estás en el bolsón,
atajáte esa razón.

El marido:

—Vos que aura me ganaste
la mula baya,

atajame ese fraile
que no se vaya.

Informante: Aurora de Gerván.

Belén (Catamarca).

Aarne-Thompson: 1360 C.

Argentina: Draghi Lucero 191-194.

España: Ampudia 108, 109, 110.

Este relato, versión del tema *El marido escondido*, corresponde a la variante C:

"El marido se ha ido de su casa. Como sospecha de su mujer, se hace llevar de vuelta dentro de una canasta y encuentra a su esposa divirtiéndose con el cura. Estos últimos dicen versos acerca de la ausencia del marido y de lo bien que lo pasan. Desde el escondite, el marido contesta también en verso".

En nuestra versión interviene el diablo en ayuda del marido engañado. El cuento cuyano de Draghi Lucero (*La flor de vira vira*) es muy semejante; en lugar del diablo, interviene un compadre del marido.

80. LOS HERMANOS Y LOS VIEJOS

Dos hermanos salieron a rodar tierra y llegaron a la casa 'e una pareja 'e viejos conócios, que les dijeron se quedarán a comer y dormir con ellos.

—Tenimos *sanco* —les dijo la vieja.

Ellos aceptaron. Después de conversar se sentaron a comer y la dueña 'e casa les sirvió bastantito y les dijo:

—No vayan a andar con cumplidos; si quieren más pidan.

—No, no, estamos satisfechos —contestaron, porque les daba vergüenza pedir más.

Ellos habían estao viendo donde guardaban la olla 'el sanco porque pensaron comer más cuando los otros dormían.

Al rato se jueron todos a acostar. Después uno 'e los mozos se levantó y le dijo al hermano:

—Esperá que ahora traigo *sanco* pa' comer.

Buscó la olla y al volver se equivocó 'e pieza y entró adonde dormían los dueños 'e casa. Se acercó a la cama. La vieja dormía de costao, con la falda 'e la camisa levantada.

El creyó que era la cara 'el hermano; entonces sacó un puñao 'e la olla y le echó en la "boca", diciendo:

—Tomá, comé. ¡No soplés! ¡No soplés! que está frío —le decía, porque creía que era el hermano que soplabá.

Pero "el otro" seguía soplando y él se enojó porque pensó que el hermano no le recibía el *sanco*.

En eso la vieja se despertó y se sintió sucia.

—¡Viejo, m'hi hecho en la cama! —le dijo al marío.

—¡Salí, vieja puerca!, ¡andá limpiate!

El mozo se dió cuenta que se había equivocado 'e pieza y en el apuro pa' irse metió la mano en la olla y no la pudo sacar. Empezó a dar vuelta por la pieza buscando cómo salir y sacar la mano 'e la olla. En eso halló la puerta y salió; vió un bulto cerca y creyó que era un tronco, entonces le dió un garrotazo con la olla y la partió. Resultó que era la vieja que se había levantao.

—¡Viejo, no me pegués que ya me estoy limpiando!

Recién entonces se orientó el mozo y se jué a la pieza donde estaba el hermano. Le contó lo que le había pasao y dispararon los dos sin despedirse.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frías (Santiago del Estero).

Boggs: 1363 * A.

América: Andrade 8. Rael 289.

España: Ampudia 63.

Cuento clasificado por Boggs sobre la base de la versión asturiana de Aurelio de Llano Roza de Ampudia. En los relatos hispanoamericanos arriba indicados interviene el pícaro Pedro de Urdemales.

81. CINCO HUEVOS

Había una vieja y un viejo que eran muy pobres y un día se consiguieron cinco huevos. Los pone la vieja a hervir y le dice al viejo:

—¿Sabís, viejo, que yo voy a comer tres?

—No —dice el viejo—, yo voy a comer tres y vos dos.

Seguían discutiendo los viejos; entonces alza la vieja una cuchara para sacar los huevos del tarro en que estaban hir-

viendo. Al sacar la vieja los huevos del tarro, rápido el viejo quiere levantar tres; ya la vieja se había enojado y le dice:

—¡Que no entendís, viejo, que vos vas a comer dos!

En eso levanta un palo de leña la vieja y le acomoda un garrotazo por la nuca al viejo; ahí no más *paró las patas* y se muere el viejo. La vieja se asusta de ver que lo mató al viejo y dice:

—¡Dios mío, lo he muerto a mi viejo por los huevos! ¿Qué hago? Es vergüenza si digo que yo lo he muerto. Voy a salir dando gritos y llorando diciendo que mi viejo se ha muerto para que sientan los vecinos.

Entonces la vieja sale gritando y agarrándose la cabeza:

—¡Mi viejo se ha muerto!

Ya sintieron los vecinos y venían corriendo a ver.

—¿Y qué le ha pasao?

—Se ha muerto mi viejo.

—¿Qué le ha pasao?

—Aquí hemos estao y se ha caído muerto.

—Bueno —dicen los vecinos—, hay que velarlo.

Ya prepararon un catre y lo pusieron al viejo y lo rodiaron de velas; lo velaron toda la noche y llegó la hora que tenían que sepultarlo. Ya llegó la hora y no vivía el viejo y dice la gente:

—Hay que llevarlo no más.

Lo llevaron al cementerio y le hicieron la sepultura. Cuando lo soltaron al viejo en la sepultura, lo soltaron fuerte y le sonó el espinazo. Como había estado descompuesto no más, con ese golpe vivió el viejo y se endereza arañando la sepultura y dice:

—Yo voy a comer tres, vieja.

Y salió la gente disparando a avisarle al cura:

—Esa alma está condenada; quiere comer a tres.

De allá se viene el cura y trae agua bendita; llegan a la puerta del cementerio y lo ven al viejo, sentao ya.

Llega el cura y lo habla; lo comenzó a rociar con agua bendita y le dice:

—¿Qué le pasa? ¿A cuáles tres se va a comer?

Le contesta el viejo:

—No, padre, tres huevos son los que quiero comer yo.

—¿Qué huevos son los que va a comer?

—Unos huevos que estaba haciendo hervir mi vieja y hemos estao discutiendo: ella quería que coma dos y yo quería comer tres, y en eso hemos estao y no sé más.

—Vamos a su casa.

Lo hicieron parar, le limpiaron la cara al viejo y lo llevaron a entregarlo a la vieja.

Cuando ve la vieja que volvía el cura y la gente y le dicen que le traían el viejo de vuelta, se puso contenta y se secó los ojos.

Se va la gente y le dice el viejo:

—¿Y de ahí, vieja, y los huevos?

Como la vieja había estao asustada no los había comido y le dice:

—Aquí están, viejo, los huevos.

Los saca y los pela, y el viejo hizo su gusto de comerse los tres, y la vieja tuvo que comer dos.

Informante: Cesaria Sánchez de Roja.
Collagasta (Catamarca).

Boggs: 1365 * D.

América: Andrade 286. Mason-Espinosa PRF II, 53. Rael 77.

España: Ampudia 93. Curiel Merchán 282-283.

Es una variante hispánica del tema de *La esposa porfiada*:

“Marido y mujer discuten porque cada uno quiere comerse dos de los tres huevos que poseen. Como la mujer insiste, el marido finge morirse pero ni en el funeral cesa la discusión. Cuando van a enterrarlo la mujer cede y él sale gritando: «¡Me como dos! ¡Me como dos!» La gente asustada echa a correr, pero un cojo que iba rezagado clama: «¡A mí no! ¡A mí no!»

82. LA MADRE QUE PEDIA A SAN CRISTOBAL NOVIO PARA SU HIJA

Viendo la madre que ya la hija iba *quedando para vestir santos*, resuelve un día ir a suplicarle a San Cristóbal que le conceda la gracia de dar un novio para su hija que ya estaba moza.

Va a la iglesia y se arrodilla delante del Santo y con todo fervor le dice:

—San Cristobalito:
esas tus manitos,
esas tus patitas,
boca de rosa.
Dámele marido a mi hija,
que ya está moza.

Siempre iba con la misma súplica al Santo y un día el Santo le concede la gracia pedida.

Se casa la hija y el marido le resultó muy malo y la maltrataba de toda forma; ¡ya no era vida la que pasaba.

Viendo esto la madre se va a la iglesia a darle las quejas a San Cristóbal y le dice de esta manera:

—San Cristobalazo:
esas tus manazas,
esas tus patazas,
boca de cuervo.
Conforme tu boca
es mi yerno.

Informante: Aurora de Gervan.
Belén (Catamarca).

Boggs: 1476 * B.

América: Aponte 107-116.

España: Ampudia 61. Cabal 203. Espinosa, Castilla 5.

En el cuento clasificado por Boggs como variante * B del tipo *La oración para conseguir marido*, el sacristán de la iglesia, escondido detrás del altar, oye el ruego de la madre y le aconseja casar a su hija con el sacristán, es decir, con él mismo. En esta versión de Catamarca no interviene directamente el elegido luego como marido; pero resulta igualmente tan malo como el sacristán del cuento tipo.

83. DON FELIPE TUERTO

Don Felipe Tuerto tenía una higuera y los muchachos le robaban las brevas de noche; le armaron trampas en el camino por si don Felipe Tuerto iba a ver quién andaba por las brevas.

A deshora de la noche vienen los muchachos y se trepan

a la higuera a robar brevas. Don Felipe Tuerto había sentido ruidito y se levanta a ver quién andaba; a los golpes llega hasta la higuera y siente una voz que dice:

—Anima animera.

Contesta otro:

—Trepate a la higuera.

Y otro de los changos dice:

—Anima de la arca,
pasate a la otra *paica*.

Mientras tanto, don Felipe Tuerto estaba mudito de miedo. Al rato dice otro:

—¿Hasta cuándo pena?

Y le contesta otro:

—Hasta que estén las alforjas llenas.

Y por último dice otro:

—Antes cuando estaba vivo
sabía venir a comer higos;
ahora que estoy muerto
lo llevemos a don Felipe Tuerto.

Eso no más alcanzó a sentir don Felipe y salió disparando a los golpes, y no quiso volver más a cuidar la higuera.

Informante: Venancio Cuello.

La Carrera (Catamarca).

Boggs: * 1532.

Argentina: Aramburu, Urdemales 27-31. Carrizo, La Rioja 858.

Jijena Sánchez, n° 22.

América: Rael 50, 475.

España: Ampudia 60.

Tipo nuevo incluido por Boggs en su clasificación de los cuentos españoles; para el mismo tomó como base el relato asturiano de Ampudia. Es muy conocido en nuestro país; la versión argentina incluida no di-

fiere de la síntesis del tipo, que es la siguiente: Unos muchachos saquean los higos de una higuera. El granjero pasa la noche siguiente cuidándola. Los muchachos llegan cubiertos con sábanas y diciendo que se comían los higos cuando estaban vivos, y que ahora, muertos, vienen por el hombre. Este huye y los muchachos se comen los higos.

84. LOS TRES HERMANOS

Había una vieja que tenía tres hijos. Los dos mayores le tenían envidia al menor porque era el mimao. Un día, el más chico oyó que lo querían matar; los hermanos decían:

—No lo vamos a confundir porque mama duerme con el pañuelo atao en la cabeza.

Entonces el menor le pidió a la madre que le diera el pañuelo p'atarse la cabeza; ella se lo dió y él se ató la cabeza. Después se acostaron, porque siempre dormían en la misma cama.

La noche era muy oscura, los hermanos se confundieron y la mataron a la madre.

Al día siguiente muy temprano el más chico la llevó a la madre a un pueblo cercano. La sentó en el brocal del pozo, donde quedó como dormida, y él se jué a ofrecer pa' sacar agua. Cuando volvía al pozo un hombre rico 'el pueblo se acercó al brocal pa' sacar agua, y al agarrar el balde la golpió a la vieja y la tiró adentro 'el pozo. El hijo se puso a llorar y gritaba:

—¡Mi mama si ha ahogao, si ha caido adentro 'el pozo!

Entonces el hombre le dió no sé qué tanto 'e dinero pa' que no diga nada, y el mozo se volvió a su casa.

Cuando los hermanos lo vieron con plata le preguntaron qué había andao haciendo. El les dijo que habían sabío comprar muertos y les mostró toda la plata que tenía.

Entonces los hermanos se largaron a matar gente y salieron por la calle, gritando:

—¿Quién compra muertos, quién compra muertos?

Claro, los pusieron presos a los hermanos y ellos prometieron vengarse cuando salieran de la prisión.

Cuando salieron, volvieron a la casa. Allí habían sabío tener un cuero 'e ternero *estaqueao*, guardao en en la pese-

brera. Y entonces agarraron al menor, lo pusieron adentro 'el cuero, lo cosieron, lo tiraron al río y se fueron.

Por suerte no era muy hondo el río en el lugar donde había caído, y no se hundió. El menor se puso a gritar:

—¿Quién quiere ir a la gloria? ¿Quién quiere ir a la gloria? ¿Quién quiere ir a la gloria?

En eso pasaba un pastor con un montón de ovejas y cabras; cuando lo oyó gritar dijo:

—Yo, yo quiero ir a la gloria.

—Bueno, vení, sacame. ¡Vieras qué lindo es ir a la gloria!

Entonces el pastor lo sacó y el menor lo metió al pastor adentro 'el cuero, lo volvió a coser y lo tiró adentro 'el río, donde se ahogó.

El mozo se quedó con todas las ovejas y cabras, con la cantidad de animales que eran. Y después volvió pa' las casas.

Cuando los vió a los hermanos, les dijo:

—¿Vieron? Más adentro 'el río me hubieran tirao, más ovejas hubiera sacao.

Los hermanos, como lo vieran con tantas ovejas y cabras, quisieron hacer lo mismo y le pidieron que los tirara al río. El los metió en dos cueros y los tiró adentro 'el río, en lo más hondo. Los hermanos se ahogaron y él se quedó con todo.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frías (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 1119, 1537, 1535.

Para la bibliografía, cfr. cuento n° 73.

Esta versión santiagueña presenta motivos semejantes a los del cuento *Un tonto con dos hermanos entendidos*. Aquí también aparecen tres hermanos; los dos mayores son igualmente rivales del menor, en este caso porque es el mimado, y no un tonto como en cuento 73. La versión precedente tiene menor número de motivos que la ya analizada, y el orden de los mismos es diferente. Se pueden señalar los elementos F, F₃, H, I de la clasificación de Espinosa (III, pp. 212-222).

85. EL CURA Y EL PAISANO

Iba una vez un cura de viaje acompañado de un paisano y encontraron un quirquincho; lo pillaron, resolviendo dejarlo asado para desayuno del día siguiente.

El cura, a quien le gustaban mucho, pensó en comerlo él solo y le propuso al paisano que lo comería el que esa noche tuviera un sueño mejor.

El paisano comprendió las intenciones del cura y en la noche, en cuanto lo sintió dormido, se levantó y comió todo el quirquincho.

Al día siguiente muy temprano el cura fué el primero en despertarse y hablar a su compañero de viaje, diciéndole:

—Hijo, vamos a ver cuál ha tenido un sueño mejor. Yo he soñado que me moría y que venía un coro de ángeles a llevarme a la gloria. Y vos, hijo mío, ¿qué has soñado?

—¡Qué casualidad, mi padre! Yo he soñado también que se había muerto usted, padre, y que venía un coro de ángeles y lo llevaba a la gloria. Y yo me quedé mirando que lo llevaban, que lo llevaban... Cuando se perdió de vista, dije: “¡Pa’ qué quiere quirquincho mi padre!”; me levanté y me lo comí.

Informante: Juan Isidro Lucero. 108 años. Enviado por la señora María Isolina García de Aguilar, directora de la escuela n° 45 de Alanices (San Luis). Legajo n° 6.

Aarne-Thompson: 1626.

América: Rael 87.

España: Folklore Andaluz 133.

Muy buena versión del tipo indicado, *El pan del sueño*:

“El sueño más extraordinario. Tres peregrinos convienen en que aquel que tenga el sueño más admirable, se comerá el último pan que les queda. Uno se lo come y declara que soñó que los otros estaban muertos, por lo que pensó que no iban a poder comerlo”.

En este cuento anotado en San Luis, del que no conocemos antecedentes argentinos, son dos los actores y no tres como en el modelo.

86. JUAN CHIRIMOTE, QUE MATA SIETE DE UN GOLPE

Había una vez un zapatero llamao Juan Chirimote. Un día lo molestaban las moscas y se enojó mucho; dió un puñetazo y mató siete de un golpe. Entonces puso un cartel en la puerta, que decía:

"Juan Chirimote mata siete de un golpe".

El rey del pueblo estaba en guerra porque lo habían desafiao de un país vecino y le habían avisao que iban a pelear con ellos. Por eso andaba buscando gente pa' su ejército. Pasó frente a la casa de Juan, vió el cartel y lo mandó llamar p'aumentar su gente:

—¿Vos matás siete de un golpe?

—Sí —contestó Juan, pero no dijo qué mataba.

—Bueno, vos me vas a defender; te vuá dar un batallón pa' que vos dirijás.

Juan aceptó. Al otro día se presentó al palacio y le dieron la cantidá 'e soldaos que tenía que mandar y pa' que montara un caballo elegío, que no pisaba en el aire.

Salió al frente del ejército, y ya venían los enemigos pa' peliar. Los enemigos miraban desde lejos y veían que los de Juan Chirimote eran más, y decían:

—¡Son muchos pa' nosotros! ¿Por qué vamos a hacer matar tanta gente?

Cuando sonaron las trompetas anunciando que principiaba la batalla, el caballo 'e Juan se salió 'e las filas y comenzó a pararse en dos patas. Los enemigos decían:

—¡Cómo será de valiente! ¡Se viene, se corta solo! ¡Son muchos!

Juan, muerto 'e miedo porque nunca había subío a caballo, gritaba:

—¡Me caigo, me caigo!

Y los soldaos de él entendían:

—¡Encaren, encaren! —y avanzaban.

Los enemigos dieron la vuelta y se volvieron; no quisieron peliar.

Juan y sus hombres se volvieron al palacio 'el rey. Lo

recibieron con banda 'e música y lo llevaban en andas, porque los había salvao y librao del enemigo.

Entonces el rey le pidió que lo vuelva a defender, porque había un gigante que hacía tiempo le comía todas las vacas; el rey le dijo:

—Me tenís que sacar de otro apuro. Cada tanto mando gente pa' que eche un gigante que me come las vacas y ninguno vuelve. Tenís que ir vos.

—Bueno —dijo Juan.

El rey lo hizo acompañar con soldaos y lo dejaron en el lugar donde bajaba el gigante 'e las serranías.

Juan se quedó bajo un algarrobo y se puso a esperar. Estaba sentao cuando sintió que temblaba la tierra: era que ya venía el gigante.

—¿Qué venís a hacer vos?

—Vengo a defenderlo al rey, porque usté le come los animalitos que tiene.

Entonces el gigante le dice:

—Vamos a hacer una apuesta. El que tire más lejos la lanza, va a ganar.

El gigante tiró y la lanza jué muy lejos. Le tocó a Juan y dice:

—Volá, volá lanza
y pegale en la panza
a la madre 'el gigante.

—¡No, eso no! ¡Cualquier cosa menos matar a mi madre! —gritó el gigante, muy asustao.

Juan insistió que mataría a la madre 'el gigante si no se iba y él juró que no iba a comer más los animales; el gigante se jué.

Cuando volvieron los soldaos lo encontraron a Juan bajo el árbol, sentao lo más tranquilo.

—¿Y decían que era tanto trabajo? Ya lo eché al gigante; no va a volver más —dijo Juan, pero no contó cómo había hecho.

Juan Chirimote lo embromó al gigante y el rey lo recompensó por salvarlo otra vez.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.
Frías (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 1640, 1063.

Para tipo 1640:

América: Andrade 175, 176, 177. Arellano 127, 128. Espinosa SFNM 64. JAFL XXXI, 475-476. Mason-Espinosa PRF II, 20. Rael 337, 338, 339, 341. Wheeler 177.

España: BTPE I, 121-125. Curiel Merchán 112-115. Espinosa 194, 195. Sánchez Pérez 80.

Para tipo 1063:

América: Laval PU 48-49.

Es el cuento titulado *El sastrecillo valiente* en el índice de Aarne-Thompson, registrado en Europa, en Africa y entre los indios de Norte América, y muy conocido también en la tradición hispánica. La prueba que el "héroe" realiza exitosamente corresponde al tipo 1063: *¿Quién arroja la clava de oro más lejos?*

87. EL CUENTO DE LOS BUÑUELOS

Había una vez dos viejitos, muy pobrecitos. Cerca de su casa se encontraba un bosque donde ellos juntaban leña. Un día encontraron dos mulas cargadas con dos maletas de oro. La viejita, más prudente que su marido, creyó conveniente ocultar las maletas y llevarlas a su casa; a escondidas de su esposo enterró el oro, para ir sacando de él lo necesario para la vida.

Pero a fin de que el viejito, que era muy conversador, no pudiese descubrir el tesoro que poseían y los libraba de la miseria, pensó la vieja mandarlo a la escuela. Se fué a la casa del maestro y le ofreció oro en peso, si recibía al viejo en sus clases, por un tiempo. El maestro, a pesar de la edad del viejo, lo recibió como alumno.

Entre tanto la vieja formó su plan. Un día hizo freír muchísimos buñuelos, que luego puso en todo el camino de la escuela, como si hubiese sido efecto de una lluvia. Ella sabía que el viejito era muy goloso y se entretendría en juntarlos.

Así sucedió. Al volver el viejo de la escuela a su casa, y encontrarse con tantos buñuelos, alzó muchos de ellos y se ensució el traje.

Cuando llegó a su casa la invitó a la viejita para ir a

juntar más. Pero ella lo castigó, sacándolo de la escuela y diciéndole que no necesitaba ir en busca de buñuelos, pues ese día había llovido buñuelos y ella había recogido muchos. El viejo, inocente, creyó las palabras de su mujer.

Un día, después de algunos meses, estaba el viejo a la puerta de su casita tomando el sol. En ese momento pasó el dueño de aquel oro que los viejitos habían encontrado; andaba buscándolo y le preguntó al viejo:

—Dígame, ¿no ha oído decir usted si hace un tiempo alguien encontró dos mulas cargadas con dos maletas de oro?

—¡Ah! Sí, señor; yo lo encontré a ese dinero.

En eso salió la vieja, y oyendo de qué se trataba, le dijo al recién llegado:

—No le crea, señor. Este viejo ha perdido sus sentidos: está loco.

—Pero, vieja —le dijo el marido—. ¿No te acordás cuando yo iba a la escuela?

—¿Ve, señor —dijo la vieja—, que está loco? ¿Cuántos años hará que él ha ido a la escuela?

—Pero, vieja, ¿no te acordás del día que llovió buñuelos?

—¿Se convence, señor, que este viejo está loco?

—Sí, señora —dijo el dueño del tesoro perdido—. Adiós. Y se marchó, y la vieja se quedó con todo el oro.

Y colorín colorado, el cuento está acabado.

Informante: Damiana Almeyda de Legor, maestra de la escuela n° 105 de Tandil (Buenos Aires). Legajo n° 65.

Boggs: 1696 * A.

Argentina: Acosta 66-68; 74-77. Carrizo, Alpatauca 19. Di Lullo 205-208.

América: Dufourq 287-288. Farfán 32. Rael 331. Villalba 220-221.

España: Curiel Merchán 303-305; 370-372. Espinosa 182, 183. Espinosa, Castilla 20.

Es el cuento de la *Lluvia de buñuelos*, muy popular en la tradición hispánica; la síntesis de Boggs dice así:

“Un tonto mientras cuida sus ovejas encuentra una bolsa con dinero. Un burro rebuzna delante de las velas. La esposa arroja buñuelos; el tonto cree que llueven buñuelos. Le dice a las personas que perdieron el dinero, que él lo encontró. La esposa trata de probar que está loco, aludiendo al burro que dice misa y a la lluvia de buñuelos”.

En nuestra versión no aparece el motivo del burro que dice misa; figura, en cambio, la concurrencia del viejo (el tonto) a la escuela, motivo que se da también en las versiones argentinas arriba citadas.

88. UN SORDO Y UN VIAJANTE

Una vez un sordo, al ver aparecer a un viajante, pensó lo que le iba a preguntar el viajante, y decía:

—Me va a preguntar: ¿arando con bueyes tan chiquititos y el rastrojo tan grande?

Entonces yo le voy a contestar: Son chicos, pero aran bien.

—Después me va a preguntar: ¿cuánto de semilla entra en el rastrojo?

—Yo le voy a contestar: fanega y media.

—Después me va a preguntar si la yegua es mía: yo le voy a contestar que la potranca también.

—Después me va a preguntar: ¿por dónde es el camino?

—Yo le voy a decir cañada abajo.

Mientras el sordo estaba pensando lo que le iba a preguntar el viajante y lo que le iba a contestar, llega éste y le dice:

—Buenos días, amigo.

—Son chicos pero aran bien —le contesta el sordo.

Entonces el forastero le dice:

—Pero, ¿está sordo, amigo?

—Fanega y media —contesta el sordo.

El forastero le dice, un poco enojado:

—¡Mier... había tenido en las orejas!

—La potranca también.

El forastero, viendo que era inútil seguir preguntándole nada al sordo, al retirarse le dice:

—¡Andate a la mier..., sordo 'el car...!

—Por ahí, cañada abajo —le responde el sordo.

Informante: Gregorio Alvarez.

Las Juntas (Catamarca).

Aarne-Thompson: 1698 J.

Argentina: Mercado 209 (2 versiones).

América: Rael 72.

España: Folklore Andaluz 132-133.

Este cuento, versión del tipo *Los sordos y sus respuestas desconcertadas*, corresponde a la variante J: "El trabajador contesta a las cortesías del viajero con observaciones sobre su trabajo".

89. EL SASTRE, EL ZAPATERO Y LOS LADRONES

Hace ya mucho tiempo había un pobre sastre que debía dinero a todo el mundo. Le debía al carnicero, al panadero, a la tienda, al almacenero, al verdulero, al boticario, al médico y al zapatero. Ganaba con su oficio muy poca plata y eso no le alcanzaba ni siquiera para poder vivir en la forma más modesta. Cada día más amargado por eso, decidió una vez hacerse el muerto, para que todos los vecinos acreedores le perdonen sus deudas.

Al recibir la noticia, que corrió en seguida de boca en boca, la gente del lugar se sintió conmovida y se olvidó de los reales que tenían que cobrarle al pobre sastre. El único que se negó a perdonar fué el zapatero del pueblo, avaro y testarudo.

—A mí me debe un real y me lo va a pagar por más muerto que esté —dijo—. Me lo va a pagar como que hay un solo Dios verdadero.

De acuerdo a la costumbre de aquella época, los amigos del sastre llevaron a la noche su cadáver para ser velado en la iglesia, hasta que llegara la hora de ir a sepultarlo en el cementerio. El zapatero se fué a la iglesia, se arrimó al cajón donde estaba el sastre y le gritó:

—¡Dame mi real, dame mi real!

En eso estaba, cuando al sentir la llegada de unas cuantas personas, el zapatero se apresuró a esconderse en un confesionario. Los que llegaban eran unos ladrones que venían a repartirse allí el dinero que habían robado en sus andanzas. Lo hicieron en siete montones, uno de más, porque ellos sólo eran seis.

—¿Para quién es el montón de más? —preguntó uno.

—Para el que le dé al muerto una puñalada en la barriga —le respondió el jefe.

Al oírlo, el ladrón que había hecho la pregunta dijo:
—Yo se la daré.

Se acercó así al muerto, y ya le iba a clavar su cuchillo, cuando el muerto se levantó de un gran salto, gritando:

—¡Ayudemén los difuntos!

—¡Allá vamos todos juntos! —contestó el zapatero desde su escondite del confesionario.

Entonces los bandidos, temblando de miedo, se olvidaron del reparto del dinero y salieron de la iglesia corriendo como avestruces perseguidos.

Mientras tanto el zapatero le decía al sastre:

—Ahora dame mi real, dame mi real.

El sastre, que se había apoderado de todo el dinero de los ladrones, no quería dárselo y el zapatero le repetía con rabia:

—¡Dame mi real, dame mi real!

Uno de los bandidos, el más valiente de todos ellos, se detuvo en su carrera y le dijo a los otros:

—Esperen, esperen aquí. Yo voy a ver qué es lo que pasa allá en la iglesia.

La casualidad quiso que llegara a ella en el mismo instante en que el zapatero le decía al sastre:

—¡Dame mi real, dame mi real!

Entonces el ladrón salió nuevamente a todo escape y llegó y le dijo a sus compañeros tartamudeando todavía del tremendo susto que se había llevado:

—¡Sigamos, sigamos corriendo, que allá se están repartiendo el dinero todos los difuntos a razón de un real por barba!

Informante: Leandro Fernández Rodríguez Romano. 69 años.
Santo Tomé (Corrientes).

Boggs: * 1716.

América: Andrade 270, 271, Rael 312.

España: Ampudia 80. Cabal CTA 161-163. Curiel Merchán 287-288.

Espinosa 174. Espinosa, Castilla 1. Sánchez Pérez 72.

Es el cuento del sastre que no puede pagar sus deudas y se finge muerto para lograr que sus acreedores le perdonen las deudas. Es relato hispánico, estudiado por Espinosa en el tomo III de su conocida obra (pp. 61-62). La anterior versión correntina reúne elementos A, B, C y D de la clasificación de Espinosa.

90. LA SIRVIENTA Y EL CURA

Un cura, antes de ir a misa cantada, le dijo a la sirvienta que le prepara una gallina y no le dijo cómo la iba a preparar.

La sirvienta, no hallando qué hacer, fué a decirle al sacristán que estaba tocando el armonio, que le pregunte al cura cómo iba a preparar la gallina.

El sacristán, sin dejar de tocar el armonio y cantando, le dijo al cura:

—Ha hecho decir la sirvientaaaa
qué le echa a la gallinoriaa.

El cura le contesta

—Decile a esa tonta 'i m...daaa
que le eche unos arrosorioooo,
tomates y cebollorioooo,
y que no le eche ajisorioooo
porque me va a hacer arder
el seculo seculoorioooo.

El sacristán le contesta:

—Aaamen.

Informante: Santiago Vilca.

Chaquiago, Andalgalá (Catamarca).

Boggs: 1831 * B.

América: Rael 422.

España: Ampudia 97. Cabal CTA 221.

Historieta que corresponde al grupo de "Chistes sobre curas", incluidos en el índice de Aarne-Thompson entre los números 1725 y 1874. La versión anterior corresponde a la clasificada por Boggs como variante del tipo *El cura y el sacristán durante la misa*; la síntesis consignada en el *Index of Spanish Folktales* dice así:

"Un cura, durante la misa, canta las instrucciones a su cocinera para preparar la comida".

Para disfrazar el diálogo, el cura y el sacristán cantan salmodiando; ésta es una característica común a muchos chistes de este grupo.

91. EL CURA Y EL MUCHACHO

Había una vez un cura y un muchacho de quince años que quería entrar pupilo, y el cura le dijo que podía entrar, pero tenía que pagar. Como el muchacho no podía porque era huérfano, le dijo que se ganaba los garbanzos para él solo, y el cura le preguntó qué trabajos sabía hacer y dónde vivía. El muchacho le contestó que sabía trabajos de campo; el cura le dijo que le ordeñe la vaquita, le haga la quinta y él le daría pupilaje gratis.

Bueno, el cura se fué a enseñar la casa, y el muchacho le dice:

—Padre, ¡qué hermosa parva tiene!

—Sí, tenés razón, pero no se llama parva, se llama “Vitoque”.

—Padre, voy a cerrar la canilla, que está perdiendo agua.

—Sí, tenés razón, pero no se llama agua, se llama “Paciencia”.

Bueno, fueron a la cocina y el muchacho le dijo:

—Padre, ¡qué gato más fiero tiene!

—Sí, tenés razón, pero no se llama gato, se llama “Ave que caza ratas”.

—Padre, ¿apago el fuego?

—Sí, apagalo, pero no se llama fuego, se llama “Decadencia”.

Y dice el muchacho:

—Padre, ¡cuántos chorizos tiene!

—Sí, son muchos, pero no son chorizos, se llaman “Cliquis Cloques”.

Fueron a la pieza, y dice el niño:

—¡Qué hermosa cama tiene!

—Tenés razón, pero no se llama cama, se llama “Bienes-tati”.

Y luego dice el niño:

—Padre, mire cómo me ensucié los zapatos.

—Te ensuciaste, pero no se llaman zapatos, se llaman “Garavitates”.

—Padre, mire cómo me ensucié los pantalones.

—Tenés razón, pero no se llaman pantalones, se llaman “Chirlos-mirlos”.

Bueno, se fueron a acostar y el muchacho dice para sí:

—Cuando salga de acá, no voy a saber hablar con la gente.

Y decidió escaparse, y cuando se iba se llevó una bolsa de chorizos, y como el gato lo miraba le echó un balde de agua, pero no era agua, era nafta y el gato salió corriendo, y el muchacho detrás del gato. Mas luego se arrepintió y volvió, y le golpeó la ventana al cura, y le dijo:

—Señor don “Niqui Niqui”: levántese de su “Bienes-tati”, póngase los “Chirlos-mirlos” y también los “Garavitates”, que el “Ave que caza ratas” se fué con “Decadencia”, y si no acude “Paciencia” se le quemará el “Vitoque”, y yo, por no pasar hambre en el camino, me llevo los “Cliquis Cloques”.

Informante: Pichona Etchevest. 10 años.

B. Bavio (Buenos Aires).

Boggs: 1940 * A.

América: Andrade 283. Laval, Latín 17 (2 versiones). Mason-Espinosa PRF VII, 53. Rael 288. Romancero Nuevomexicano 114. *España*: Ampudia 81, 152. Cabal CTA 229-230. Espinosa 57, 58, 59. Espinosa, Castilla 19. Folklore Andaluz 134-135 (2 versiones).

Este relato, así como el siguiente (nº 92), pertenece al grupo de cuentos sobre nombres extraordinarios, que en el índice de Aarne-Thompson figuran como tipo general bajo el número 1940. La presente versión corresponde a la variante * A de la clasificación de Boggs, y desarrolla los elementos más característicos de las versiones hispánicas.

92. LA VIUDA DE JUAN

Juan era un hombre bueno, que se dedicaba al pastoreo. Quería mucho a su mujer y ella lo ayudaba a mantener el hogar, trabajando con él casi de igual a igual. Eran al parecer felices en su pobreza y en su oficio, pero ella no lo quería tanto y solía sentirse a veces como fastidiada.

Un día, el pobre Juan se enfermó de repente y murió sin remedio. En ese momento se hallaban trabajando en un alto cerro, recogiendo las ovejas para llevarlas hasta el co-

rral. Entonces la mujer llamó desde allí a los vecinos del pueblo:

—¡Vengan tres mozos fuertes para ayudarme a bajar a Juan!

—¿Qué es lo que pasa? —preguntaron algunos.

—¡Que vengan tres mozos para ayudarme a bajar a Juan, que ha muerto! ¡Ay, mi pobre Juan, ay, mi pobre Juan! —volvió a gritar ella desesperada.

—Iremos cuatro —contestaron varios vecinos.

—¡No, no! —dijo ella—; basta que vengan tres, que conmigo seremos cuatro.

Así entendiendo, tres mozos fueron al cerro y la ayudaron a llevar el cadáver de su marido. Mientras iban bajando por el camino, ella se lamentaba:

—¡Ay, mi pobre Juan, cuando él pasaba por esos sitios todos se alegraban al verlo!

Después, cuando llegaron a la casa con el difunto, los tres fuertes mozos se fueron y ella se puso lo más tranquila a freír unos buñuelos para comer, porque tenía mucha hambre. Como la noticia de la inesperada muerte de Juan corrió en seguida por el pueblo, de boca en boca, la gente no tardó en presentarse para darle el pésame y ella tuvo que esconder la sartén con los buñuelos listos, en un rincón.

Uno de los visitantes trajo con él a un inquieto perrito que se llamaba "Mundo". El animal olfateó la presa al instante y se lanzó como una bala en busca de los sabrosos buñuelos. Entonces ella, que era la única que lo veía hacer su gusto, comenzó a gritar con acento desgarrador:

—¡Ah, maldito "Mundo", cómo los vas llevando uno por uno! ¡Ahora me llevas el mejor! ¡Ah, maldito "Mundo"!

Al día siguiente, pasado ya el entierro de Juan, todos los vecinos, que ignoraban por completo el asunto de los buñuelos, comentaban con pena, al acordarse de la viuda:

—¡Qué buena es la pobrecita! ¡Cómo lo quería al finado!

Informante: Clara Chamorro de Silva. 73 años.

Isla San Mateo, Depto. de Santo Tomé (Corrientes).

Boggs: 1940 * E.

España: Ampudia 82. Cabal 197.

Esta variante del tipo de los nombres extraordinarios está menos difun-

dida que la anterior. Nuestra versión correntina contiene los motivos esenciales del tipo, cuya síntesis es ésta:

"Los vecinos llegan a consolar a una viuda. Un perro (o un gato) llamado *Mundo* se aprovecha de la oportunidad para comerse las tajadas de jamón o las salchichas. La viuda lo ve y se lamenta: —¡Oh, Mundo, cómo me los quitas uno por uno! Los vecinos creen que llora la pérdida del marido".

93. LAS TRES RACIONES

Tres sacerdotes misioneros iban por un camino solitario, con un peón que era el encargado de llevar las provisiones. Al llegar junto a un montecito, se sentaron para comer al pie de un frondoso árbol. Llamaron al peón y le pidieron la canasta. El pobre paisano estaba también con mucha hambre y esperó con ansiedad la presentación del avío.

Grande fué su sorpresa y su desengaño, cuando vió que en el fondo de la canasta sólo había tres panes y tres pescados chicos.

Aunque el peón pensó confiado que los misioneros harían una cuarta parte para él, no sucedió así. Los curas se dispusieron a comer, persignándose antes:

—¡En el nombre del Padre! —dijo comenzando el que parecía más viejo.

Y tomó en seguida un pan y un pescadito.

—¡Y del Hijo! —exclamó otro haciendo lo mismo.

Entonces el paisano, al comprender que si tardaba se iba a quedar sin nada, sacó con rapidez su facón del cinto y lo metió con rabia en la canasta:

—¡*Añá membi!* —gritó—. ¡Al que me toque al Espíritu Santo lo hago c...r de un tajo en la barriga!

Informante: José Perfecto Silva. 74 años.

Caza Pava, Dpto. Santo Tomé (Corrientes).

Cuentito muy semejante al anotado por Aurelio M. Espinosa (hijo) en Aldeosancho, Segovia, con el título de *La bendición de los estudiantes* (Espinosa, Castilla 13). En la versión española aparecen cuatro estudiantes, que llegan a comer a una fonda; allí sólo tienen tres huevos para ofrecerles. Dos estudiantes se sirven, comenzando el de más edad

y pronunciando las mismas palabras que los dos primeros misioneros de nuestra versión correntina. Como el último de los estudiantes piensa que se va a quedar sin comer, toma su cubierto y exclama, dirigiéndose al que aún no se ha servido: “—Si coges el Espíritu Santo, ¡te acribillo!”

94. EL REY ES PILON

Una vez un rey salió temprano con la escolta a recorrer el campo. El rey usaba el cabello suelto y nadie sabía qu’era *pilón*, porque desde chico lo habían acostumbrao al cabello suelto. Y por la calor ¡no se le ocurre, cuando iba delante, recogerse el cabello p’atrás!

Había un hombre que contaba todo lo que sabía, que no podía aguantar sin contar. Y viene el rey y se encuentra con este hombre.

Entonces el rey lo llamó y le dijo:

—Mirá, si vos contás lo que has visto, te hago matar.

El hombre juró y perjuró que no iba a decir a nadie el defecto qu’el rey tenía.

El hombre no aguantaba y andaba enfermo porque no podía contar lo que sabía. Entonces se jué a una barranca y se metió y empezó a gritar:

—¡El rey es *pilón*! ¡El rey es *pilón*! ¡El rey es *pilóoon*!

El hombre se sació’e gritar y se sacó esa mortificación de no gritar. Se salió’el pueblo y se jué muy lejos.

Otro día el rey salió con la escolta y pasó por el camino donde estaba la barranca. Allí había salío una planta con unas hojas anchas que tenían algo escrito.

Entonces el rey mandó a un soldao a mirar qué decía en las hojas. El soldao no se animaba a decirle lo qu’estaba escrito; al fin tuvo que leer. En las hojas decía: “El rey es *pilón*”.

El rey lo mandó buscar al hombre qu’era el único que lo había visto, pero no lo hallaron; se había ido’el pueblo y nadie sabía qué se había hecho.

Y de ahí se divulgó qu’el rey era *pilón*.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.
Frias (Santiago del Estero).

Thompson: D. 1316. 5 - N. 465.

Este cuento tiene gran semejanza con la leyenda de Midas (Thompson F. 511. 2. 2), el rey de Frigia a quien Apolo castigó haciéndole crecer las orejas hasta semejar las de un asno. Midas ocultó este defecto cubriéndose la cabeza con un gorro frigio; el único que sabía el secreto era su barbero. Este, como no podía divulgarlo por la prohibición del rey, y como tampoco podía soportar tal secreto, cavó un hoyo en la arena y allí exclamó: "El rey Midas tiene orejas de asno". En el lugar crecieron unas cañas que al ser agitadas por el viento repetían la frase.

Nuestra versión tiene algunos detalles diferentes: aquí el rey carece de orejas, en lugar de tenerlas enormes. Además, el recurso para divulgar el secreto real (hojas con una inscripción) resulta de belleza inferior al de la leyenda antigua.

Conocemos otra versión argentina del mismo tema, anotada en Catamarca por el investigador Jesús María Carrizo. En este caso, el rey del cuento tiene cuernos; el peluquero que sabe el secreto cava un hoyo en la tierra. Allí crecen cañas, con las que unos muchachos fabrican flautas; al soplarlas, las flautas dicen: "El rey tiene cuernos", y así se divulga el secreto.

V. CUENTOS DE FÓRMULA

95. LOS GATOS

Una vez había un gato, que tenía la cola de trapo y caminaba al revés; ¿quieres que te lo cuente otra vez?

Informante: Amalia Boggiano. 20 años. Enviado por la señorita María Alicia Scarpati, directora de la escuela n° 136 de Estación El Morro (San Luis). Legajo n° 140.

Aarne-Thompson: 2013.

Argentina: Carrizo, La Rioja 870.

América: Arellano 1 (9 versiones). Cadilla de Martínez 236. Ugarte 74.

España: Ampudia 11. BTPE IV, 159. Rodríguez Marín 63. Sevilla 30.

Cuentito infantil, del tipo de nunca acabar; su característica es la pregunta final. ¿Te lo cuento otra vez?, que aparece en muchos cuentitos semejantes. En Puerto Rico, Rafael Ramírez de Arellano ha documentado varias rimas con el mismo final, como *El rey y las hijas* (n° 2, 5 versiones), *Juan Gandules* (n° 4, 2 versiones).

96. LA CHIVITA 'EL CEBOLLAR

Había una viejita que hacía empanadas pa' vender. Un día jué a buscar cebollitas al sembrao y encontró una chiva que le comía las cebollitas. Entonces la viejita le dice:

—¡Salí chivita 'e mi cebollar!

—Si salgo t' hi pisotiar —le contestó.

Y la chiva no salía, ¡qué iba a salir!; estaba entusiasmada comiendo la cantidad 'e cebollas.

Y la viejita lloraba. En eso lo encontró al zorro:

—¿Por qué llorás, mama vieja?

—¿Cómo no vuá llorar si la chiva me come las cebollitas?

Entonces el zorro se jué, se puso a la puerta y le dijo:

—¡Salí chivita 'el cebollar!

—Si salgo t' hi pisotiar.

Y la chiva se quedaba no más.

En eso aparece la hormiguita y le pregunta a la viejita:

—¿Por qué llorás, mama vieja?

—Porque la chiva me come las cebollitas.

La hormiguita le dice:

—Yo te la vuá sacar a la chiva.

Y le volvió a repetir las mismas palabras:

—¡Salí chivita 'el cebollar!

—Si salgo t' hi pisotiar.

La chiva no quería salir. Entonces la hormiguita, como no hace ruido, se jué caminando hasta donde estaba la chiva, se le subió por la patita, se metió por entre los rulos... y se le prendió... La chiva salió a lo que daba, del dolor; cuando se paró la chiva, la hormiguita se bajó.

Volvió y le dice:

—¿Has visto, mama viejita, que yo te la iba a sacar a la chiva?

En recompensa de lo que hizo, la viejita li ha regalao una empanadita. La hormiguita se metió en su cuevita y los hijos le preguntaron:

—¿De dónde has sacao esa empanadita?

—Me la dió la mama viejita porque la ayudé a sacar la chivita 'el cebollar.

Informante: Juana Tránsito Nardi. 69 años.

Frías (Santiago del Estero).

Aarne-Thompson: 2015.

Argentina: Cano 241-243. Cañete de Rivas 153-154. Jijena Sánchez n° 9.

América: Arellano 97. Mason-Espinosa PRF V, 83, 84, 85, 86. Rael 403, 404. Wheeler 191.

España: Cabal 167-168.

Versión del tema *La cabra que no quería irse*; la única característica formal es la repetición del diálogo entre la cabra y las personas o animales que intentan desalojarla; en este caso: "—Salí chivita 'el cebollar / —Si salgo t' hi pisotiar".

97. CUENTO DEL GALLO QUE IBA A LA BODA DE SU HERMANO PERICO

Había una vez un gallo que se vistió de gala para ir a la boda de su hermano Perico, y en el camino se encontró un buche de gallina, y como tenía mucha hambre, se lo comió, pero se ensució el pico.

Caminó un poco y encontró la malva, a quien dijo:

—Malva, limpiame el pico, para ir a la boda de mi hermano Perico.

Y la malva le dijo:

—No quiero.

Siguió caminando y encontró a la oveja, a quien dijo:

—Oveja, comé la malva, porque la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi hermano Perico.

Y la oveja le dijo:

—No quiero.

Siguió otro poco y se encontró con el palo y le dijo:

—Palo, pegá a la oveja, porque la oveja no quiso comer la malva, porque la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi hermano Perico.

Y el palo le dijo:

—No quiero.

Un poco más adelante se encontró con el fuego, y le dijo:

—Fuego, quemá el palo, porque el palo no quiso pegar a la oveja, porque la oveja no quiso comer la malva, porque la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi hermano Perico.

Y el fuego le dijo:

—No quiero.

Siguió caminando, y encontró el agua, y le dijo:

—Agua, apagá el fuego, porque el fuego no quiso que-

mar el palo, porque el palo no quiso pegar a la oveja, porque la oveja no quiso comer la malva, porque la malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi hermano Perico.

Y el agua le dijo:

—No quiero.

Luego pasó por un campo donde había un burro, y le dijo:

—Burro, bebete el agua, porque el agua no quiso apagar el fuego, porque el fuego no quiso quemar el palo, porque el palo no quiso pegar a la oveja, porque la oveja no quiso comer la malva, porque al malva no quiso limpiarme el pico para ir a la boda de mi hermano Perico.

Aquí el relator se hace el olvidado y pregunta:

—¿Cuál fué el último animal?

Y si le contestan:

—El burro —responde:

—Levantale la cola, y dale un beso en el c...

Informante: Sara Rodríguez. 50 años.

Maipú (Buenos Aires).

Boggs: 2030 * B.

América: Laval, Cuentos n° 5.

España: Ampudia 177. Curiel Merchán 77-78; 120-121. Espinosa 275, 276. Espinosa, Castilla 72.

Cuento acumulativo de un tipo muy difundido en la tradición hispánica. La anterior versión bonaerense pertenece al tipo II A de la clasificación de Espinosa (III, pp. 450-458), pues contiene elementos A₃, C₁ y E. La serie de elemento C₁, en esta versión, es la siguiente: gallo, malva, oveja, palo, fuego, agua, burro; el cuento termina con la rima vulgar señalada en el elemento E.

98. LA BUENA PIPA

—¿Quieres que te cuente el cuento de la buena pipa?

—Sí.

—Yo no te digo que sí, yo te digo si quieres que te cuente el cuento de la buena pipa.

—Bueno.

—Yo no te digo bueno, yo te digo si quienes que te cuente el cuento de la buena pipa.

Y así se sigue.

Informante: Amalia Boggiano. 20 años. Enviado por la señorita María Alicia Scarpatti, directora de la escuela n° 136 de Estación El Morro (San Luis). Legajo n° 140.

Boggs: * 2225.

España: Ampudia 200.

99. LOS PATOS

Una vez había unos patos pasando un puente...

—¿Y después?

—Esperate que pasen, que te lo contaré.

Informante: El del cuento anterior.

Aarne-Thompson: 2300.

Cuento con muchos antecedentes en la tradición literaria española. Cf.: *Disciplina Clericalis*, *La fábula de las ovejas* (Apéndices, Ejemplo XII); *Libro de los Enxemplos* (n° 85); Quijote I, xx.

100. EL PICAPEDRERO

Estaba un picapedrero trabajando en un peñasco un día de sol muy fuerte. Estaba muy cansado y ve pasar a un potentado que llevaba su mozo de mano que le iba sacudiendo la tierra que se le asentaba en la ropa y echándole aire para que no sufra el calor; cuando quería bajar, le ponía silla para que se siente y esté cómodo.

Al ver todas esas comodidades que gozaba el potentado, el picapedrero dijo:

—¿Por qué Dios será tan injusto de tenerme a mí quemado por el sol y a otros gozando de tantas riquezas y comodidades? ¿Por qué no me hará a mí también así?

Al momento, el picapedrero se transformó en un potentado. Después de algún tiempo que el picapedrero vivió gozando, al pasar por una ciudad ve a un rey, sentado en

una silla de oro, y con toda su servidumbre. Unos estaban lavándole los pies, otros la cara; después que ya lo hacían tomar el desayuno. Viendo esto, el picapedrero dijo:

—Ya me ha concedido Dios un pedido; quisiera ahora ser un rey para mandar a todos.

Al momento fué rey; cierto día, estando sentado en su silla de oro, comenzó a molestarlo un rayo de sol y como a él no podía nadie molestarlo, dijo:

—Parece que el sol es más que yo; quisiera ser el sol. Siendo sol secaré toda la vegetación y quemaré todo.

También fué sol. Cuando él quiso obrar, se formó una nube que lo atajaba y no podía lograr su intento.

—¿Puede ser que una nube sea más que yo? —dijo—. Quisiera ser nube para hacer llover y que las crecientes arrastren todo y tapen la tierra para que quede en nada.

Y se transformó en nube. Tampoco logró su intento, porque se armó un ventarrón que las deshizo a las nubes. Entonces dijo, fastidiado:

—Yo quisiera ser viento para echar todo por delante, porque al viento nadie lo ataja y así podré lograr mi intento.

También fué viento, y comenzó a correr fuertemente; pero encontró un peñasco tan grande que le impedía seguir su camino. Entonces dijo:

—Quisiera ser el peñasco; así ni el agua, ni el sol, ni el viento me molestarán.

También fué peñasco. Al poco instante ya estuvieron los picapedreros: chin-chan-chin-chan-chin-chan.

—¿Cómo puede ser? —dijo entonces—. ¿Quiere decir que mejor es ser picapedrero?

Y volvió a ser picapedrero.

Informante: Cristóforo Páez.

La Carrera (Catamarca).

Cuento encadenado, del tipo llamado por Espinosa cuentos del fuerte, del más fuerte y del más fuerte de todos. Nuestra versión tiene semejanza con el cuento de la rata transformada en mujer, a la que se presentan diversos pretendientes, que ella rechaza hasta que por fin acepta al ratón y vuelve a su estado primero. Este relato está en el *Panchatantra* (IV, 8, 9); en el *Calila y Dimna* (6, p. 289); en el *Calila é Dymna* (VI, p. 52: *De la niña que se tornó en rata*).

REGISTRO DE TIPOS

AARNE-THOMPSON:

1: 11.	301: 35.	670: 51.
5: 1-2.	303: 36.	675: 52.
8: 17.	306: 37.	715: 34.
33: 15.	313. C: 38.	753: 53.
47. B: 5-24.	315. A: 39.	(754: 54.)
49: 18.	326: 38.	(841: 54.)
60: 19.	327: 39.	850: 41.
62: 20.	328: 40.	851: 56.
72: 16.	329: 41.	875: 57.
73: 2-17-21.	330. A: 42.	882: 61.
100: 22.	366: 43.	889: 62.
105: 22.	408: 44.	921: 58.
122. A: 1-24.	425. A: 45.	1000: 64.
125: 28.	451: 46.	1003: 64-65.
130: 25.	501: 47.	1004: 64.
155: 6.	506: 50.	1007: 64-67.
157: 26.	506. A: 48.	1030: 68-78.
175: 27.	510. A: 49.	1063: 86.
210: 28.	513-514: 50.	1091: 78.
222: 29.	554: 40-41.	1119: 40-73-84.
225: 30.	559: 72.	1310: 2.
227: 24.	571-574: 72.	1360. C: 79.
275: 23.	577: 40.	1528: 64.
300: 39.	621: 50.	1535: 73-84.

1536. B: 69.	1640: 86.	2013: 95.
1537: 73-84.	1642: 72.	2015: 96.
1539: 70.	1696: 75.	2300: 99.
1585: 74.	1697: 76.	
1626: 85.	1698. J: 88.	

BOGGS:

* 161: 1-7.	1365 * D: 81.	1940 * A: 91.
275 * A: 31.	1476 * B: 82.	1940 * E: 92.
* 288. C: 32.	* 1532: 83.	* 1942: 71.
927 * A: 59.	1696 * A: 87.	2030 * B: 97.
931 * A: 63.	* 1716: 89.	* 2225: 98.
1363 * A: 80.	1831 * B: 90.	

HANSEN:

** 24: 14.	** 68. A: 9.	** 74. B: 2.
51 ** A: 1-2.	** 68. B: 10.	** 74. C: 3.
** 58: 13.	** 68. C: 23.	** 223: 15.
** 59. A: 4.	** 74. A: 1.	

BIBLIOGRAFIA GENERAL

I. *Clasificación de tipos y de motivos.*

- Aarne-Thompson: Antti Aarne y Stith Thompson. "The Types of the Folk-tale. A classification and Bibliography". F F Communications N° 74. Helsinki, 1928.
- Boggs: Ralph S. Boggs. "Index of Spanish Folktales". F F Communications N° 90. Helsinki, 1930.
- Hansen: Terrence Leslie Hansen. "The Types of the Folktale in Cuba, Puerto Rico, the Dominican Republic, and Spanish South America". University of California Press. Folklore Studies: 8. Berkeley and Los Angeles, 1957.
- Thompson: Stith Thompson. "Motif-Index of Folk-literature". 6 vol. Indiana University Studies, vol. XIX, n.ºs. 96, 97; XX, 100; XXI, 101; XXII, 105, 106, 108, 109, 110; XXIII, 111, 112. Bloomington, Indiana, 1932-1936.

II. *Argentina.*

- Abalos: Jorge W. Abalos. "Animales, leyendas y coplas". Tucumán, Violetto, 1953.
- Acosta: Juan B. Acosta. "Ipotiyavé. Cuentos y leyendas correntinos". Colección "Nupoti". Buenos Aires, 1953.
- Alvarez: José S. Alvarez. "Cuentos de Fray Mocho". Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1920.
- Antología I: Consejo Nacional de Educación. "Antología folklórica argentina" (Para las escuelas de adultos). Buenos Aires, 1940.
- Antología II: Consejo Nacional de Educación. "Antología folklórica argentina" (Para las escuelas primarias). Buenos Aires, 1940.
- Anzalaz: Fermín A. Anzalaz. "Cuentos y tradiciones de La Rioja". La Rioja, Ed. Tribuna, 1946.

- Aramburu: Julio Aramburu. "El folklore de los niños. Juegos, rondas, canciones, cuentos, leyendas". Buenos Aires, El Ateneo, 1940.
- Aramburu, *Urdemales*: Julio Aramburu. "Las hazañas de Pedro Urdemales". Buenos Aires, El Ateneo, 1949.
- Ayala Gauna: B. Velmiro Ayala Gauna. "La selva y su hombre". Rosario, Ed. Ruiz, 1944.
- BATF: "Boletín de la Asociación Tucumana de Folklore". Tucumán, 1951-.
- BDFICU: "Folklore". Boletín del Departamento de Folklore del Instituto de Cooperación Universitaria. Cursos de Cultura Católica. Buenos Aires, 1940-1942.
- Berdiales: Germán Berdiales. "Leyendas nuestras". 2ª ed. Buenos Aires, 1954.
- Bravo: Mario Bravo. "En el surco". Buenos Aires, La Vanguardia, 1929.
- Burgos: Fausto Burgos. "Aventuras de Juancho el zorro". Buenos Aires, Raigal, 1953.
- Bustamante: Perfecto P. Bustamante. "Girón de historia. Leyendas, tradiciones regionales y relatos históricos". Buenos Aires, Crovetto y Carrio, 1922.
- Canal Feijóo: Bernardo Canal Feijóo. "Los casos de «Juan». El ciclo popular de la picardía criolla". Buenos Aires, Impresora Argentina, 1940.
- Canal Feijóo, *Ensayo*: Bernardo Canal Feijóo. "Ensayo sobre la expresión popular artística en Santiago". Buenos Aires, Impresora Argentina, 1937.
- Cano: Rafael Cano. "Del tiempo de ñaupá. (Folklore norteco)". Buenos Aires, L. J. Rosso, 1930.
- Cano, *Allpamisqui*: Rafael Cano. "Allpamisqui. (Tierra dulce). Folklore del Noroeste". Buenos Aires, Librería del Colegio, 1938.
- Cañete de Rivas: María del Tránsito Cañete de Rivas Jordán. "De nuestra tierra. Consejas, cuentos y leyendas". Tucumán, Imp. de la Penitenciaria, s/a.
- Carrizo, *Alpatauca*: Alberto Carrizo. "Cuentos de la tradición oral argentina. Cuentos de Alpatauca". En: RINT, año I, entrega 2ª, 1948.
- Carrizo, *Boletín*: Jesús María Carrizo. "Cuento de brujería". En: BDFICU. Tomo I, n° 3. Buenos Aires, 1941.
- Carrizo, *Cuentos*: Jesús María Carrizo. "Cuentos de la tradición oral argentina". En: RINT, año I, entregas 1ª y 2ª, 1948.
- Carrizo, *La Rioja*: Juan Alfonso Carrizo. "Cancionero popular de La Rioja". 3 tomos. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942.
- Cotta: Juan M. Cotta. "Leyendas y episodios de la pampa". Buenos Aires, Peuser, 1944.

- Dávalos: Juan Carlos Dávalos. "Los casos del zorro, fábulas campesinas de Salta". Buenos Aires, El Ateneo, 1925.
- Dávalos, *Gauchos*: Juan Carlos Dávalos. "Los Gauchos". Buenos Aires, La Facultad, 1928.
- Di Lullo: Orestes Di Lullo. "El folklore de Santiago del Estero. (Material para su estudio y ensayos de interpretación)". Tucumán, 1943.
- Draghi Lucero: Juan Draghi Lucero. "Las mil y una noches argentinas". Mendoza, 1940.
- Echazarreta: Carlos Echazarreta. "Hazañas 'e don Goyo Cardoso. (Cuentos entrerrianos)". Buenos Aires, Ed. Molino, 1941.
- Franco: Luis Franco. "Biografías animales". Buenos Aires, Peuser, 1953.
- Franco, *Leyendas*: Alberto Franco. "Leyendas del Tucumán". Buenos Aires, Ed. Nova, 1944.
- Gil Rojas: Andrónico Gil Rojas. "El Ckaparilo. Cuentos y refranes del Tío Felipe. Escenas típicas de Los Copos". Santiago del Estero, 1954.
- González: Joaquín V. González. "Fábulas nativas". En: Obras completas, tomo XX, pp. 469-589. Universidad Nacional de La Plata. Buenos Aires, 1936.
- Gucovsky: Victoria Gucovsky. "El Santo de la higuera". Buenos Aires, Ed. Nosotros, 1930.
- Güiraldes: Ricardo Güiraldes. "Don Segundo Sombra". Buenos Aires, Losada, 1939.
- Jijena Sánchez: Rafael Jijena Sánchez. "Los cuentos de Mama Vieja". Buenos Aires, Ed. Versol, 1946.
- Jijena Sánchez, *Adivinanza*: Rafael Jijena Sánchez. "«Elena Morado» o «El niño sabio». Un cuento de adivinanza". En: BDFICU, n° 7. Buenos Aires, 3er. trimestre, 1942.
- Koessler: Bertha Koessler Ilg. "Cuentan los araucanos". Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1954.
- Lehmann-Nitsche: Roberto Lehmann-Nitsche. "Adivinanzas rioplatenses". Buenos Aires, Coni, 1911.
- Lehmann-Nitsche, *Cuento*: Roberto Lehmann-Nitsche. "¿Quiere que le cuente el cuento del gallo pelado?". En: Revista de Derecho, Historia y Letras. Tomo XXX, pp. 297-306. Buenos Aires, 1908.
- Lehmann-Nitsche, *Märchen*: R. Lehmann-Nitsche. "Märchen der argentinischen Indianer". Aus der Zeitschrift des Vereins für Volkskunde in Berlin. Heft 2. 1906, pp. 156-164.
- Mercado: Teófilo Celindo Mercado. "El alma de La Rioja". Buenos Aires, L. J. Rosso, 1944.
- Morales: Ernesto Morales. "Leyendas del zorro". En: Azul, Revista de Ciencias y Letras. Año I, n° 6, pp. 5-22. Azul, setiembre-octubre, 1930.

- Morales, *Fábulas*: Ernesto Morales. "Fábulas americanas". Buenos Aires, Ciordia y Rodríguez, 1948.
- Moya, *Adivinanzas*: Ismael Moya. "Adivinanzas criollas". Consejo Nacional de Educación. Buenos Aires, 1949.
- Pampa Viejo: Don Pampa Viejo (Enrique M. Torres). "Fogón de las tradiciones". 2 tomos. Buenos Aires, Bell, 1940.
- Quiroga: Adán Quiroga. "Folklore Calchaquí". En: Revista de la Universidad de Buenos Aires. Año XXVII, 2ª serie, sección VI, tomo V. Buenos Aires, 1929.
- Rava: Horacio G. Rava. "El «Ciclo de San Pedro» en el folklore de Tucumán". 1ª contribución a su estudio. En: BATF, año II, vol. I, n° 21/22. Enero-febrero, 1952.
- Renca: "Renca. Folklore puntano". Instituto Nacional de Filología y Folklore, anexo a la Academia Argentina de Letras. Buenos Aires, 1958.
- RINT: "Revista del Instituto Nacional de la Tradición". Buenos Aires, 1948.
- Rojas: Ricardo Rojas. "El país de la selva". Buenos Aires, Hachette, 1956.
- Sajoux: "Cuentos y leyendas del folklore nacional". Recopilación de María A. Caceras de Sajoux. Buenos Aires, s/a.
- Stieben: Enrique Stieben. "El peludo y el zorro". En: Nativa. Año XXVIII, n° 331. Buenos Aires, 31 de julio de 1951.
- Tucumán: "Cuentos de animales en el folklore de Tucumán". En: BATF, año II, vol. I, n° 21/22. Enero-febrero 1952.
- Zapata Gollán: Agustín Zapata Gollán. "Cinco cuentos de don Juan el zorro" y "Otros cinco cuentos de don Juan el zorro". En: Boletín del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales. Año II, n° 2, Santa Fe, 1947, y año III, n° 3, Santa Fe, 1948.
- Zapata Gollán, *Anales*: Agustín Zapata Gollán. "Buen día, lagunita". En: Anales de la Asociación Folklórica Argentina. Vol. III. Buenos Aires, 1947-1948.

III. América¹.

- * AFC: "Archivos del folklore cubano". 5 tomos. Habana, 1924-1930.
- Andrade: Manuel José Andrade. "Folklore de la República Dominicana". Tomo I [Cuentos]. Ciudad Trujillo, 1948.

¹ Sólo Hispano-américa, excluida Argentina.

Los títulos señalados con asterisco están tomados directamente del estudio de Aurelio M. Espinosa, "Cuentos populares españoles".

- Andrade, *Adivinanzas*: Manuel José Andrade. "Folklore de la República Dominicana". Tomo II. Ciudad Trujillo, 1948.
- Aponte: J. Manuel Aponte. "Tradiciones bolivianas". La Paz, 1909.
- Arellano: Rafael Ramírez de Arellano. "Folklore portorriqueño. Cuentos y adivinanzas recogidos de la tradición oral". Madrid, 1928.
- * AUC: "Anales de la Universidad de Chile". Santiago de Chile, 1843-.
- Augusta: Fray Félix José de Augusta. "Lecturas araucanas". 2ª ed. Padre Las Casas, 1934.
- AVF: "Archivos venezolanos de folklore". Universidad Central de Venezuela, Facultad de Filosofía y Letras. Caracas, 1952-.
- * Cadilla de Martínez: María Cadilla de Martínez. "La poesía popular en Puerto Rico". Cuenca, 1933.
- Cadogan: León Cadogan. "Guahí Rataypy". Asunción del Paraguay, 1948.
- Cadogan, *Guairá*: León Cadogan. "Cuentos de los Yeguaquí-va Tenondé Pora güe í (Mbiá-Guaraní) del Guairá, Paraguay". En: Centro de Estudios Antropológicos de la Facultad Nacional de Filosofía del Paraguay. VIIª serie de Publicaciones: Comunicaciones Antropológicas. Doc. 8 de 2 de diciembre de 1950.
- CEAP: Centro de Estudios Antropológicos del Paraguay. "Cuentos que se narran en los velorios". VIIª serie de Publicaciones. Comunicaciones Antropológicas. Doc. 12 del 30 de mayo de 1951.
- Costas Arguedas: José Felipe Costas Arguedas. "Folklore de Yamparáez". En: [Revista de la] Universidad de San Francisco Javier. Tomo XVI, nº 37 y 38, pp. 287-387. Sucre, Bolivia, diciembre 1950.
- Dufourcq: Lucila Dufourcq. "Estudio del folklore de Lebu". En: Universidad de Chile. Anales de la Facultad de Filosofía y Educación. Sección de Filología. Tomo III, pp. 225-294. Santiago de Chile, 1943.
- * Espinosa VII: Aurelio M. Espinosa. "New-Mexican Spanish Folk-Lore VII. More Folk-Tales". En: JAFI, XXVII, 119-147.
- * Espinosa SFNM: José Manuel Espinosa. "Spanish Folktales from New Mexico". Memoirs of the American Folklore Society, tomo XXX. New York, 1937.
- FA: "Folklore americano". Órgano del Comité Interamericano de Folklore. Lima, Perú, 1953-.
- Farfán: J. M. B. Farfán. "Una leyenda del mes de agosto en sus versiones quechua, castellana e inglesa. Folklore del Cusco". En: Revista del Museo Nacional. Tomo XII, nº 2, pp. 235-238. Lima, Perú, 2º semestre 1943.
- García: Serafín J. García. "Las aventuras de Juan el zorro. (Fábulas criollas)". 4ª ed. Montevideo, 1956.
- González Casanova: Pablo González Casanova. "Cuentos indígenas". México, 1946.

- Guirao: Ramón Guirao. "Cuentos y leyendas negros de Cuba". La Habana, s/a.
- Guzmán Maturana: Manuel Guzmán Maturana. "Cuentos tradicionales en Chile". Tirada aparte de los Anales de la Universidad de Chile. Santiago, 1934.
- Ibarra: Alfredo Ibarra. "Cuentos y leyendas de México". México, 1941.
- * JAFL: "Journal of American Folk-Lore". Boston-New York, 1888.
- Jiménez Borja: Arturo Jiménez Borja. "Cuentos peruanos". Lima, 1937.
- * Laval, Carahue: Ramón A. Laval. "Contribución al folklore de Carahue". 2 tomos. Madrid, 1916; Santiago, 1921.
- * Laval, Cuentos: Ramón A. Laval. "Cuentos populares en Chile". Santiago, 1923.
- Laval, Latín: Ramón A. Laval. "Del latín en el folklore chileno". 2ª ed. Santiago de Chile, 1927.
- Laval PU: Ramón A. Laval. "Cuentos de Pedro Urdemales". Santiago de Chile, 1925.
- Lenz, Adivinanzas I: Rodolfo Lenz. "Cuentos de adivinanzas corrientes en Chile". En: Revista de folklore chileno. Tomo II, entrega 8ª, pp. 337-383. Santiago, 1912.
- * Lenz, Adivinanzas II: Rodolfo Lenz. "Cuentos de adivinanzas corrientes en Chile. Notas comparativas". En: Revista de folklore chileno. Tomo III, pp. 267-313. Santiago, 1914.
- Manríquez: Cremilda Manríquez. "Folklore de Cautín". En: Anales de la Facultad de Filosofía y Educación. Sección Filología. Tomo III, pp. 5-131. Santiago de Chile, 1943.
- * Mason-Espinosa PRF: J. Alden Mason. "Porto-Rican Folk-Lore: Folk-Tales". Ed. by Aurelio M. Espinosa. En: JAFL, XXXIV, 143-208; XXXV, 1-61; XXXVII, 247-344; XXXVIII, 507-618; XXXIX, 227-369; XL, 313-314; XLII, 85-156.
- * Mason-Espinosa PRR: J. Alden Mason. "Porto-Rican Kolk-Lore: Riddles". Ed. by Aurelio M. Espinosa. En: JAFL, XXIX, 423-504.
- * Mason, Tepecanos: J. Alden Mason. "Folk-Tales of the Tepecanos". En: JAFL, XXVI, 148-210.
- Mendoza: Vicente T. Mendoza y Virginia R. de Mendoza. "Folklore de San Pedro de Piedra Gorda, Zacatecas". Contribución a la 1ª Sección del Congreso Mexicano de Historia. México, 1952.
- Monroy Pittaluga: Francisco Monroy Pittaluga. "Cuentos y romances tradicionales en Cazorla (Llanos del Guárico)". En: AVF, año I, n° 2, pp. 360-380, julio-diciembre 1952.
- Montenegro: Ernesto Montenegro. "Mi tío Ventura. Cuentos populares de Chile". 2ª ed. Santiago, 1938.
- Munizaga: Carlos Munizaga A. "Relatos populares de Socaire". Universidad de Chile. Centro de Estudios Antropológicos. Public. n° 5. Santiago de Chile, 1958.

- Navarro del Aguila: Víctor Navarro del Aguila. "Cuentos populares del Perú". En: Revista de la Sección Arqueología. Universidad del Cuzco. N° 2. 1946.
- Paredes: M. Rigoberto Paredes. "El arte folklórico de Bolivia". La Paz, 1949.
- Paredes Candia: Antonio Paredes Candia. "Literatura folklórica". (Regogada de la tradición oral boliviana). La Paz, 1953.
- Pérez Arbeláez: Enrique Pérez Arbeláez. "La cuna del Porro. Insinuación folklórica del Departamento del Magdalena en Colombia". En: Revista de Folklore, segunda época, vol. 1, n° 1, pp. 18-101. Bogotá, 1952.
- Pereda Valdés: Ildefonso Pereda Valdés. "Cancionero popular uruguayo". Montevideo, 1947.
- * Radin-Espinosa: Paul Radin. "El folk-lore de Oaxaca". Publicado por Aurelio M. Espinosa. Habana, 1917.
- Rael: Juan B. Rael. "Cuentos españoles de Colorado y de Nuevo Méjico". 2 tomos. Stanford University Press. Stanford, California, s/a.
- * RCHG: "Revista chilena de historia y geografía". Santiago, 1911.
- Respaldiza: José Ricardo Respaldiza. "Un mito y un cuento de Simbila". En: FA, año I, n° 1, pp. 82-100, 1953.
- * Romancero nuevomejicano: Aurelio M. Espinosa. "Romancero nuevomejicano". En: Revue Hispanique, XLIII, 446-560, Paris, 1915.
- Serrano: Celedonio Serrano Martínez. "Pedro de Urdemales en la narración tradicional en Guerrero". En: Anuario de la Sociedad Folklórica de México. Vol. VI, pp. 415-428. México, 1950.
- Sojo: Juan Pablo Sojo. "Cuentos folklóricos venezolanos". En: AVF, año II-III, tomo II, n° 3, pp. 175-189, 1953-1954.
- Sojo, Folklore: Juan Pablo Sojo. "Folklore literario. Folklore anímico". En: Boletín del Instituto de Folklore. Vol. II, n° 3, pp. 77-96. Caracas, Venezuela, 1955.
- * Teotihuacán: "La población del valle de Teotihuacán (México)". Tomo II, parte V, cap. IX. México, 1922.
- * TFSP: "Publications of the Texas Folk-Lore Society". Austin, Texas, 1916-.
- * Tía Panchita: Carmen Lyra. "Los cuentos de mi tía Panchita". San José, Costa Rica, 1926.
- Ugarte: Miguel A. Ugarte y Ch. "Juegos, canciones, dichos y otros entretenimientos de los niños". Arequipa, Perú, 1947.
- Villalba: Celestina Villalba. "Estudio del folklore de Chillán". En: Anales de la Facultad de Filosofía y Educación. Sección de Filología. Tomo III, pp. 185-223. Santiago de Chile, 1943.
- * Wheeler: Howard True Wheeler. "Folk Tales from Jalisco". New York, 1943.

IV. *España.*

- * Ampudia: Aurelio de Llano Roza de Ampudia. "Cuentos asturianos". Madrid, 1925.
- * BTPE: "Biblioteca de las tradiciones populares españolas". 11 tomos. Sevilla-Madrid, 1883-1886.
- Cabal: C. Cabal. "Del folklore de Asturias". Madrid, 1925.
- * Cabal CTA: C. Cabal. "Los cuentos tradicionales asturianos". Madrid, 1924.
- Calila y Dimna: "La antigua versión castellana del Calila y Dimna". Ed. de José Alemany Bolufer. Madrid, 1915.
- Calila é Dymna: "Calila é Dymna". Ed. de Pascual de Gayangos. En: Biblioteca de Autores Españoles, LI. Madrid, 1860.
- Cervantes: M. de Cervantes Saavedra. "El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha". Ed. de Francisco Rodríguez Marín. Madrid. Espasa-Calpe, 1911.
- Curiel Merchán: M. Curiel Merchán. "Cuentos extremeños". Madrid, 1944.
- Disciplina clericalis: Pedro Alfonso. "Disciplina clericalis". Ed. de Angel González Palencia. Madrid-Granada, 1948.
- * Durán: Agustín Durán. "Romancero general". Madrid, 1828-1832. 2ª ed., Madrid, 1848-1851 (Biblioteca de Autores Españoles, X y XVI).
- Espinosa, Castilla: Aurelio M. Espinosa (Hijo). "Cuentos populares de Castilla". Buenos Aires, 1946.
- Espinosa: Aurelio M. Espinosa. "Cuentos populares españoles". 3 tomos. Madrid, 1946-1947.
- * F. Caballero 1: Fernán Caballero. "Cuentos, oraciones, adivinanzas y refranes populares e infantiles". Leipzig, 1878.
- * F. Caballero 2: Fernán Caballero. "Cuentos y poesías populares andaluzes". Leipzig, 1887.
- * F. Caballero, Clemencia: Fernán Caballero. "Clemencia". Leipzig, 1883.
- * Folklore andaluz: "Folklore andaluz". Organó de la Sociedad de este nombre. Sevilla, 1882-1883.
- Isopet: "Fábulas de Esopo". Reproducción en facsímile de la primera edición de 1489. Madrid, 1929.
- Libro de Buen Amor: Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. "Libro de Buen Amor". Ed. de Julio Cejador y Frauca. 2 tomos. Madrid, 1913.
- Libro de los enxemplos: "El libro de los enxemplos". Ed. de Pascual de Gayangos. En: Biblioteca de Autores Españoles, LI. Madrid, 1860.
- Libro de los gatos: "El libro de los gatos". Ed. de Pascual de Gayangos. En: Biblioteca de Autores Españoles, LI. Madrid, 1860.

- Lucanor: Juan Manuel. "El libro de los enxiemplos del Conde Lucanor et de Patronio". Ed. de Hermann Knust. Leipzig, 1900.
- * Menéndez Pidal RTA: Ramón Menéndez Pidal. "Los romances tradicionales en América". En: "Cultura Española", 1906, 72-111.
- Menéndez Pelayo: Marcelino Menéndez Pelayo. "Antología de poetas líricos castellanos". 10 tomos. Santander, 1944-1945.
- Primavera: Fernando José Wolf y Conrado Hofmann. "Romances viejos castellanos. (Primavera y flor de romances)". En: M. Menéndez Pelayo, "Antología de poetas líricos castellanos", tomo VIII.
- * Rodríguez Marín: Francisco Rodríguez Marín. "Cantos populares españoles". 5 tomos. Sevilla, 1882.
- * Sánchez Pérez: José A. Sánchez Pérez. "Cien cuentos populares". Madrid, 1942.
- * Sevilla: Alberto Sevilla. "Cancionero popular murciano". Murcia, 1921.
- Timoneda: Juan de Timoneda. "El Patrañuelo. El sobremesa y Alivio de Caminantes". Buenos Aires, 1946.

LEXICO

Abreviaturas:

adj.	adjetivo
adv.	adverbio
conj.adv.	conjunción adversativa
f.	sustantivo femenino
m.	sustantivo masculino
u.t.c.s.	usado también como sustantivo
v.	verbo
v.a.	verbo activo
v.r.	verbo reflexivo

Abafado, da. adj. Cuidado, oculto, escondido, bajo custodia. *Brasileñismo*.

Achura. f. Intestino o menudo de una res.

Alfa. f. Alfalfa.

Alforjada. f. Contenido de una alforja.

Amañarse. v.r. Darse maña.

Ande. adv. Donde.

Anoticiarse. v.r. Enterarse de alguna cosa.

¡Añá membí! Insulto muy usado en la zona bilingüe del litoral. Del guaraní *Añá*, 'deidad maligna, asimilada al diablo por los españoles', y *membí*, 'hijo, o hija, de una mujer'.

Arbol. m. Algarrobo.

Arremediarse. v.r. Socorrer una necesidad o urgencia.

Atolado, da. adj. Atorado, atragantado. *Brasileñismo*.

Aunca. f. Rosetas de maíz.

Bala. f. Panal de avispas, redondo, que cuelga de los árboles.

Barajar. v. Agarrar al vuelo.

Basuriar. v.a. Dominar a alguien sin mostrarle consideración.

Boliche. m. Taberna de inferior categoría.

Bolichero, ra. m. y f. Persona que atiende un boliche.

Bola. f. Testículo.

Bumbuna. f. Nombre de una paloma.

- Calanco. m. Una especie de loro.
 Callana. f. Olla para tostar maíz o trigo.
 Callanada. f. Cantidad de maíz que se tuesta de una sola vez en la callana.
 Caracú. m. Médula de los huesos.
 Caranchi. m. Carancho. Un ave de rapiña.
 Caraquiar. v.a. Extraer el caracú.
 Carniar. v.a. Matar y descuartizar las reses.
 Casal. m. Pareja de macho y hembra.
 Combo. m. Almádana.
 Conana. f. Piedra de moler.
 Corajudo, da. adj. Valeroso, animoso.
 Coto. m. Tumor.
 Cueriar. v.a. Desollar.
 Cuma. f. Comadre.
 Cuzco. m. Gozque.
 Chacra. f. Planta de maíz.
 Ch'amigo. Expresión muy usada en la zona bilingüe del litoral que equivale a 'mi amigo'.
 Changa. f. Servicio accidental remunerado.
 Chañar. m. Fruto del árbol del mismo nombre.
 Charata. f. Una gallinácea silvestre.
 ¡Chey! Interjección que se emplea para llamar la atención a una persona.
 Chiñe. m. Zorrino, mofeta.
 Chirlón. m. Chirlomirlo, cosa sin valor.
 Chischica. f. Cuchillo de zapatero.
 Chúcaro, a. adj. Arisco, bravío.
 Chulla. adj. Solo, sin compañero.
 Chuma. f. Borrachera.
 Chumbar. v.a. Azuzar a los perros.
 Chuña. f. Un ave zancuda.
 Chupino, na. adj. Animal que tiene cortada la cola.
 Churo. m. Amante de una mujer.
 Chuya. adj. Aguanoso, poco espeso.
 Deande. Contracción de *¿de adónde?*, equivalente a *¿de dónde?*
 Dentre. Contracción de *de entre*, equivalente a *de adentro*.
 Desentumirse, v.r. Quitarse el entumecimiento.
 Empaicar. v.a. Enhorquetar, poner a horcajadas.
 Envolvedor. m. Enjulio.
 Estaqueado, da. adj. Estirado entre estacas.
 Fumar a alguno. Engañarlo. *¡Me fumaste!*
 Galante. m. Galán.
 Gorriar. v.a. Cometer infidelidad los cónyuges.
 Guadal. m. Extensión de tierra suelta.
 Guaina. f. Muchacha, moza.
 Guanear. v. Defecar.
 Guanquero. m. Una especie de abeja grande.
 Hambriado, da. adj. Hambriento.
 Horcar. v.a. Ahorcar.
 Jergón. m. Pieza de lana tejida que se usa en el apero de montar.
 Joder. v.a. Embromar, molestar.
 Jume. m. Una especie de arbusto.
 Juna gran siete. Eufemismo empleado en lugar de *hijo de una gran p...*
 Lechar. v.a. Ordeñar.
 Macanear. v. Hacer o decir disparates o tonterías.
 Machado, da. adj. Borracho.
 Macharse. v.r. Emborracharse.
 Madejar. v.a. Hacer madejas.
 Maiman, siqui? Expresión quichua: *¿A dónde, trasero?*

- Mayuato. m. Una especie de mamífero carnívoro.
- Melga. f. Amelga.
- Meta. Palabra invariable que se antepone a un infinitivo para señalar reiteración de la acción indicada por éste con exclusión de cualquier otra.
- Mimói. adj. Cocido en agua.
- ¡Mishi! Voz que se emplea para llamar a los gatos.
- Mistol. m. Arbol tintóreo de fruto comestible.
- Mollejudo, da. adj. Persona gorda y floja. U.t.c.s.
- Mordaza. f. Madero con una muesca que se utiliza para ablandar las lonjas.
- Mosquetear. v. Curiosear.
- Mosquetería. f. Conjunto de personas que mosquetean.
- Mote. m. Maíz pelado y cocido.
- Moto, ta. adj. Animal que tiene la cola cortada.
- Ocote. m. Recto, sieso.
- Ojala. conj. adv. Aunque.
- Overo, ra. adj. Pelaje blanco combinado con otro color. U.t.c.s.
- Paica. f. Horqueta.
- Paishón. f. Pasión. || Dicese de una mujer hermosa. *Brasileñismo*.
- Palenque. m. Poste para sujetar animales bravíos.
- Pampa, en la. Locución adverbial: al aire, a descubierto.
- Parar las patas. Frase por hacer: morir.
- Pchar. v. Empujar.
- Pechón. m. Empujón.
- Pelecha. f. Piel que mudan los animales.
- Pencanal. m. Lugar poblado de pencas.
- Pije. m. Especie de avispa colorada.
- Pilachar. v.a. Desnudar.
- Pilón, na. adj. Persona o animal a los cuales les falta una oreja o las dos.
- Pillada. f. Acción de pillar, agarrar.
- Pinchila. f. Pene.
- Plan. m. Fondo de un barranco o quebrada. || Parte llana al pie de un cerro.
- Porongo. m. Calabaza.
- Porra. f. Persona o cosa de poco valor.
- Pucha. Interjección que indica asombro, sorpresa, enojo, desagrado.
- Pupo. m. Ombligo.
- Quedarse para vestir santos. Frase por hacer con que se alude a las solteras.
- Quenco. m. Zigzag.
- Quirquincho. m. Nombre de varias especies de armadillos.
- Quishquitero. m. Pequeño pájaro que hace un nido de espinas, grande y con boca estrecha.
- Ramiarse. v.r. Arrastrarse.
- Redepente. adv. De repente.
- Refucilo. m. Relámpago.
- Sacha lazo. m. Una liana. En quichua, 'lazo del monte'.
- Sanco. m. Sopa espesa hecha con harina, generalmente de maíz, grasa, cebolla y algún otro condimento.
- Sertón. m. Desierto o paraje árido. *Brasileñismo*.
- Shulco, ca. m. y f. Hijo menor. En algunas regiones se usa la forma *shulca* para ambos sexos.
- Simba. f. Trenza.
- Simbar. v.a. Trenzar.
- Sullito. Diminutivo de *sullo*.
- Sullo. m. Animal nonato.

Suri. m. Avestruz.
 Tasi. m. Vulva.
 Tata. m. Padre.
 Tatú. m. Especie de armadillo.
 Tela. f. Redaño.
 Tincar. v.a. Dar capirotaños.
 Tipa. f. Cesta tejida, de simbol,
 totora y otros vegetales, en for-
 ma de tronco de cono invertido.
 Tirador. m. Cinto de cuero que se
 sujeta por delante mediante una
 pieza de metal con adornos, lla-
 mada rastra.
 Tishpir. v.a. Pellizcar. || Picotear.
 Tishpón. m. Pellizcón.
 Toriar. v. Abalanzarse ladrando.
 Trato hecho, no se vuelva afrecho.
 Refrán con el que se aconseja

mantener siempre la palabra em-
 peñada.
 Tulpo. m. Sopa de harina de trigo
 o de maíz molido grueso.
 Tunal. m. Lugar poblado de tunas.
 Tusar. v.a. Cortar el pelo.
 Tuscanal. m. Sitio donde abundan
 las tuscas.
 Unco. m. Junco.
 Uñir. v.a. Uncir.
 Urpila. f. Especie de paloma sil-
 vestre, pequeña.
 Velay. Contracción de *vela ahí*; a
 veces se usa como interjección.
 Viravira. f. Una planta medicinal.
 Volido. m. Vuelo.
 Yuro. m. Vasiija de barro cocido,
 con cuello largo y estrecho.

INDICE

Advertencia	7
Introducción	
I. <i>El estudio de los cuentos</i>	9
II. <i>Los cuentos en la Argentina</i>	14
III. <i>La presente selección</i>	18
I. Cuentos de animales	
a. <i>El zorro y el tigre</i>	25
b. <i>El quirquincho y el zorro</i>	47
c. <i>Otros cuentos del zorro</i>	52
d. <i>Cuentos de animales varios</i>	67
II. Cuentos maravillosos	89
III. Cuentos religiosos	155
IV. Cuentos humanos	
a. <i>Adivinanzas y acertijos</i>	165
b. <i>Novelescos</i>	173
c. <i>Chistes e historietas</i>	184
V. Cuentos de fórmula	233
Registro de tipos	239
Bibliografía general	241
Léxico	251
Indice	255

*Este libro
se acabó de imprimir
el 20 de abril de 1960
en los talleres gráficos de
Domingo E. Taladriz,
San Juan 3875,
Buenos Aires.*